

r

ayer

Las izquierdas radicales más allá de 1968

Las culturas y prácticas revolucionarias que florecieron en los años sesenta y setenta del siglo xx marcaron una fase de nuestra historia reciente en la que parecía que el mundo podía «cambiar de base». Fue un tiempo en el que las izquierdas radicales optaron, tanto en España como en otros países, bien por la lucha armada, bien por la actuación desde el movimiento obrero o la implicación en los nuevos movimientos sociales.

92

Revista de Historia Contemporánea

2013 (4)

AYER

92/2013 (4)

ISSN: 1134-2277

**ASOCIACIÓN DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA
MARCIAL PONS, EDICIONES DE HISTORIA, S. A.**

MADRID, 2013

EDITAN:

Asociación de Historia Contemporánea
www.ahistcon.org

Marcial Pons, Ediciones de Historia, S. A.
www.marcialpons.es

Equipo editorial

Director

Juan Pro Ruiz (Universidad Autónoma de Madrid)

Secretaria

Teresa María Ortega López (Universidad de Granada)

Editoras

María Sierra (Universidad de Sevilla),
Nerea Aresti (Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea)

Colaboradora

María Candelaria Fuentes Navarro (Universidad de Granada)

Consejo de Redacción

Nerea Aresti (Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea),
Carlos Forcadell Álvarez (Universidad de Zaragoza), Carme Molinero
Ruiz (Universitat Autònoma de Barcelona), Teresa María Ortega
López (Universidad de Granada), Manuel Pérez Ledesma (Universidad
Autónoma de Madrid), Anacleto Pons Pons (Universitat de València),
Juan Pro Ruiz (Universidad Autónoma de Madrid), Mari Cruz
Romeo Mateo (Universitat de València), María Sierra (Universidad
de Sevilla), Manuel Suárez Cortina (Universidad de Cantabria)

Consejo Asesor

Miguel Artola (Real Academia de la Historia), Walther L. Bernecker
(Universität Erlangen-Nürnberg), Alfonso Botti (Università degli Studi di
Modena e Reggio Emilia), Carolyn P. Boyd (University of California, Irvine),
Fernando Devoto (Universidad de Buenos Aires), Clara E. Lida (El Colegio
de México), Xosé Manoel Núñez Seixas (Ludwig-Maximilians-Universität
München), Paul Preston (London School of Economics), Pedro Ruiz Torres
(Universitat de València), Pedro Tavares de Almeida (Universidade Nova
de Lisboa), Ramón Villares (Universidade de Santiago de Compostela)

Ayer es el día precedente inmediato a *hoy* en palabras de Covarrubias. Nombra al pasado reciente y es el título que la *Asociación de Historia Contemporánea*, en coedición con *Marcial Pons, Ediciones de Historia*, ha dado a la serie de publicaciones que dedica al estudio de los acontecimientos y fenómenos más importantes del pasado próximo. La preocupación del hombre por determinar su posición sobre la superficie terrestre no se resolvió hasta que fue capaz de conocer la distancia que le separaba del meridiano 0. Fijar nuestra atención en el correr del tiempo requiere conocer la historia y en particular sus capítulos más recientes. Nuestra contribución a este empeño se materializa en esta revista.

La *Asociación de Historia Contemporánea*, para respetar la diversidad de opiniones de sus miembros, renuncia a mantener una determinada línea editorial y ofrece, en su lugar, el medio para que todas las escuelas, especialidades y metodologías tengan la oportunidad de hacer valer sus particulares puntos de vista.

Miguel Artola, 1991.

AYER está reconocida con el *sello de calidad* de la Fundación Española para la Ciencia y la Tecnología (FECYT) y recogida e indexada en Thomson-Reuters Web of Science (ISI: Arts and Humanities Citation Index, Current Contents/ Arts and Humanities, Social Sciences Citation Index, Journal Citation Reports/Social Sciences Edition y Current Contents/Social and Behavioral Sciences), *Scopus*, *Historical Abstracts*, *Periodical Index Online*, *Ulrichs*, *ISOC*, *DICE*, *RESH*, *IN-RECH*, *Dialnet*, *MIAR*, *CARHUS PLUS+* y *Latindex*



Esta revista es miembro de ARCE

© Asociación de Historia Contemporánea
Marcial Pons, Ediciones de Historia, S. A.

ISBN: 978-84-15963-08-0

ISSN: 1134-2277

Depósito legal: M. 1.149-1991

Diseño de la cubierta: Manuel Estrada. Diseño Gráfico

Impreso en Madrid

2013

SUMARIO

DOSIER

LAS IZQUIERDAS RADICALES MÁS ALLÁ DE 1968

Emanuele Treglia, *ed.*

<i>Presentación</i> , Emanuele Treglia	13-20
«Hasta el fin». <i>Cultura revolucionaria y práctica armada en la crisis del franquismo</i> , Pau Casanellas	21-46
<i>Izquierda comunista y cambio político: el caso de la ORT</i> , Emanuele Treglia	47-71
<i>La «otra» izquierda radical: el movimiento libertario en la Transición</i> . Madrid, 1975-1982, Gonzalo Wilhelmi.....	73-97
<i>La nueva izquierda feminista, ¿matriz de cambio político y cultural?</i> , Raúl López Romo.....	99-121
<i>Génesis, estructuración e identidad del fenómeno maoísta en Portugal (1964-1974)</i> , Miguel Cardina	123-146
<i>La extrema izquierda en Francia e Italia. Los diferentes devenires de una misma causa revolucionaria</i> , Isabelle Sommer	147-169

ESTUDIOS

<i>Los falangistas de Escorial y el combate por la hegemonía cultural y política en la España de la posguerra</i> , Francisco Morente.....	173-196
<i>La penetración del Liberalismo Neoclásico en las Políticas de Gestión Económica Estadounidenses (1969-1971)</i> , David Sarias Rodríguez	197-221

ENSAYOS BIBLIOGRÁFICOS

<i>Biografías políticas de la España liberal</i> , Carlos Dardé.....	225-236
--	---------

HOY

<i>Orígenes y primeros años de la Asociación de Historia Contemporánea</i> , Miquel Àngel Marín Gelabert.....	239-250
---	---------

CONTENTS

DOSSIER

THE RADICAL LEFT BEYOND 1968

Emanuele Treglia, *ed.*

<i>Introduction</i> , Emanuele Treglia	13-20
<i>«To the end». Revolutionary culture and armed struggle during the crisis of Franco regime, 1968-1977</i> , Pau Casanellas	21-46
<i>Communist left and political change: the case of ORT</i> , Emanuele Treglia	47-71
<i>The «other» radical left: the libertarian movement in the Transition. Madrid, 1975-1982</i> , Gonzalo Wilhelmi.....	73-97
<i>New Left Feminism: Promoter of Political and Cultural Change?</i> , Raúl López Romo	99-121
<i>Genesis, structure and identity of the Maoist phenomenon in Portugal (1964-1974)</i> , Miguel Cardina	123-146
<i>The radical left in France and Italy. The different outcomes of the same revolutionary cause</i> , Isabelle Sommer.....	147-169

STUDIES

<i>The falangist of Escorial and the fight for the cultural and political hegemony in postwar Spain</i> , Francisco Morente.....	173-196
<i>The introduction of Neoclassical Liberalism in Economic Policy Making in the United States (1969-1971)</i> , David Sarias Rodríguez	197-221

BIBLIOGRAPHICAL ESSAYS

<i>Political biographies of Liberal Spain</i> , Carlos Dardé	225-236
--	---------

TODAY

<i>Contemporary History Association: Origins and early years</i> , Miquel Àngel Marín Gelabert	239-250
--	---------

DOSIER

LAS IZQUIERDAS RADICALES
MÁS ALLÁ DE 1968

Presentación

Emanuele Treglia

LUISS-CIHDE

El propósito de este dossier es analizar algunos rasgos que han caracterizado la experiencia de las izquierdas radicales que tomaron forma en el mundo occidental en el marco del «largo 68». Se trató de un fenómeno plural que se manifestó con denominadores comunes en numerosos países. Su surgimiento y evolución fueron fuertemente condicionados por unos complejos flujos de influencias que se establecieron tanto entre los actores y acontecimientos propios de los diferentes contextos nacionales de Europa del oeste y América del norte, como entre éstos y las profundas transformaciones que afectaban entonces al bloque soviético y al llamado Tercer Mundo. El declive del mito de la Unión Soviética, la descolonización, el nacimiento de nuevos Estados socialistas, el maoísmo, el «foquismo» guevarista, la guerra de Vietnam y la difusión de la obra de autores como Marcuse, Fanon y Gorz, fueron algunos de los principales elementos que influyeron en el imaginario colectivo y confluyeron en la configuración de las culturas revolucionarias de los años sesenta y setenta¹.

Las izquierdas radicales, que entendemos como aquellos grupos y organizaciones que se situaban entonces a la izquierda de los par-

¹ Para una panorámica del «largo 68» y de las izquierdas radicales surgidas en aquel entonces en Europa occidental y Estados Unidos véase Gerd-Rainer HORN: *The Spirit of '68. Rebellion in Western Europe and North America, 1956-1976*, Nueva York, Oxford University Press, 2007. Para un análisis de las transformaciones culturales véase Arthur MARWICK: *The Sixties. Cultural Revolution in Britain, France, Italy, and the United States, 1958-1974*, Nueva York, Oxford University Press, 1998.

tidos comunistas y socialistas tradicionales y consideraban la revolución como una perspectiva viable a corto-medio plazo, en España han sido objeto de escasa atención académica, especialmente por parte de los historiadores². Este monográfico nace, por tanto, de la idea de profundizar, aprovechando la distancia temporal de aquellos acontecimientos y la creciente disponibilidad de nuevas fuentes documentales, en el conocimiento de unos sujetos y dinámicas que han protagonizado una fase de nuestra historia reciente en la que, a los ojos de muchos, parecía que el mundo podía «cambiar de base»³.

Aunque sin pretensiones de exhaustividad, los seis artículos que se pueden leer a continuación han intentado abarcar múltiples aspectos de un abigarrado conjunto de teorías, estrategias y

² Los primeros y principales estudios generales sobre el tema han sido realizados en los noventa con un corte politológico y sociológico. Véanse Consuelo LAIZ: *La lucha final. Los partidos de la izquierda radical durante la transición española*, Madrid, La Catarata, 1995; José M. ROCA (ed.): *El proyecto radical. Auge y declive de la izquierda revolucionaria en España*, Madrid, La Catarata, 1994, e íd.: *Poder y pueblo. Un análisis del discurso de la prensa de la izquierda radical sobre la Constitución española de 1978*, tesis doctoral, Madrid, UCM, 1995. Estas obras se basaban en la prensa de las organizaciones radicales y en algunos testimonios. El primer trabajo importante fundamentado en el uso sistemático de fuentes inéditas procedentes de archivos públicos y privados ha sido el de Julio A. GARCÍA ALCALÁ: *Historia del «FELIPE» (FLP, FOC y ESBA). De Julio Cerón a la Liga Comunista Revolucionaria*, Madrid, CEPC, 2001. Entre las contribuciones historiográficas más recientes cabe destacar Ana DOMÍNGUEZ RAMA: «Orígenes y conformación del Partido Comunista de España (marxista-leninista)», en *Comunicaciones presentadas al II Congreso de Historia del PCE*, Madrid, FIM, 2007 (cd); íd.: «La violencia revolucionaria del FRAP durante el tardofranquismo», en Carlos NAVALES y Diego ITURRIAGA (eds.): *Novísima. Actas del II Congreso Internacional de Historia de Nuestro Tiempo*, Logroño, Universidad de La Rioja, 2010, pp. 393-410; Sophie BABY y Javier MUÑOZ: «El discurso de la violencia en la izquierda durante el último franquismo y la transición», en José Luis LEDESMA, Javier MUÑOZ y Javier RODRIGO (eds.): *Culturas y políticas de la violencia*, Madrid, Siete Mares, 2005, pp. 279-304; Jordi TERRÉS: «La izquierda radical española y los modelos del Este: el referente albanés en la lucha antifranquista», *Ayer*, 67 (2007), pp. 159-176; José L. MARTÍN RAMOS (ed.): *Pan, trabajo y libertad. Historia del Partido del Trabajo de España*, Barcelona, El Viejo Topo, 2011; Jordi MIR: «Salir de los márgenes sin cambiar de ideas. Pensamiento radical, contracultural y libertario en la Transición española», en Javier MUÑOZ (ed.): *Los intelectuales en la Transición*, dossier de *Ayer*, 81 (2011), pp. 83-108; Gaizka FERNÁNDEZ y Raúl LÓPEZ: *Sangre, votos, manifestaciones. ETA y el nacionalismo vasco radical*, Madrid, Tecnos, 2012, y Gonzalo WILHELM: *El movimiento libertario en la Transición. Madrid, 1975-1982*, Madrid, FSS, 2012.

³ Véase, por ejemplo, Manuel GARÍ, Jaime PASTOR y Miguel ROMERO (eds.): *1968. El mundo pudo cambiar de base*, Madrid, La Catarata, 2008.

tácticas. De hecho, se han tomado en consideración tanto las prácticas de violencia política como los nuevos movimientos sociales, y tanto la actuación de los marxista-leninistas como las vicisitudes de los libertarios en el posfranquismo. Además, si es cierto que la mayoría de los textos se centran en el caso español, se ha intentado dar cuenta de la dimensión internacional de las izquierdas revolucionarias introduciendo también estudios relativos a tres países cercanos, es decir, Portugal, Francia e Italia. Se han podido así examinar las experiencias radicales en el marco de diferentes tipos de regímenes políticos: dictatoriales, democráticos y en transición de una forma a otra.

El «68», más que como una sucesión de hechos que se produjeron en un año determinado, debe ser considerado como una serie de procesos sociales, políticos y culturales que se desarrollaron a lo largo de aproximadamente dos décadas, empezando a brotar a mitad de los cincuenta y acabando su trayectoria durante los setenta. Cabe señalar a este propósito que en la historiografía francesa se ha puesto en boga la expresión «los años 68», que tiene el mérito de hacer hincapié en la amplitud tanto espacial como cronológica del fenómeno⁴. A partir de 1955-1956, algunos sucesos de trascendencia internacional como el nacimiento del Movimiento de los Países No Alineados, el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), la crisis de Suez y la revolución cubana, sentaron las bases para el surgimiento del multifacético fenómeno de las llamadas «nuevas izquierdas» occidentales. Éstas presentaron, como rasgo común, la aspiración de replantear las teorías y prácticas socialistas, combinando elementos de variada procedencia, sobrepasando las líneas divisorias entre las distintas familias de las izquierdas históricas y rompiendo con las lógicas bipolares de la Guerra Fría⁵.

En esta perspectiva de larga duración, la fase 1967-1969 constituyó un periodo bisagra por lo menos, para lo que aquí nos interesa, bajo dos puntos de vista. En primer lugar, determinó que el

⁴ Geneviève DREYFUS-ARMAND *et al.* (eds.): *Les années 68. Le temps de la contestation*, París-Bruselas, IHTP-CNRS, 2000, y Michelle ZANCARINI-FOURNEL: *Le moment 68*, París, Seuil, 2008.

⁵ Massimo TEODORI: *Las nuevas izquierdas europeas, 1956-1976*, 3 vols., Barcelona, Blume, 1978; Michael KENNY: *The First New Left. British Intellectuals After Stalin*, Londres, Lawrence & Wishart, 1995; Jean-François KESLER: *De la gauche dissidente au nouveau Parti socialiste*, Toulouse, Privat, 1990, y Franco OTTAVIANO: *La rivoluzione nel labirinto*, vol. I, Soveria Mannelli, Rubbettino, 1993.

movimiento que había ido germinando hasta entonces, compuesto mayoritariamente por formaciones relativamente fluidas y eclécticas, diese paso a un conjunto de partidos políticos más rígidos, a nivel tanto organizativo como ideológico. En segundo lugar, desde finales de los sesenta se asistió a un notable incremento del recurso a la violencia política⁶.

Esta doble mutación, que en mayor o menor medida implicó una intensificación del grado de radicalismo de todas las izquierdas alternativas occidentales, y que ha llevado a muchos autores a formular una supuesta contraposición entre un pre-68 espontáneo y libertador, y un post-68 dogmático y tendencialmente coercitivo⁷, fue debida a varios factores. No se puede aquí enumerar los todos, pero sí hay que mencionar una reflexión que fue común a los diferentes grupos y contextos nacionales: dado que se consideraba que la revolución estaba al alcance de la mano, pero los métodos adoptados hasta entonces habían demostrado ser inadecuados para realizarla, se hacía necesario dar un «salto adelante», dotándose de un rigurosa intransigencia teórica y aumentando la disciplina organizativa, el esfuerzo y la disponibilidad al sacrificio (propio y de los demás). Si miramos el caso específico de España, cabe destacar la influencia que tuvo la escalada represiva puesta en marcha por el régimen del Caudillo a partir de 1967, que empujó a algunos sectores del antifranquismo a asumir una lógica de choque frontal con la dictadura y a criticar la línea seguida hasta entonces por los movimientos obrero y estudiantil, juzgándola demasiado abierta y «conciliadora».

En el marco de este proceso de radicalización se popularizaron en occidente formas de marxismo-leninismo críticas hacia el PCUS que pretendían ser portadoras de aquellos anhelos revolucionarios supuestamente abandonados tanto por la Unión Soviética de la coexistencia pacífica, que según dichas interpretaciones se había convertido a su vez en una potencia (social)imperialista, como por los Partidos Comunistas oficiales, más interesados en la integración en los sistemas democrático-liberales que en un cambio palin-

⁶ Sobre la relación entre movilización y violencia política véase, entre otros, el clásico de Donatella DELLA PORTA: *Il terrorismo di sinistra*, Bolonia, Il Mulino, 1990.

⁷ Esta cuestión ha sido debatida, entre otros, por Diego GIACHETTI: *Más allá del 68. Antes, durante y después del movimiento*, Barcelona, Virus, 2006.

genésico. El caso más significativo de comunismo «alternativo» fue el del maoísmo, que, de hecho, constituye un hilo rojo entre la mayoría de los artículos del presente dossier.

La República Popular China, desde que había abierto cautelosamente sus puertas a las primeras visitas de observadores extranjeros a mediados de los cincuenta, había empezado a conquistar las simpatías de importantes intelectuales y políticos europeos como Renato Panzieri, Ferruccio Parri, Simone de Beauvoir e Isabelle Blume. Sobre todo después de su cisma con la Unión Soviética a comienzos de los sesenta, el corpus doctrinal elaborado por Mao e institucionalizado en su régimen fue apareciendo como un nuevo modelo para la lucha revolucionaria y la construcción del socialismo. Si ya en 1963-1964 surgieron en occidente las primeras formaciones políticas orientadas explícitamente hacia Pekín, la imagen idealizada de la Revolución Cultural y las formulaciones del «Gran Timonel» a propósito de los «Tres Mundos» y de la guerra popular, entre otros elementos, convirtieron el maoísmo en el principal referente ideológico de los partidos radicales, violentos o no, que florecieron a finales de los sesenta y comienzos de los setenta. En este sentido se pueden mencionar, por ejemplo, Gauche Prolétarienne (GP) y Vive la Révolution (VLR) en Francia, Avanguardia Operaia (AO) y las Brigate Rosse (BR) en Italia, la Organización de Marxistas Leninistas Españoles (OMLE) y la Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT) en España, así como el Movimiento Reorganizativo do Partido do Proletariado (MRPP) y la Unidade Revolucionária Marxista-Leninista (URML) en Portugal⁸.

El «largo 68», como hemos señalado más arriba, se cerró durante los setenta. Desde mediados de la década, los partidos radi-

⁸ Roberto NICCOLAI: *Quando la Cina era vicina. La Rivoluzione Culturale e la sinistra extraparlamentare italiana negli anni '60 e '70*, Pisa, BFS, 1998; A. Bel-den FIELDS: *Trotskyism and Maoism. Theory and Practice in France and the United States*, Westport, Praeger, 1988; Robert J. ALEXANDER: *Maoism in the Developed World*, Westport, Praeger, 2001; Luca POLESE: «Pechino 1955. Intellettuali e politici europei alla scoperta della Cina di Mao», *Mondo Contemporaneo*, 3 (2010), pp. 55-89, y Julian BOURG: «The Red Guards of Paris: French Student Maoism of the 1960s», *History of European Ideas*, 31/4 (2005), pp. 472-490. Véase también Nanni BALESTRINI y Primo MORONI: *La borda de oro (1968-1977). La gran ola revolucionaria y creativa, política y existencial*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2006. Sobre la influencia del maoísmo en las BR y, más en general, sobre la identidad del revolucionario armado, véase Alessandro ORSINI: *Anatomia delle Brigate Rosse*, So-veria Mannelli, Rubbettino, 2010.

cales nacidos en los años anteriores en los países occidentales, incapaces de poner efectivamente en marcha aquella revolución que habían ido presentando como «objetivamente» próxima, en su mayoría se disolvieron o quedaron relegados a posiciones muy marginales. A la desmovilización y al declive de las esperanzas palingenésicas contribuyeron, como factores de orden internacional, la conclusión de la guerra de Vietnam en 1975 y la muerte de Mao en 1976. En España podemos afirmar que el «largo 68» se prolongó hasta 1980-1982, en la medida en que los grupos radicales intentaron influir sobre el proceso de transición a la democracia. En algunos países, como Italia, fue esencialmente la lucha armada la que continuó hasta los ochenta, una vez que el ciclo contestatario ya se había agotado.

Los artículos que componen este dossier, aun teniendo en cuenta las raíces de los fenómenos tratados, se centran sobre todo en la fase post-68, cuando las dinámicas radicales se profundizaron y afrontaron la definitiva prueba de la realidad. En su artículo, Pau Casanellas analiza tanto los componentes ideológico-culturales como el desarrollo concreto de las prácticas armadas en el crepúsculo de la dictadura franquista. Señala las influencias ejercidas por las luchas antiimperialistas y los movimientos de liberación nacional sobre la ascendente espiral de violencia que se produjo a partir de finales de los sesenta, y destaca también el hecho de que uno de los problemas de fondo de las prácticas armadas consistió en su creciente alejamiento respecto a las movilizaciones antifranquistas abiertas y de masas, sobre todo después de la muerte del dictador.

Quien escribe estas líneas examina la trayectoria de la ORT durante la Transición, tomándola como un caso a través del cual explorar las razones y los límites de unas alternativas que salieron vencidas del proceso de cambio democrático, entre ellas la búsqueda a ultranza de la ruptura, la lucha contra el pacto social o la reivindicación de un diferente modelo constitucional. La ORT demostró dificultades notables a la hora de flexibilizar su corpus doctrinal para adaptarlo al sistema que iba tomando forma, lo que llevó a una contradicción, cada día más patente, entre su identidad maoísta, que implicaba, por ejemplo, la defensa del estalinismo, y sus aspiraciones a participar plenamente en el nuevo régimen de democracia parlamentaria. Al mismo tiempo demostró un elevado sectarismo que le impidió aunar fuerzas con otros partidos afines antes de que fuera ya demasiado tarde.

Dado que el dossier no quiere limitarse a los marxista-leninistas, Gonzalo Wilhelmi aborda la «otra» izquierda radical, es decir, el movimiento anarquista, en una contribución centrada en las vicisitudes de los diferentes sectores libertarios madrileños durante la Transición. Por un lado, el autor analiza los problemas relativos a la reconstrucción de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) en una realidad en que el anarcosindicalismo tenía lazos muy débiles con el nuevo movimiento obrero surgido en los sesenta. Por el otro, evidencia las aportaciones de los anarquistas a ámbitos no sindicales, como, por ejemplo, la lucha de los presos comunes o la búsqueda de formas de vida alternativas en ateneos y comunas urbanas. El movimiento libertario, de hecho, presentó dos caras no siempre conciliables: una clásica, que se remontaba a los años treinta, y otra que aparecía como fruto de las nuevas ideas y praxis introducidas al calor del «largo 68».

Las izquierdas radicales contribuyeron al planteamiento de nuevos temas y modelos socio-culturales que estuvieron en el origen de los nuevos movimientos sociales. Más allá de lo material y de la esfera política propiamente dicha surgieron cuestiones que afectaban el terreno de la moral y de las identidades individuales. Raúl López Romo examina en su artículo el caso del movimiento feminista que movió sus primeros pasos en la España de los setenta: ya no se trataba de luchar sólo contra el estado burgués o el capitalismo, sino también contra el milenarismo sistema patriarcal. El autor subraya como, en el «largo 68», se abrió así un replanteamiento profundo de los roles masculino-femenino y de sus relaciones recíprocas: unas cuestiones que todavía hoy en día ocupan una posición importante en nuestra agenda pública.

Desplazando la mirada fuera de España, el texto de Miguel Cardina, además de trazar un mapa de las principales organizaciones que adoptaron el modelo chino durante la última década del Estado Novo (1963-1974), ilustra los que fueron los caracteres propios del maoísmo lusitano en ese periodo. El hecho de que Portugal mantuviera un conflicto prolongado en sus colonias para no renunciar a su imperio hizo que allí las teorías tercermundistas cobraran especial relevancia y encontraran formas de aplicación práctica inmediata. Efectivamente, entre las peculiares actividades de los grupos maoístas portugueses destacó la llamada «guerra a la guerra», realizada, por ejemplo, a través de la creación de comités de desertores.

Finalmente, Isabelle Sommier realiza una comparación entre las diferentes evoluciones de la violencia política de la extrema izquierda en Francia e Italia después de 1968. La autora se pregunta cómo ha sido posible que, a pesar de que en ambos países se había ido creando un discurso común de legitimación del recurso a la lucha armada, en Italia el fenómeno se prolongara hasta los años ochenta y produjera centenares de víctimas, mientras que en Francia se había agotado ya en la primera mitad de los setenta. La autora reconduce esta profunda diferencia a varios factores, como la mayor represión ejercida por el Estado italiano sobre los movimientos contestatarios y, siempre en el caso de Italia, la existencia de un sistema político que parecía bloqueado y, por tanto, no dejaba entrever la posibilidad de un cambio político realizado a través de vías pacíficas.

En el «largo 68» en ningún país occidental se produjeron transformaciones que sobrepasaran el marco liberal-democrático y, sobre todo con la llegada de los años ochenta, las perspectivas palingenésicas perdieron el atractivo que habían ejercido desde el siglo XIX, desapareciendo sustancialmente del horizonte de nuestras sociedades contemporáneas. Sin embargo, como está demostrando el ciclo de protestas que se ha abierto desde 2010, todavía tiene vigencia una de las aspiraciones de fondo expresadas, aunque con las contradicciones y sombras que se verán a continuación, por las izquierdas radicales hace cuarenta años: la búsqueda de una mayor participación de los individuos, de las masas, del pueblo, de los ciudadanos (o cualquier otro término que se prefiera utilizar para designar el sujeto de base), en la esfera pública.

«Hasta el fin». Cultura revolucionaria y práctica armada en la crisis del franquismo

Pau Casanellas

Instituto de História Contemporânea-FCSH-UNL *

Resumen: Desde las ciencias sociales a menudo se ha explicado el surgimiento de la práctica armada otorgando una especial importancia a la «estructura de oportunidades políticas». El presente artículo trata, por el contrario, de analizar el nacimiento y asentamiento de este fenómeno en España durante los últimos años del franquismo prestando atención tanto a la cultura revolucionaria de la que bebían las organizaciones que tomaron las armas como a su dinámica política, contemplada dentro de la dinámica general del antifranquismo y de las corrientes de la izquierda revolucionaria en particular. En este último terreno son también tomadas en cuenta las interacciones de esos núcleos militantes con la política estatal, en especial en su vertiente represiva.

Palabras clave: lucha armada, izquierda revolucionaria, antifranquismo, culturas políticas, represión.

Abstract: Social scientists have often explained the emergence of armed struggle focusing on the «political opportunity structure». Instead of that, this paper tries to analyze the rise and consolidation of armed insurgency in Spain during the last years of Franco regime by considering the revolutionary culture in which the organizations that took arms were framed, as well as its political dynamics, regarded as a part of the general dynamics of anti-Francoism and of revolutionary left in par-

* Faculdade de Ciências Sociais e Humanas-Universidade Nova de Lisboa. Este trabalho se ha llevado a cabo en el marco del programa de Bolsas de Pós-Doutoramento (BPD) financiado por la Fundação para a Ciência e a Tecnologia (FCT).

ricular. As for these dynamics, the relation of these militant groups with State policy —especially with repression— is also considered.

Keywords: armed struggle, revolutionary left, anti-Francoism, political cultures, repression.

La sociedad occidental de finales de la década de los sesenta era, en el plano económico y social, significativamente distinta de la de 1945, de la misma manera que la España de esos mismos años difería sensiblemente del país de miseria de la inmediata posguerra. El importante crecimiento registrado en las casi tres décadas «doradas» que siguieron a la Segunda Guerra Mundial —ola a la que el régimen de Franco sólo se incorporó tardíamente y casi a pesar suyo— contribuyó a fijar en muchos países los cimientos de una sociedad de consumo que, combinada con las protecciones del Estado asistencial, hacía cada vez más aparente el contraste con las condiciones de vida de los países del bloque oriental. En ese contexto, varios autores se afanaron en proclamar el desvanecimiento de las divisorias de clase en las sociedades occidentales, caracterizadas como posindustriales, así como el fin de la confrontación ideológica en su seno. Según una de las formulaciones que más fortuna hizo, la ideología, que anteriormente había sido «el camino de la acción», se convirtió en un «término muerto»¹, mientras que una de las plumas doctrinales del franquismo del desarrollismo la caracterizaba como «reaccionarismo noctívago y retorno a situaciones en feliz trance de superación», como «una forma de primitivismo social» enfrentada a la razón².

Más allá de la constatación, de la descripción, subyacía en esas formulaciones un empeño moral, generalizado ya desde los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial: la preocupación para evitar el retorno al absurdo del crimen total de la primera mitad de la centuria, atribuido a utopías, milenarismos y totalitarismos³. Fascismo, comunismo y, en menor medida, anarquismo aparecían así como los grandes responsables de la sangre vertida a lo

¹ Daniel BELL: *El fin de las ideologías*, Madrid, Tecnos, 1964 [1960], p. 542.

² Gonzalo FERNÁNDEZ DE LA MORA: *El crepúsculo de las ideologías*, Madrid, Rialp, 1965, pp. 17 y 143.

³ Buena muestra de la amplia penetración de esa inquietud moral son las tentativas filosóficas de trazar una genealogía del totalitarismo elaboradas por Albert CA-

largo del novecientos. La «revolución permanente» equiparada a la selección racial⁴. Como alternativa a esos absolutos, como respuesta a los fines utópicos, tomó cuerpo la apuesta por una política de los medios. En esa lógica se inscribía la fórmula recetada por Joseph A. Schumpeter en 1942: una democracia sustentada no ya en la voluntad del pueblo y el bien común, sino concebida como un instrumento, como un mecanismo de competencia y alternancia entre elites; la democracia no ya como fin en sí misma, sino como método⁵. Y un patrón parecido seguía el «pluralismo de valores» prescrito por Isaiah Berlin en 1958. Ante las «categorías o ideales absolutos» y los excesos a que éstos habrían llevado, la preeminencia de las libertades civiles o negativas. No más aspiraciones de clase, esperanzas del pueblo o panaceas para los problemas de la humanidad, solamente intereses individuales, los únicos reales⁶.

Las ideologías habían sido enterradas, pero ¿realmente habían fenecido? Bien pronto quedaría claro que no. Así lo constató el resurgir de la conflictividad social que experimentaron los países del ámbito occidental especialmente desde la segunda mitad de los años sesenta. A partir de finales de la década, además, ese fenómeno estuvo acompañado por la emergencia de formas de violencia política, práctica que se consolidaría a lo largo de los setenta en una progresión constante, tanto en el ámbito internacional como en el español. Si el contexto social y económico llevaba aparejado el «fin de las ideologías», ¿de dónde surgía ese impulso hacia la práctica armada? ¿De dónde la conflictividad y la radicalización en que se enmarcó?

Más allá de las estructuras

Una apreciación inicial resulta obligada: el acento que se acostumbra a poner en las transformaciones sociales suscitadas por el crecimiento económico de los años cincuenta y sesenta —que las

MUS: *El hombre rebelde*, Madrid, Alianza, 1982 [1951], y Hannah ARENDT: *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Taurus, 1974 [1951].

⁴ Hannah ARENDT: *Los orígenes...*, pp. 480-481.

⁵ Joseph A. SCHUMPETER: *Capitalismo, socialismo y democracia*, Madrid, Aguilar, 1968 [1942], parte cuarta.

⁶ Isaiah BERLIN: «Dos conceptos de libertad» [1958], en *id.*: *Cuatro ensayos sobre la libertad*, Madrid, Alianza, 1988, pp. 187-243.

hubo, y de una gran importancia— hace que a menudo se pasen por alto las continuidades. Aunque la tendencia de cambio era palpable, como atestiguaban el despoblamiento del mundo rural y la expansión del sector terciario y de la industria de bienes de consumo, quizá se quiso despachar a la sociedad industrial demasiado tempranamente. De hecho, el ensanchamiento de los servicios fue paralelo a la consolidación y desarrollo del sector industrial, por lo que con justicia se ha hablado, en referencia a esas décadas, del «espejismo del hundimiento de la clase obrera»⁷. Ciertamente, los trabajadores de cuello blanco eran cada vez más, pero no estaban solos. En lo que atañe al contexto español, a pesar de la impronta que dejó el desarrollismo, la situación no era todavía equiparable a la de los países con una industrialización avanzada. De 1950 a 1975, el porcentaje de empleados de la industria creció progresivamente, pasando de un 27 a un 48 por 100. Y a pesar de que el volumen de trabajadores no manuales pasó, de 1965 a 1975, del 20 al 27 por 100, su peso continuaba siendo relativamente limitado⁸. De manera que España no se convirtió en los años sesenta de ninguna forma en un país posindustrial y de clases medias. Y no es hasta finales de la década cuando por fin puede hablarse del inicio del consumo de masas en la sociedad española⁹. Pero ¿nos dicen verdaderamente tanto los índices de terciarización de un país o su caracterización o no como sociedad industrial? ¿Hasta qué punto es posible determinar, a partir de la estructura social, fenómenos políticos como la conflictividad social o la violencia?

Además de dar una importancia seguramente excesiva a la estructura social, desde las ciencias sociales demasiadas veces se ha tendido a explicar la violencia política focalizando la atención en la «estructura de oportunidades políticas», esto es, en las oportunidades y constricciones que ofrece el sistema político institucional en el que se desarrolla un actor dado (en este caso, las organizaciones armadas)¹⁰. Desde esa perspectiva se ha argumentado que las de-

⁷ Eric J. HOBBSBAWM: *Historia del siglo XX. 1914-1991*, 6.ª ed., Barcelona, Crítica, 2003, p. 305.

⁸ Carme MOLINERO y Pere YSÀS: *Productores disciplinados y minorías subversivas. Clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista*, Madrid, Siglo XXI, 1998, pp. 58-59.

⁹ Fundación FOESSA: *Informe sociológico sobre la situación social de España. 1970*, Madrid, Euramérica, 1970, pp. 291 y ss.

¹⁰ Se prescinde aquí de otros enfoques centrados en los condicionantes psi-

mocracias parlamentarias constituirían un terreno abonado para el despliegue inicial de la práctica armada, al tratarse de formas de gobierno sustancialmente tolerantes que tienden a ofrecer amplias libertades y, por tanto, mayores facilidades a la movilización¹¹. Así, la estabilización política y el clima general de libertad imperante en los países occidentales desde 1945 habrían favorecido el auge de la cultura inconformista y convertido esas sociedades en más vulnerables ante la violencia política, al haberse relajado la capacidad de prevención y represión del Estado¹².

También esos modelos explicativos presentan, sin embargo, algunos problemas. Una primera objeción nos la ofrece el propio ejemplo español, puesto que tanto la cultura revolucionaria como la práctica armada echaron raíces bajo el franquismo, en un contexto dictatorial bien alejado de la mayoría de regímenes parlamentarios de la Europa occidental. Ante esa evidencia se ha argumentado que no solamente las democracias liberales, sino también las dictaduras «autoritarias» con crisis de legitimidad o en proceso de liberalización serían propicias para el surgimiento de la violencia política, lo que pretendidamente encajaría con la aparición de esa forma de protesta en las postrimerías del franquismo¹³. Dejando de lado la problemática diferenciación entre regímenes «totalitarios» y «autoritarios», una vez más los hechos cuestionan la teoría: ni el franquismo estaba liberalizándose a finales de los sesenta (todo lo contrario, estaba entrando en una fase de repliegue e intensificación de la represión), ni la oposición armada a la dictadura fue exclusiva de esa época (¿cómo se explicaría, entonces, la presencia del maquis en los años cuarenta y cincuenta?).

cológicos de las personas implicadas en acciones de violencia, entre los que, sin ningún ánimo de exhaustividad, pueden destacarse las teorías de la privación relativa (cuyo máximo representante es Ted R. GURR: *Why Men Rebel*, 3.ª ed., Princeton, Princeton University Press, 1972) o autores como Walter LAQUEUR: *Terrorismo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1980, e íd.: *Una historia del terrorismo*, Barcelona, Paidós, 2003, quien ha hecho hincapié en el fanatismo, la agresividad o la alienación de los «terroristas». Pese a su innegable influencia, ese tipo de formulaciones han tendido a ser superadas.

¹¹ Véanse, por ejemplo, en esa línea, Paul WILKINSON: *Terrorism and the Liberal State*, 2.ª ed., Nueva York, New York University Press, 1986, cap. 6, y Fernando REINARES: *Terrorismo y antiterrorismo*, Barcelona, Paidós, 1998, pp. 58-68.

¹² Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: *El laboratorio del miedo. Una historia general del terrorismo, de los sicarios a Al Qaeda*, Barcelona, Crítica, 2013, pp. 380 y 461.

¹³ Fernando REINARES: *Terrorismo y antiterrorismo*, pp. 63-64.

Por otra parte, ¿fueron las democracias parlamentarias posteriores a la Segunda Guerra Mundial realmente tan generosas en el reconocimiento de libertades? ¿Fueron verdaderamente tan permisivas con los «extremismos»? Bien al contrario, y a pesar de los aires democratizadores que prevalecieron en la inmediata posguerra, el clima de Guerra Fría propició un cerco cada vez mayor ya no solamente a los propugnadores o legitimadores de formas de protesta violentas, sino incluso a los que abogaban por formas de gobierno más democráticas y participativas. En esa lógica se inscribieron, aunque con acentos particulares, el «programa de fidelidad» establecido en el Reino Unido tras la contienda mundial; el llamado *Adenauererlass* (decreto Adenauer), de septiembre de 1950, que prohibía a los empleados públicos de la República Federal de Alemania (RFA) pertenecer a ciertas organizaciones políticas; la sentencia de febrero de 1954 del Tribunal de Casación de ese mismo país en la que se atribuía a la huelga un carácter violento; la ilegalización del Partido Comunista de Alemania en 1956 (impulsada por el gobierno federal ya en 1951), o la creación en Francia, en enero de 1963, del Tribunal de Seguridad del Estado. En esos mismos años emergieron con claridad, asimismo, los límites de la primavera democratizadora posterior a la derrota militar de los fascismos. Tal tendencia quedó reflejada en las diferencias entre las Constituciones francesa (1946) e italiana (1948) y la posterior Ley Fundamental de Bonn (1949), así como en la limitación o sustitución de algunos de los sistemas electorales proporcionales de la Europa continental (en la RFA en 1953, en Francia en 1958), reformas a las que en ocasiones se añadió la pérdida de efectividad de los derechos sociales constitucionalmente reconocidos¹⁴.

Igualmente, algunos de los acontecimientos políticos de los años sesenta ayudaron en gran medida a fomentar el desapego respecto a las instituciones parlamentarias. Y quizás tan importante como los hechos fue la lectura que de ellos se hizo. Situaciones como la formación de la «gran coalición» alemana de 1966-1969 hacían casi real la imagen de la «sociedad cerrada» conceptualizada —con algo

¹⁴ Sobre estos aspectos véanse Gerardo PISARELLO: *Un largo Termidor. La ofensiva del constitucionalismo antidemocrático*, Madrid, Trotta, 2011, cap. 4, y Luciano CANFORA: *La democracia. Historia de una ideología*, Barcelona, Crítica, 2004, caps. 13-15.

de tino y bastante de palabrería— por Herbert Marcuse¹⁵, mientras que la guerra de Vietnam y, en general, la política exterior de Estados Unidos hicieron patente la cara más cruda, más «fea», del capitalismo. De manera similar, a medida que iba avanzando la descolonización se expandió la idea de que la opulencia de los países ricos se sustentaba en la opresión del Tercer Mundo. Fuera ello exacto o no, resultaba evidente la existencia de una grieta, de una distancia insalvable entre el discurso dominante y los hechos que éste encerraba, a lo que se sumaba la convicción, expresada por Fanon ya en 1961, de que «en la época del *sputnik* es ridículo morir de hambre»¹⁶. Precisamente la percepción de la propia opulencia en los países industrializados avanzados llevaba aparejada la convicción de que un mundo sin hambre, sin opresión, ya no era ninguna quimera, sino una meta técnicamente realizable: nos encontrábamos ante el «final de la utopía»¹⁷. Entonces más que en ninguna otra época histórica aparecía como satisfecho el requisito imprescindible para el éxito revolucionario que Kropotkin había señalado a finales del siglo XIX en *La conquista del pan*: la viabilidad material¹⁸.

Esa confluencia de percepciones (de la injusticia imperante y de la posibilidad de acabar con ella), que está en la base de la irrupción de la cultura contestataria de los años sesenta, coincidió con la forja de una cultura revolucionaria que arraigó en círculos militantes reducidos, pero de cierta importancia e influencia social. A pesar del indudable peso ejercido por las mejoras en el nivel de vida y la consolidación de la democracia parlamentaria en los países del ámbito occidental, circunstancias que parecían idóneas para impedir violencias de cualquier tipo, no eran únicamente los índices de crecimiento económico y el reconocimiento de derechos y libertades aquello que determinaba el comportamiento de los militantes que protagonizaron el auge de formas radicales de protesta desde finales de la década de los sesenta. Ejercieron gran influencia sobre éstos, por un lado, los múltiples procesos revolucionarios de descolonización, emancipación nacional y lucha antidictatorial, en especial las revoluciones china, cubana, argelina y vietnamita. Por otro

¹⁵ Herbert MARCUSE: *El hombre unidimensional*, Barcelona, Ariel, 1987 [1964].

¹⁶ Frantz FANON: *Los condenados de la tierra*, México DF, FCE, 1965 [1961], p. 66.

¹⁷ Herbert MARCUSE: *El final de la utopía*, Barcelona, Ariel, 1968 [1967].

¹⁸ Piotr KROPOTKIN: *La conquista del pan*, Madrid, Júcar, 1977 [1892].

lado, tanto las nuevas formulaciones de los partidos comunistas como el alejamiento del marxismo por parte de la socialdemocracia parecían dejar huérfana la causa de la revolución en unos momentos de deshielo en la Unión Soviética y de germinación de comunistas disidentes. Fue en ese marco en el que la apuesta por la violencia, también en España, volvió a tomar cuerpo. Aunque, de hecho, nunca había desaparecido del todo.

Entre las luchas antiimperialistas y la insurrección del proletariado

El afianzamiento del franquismo a partir de finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta estuvo acompañado por la mengua de la guerrilla que lo había combatido desde la inmediata posguerra. Sin embargo, a pesar de la práctica desaparición de la lucha armada antifranquista, siempre a lo largo de los cuarenta años de dictadura hubo quienes estuvieron dispuestos a enfrentarse a ella con las armas.

En los medios anarcosindicalistas, después del abandono de la guerrilla por parte del sector ortodoxo de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) desde 1951, el impulso de un grupo de militantes hizo que en 1959, en el pleno celebrado en Vierzon, se aprobara por sorpresa un «dictamen secreto» según el cual se daría apoyo al grupo de Quico Sabaté para que se desplazara al interior. También a raíz del impulso de esos militantes y al calor de la reunificación entre las dos tendencias del movimiento, en el Congreso de Limoges de 1961 se creó Defensa Interior, organismo que debería reanudar el activismo armado y que estuvo detrás de la colocación de algunos artefactos explosivos a lo largo de 1962. No deja de ser significativo que los más partidarios de retomar las armas fuesen jóvenes del exilio que habían estado en contacto con viejos militantes, quienes les habían transmitido una cultura política en la que la violencia jugaba un peso importante, algo que contrastaba con la postura de los militantes del interior, mayoritariamente reacios a la vía armada¹⁹. Igualmente, el renacer del espíritu de la acción directa

¹⁹ Ángel HERRERÍN: «El recurso a la violencia en el movimiento libertario», en Javier MUÑOZ SORO, José Luis LEDESMA y Javier RODRIGO (coords.): *Culturas y políticas de la violencia. España siglo XX*, Madrid, Siete Mares, 2005, pp. 231-250.

entre los exiliados anarcosindicalistas españoles se nutrió de experiencias tercermundistas, como el derrocamiento de las dictaduras de Marcos Pérez Jiménez (en Venezuela, en enero de 1958) o de Fulgencio Batista (en Cuba, justo un año después)²⁰.

Una de las organizaciones sobre las que más huella dejaron las experiencias revolucionarias del Tercer Mundo fue el Frente de Liberación Popular (FLP). La dirección del *Felipe* comparaba la economía franquista con la de los países tercermundistas, en los que las acciones armadas y el apoyo popular derribaban a gobiernos autocráticos, y veía en el fracaso de las convocatorias huelguísticas de 1958 y 1959 la confirmación de las limitaciones de la movilización pacífica. La organización debatió la creación de focos guerrilleros, así como la posibilidad de llevar a cabo un desembarco como el del Granma, y hasta llegó a realizar una compra de armamento, pero progresivamente fue abandonando la perspectiva guerrillera y dando una mayor importancia a las acciones de masas y a la acción sindical²¹.

Algo más de arraigo en la práctica tuvo la lucha armada de inspiración antiimperialista en el caso del Directorio Revolucionario Ibérico de Liberación (DRIL), organización de carácter antifascista (antifranquista y antisalazarista) que tomó notable protagonismo a raíz del asalto al buque portugués Santa María, en enero de 1961. Anteriormente, el DRIL había hecho estallar algunas cargas explosivas en España. Uno de los artefactos, colocado el 27 de junio de 1960 en San Sebastián, provocó la muerte de una niña un día después²².

²⁰ Octavio ALBEROLA y Ariane GRANSAC: *El anarquismo español y la acción revolucionaria (1961-1974)*, Barcelona, Virus, 2004, caps. 1-2.

²¹ Julio Antonio GARCÍA ALCALÁ: *Historia del Felipe (FLP, FOC y ESBA). De Julio Cerón a la Liga Comunista Revolucionaria*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2001, pp. 101-113, y Eduardo G. RICO: *Queríamos la revolución. Crónicas del Felipe (Frente de Liberación Popular)*, Barcelona, Flor del Viento, 1998, pp. 91-93.

²² Pese a que en ocasiones se ha atribuido esa muerte a ETA, hay muy pocas dudas sobre la autoría del DRIL. La prensa del momento (*Le Monde*, 30 de junio de 1960, p. 5) así lo consignó, y años después uno de los principales activistas de la organización, José Fernandes, lo confirmaría. Véase José SOTOMAYOR [José Fernandes]: *Yo robé el Santa María*, Madrid, Akal, 1978, p. 86. Véase también Xurxo MARTÍNEZ CRESPO: «Biografía de José Fernandes “Comandante Soutomaior”», en José FERNANDES: *24 homens e mais nada. A captura do Santa Maria*, Santiago de Compostela, Abrente, 2010, p. 24.

También desde el nacionalismo vasco se tuvo muy presente el referente anticolonialista. Tras su nacimiento como organización en 1959, se produjo en el seno de Euskadi ta Askatasuna (ETA), entre 1962 y 1965, una progresiva adopción del tercermundismo y de la estrategia guerrillera. Tuvo un importante papel en ese proceso la difusión —con el seudónimo de Sarrailh de Ihartza— de los textos de Federico Krutwig *Vasconia* y *La insurrección en Euskadi*. Tras un periodo de vivo debate interno, las tesis tercermundistas terminaron por imponerse en la V Asamblea (diciembre de 1966-marzo de 1967), en la que fue adoptado, asimismo, el «nacionalismo revolucionario» de Mao, que daba pie a la puesta en práctica del principio acción-reacción-acción. La aparente coincidencia entre la caracterización del País Vasco como país ocupado hecha por la organización y la política de opresión franquista hacía casi verosímil el «espejismo colonial» y contribuyó a su afianzamiento²³.

Ascendente maoísta y símil colonial estuvieron igualmente presentes en las dos organizaciones de izquierda revolucionaria de ámbito español que más ahondarían en la práctica armada: el Partido Comunista de España (marxista-leninista) [PCE(m-l)] y la Organización de Marxistas Leninistas Españoles (OMLE), posteriormente Partido Comunista de España (reconstituido) [PCE(r)]. Tanto la «dominación yanqui» como la necesidad de una «guerra popular» —concepto de resonancias maoístas— constituyeron dos de los principales ejes sobre los que se articuló ideológicamente el PCE(m-l)²⁴, hasta el punto de que, como recordaba un exmilitante de primera hora sobre su «personal visión tercermundista», ésta era, «por encima de todo, antiimperialista más que anticapitalista»²⁵. El mimetismo con las experiencias china y albanesa llevaría al partido a impulsar el Frente Revolucionario Antifascista y Patriota (FRAP), formalmente constituido en 1973 y que, en realidad, era una mera pantalla del PCE(m-l). Por su parte, la

²³ Gurutz JAUREGUI: *Ideología y estrategia política de ETA. Análisis de su evolución entre 1959 y 1968*, Madrid, Siglo XXI, 1981, cap. 13.

²⁴ Ana DOMÍNGUEZ RAMA: «¿Revolución o reconciliación? Orígenes y conformación del Partido Comunista de España (marxista-leninista)», en Manuel BUENO (coord.): *Comunicaciones del II Congreso de Historia del PCE: de la resistencia antifranquista a la creación de Izquierda Unida. Un enfoque social* [cd-rom], Madrid, FIM, 2007, pp. 13-15.

²⁵ Lorenzo PEÑA: *¡Abajo la oligarquía! ¡Muera el imperialismo yanqui! Anhelos y decepciones de un antifascista revolucionario*, Brenes, Muñoz Moya, 2011, p. 95.

OMLE ponía el acento en la necesidad de creación de un «frente popular antifascista y antimonopolista»²⁶. Anidaba en ambas formaciones un evidente nacionalismo español, que tomaba como referente los símbolos republicanos y buscaba fundamentarse en su carácter popular²⁷.

Especial influencia sobre las organizaciones de la izquierda radical española ejerció la profusión de experiencias armadas en América Latina, aunque las teorizaciones y el debate sobre las condiciones para el arraigo de la guerrilla que las acompañaron tuvieron aquí un eco mucho menor. Las tesis del Che y de Régis Debray, difusores del foquismo, habían encontrado allí su reverso en el *Minimanual del guerrillero urbano*, del brasileño Carlos Marighella²⁸, y una contestación frontal por parte de autores como Abraham Guillén. Si para los primeros la guerrilla, concebida como vanguardia del movimiento, podía crear las condiciones para el éxito revolucionario y tenía razón de ser únicamente en contextos rurales de países subdesarrollados²⁹, Guillén veía un contrasentido en esta última pretensión, al estar concentrándose la población —y, por tanto, las contradicciones económicas, políticas y sociales— en las grandes ciudades, a la vez que criticaba el vanguardismo y la preocupación exclusivamente militar y táctica inherentes a la teoría del «foco»³⁰.

A todos esos referentes se sumaba, por otra parte, una lectura marxista que entendía que cuando la revolución no se plantea

²⁶ Lorenzo CASTRO MORAL: «La izquierda armada: FRAP y GRAPO», en Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA (ed.): *Políticas del miedo. Un balance del terrorismo en Europa*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002, pp. 334-336.

²⁷ Significativamente, un exmilitante del PCE(r) refiere la inculcación de la «sacrosanta unidad de España» en las formaciones del partido. Véase Félix NOVALES: *El tazón de hierro. Memoria personal de un militante de los GRAPO*, Barcelona, Crítica, 1989, p. 51. Y un buen ejemplo del nacionalismo español subyacente en los militantes del PCE(m-l) puede encontrarse en Lorenzo PEÑA: *¡Abajo la oligarquía!...*

²⁸ El *minimanual* de Marighella se publicaría en 1969, tras el fracaso de la experiencia boliviana y el asentamiento de las primeras bases guerrilleras en Brasil. El texto tomaría fama mundial y sería rápidamente traducido a multitud de idiomas. En castellano pudo encontrarse bien pronto dentro de Carlos MARIGHELLA: *Acción libertadora*, París, François Maspero, 1970.

²⁹ Ernesto GUEVARA: *La guerra de guerrillas*, Madrid, Júcar, 1977 [1960], y Régis DEBRAY: *¿Revolución en la revolución?*, Cochabamba, Oficina de Poligrafiados de la Universidad, s. f. [1966].

³⁰ Véanse sus principales tesis en Abraham GUILLÉN: *Estrategia de la guerrilla urbana*, Montevideo, Manuales del Pueblo, 1966, e *id.*: *Desafío al Pentágono. La guerrilla latinoamericana*, Montevideo, Andes, 1969.

«con pleno radicalismo, *hasta el fin*, el movimiento revolucionario no logra conseguir sus auténticos objetivos»³¹. Ese tipo de planteamiento, que remitía a la polémica entre mencheviques y bolcheviques durante la revolución rusa de 1905³² o a las proclamas de Mao en el tramo final de la guerra civil china³³, se combinaba con la tendencia a poner en primer plano la inevitabilidad de la violencia para poner fin a la sociedad de clases. Se asumía —de esa manera lo formulaba la OMLE— que «las guerras serán inevitables mientras exista el capitalismo, mientras la sociedad continúe dividida en clases, mientras exista la explotación del hombre por el hombre»³⁴, así como la consiguiente —e ineludible— reivindicación de la insurrección armada. Según el órgano de expresión del Partido Comunista de España (internacional) [PCE(i)], la organización de la violencia había sido «históricamente la base de todas las conquistas del proletariado»³⁵. Puesto que la lucha de clases no podía entenderse sin violencia, la renuncia a ella era percibida como un signo inequívoco de revisionismo, de abandono de los postulados del marxismo. Dejar de lado la violencia implicaba dejar de lado la causa de la clase trabajadora³⁶.

La situación política internacional brindaba también un pretexto para esas críticas. Por una parte, el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética y la desestalinización fueron interpretados como una marcha atrás en la construcción del so-

³¹ «Revolución hasta el fin. (Prólogo inédito del mamotreto del mismo título, Barcelona, 1970-1971)» (borrador). El texto *Revolución hasta el fin* fue elaborado principalmente por Santi Soler Amigó por encargo de Plataformas de Comisiones Obreras, fruto de la voluntad de éstas de dotarse de una fundamentación teórica antivanguardista, e intentaba a tal fin plantear una alternativa al leninismo desde el marxismo revolucionario. Sergi ROSÉS CORDOVILLA: *El MIL: una historia política*, Barcelona, Alikornio, 2002, pp. 69-72.

³² Vladímir Ilich LENIN: *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*, Moscú, Progreso, 1977 [1905].

³³ MAO TSE-TUNG: «Llevar la revolución hasta el fin» [1948], en *Obras escogidas de Mao tse-tung*, t. IV, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1976, pp. 311-320.

³⁴ ÁLVAREZ: «Las guerras justas y las injustas», *Bandera Roja*, 3 (junio-julio de 1969), p. 4.

³⁵ «La base de una práctica revolucionaria: organizar la violencia del proletariado», *Mundo Obrero* (segunda quincena de marzo de 1968), p. 11.

³⁶ Elena ODENA: «Editorial», *Revolución Española*, 1 (cuarto trimestre de 1966), p. 3.

cialismo. Por otra, la política de «coexistencia pacífica» puesta en práctica por Jruschov y heredada por Bréznnev a partir de 1964, así como el escenario de *détente* resultante, eran vistos como una renuncia al carácter de clase de la Guerra Fría y como una concesión a la política imperialista de Estados Unidos con el interés de impedir el desarrollo de las luchas revolucionarias y de liberación nacional³⁷. En España, el grueso de las críticas se las llevaba la política de «reconciliación nacional», proclamada por el Partido Comunista de España (PCE) en 1956. Al propagarse en ella la supresión de la dictadura por vía pacífica, la declaración habría dado paso —similarmente a lo ocurrido en el marco del enfrentamiento bipolar— a una distensión o aflojamiento de la lucha antifranquista. Desde la óptica de quienes hacían la crítica, lo importante era que el PCE había dejado atrás una de las ideas fuerza del imaginario comunista, el asalto al poder a través de la insurrección armada (como de hecho ya había demostrado en la práctica la retirada del apoyo prestado al maquis). Si el PCE y los partidos comunistas de la Europa occidental parecían estar apartando progresivamente tanto la noción de *dictadura del proletariado* como la de *dominación*, así como poniendo el acento cada vez más en la lucha por la *hegemonía*, desde las organizaciones de izquierda revolucionaria la tendencia era la contraria. Tal como proclamaba el texto de referencia del PCE(i) sobre la práctica insurreccional: «En general, *las formas de dominio preceden y condicionan a las formas de hegemonía*»³⁸.

Los acontecimientos de mayo y junio de 1968 en Francia desempeñaron un papel medular en la consolidación de todas esas lecturas. Dado que se asumía la existencia de unas condiciones «objetivas» para el triunfo del movimiento revolucionario, como parecía corroborar la amplitud de las protestas, la explicación de su fracaso se hacía bascular entre dos polos. Por un lado, la ausencia de una fuerte organización que hubiese coordinado y centralizado la lucha. Y por el otro, y más importante si cabe, la demostración por parte del Estado de que no estaba dispuesto a ceder el poder ante ningún movimiento huelguístico, por más amplio que fuera. El empeño re-

³⁷ De esa manera lo conceptualizaba, por ejemplo, el PCE(m-l). Véase Ricardo CASTILLA: «Yanquis y jruschovistas, “levantan la piedra”», *Vanguardia Obrera*, 30 (noviembre de 1967), p. 8.

³⁸ «La base de una práctica revolucionaria: organizar la violencia del proletariado», *Mundo Obrero* (segunda quincena de marzo de 1968), p. 11.

volucionario francés había sido derrotado, en última instancia, porque no había desarrollado formas de lucha suficientemente combativas para hacer frente a la implacable represión estatal. Entonces más que nunca, la insurrección armada aparecía como «una necesidad ineludible para hacer culminar el proceso revolucionario en la toma activa del poder», según plasmaba un documento político de julio de 1968 de la Comisión Central del PCE(i)³⁹.

Conclusiones parecidas se extrajeron de experiencias posteriores, como el otoño caliente italiano de 1969 —del que emergió la consigna «*Mai più senza fucile*» (*Nunca más sin fusil*)—⁴⁰ o, sobre todo, el golpe de Estado de septiembre de 1973 contra el gobierno de la Unidad Popular en Chile⁴¹. Pero la implacable represión estatal no solamente intervino en las formulaciones políticas de la izquierda radical española en cuanto imagen, en cuanto percepción de los acontecimientos políticos acaecidos en otras latitudes, sino también como experiencia vivida. Y ello influyó tanto en el despegue como, posteriormente, en la consolidación de la escalada de activismo armado a la que habría que hacer frente el franquismo desde finales de los años sesenta y hasta sus últimos días.

La dinámica armada

Además de la existencia de un imaginario colectivo, de una cultura revolucionaria que tenía entre sus rasgos definitorios la legitimación —y necesidad— de la vía armada, la puesta en práctica efectiva de formas de protesta violentas se articuló en España —como en otros sitios— a partir de la experiencia concreta, de la dinámica política propia de las organizaciones armadas y su rela-

³⁹ «Sobre la lucha de clases y la insurrección armada», *Mundo Obrero* (diciembre de 1968), p. 11.

⁴⁰ La importancia de esa consigna y del *autunno caldo* —así como de otras experiencias del momento— para el arraigo de la percepción de la inevitabilidad de la práctica armada queda bien reflejada en Jann-Marc ROUILLAN: *De memoria (I). Los comienzos: otoño de 1970 en Toulouse*, Barcelona, Virus, 2009, pp. 125-126.

⁴¹ En los círculos de simpatizantes de la OMLE, por ejemplo, el golpe chileno fue interpretado como la corroboración de las tesis de la organización, que mantenía la imposibilidad de alcanzar por la vía electoral los objetivos proclamados por Allende. Véase FRANCISCO BROTONS: *Memoria antifascista. Recuerdos en medio del camino*, s. l., Miatzen, 2002, pp. 116-118.

ción con el Estado. Al mudar internamente esas organizaciones a raíz de su interacción con la represión, toma especial importancia, en este terreno, el análisis del aspecto organizativo o de la dinámica organizacional. Igualmente, se impone una aproximación cronológica, toda vez que los acontecimientos se fueron sucediendo encadenados los unos con los otros y en constante progresión.

Por lo que respecta a la dinámica política, la radicalización de finales de la década de los sesenta fue la culminación de un proceso que había ido gestándose en los años precedentes y que tuvo mucho que ver con el «salto adelante» que quiso darse después de los primeros éxitos de calado cosechados por la movilización antifrancista. Tanto la creación de los Sindicatos Democráticos de Estudiantes como, en menor medida, la elección de candidatos de la oposición en las elecciones sindicales de 1966 vislumbraban los logros del paso de un antifrancismo político, sostenido desde la militancia en organizaciones políticas o sindicales clandestinas, a un antifrancismo social, en el que los movimientos sociales se convirtieron en actores políticos centrales⁴². Pero ambas consecuencias, tanto las estudiantiles como las obreras, podían ser leídas también como el agotamiento de una vía, la de la movilización, que el régimen puso todos los medios para abortar rápidamente y de manera tajante.

La represión desplegada por el franquismo, especialmente desde 1967, no solamente se evidenció como un recurso baldío ante la propagación de la contestación, sino que, además, contribuyó a la radicalización de las formas de protesta que se habían ido implantando en círculos militantes reducidos, aunque cada vez más numerosos. El proceso de radicalización, pues, estuvo en buena medida marcado por la relación mantenida con el Estado, interacción que contribuyó a la reafirmación de esos núcleos en la senda que habían tomado, en la necesidad de «dar la merecida réplica masiva a las brutalidades de la dictadura y sus cuerpos terroristas»⁴³. Fue

⁴² Véanse, sobre esos cambios, las aportaciones de Xavier DOMÈNECH: *Clase obrera, antifrancismo y cambio político. Pequeños grandes cambios, 1956-1969*, Madrid, Catarata, 2008, y Sergio RODRÍGUEZ TEJADA: *Zonas de libertad. Dictadura franquista y movimiento estudiantil en la Universidad de Valencia*, 2 vols., Valencia, PUV, 2009.

⁴³ «¡Contra el paro y la congelación de los salarios; contra los infames acuerdos yanqui-franquistas; por la independencia nacional!», *Vanguardia Obrera*, 36 (mayo de 1968), p. 1.

en ese contexto en el que algunas organizaciones dieron un paso más allá de las «manifestaciones relámpago», los «saltos» (interrupciones del tráfico), los destrozos y los enfrentamientos con la policía, y empezaron a llevar a cabo atentados contra edificios y monumentos, así como asaltos para financiarse, evolución que ejemplifica a la perfección la trayectoria del PCE(i) hasta la escisión en 1971 del núcleo que daría lugar al PCE(i)-línea proletaria, de orientación más radical⁴⁴.

La organización que más profundizó en la práctica de la violencia en esa coyuntura fue sin duda ETA. La penetración en su seno de la doctrina de la «guerra revolucionaria» se tradujo en el intento de puesta en práctica de una espiral acción-represión-acción a partir de 1967, con la realización de una serie de atracos a los que siguió, en los primeros meses del año siguiente, la colocación de explosivos en algunos lugares emblemáticos. Progresivamente se fue percibiendo entonces en el País Vasco un importante incremento de la tensión política, situación que desembocaría en las muertes, el 7 de junio de 1968, del guardia civil José Pardines y del militante de ETA Txabi Etxebarrieta, así como en el atentado mortal, el 2 de agosto, contra el jefe de la Brigada de Investigación Social de San Sebastián, Melitón Manzananas⁴⁵.

La reacción del franquismo ante esas muertes, plasmada en un mayor protagonismo de la jurisdicción militar, una mayor dureza policial y un refuerzo de las tareas de información, tuvo uno de sus momentos culminantes en el consejo de guerra celebrado en Burgos en diciembre de 1970. Sin embargo, el proceso de Burgos no solamente no consiguió sofocar a ETA, sino que propició importantes protestas que señalaron un paso adelante —tanto cuantitativa como cualitativamente— de la oposición a la dictadura. Al mismo tiempo, al calor de las movilizaciones contra el juicio, algunas organizaciones

⁴⁴ José Luis MARTÍN RAMOS: «Los orígenes de una nueva formación», en *id.* (coord.): *Pan, trabajo y libertad. Historia del Partido del Trabajo de España*, Barcelona, El Viejo Topo, 2011, pp. 40-43 y 68-71.

⁴⁵ Para seguir la evolución de la organización armada *abertzale* a partir de ese momento véanse, especialmente, Francisco LETAMENDÍA: *Historia del nacionalismo vasco y de ETA*, vol. I, *Introducción a la historia del País Vasco. ETA en el franquismo (1951-1976)*, San Sebastián, R&B, 1994; Jose Mari GARMENDIA: *Historia de ETA*, vol. II, San Sebastián, Haranburu, 1980, y Gurutz JÁUREGUI: «ETA: orígenes y evolución ideológica y política», en Antonio ELORZA (coord.): *La historia de ETA*, Madrid, Temas de Hoy, 2006, pp. 173-270.

profundizaron en su proceso de radicalización. Muestra de esto último, el 7 de marzo de 1971 un guardia civil perdía la vida en Barcelona fruto de la colocación de una carga explosiva en una oficina de la Diputación. La acción fue obra del Front d'Alliberament Català (FAC), organización independentista informalmente constituida en 1969 y que entre entonces y finales de 1971 estuvo detrás de cerca de un centenar de pequeñas deflagraciones. Posteriormente, el FAC convergería con un núcleo de militantes que había adoptado el nombre de Izquierda Revolucionaria⁴⁶. En una acción parecida a la de Barcelona, el 2 de noviembre de 1972 un incendio provocado por el Colectivo Hoz y Martillo en el consulado francés en Zaragoza, en protesta contra el creciente hostigamiento a los refugiados vascos en Francia, provocó la muerte (el día 7) del cónsul, Roger Tur⁴⁷. Y dando continuidad a esa progresión de los acontecimientos, el 1 de mayo de 1973 un agente de la Policía Armada moría agredido por miembros del Comité pro FRAP de Madrid en el transcurso de una manifestación convocada en la plaza Antón Martín.

También por las fechas del proceso de Burgos, y coincidiendo asimismo con la huelga de la Harry Walker en Barcelona, uno de los núcleos que posteriormente integraría el Movimiento Ibérico de Liberación-Grupos Autónomos de Combate (MIL-GAC) realizó sus primeras acciones armadas. Igualmente, en la línea de los planteamientos surgidos durante el conflicto en la factoría barcelonesa⁴⁸, un folleto editado poco después y titulado *La lucha contra la represión: la policía y sus métodos, las medidas de seguridad, la contra-represión*, formulaba de manera explícita, desde un marxismo de corte «antiautoritario» o heterodoxo, la necesidad de llevar a cabo acciones violentas contra el capital⁴⁹. Partiendo de parecidos postulados, entre verano-otoño de 1972 y la primavera de 1973 el MIL-GAC —conocido periodísticamente como «la banda de las Sten»— llevaría a cabo la mayoría de sus asaltos. No sería hasta entonces, coincidiendo con esa escalada activista, cuando el grupo teorizaría su adopción de la *agitación armada*, concepto que era vinculado

⁴⁶ Jordi VERA: *La lluita armada als Països Catalans. Història del FAC*, Sant Boi de Llobregat, Lluita, 1985, pp. 11-13 y 28-32.

⁴⁷ Alberto SABIO: *Peligrosos demócratas. Antifranquistas vistos por la policía política (1958-1977)*, Madrid, Cátedra, 2011, pp. 157-165.

⁴⁸ *Harry-Walker: 62 días de huelga*, Barcelona, Trabajadores de Harry-Walker, 1971, pp. 40-41.

⁴⁹ Sergi ROSÉS CORDOVILLA: *El MIL...*, pp. 76, 89-91 y 95-101.

a una «concepción proletaria de la violencia» opuesta a la «pequeño-burguesa» propia de los grupos «militaristas» que practicaban la *lucha armada*⁵⁰. Aunque mucho menos conocidos, casi más activos que el MIL-GAC fueron los grupos autónomos —o grupos autónomos revolucionarios— bautizados por la policía como Organització de Lluita Armada (OLLA), que, desde el ámbito de la autonomía obrera, protagonizaron varias acciones («expropiaciones» y ataques contra comisarías y monumentos) desde el otoño de 1972 hasta 1974, momento en el que fueron prácticamente desarticulados⁵¹.

Paralelamente a la escalada activista posterior al consejo de guerra de Burgos, también la represión —especialmente la policial— experimentó una intensificación. Ejemplos paradigmáticos de ello fueron los casos de Cipriano Martos, militante del FRAP muerto en septiembre de 1973 después de haber sido obligado a ingerir el contenido de un cóctel molotov durante su detención a manos de la Guardia Civil, y de Salvador Puig Antich, del MIL-GAC, agarrado el 2 de marzo de 1974. Esa vigorización de la violencia estatal no haría otra cosa que favorecer la reafirmación en sus postulados de los grupos y organizaciones que se habían aproximado a la práctica armada, así como la germinación de nuevas experiencias⁵².

El problema para esas formaciones radicaba en que cada vez se acentuaba más la contradicción entre la apuesta por la rígida clandestinidad que exigía la represión subsiguiente a las acciones armadas, por una parte, y la política de mayorías que se encontraba detrás del auge de la movilización social, por la otra. Fue en buena medida esa discordancia, en concreto las tensiones internas derivadas de las consecuencias de los atentados, la que precipitó el desgajamiento de ETA(V) de su Frente Obrero, en junio de 1974 (lo que

⁵⁰ *Ibid.*, pp. 146-156.

⁵¹ Joni D.: *Grups autònoms. Una crònica de la Transacció democràtica*, Barcelona, El Lokal, 2013, pp. 49-51 y 66-74.

⁵² Fue el caso de los grupos autónomos articulados desde finales de 1973 en solidaridad con los miembros del MIL-GAC detenidos, que actuaron bajo las siglas de Grupos de Acción Revolucionaria Internacionalista (GARI) y de Grupos Autónomos de Intervención (GAI). Véase Telesforo TAQUELO: *El Movimiento Ibérico de Liberación, Salvador Puig Antich y los Grupos de Acción Revolucionaria Internacionalista. Teoría y práctica. 1969-1976*, París, Ruedo Ibérico, 1977, cap. 4, y Miguel Ángel MORENO PATIÑO: «Recuerdos y reflexiones sobre los GARI», en Miguel AMORÓS et al.: *Por la memoria anticapitalista. Reflexiones sobre la autonomía*, 2.ª ed., s. l., Klinamen, 2009, pp. 293-356.

no puede dejar de ser contemplado como un paso atrás en la implantación de la organización, puesto que había sido precisamente la creación de los frentes a finales de los sesenta lo que le había permitido penetrar en el mundo laboral y «salir del gueto»⁵³. En la posterior escisión, el mes de octubre, entre ETA-militar (ETA-m) y ETA-politicomilitar (ETA-pm), el debate organizativo fruto de las contradicciones entre lucha armada y acción política tuvo también una notable importancia, como estuvo presente, aunque bajo otros presupuestos ideológicos, en la autodisolución del MIL-GAC en agosto de 1973.

Precisamente ETA estaba experimentando por aquellos mismos años una evolución parecida a la ya descrita en otras formaciones. Tras el relativo letargo en que había quedado sumida la organización durante el proceso de Burgos y la escisión, a principios de 1971, de la llamada VI Asamblea, ETA(V) inició entre 1971 —año en el que confluyó con Euzko Gaztedi Indarra (EGI), las juventudes del Partido Nacionalista Vasco (PNV)— y 1972 una reorganización y robustecimiento internos que la llevaron a un creciente activismo, coincidiendo con «un anquilosamiento casi total de su actividad teórica y doctrinal»⁵⁴. La respuesta que la dictadura ensayó entonces contra la organización *abertzale* —respuesta caracterizada por unas prácticas cada vez más brutales— contribuyó al afianzamiento de una espiral que tuvo una de sus cimas en la muerte a tiros del líder del Frente Militar de ETA(V), Eustakio Mendizábal, *Txikia*, en abril de 1973, y su culminación —y punto de difícil retorno— en el atentado de la cafetería Rolando, cercana a la madrileña Puerta del Sol, en septiembre de 1974. Entre ambos acontecimientos, en diciembre de 1973 ETA(V) llevaría a cabo una de sus acciones más espectaculares: el atentado mortal contra el presidente del gobierno, Luis Carrero Blanco. A lo largo de ese periodo, tanto los aparatos del Estado como la organización armada subieron un peldaño en su enfrentamiento, de manera que los atentados mortales a cargo de ETA y las muertes de militantes suyos a tiros de policías entraron a formar parte de la normalidad. En total, entre principios de 1972 y finales de 1974, ocho militantes y dos exmilitantes de la organización armada perecieron a manos de fuerzas policiales, mientras que veintitrés personas (trece de

⁵³ Jose Mari GARMENDIA: *Historia de ETA*, vol. II, p. 14.

⁵⁴ Gurutz JÁUREGUI: «ETA: orígenes...», p. 260.

ellas en el atentado de la cafetería Rolando) murieron en acciones de ETA(V) y ETA-pm.

Esa dinámica se exacerbaría todavía más durante el último año de vida de Franco, en una tesitura de creciente contestación social a la que la dictadura respondió con la máxima contundencia. Así lo atestiguó el estado de excepción decretado a finales de abril de 1975 en Guipúzcoa y Vizcaya, medida a la que se añadía el auge de la violencia parapolicial. En ese contexto, las organizaciones armadas *abertzale* —en especial ETA-m— agudizaron su ofensiva armada, con el resultado de ocho muertos (cinco policías y tres personas acusadas de confidentes policiales) entre los meses de mayo y agosto. El régimen reaccionó entonces con una nueva exacerbación de la represión: en agosto promulgó el Decreto-ley 10/1975, sobre prevención del terrorismo, y el 27 de septiembre ejecutó cinco de las once penas de muerte dictadas contra militantes de ETA y del FRAP en represalia contra los atentados mortales de los meses anteriores.

1975 fue asimismo decisivo para otras organizaciones. En cuanto al FRAP, desde principios de año se encontraba inmerso en un proceso de intensificación del activismo que lo llevó a realizar sus primeros atentados mortales con arma de fuego contra agentes policiales (el 14 de julio, el 16 de agosto y el 14 de septiembre), con el objetivo de extender las acciones armadas más allá del País Vasco⁵⁵. Sin embargo, la «nula preparación técnica» y la «falta total de infraestructura para resguardarse de las acciones de la policía» contribuyeron a formar «verdaderos batallones de kamikazes»⁵⁶, y los atentados terminaron por precipitar numerosas detenciones y algunas condenas de muerte. También el PCE(r) llevaría a cabo en esa tesitura sus primeras acciones mortales. El 3 de agosto, el ataque de la Sección Técnica del partido contra una pareja de guardias civiles en Madrid acabó con la vida de uno de ellos, y el 1 de octubre, ya tras los fusilamientos de los cinco militantes antifranquistas, cuatro policías fueron muertos en ataques coordinados, también en Madrid, acción que dio pie a la adopción del nombre de Grupos de Resistencia Antifascista Primero de Octubre (GRAPO). Por úl-

⁵⁵ EQUIPO ADELVEC: *FRAP. 27 de septiembre de 1975*, Madrid, Vanguardia Obrera, 1985, p. 123.

⁵⁶ Alejandro DIZ: *La sombra del FRAP. Génesis y mito de un partido*, Barcelona, Ediciones Actuales, 1977, pp. 97 y 104.

timo, todavía otra organización, la Unión do Povo Galego (UPG), se incorporó entre finales de 1974 y 1975 al activismo armado con el apoyo de ETA-pm⁵⁷.

Los ecos de la dinámica de violencia —tanto insurreccional como institucional— que imperó en los últimos compases de vida de Franco se dejarían sentir más allá de la muerte del *Caudillo*. Tras la coronación de Juan Carlos, ETA-m mantuvo su línea de atentados mortales selectivos contra confidentes policiales y guardias civiles (ocho personas morirían en acciones de los milis entre el 24 de noviembre de 1975 y el 11 de abril de 1976). La sucesión de actos de violencia posterior a la muerte de Franco llegaría a su punto álgido en abril de 1976. El día 8 de ese mes aparecería sin vida el cuerpo de Ángel Berazadi, empresario secuestrado por ETA-pm el 18 de marzo y tras cuya muerte volvió a arreciar la violencia ultrafranquista y parapolicial. Por otra parte, acontecimientos como la matanza de Vitoria, el 3 de marzo, o los sucesos acontecidos durante la romería de Montejurra, el 9 de mayo, contribuían a dar la imagen de que muy pocas cosas habían cambiado en materia de orden público⁵⁸. La lectura de los hechos del 3 de marzo que hicieron algunos sectores del movimiento obrero vitoriano da cuenta de su radicalización: «Frente a un enemigo armado hasta los dientes no podemos ir con las manos en los bolsillos, con una piedra en la mano o con un tiragomas. Ellos nos han demostrado que jamás cederán y que morirán matando. Esto nos descubre que el triunfo total vendrá el día que todo el pueblo luche, y luche unido, pero también armado»⁵⁹. Asimismo, los sucesos de Vitoria estuvieron en la base de la «rabia» de la que surgieron los comandos autónomos dados a conocer en 1978⁶⁰. Anteriormente, el 5 de agosto de 1976, un

⁵⁷ Fermi RUBIRALTA: *De Castelao a Mao. O novo nacionalismo radical galego (1959-1974): orixes, configuración e desenvolvemento inicial da UPG*, Santiago de Compostela, Laiovento, 1998, p. 188.

⁵⁸ Cuarenta y ocho personas murieron a lo largo de 1976 y 1977 (veinticuatro cada año) a manos de los cuerpos policiales, según el recuento de Sophie BABY: *Le mythe de la transition pacifique. Violence et politique en Espagne (1975-1982)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2012, p. 329.

⁵⁹ GASTEIZ [Xabier SÁNCHEZ ERAUSKIN]: *Vitoria. De la huelga a la matanza*, París, Ruedo Ibérico, 1976, p. 208.

⁶⁰ COMANDOS AUTÓNOMOS: *Un anticapitalismo iconoclasta*, Bilbao, Likiniano Elkartea, 1996, p. 10.

vigilante jurado murió durante el asalto a una entidad de ahorros en Madrid, acción atribuida a un grupo autónomo⁶¹.

Entre finales de 1976 y principios de 1977 serían los GRAPO los que tomarían un especial protagonismo. El 11 de diciembre, coincidiendo con la campaña del referéndum del Proyecto de Ley para la Reforma Política, impulsado por Adolfo Suárez tras su elección como presidente del gobierno en el mes de julio, la organización armada secuestraría al presidente del Consejo de Estado, el tradicionalista Antonio María de Oriol y Urquijo. A ese rapto se sumaría, el 24 de enero de 1977 —en plena «semana negra»—, el del presidente del Consejo Supremo de Justicia Militar, Emilio Villaescusa, así como las muertes de tres agentes policiales en Madrid el día 28⁶². Más allá de las posibles infiltraciones en su seno, esas acciones revelaban sobre todo el peculiar análisis de la realidad y el aislamiento en que vivía el PCE(r)/GRAPO no solamente respecto a la mayoría de la población, sino también respecto al antifranquismo⁶³.

Liberados los secuestrados el 11 de febrero de 1977, la atención política se centró en el País Vasco. Con el objetivo de que la actividad de las organizaciones armadas *abertzale* no empañara la materialización del cambio político, desde finales de 1976 el gobierno había mantenido interlocución con ETA-pm, y en algún momento se entró también en contacto con ETA-m y con la Koordinadora Abertzale Sozialista (KAS), que reunía a las organizaciones del independentismo revolucionario vasco⁶⁴. Las conversaciones se tam-

⁶¹ Joni D.: *Grups autònoms...*, p. 30.

⁶² Sobre los secuestros véanse *Operación Cromo. Informe oficial de los GRAPO*, Madrid, Grupos de Resistencia Antifascista 1.º de Octubre, 1977; Alberto RINCÓN [seudónimo colectivo]: *Oriol: más que un secuestro*, Madrid, Sedmay, 1977, y Rafael GÓMEZ PARRA: *GRAPO: los hijos de Mao*, Madrid, Fundamentos, 1991. Asimismo, para seguir la trayectoria de la organización véanse tanto esta última aportación como, desde una perspectiva interna, Juan GARCÍA MARTÍN: *Historia del PCE(r) y de los GRAPO*, Madrid, Contra Canto, 1984.

⁶³ El aislamiento de los militantes de la organización y la peculiar personalidad de su líder, Manuel Pérez Martínez, *camarada Arenas*, quedan bien reflejados en el relato en primera persona de Félix NOVALES: *El tazón de hierro...*

⁶⁴ José María PORTELL: *Euskadi: amnistía arrancada*, Barcelona, Dopesa, 1977, caps. 1 y 12; Ángel UGARTE y Francisco MEDINA: *Espía en el País Vasco*, 2.ª ed., Barcelona, Plaza & Janés, 2005, pp. 216-286, y Gaizka FERNÁNDEZ SOLDEVILLA y Raúl LÓPEZ ROMO: *Sangre, votos, manifestaciones: ETA y el nacionalismo vasco radical (1958-2011)*, Madrid, Tecnos, 2012, pp. 156-158.

balearon en marzo de 1977, tras la muerte de dos militantes de ETA-pm en un control de carretera y el simultáneo tiroteo mortal contra un guardia civil (se trataba de la primera muerte a manos de una organización vasca desde el atentado del 4 de octubre de 1976 contra el presidente de la Diputación de Guipúzcoa y consejero del Reino, Juan María Araluce). Pese a mantenerse los puentes de contacto, las cinco muertes que dejó en las calles del País Vasco la actuación policial durante la semana proamnistía convocada en mayo de 1977 encenderían los ánimos entre los sectores más reacios a la negociación y a abandonar las armas, entre ellos los comandos Berezi —recién escindidos de ETA-pm—, que el día 18 mataron a un agente de la Policía Armada y dos días después secuestraron al empresario Javier de Ybarra. Poco antes, el 9 de mayo, el también empresario Josep Maria Bultó había muerto al intentar deshacerse del explosivo que militantes de una organización independentista catalana a la que la policía se referiría como Exèrcit Popular Català (EPOCA) —responsable asimismo de la muerte de un policía en septiembre de 1975— le habían adosado al cuerpo⁶⁵.

El régimen franquista parecía al fin, pero la práctica armada que lo había combatido desde finales de los años sesenta no desaparecería con él, sino que, aunque con otras dinámicas y apoyos más reducidos, persistiría —y se exacerbaría— bajo la democracia parlamentaria.

Conclusiones

Aunque el contexto socioeconómico y las constricciones propias de una dictadura hacían supuestamente de la España de finales de la década de los sesenta un terreno poco favorable para el arraigo de la práctica armada, florecieron por aquellos años, como lo hicieron en tantas otras partes del planeta, proyectos políticos que contemplaban la violencia como uno de los instrumentos centrales para la consecución de sus objetivos revolucionarios. Intervino en esa apuesta, por una parte, el arraigo de una cultura revolucionaria que bebía tanto de las experiencias guerrilleras de

⁶⁵ Ferran DALMAU y Pau JUVILLÀ: *EPOCA, l'exèrcit a l'ombra*, Lleida, El Jonc, 2010, pp. 67-70 y 88-91.

carácter antiimperialista, de liberación nacional o antidictatorial que se habían propagado por la geografía mundial en los años precedentes, como de los referentes ideológicos emancipatorios de principios de siglo xx. Cabe destacar en ese terreno que, si bien la militancia de las organizaciones que se acercaron al activismo armado durante los últimos años del franquismo se mantuvo dentro de unos márgenes relativamente reducidos —especialmente fuera del País Vasco—, la justificación teórica de la violencia abarcaba un espectro más amplio, también limitado pero de cierto peso dentro del antifranquismo. Se encontraban en él tradiciones políticas diversas, aunque con un denominador común: su entroncamiento con experiencias insurreccionales pasadas, en las que se reflejaban. La práctica armada de los años sesenta y setenta no constituyó, pues, una nueva ola, sino, en todo caso, una ola que venía de lejos y que se entremezclaba con sus predecesoras, de la misma manera que la «nueva» izquierda que había emergido entre los cincuenta y los sesenta no era de hecho tan nueva.

Por otra parte, para explicar el momento del salto al activismo armado y los ritmos de su ejercicio resulta necesario acudir a la dinámica política de las organizaciones que tomaron ese camino —considerada dentro de la dinámica general del antifranquismo y de las corrientes de izquierda revolucionaria en particular—, así como a las interacciones de esas organizaciones con la política estatal, en especial en su vertiente represiva. En su necesidad de protegerse de la represión —con la que se alimentaron mutuamente—, se impuso en muchas de esas organizaciones una muy rígida clandestinidad que las alejaba de la política de mayorías en la que los movimientos sociales antifranquistas estaban sustentando su crecimiento. Fueron precisamente las contradicciones entre la práctica armada y la acción abierta propia de los movimientos sociales lo que, muy a menudo, hizo difícil la convivencia, bajo un mismo techo organizativo, de ambas vías. Y he aquí la mayor debilidad de las organizaciones que tomaron las armas: la dinámica divergente con la movilización antifranquista, circunstancia que pudo vislumbrarse ya antes de la muerte de Franco, pero que tomaría especial relieve a raíz de la explosión contestataria que siguió a la muerte del dictador. Protestas que terminarían por forzar la progresiva renuncia de las elites franquistas a la perpetuación, bajo otras formas, del régimen del 18 de julio.

CUADRO 1
Personas muertas por organizaciones armadas, 1968-1977

Año	ETA	ETA(V)	ETA- <i>pm</i>	ETA- <i>m</i>	Comandos Berezi	PCE(γ)/ GRAPO	FRAP	EPOCA	FAC	MIL-GAC	Grupos autónomos	Colectivo Hoz y Martillo ^{**}	PCE(γ) ^{**}	Total
1968	2	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	2
1969	1	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	1
1970	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	0
1971	—	—	—	—	—	—	—	—	1	—	—	—	1	2
1972	—	1*	—	—	—	—	—	—	—	—	—	1	—	2
1973	—	3	—	—	—	—	1	—	—	1*	—	—	—	5
1974	—	16	3	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	19
1975	—	—	4	11	—	5	3	1	—	—	—	—	—	24
1976	—	—	1	14	—	—	—	—	—	—	1	—	—	16
1977	—	—	1	1	1	6	—	1	—	—	—	—	—	10
Total	3	20	9	26	1	11	4	2	1	1	1	1	1	81

Fuente: Elaboración propia.

* Muertes que se produjeron en tiroteos confusos y en las que, por tanto, no es posible asegurar del todo la autoría de los disparos mortales.

** Organizaciones que, sin poder ser caracterizadas propiamente como armadas, sí se acercaron al activismo armado en alguna de sus etapas.

CUADRO 2

*Militantes de organizaciones armadas muertos
en acciones de represión policial y judicial, 1968-1977*

<i>Año</i>	<i>ETA</i>	<i>ETA(V)</i>	<i>ETA-pm</i>	<i>ETA-m</i>	<i>FRAP</i>	<i>MIL-GAC</i>	<i>UPG</i>	<i>Total</i>
1968	1	—	—	—	—	—	—	1
1969	—	—	—	—	—	—	—	0
1970	—	—	—	—	—	—	—	0
1971	—	—	—	—	—	—	—	0
1972	—	4	—	—	—	—	—	4
1973	—	2	—	—	1	—	—	3
1974	—	3*	1	—	—	1	—	5
1975	—	1**	6	1	3	—	1	12
1976	—	—	1	1	—	1	—	3
1977	—	—	2	—	—	—	—	2
Total	1	10	10	2	4	2	1	30

Fuente: Elaboración propia.

* Dos de las tres personas muertas eran exmilitantes de la organización.

** Se toma en cuenta la militancia de Ángel Otaegi en el momento de su detención.

NOTA: Se han tenido en cuenta, en ambos cuadros, las acciones producidas hasta el 15 de junio de 1977. No se han incluido las muertes y desapariciones de las que no puede ofrecerse una hipótesis suficientemente documentada: la desaparición de Eduardo Moreno Bergaretxe, *Pertur*, en julio de 1976; el caso de tres chicos gallegos desaparecidos en San Juan de Luz en octubre de 1973, y el de dos inspectores de la plantilla de San Sebastián del Cuerpo General de Policía desaparecidos en abril de 1976 y encontrados sin vida un año después en una playa cercana a Biarritz y Anglet. Tampoco se han recogido los casos de las personas muertas en acciones policiales o parapoliciales sin militancia en alguna organización armada, lo que arrojaría un saldo de fallecidos sensiblemente superior (de en torno a cien personas), ni otras muertes (de integrantes de cuerpos policiales o de civiles) que no fueran consecuencia de la acción de alguna organización armada o que se hubiera acercado a la práctica armada. Tampoco se han tenido en cuenta, en fin, las muertes accidentales de militantes fruto de la deflagración de explosivos.

*Izquierda comunista y cambio político: el caso de la ORT**

Emanuele Treglia

LUISS-CIHDE

Resumen: El artículo examina la experiencia de la maoísta ORT durante la Transición española, tomándola como caso de estudio para poder comprender mejor las dinámicas que han caracterizado la izquierda comunista en aquella fase histórica. Se toma en consideración no sólo su política, sino también su actuación en el movimiento obrero. El texto se propone así explorar los límites y las razones de unas alternativas que salieron vencidas del proceso de cambio democrático, como la búsqueda a ultranza de la ruptura, la lucha contra el pacto social o la reivindicación de un diferente modelo constitucional.

Palabras clave: Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT), Transición española, maoísmo, ruptura democrática, Sindicato Unitario (SU).

Abstract: The article analyzes the experience of the maoist ORT during the Spanish Transition, using it as a case study to achieve a better understanding of the dynamics that characterized the communist left in that historical phase. It takes into account not only the ORT's politics, but also its activity in the worker movement. In this way, the text aims to explore arguments and limits of some alternatives defeated during the process of democratic change, such as the firm search for the demo-

* Este artículo se enmarca en el proyecto del Ministerio de Economía y Competitividad HAR2012-34132. Una versión previa, inédita, ha sido presentada en el seminario *Transición y democracia*, organizado por el CIHDE de la UNED (diciembre de 2012).

cratic rupture, the struggle against the social pact and the claim for a different constitutional model.

Keywords: Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT), Spanish Transition, Maoism, democratic rupture, Sindicato Unitario (SU).

Entre finales de los sesenta y principios de los setenta se produjo una multiplicación de los comunismos españoles. Se asistió entonces a la proliferación de organizaciones marxista-leninistas que pretendían recuperar y fomentar aquel espíritu revolucionario supuestamente abandonado por el Partido Comunista de España (PCE). Éste, en efecto, desde la mitad de los cincuenta había emprendido una profunda evolución ideológica que desembocaría en la fórmula eurocomunista. Buscando presentar una imagen democrática y tolerante y alcanzar una alianza interclasista contra la dictadura, el partido de Carrillo había puesto en marcha un proceso de secularización de su discurso, alejándose de los dogmas de la tradición comunista y adoptando paulatinamente posturas compatibles con los valores propios de los sistemas occidentales¹. La progresiva moderación del PCE, entrelazándose con otros factores como las repercusiones en España del 68 mundial y la escalada represiva que culminó con los estados de excepción de 1969 y 1970-1971², favoreció el florecer de grupos radicales que ocuparon el creciente vacío político dejado a su izquierda³.

La mayoría de las nuevas organizaciones marxista-leninistas del interior, al mismo tiempo que criticaban el «revisionismo carrillista», rechazaban la tradicional identificación con las políticas soviéticas. Efectivamente, al encontrarse el mito de la URSS en una situación de declive, prefirieron orientarse hacia las llamadas «nuevas izquierdas» y las corrientes de comunismo alternativo que, al contrario, conocían entonces su auge en occidente⁴. El maoísmo,

¹ Jesús SÁNCHEZ RODRÍGUEZ: *Teoría y práctica democrática en el PCE*, Madrid, FIM, 2004, y Emanuele TREGLIA: «Dall'ostracismo alla legittimazione. Il Partito Comunista di Spagna e la costruzione di un'immagine democratica», *Ventunesimo Secolo*, 28 (2012), pp. 37-58.

² Véanse la introducción y los otros artículos de este dossier.

³ Fernando VERA: «La diáspora comunista en España», *Historia Actual Online*, 20 (2009), pp. 35-48.

⁴ Véase el clásico de Massimo TEODORI: *Las nuevas izquierdas europeas*, 3 vols., Barcelona, Blume, 1978.

en particular, tuvo mucho arraigo. Fue adoptado por partidos que tomaron la vía armada, como el PCE (marxista-leninista) y luego el PCE (reconstituido), así como por otros que eligieron una línea sustancialmente pacífica: los casos más relevantes en este sentido fueron representados por el Movimiento Comunista de España (MCE), el PCE (internacional), que en 1975 pasó a denominarse Partido del Trabajo de España (PTE), y la formación que constituye el objeto específico del presente artículo, es decir, la Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT)⁵.

Ésta nació en 1970 mediante la conversión en partido de la Acción Sindical de Trabajadores (AST), un sindicato clandestino que había sido puesto en marcha en 1963-1964 por católicos procedentes sobre todo de las Vanguardias Obreras y que, desde sus comienzos, había participado activamente en las Comisiones Obreras (CCOO). A finales de los sesenta la AST se planteó la necesidad de adquirir un compromiso propiamente político: en un contexto caracterizado por la radicalización de diversos sectores del antifranquismo, estimó que la lucha contra la dictadura del Caudillo, en particular, y por el socialismo, más en general, no podía limitarse al ámbito económico. Además, consideró que en el panorama español hacía falta (re)construir un partido auténticamente marxista-leninista, dado que el PCE supuestamente había perdido dicho carácter. La ORT no completó su proceso de formación hasta 1972. Durante sus dos primeros años definió su marco ideológico y experimentó cambios en su militancia y equipo dirigente: si es cierto que se benefició de la incorporación de jóvenes profesionales y estudiantes, al mismo tiempo sufrió los abandonos de quienes no aceptaron la transformación en partido o la adopción del maoísmo⁶.

La ORT, así como los otros partidos de la misma familia ideológica, se adhirió a una imagen idealizada del modelo chino. No podía ser de otra forma, dado que el conocimiento acerca de la rea-

⁵ José M. ROCA (ed.): *El proyecto radical*, Madrid, La Catarata, 1994; Consuelo LAIZ: *La lucha final*, Madrid, La Catarata, 1995 (aquí se hará referencia a la tesis doctoral de la que derivó dicho libro: *La izquierda radical en España durante la transición a la democracia*, 2 tomos, UCM, 1993), y Hartmut HEINE: «La contribución de la "Nueva Izquierda" al resurgir de la democracia española», en Josep FONTANA (ed.): *España bajo el franquismo*, Barcelona, Crítica, 2000, pp. 142-159.

⁶ «Por qué ORT», *En Lucha (EL)* (enero de 1970); *Dos años decisivos en la historia de la ORT*, suplemento de *EL* (mayo de 1972), y «ORT al servicio del objetivo fundamental de la clase obrera», *EL* (julio de 1972).

lidad del régimen del Gran Timonel en occidente era muy escaso, basado esencialmente en los materiales de propaganda, y en España este déficit informativo resultaba agravado por las condiciones de la dictadura. La República Popular China pudo aparecer así como un lugar mítico donde proyectar utopías y esperanzas de renovación radical⁷. La ORT, en efecto, se orientó hacia el maoísmo porque lo consideraba un corpus de teorías y prácticas capaces de avivar constantemente la tensión revolucionaria, preservando los principios marxista-leninistas y evitando al mismo tiempo las degeneraciones que afectaban al bloque soviético. Fue determinante en este sentido la fascinación producida por el compromiso de China a favor de los procesos de liberación nacional y, sobre todo, por la Revolución Cultural, que fue vista como una alternativa concreta a la falta de libertades y al sistema burocrático que caracterizaban la Unión Soviética, como un experimento exitoso de construcción del socialismo realizado mediante la amplia participación del pueblo y el ejercicio de la crítica abierta⁸.

En el crepúsculo del franquismo, la ORT intentó establecer contactos finalizados a la construcción de un partido unitario de los marxista-leninistas españoles; se insertó en esta perspectiva, por ejemplo, un fracasado acercamiento al MCE⁹. Además, prosiguiendo la labor de la AST, la organización desarrolló una intensa actividad en el movimiento obrero, y en particular en las CCOO. Afirmando la necesidad de fortalecer las Comisiones a nivel de base y de potenciar el carácter antifascista de sus reivindicaciones, polemizó continuamente con el PCE, al que acusaba de encerrarlas en un marco legalista y de mermar su potencial combativo para ponerlas al servicio de una política de conciliación. La ORT estableció una presencia notable en las CCOO de Madrid, Huelva y, sobre todo, Navarra. En dicha región se convirtió en la fuerza hegemónica del nuevo movimiento obrero y protagonizó algunas im-

⁷ Richard WOLIN: *The Wind from the East*, Princeton, PUP, 2010, y Eugenio DEL RÍO: *Izquierda e ideología*, Madrid, Talasa, 2005, pp. 127-150.

⁸ Entrevistas a J. Sanroma y a J. M. Ibarrola, ambas realizadas por Emanuele Treglia en Madrid (junio de 2012), y Manuel GUEDAN y Jesús SAN MARTÍN: *Con China socialista*, Madrid, Escolar, 1976. Sobre la Revolución Cultural véase Kam-Yee LAW (ed.): *The Chinese Cultural Revolution Reconsidered*, Nueva York, Palgrave, 2003.

⁹ Los contactos ORT-MCE pueden verse en Archivo Histórico de la Fundación Pablo Iglesias (AHFPI), ORT, sig. 6-5.

portantes acciones, como la movilización general del 11 de diciembre de 1974¹⁰.

En las próximas páginas se examinará la experiencia de la ORT durante la Transición, tomándola como caso de estudio para poder comprender mejor las dinámicas, hasta ahora poco estudiadas, que han caracterizado la izquierda comunista en el proceso de cambio. Se tomará en consideración no sólo su política, sino también su actuación en el movimiento obrero, dado que en el proyecto del partido los dos ámbitos se presentaron siempre estrechamente entrelazados.

Se verá que dos conceptos maoístas, derivados de la Revolución Cultural, arraigaron profundamente en la organización y la condicionaron a lo largo de su trayectoria. Uno fue el principio de la «línea de masas», que en el caso de la ORT se tradujo en exaltar el papel creador del pueblo y en hacer constantemente hincapié en la necesidad catártica de que él mismo fuera protagonista del proceso de configuración de la España posfranquista. Esto implicó, entre otras cosas, la adopción de una postura fuertemente contraria a los pactos entre elites. El otro concepto maoísta que tuvo gran influencia en la organización fue el de la «lucha ideológica entre dos líneas» que, al postular la contraposición constante entre una línea «revolucionaria» y otra «revisionista», fomentó el sectarismo y operó constantemente como factor de división¹¹. Además, encerró a menudo la actividad del partido en esquemas doctrinarios rígidos basados en la defensa de identidades del pasado, que le impidieron elaborar una renovada síntesis entre teoría y práctica para situarse en el complejo sistema de democracia parlamentaria que iba tomando forma.

Escribir la historia de la ORT, y de la izquierda radical en general, significa explorar unas alternativas que salieron vencidas de la Transición, como la búsqueda a ultranza de la ruptura, la lucha contra el pacto social o la reivindicación de un diferente modelo

¹⁰ José IRIARTE: *Movimiento obrero en Navarra (1967-1977)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1995, y Emanuele TREGLIA: «Apuntes sobre la ORT: de las Comisiones Obreras al Sindicato Unitario», en Manuela AROCA y Rubén VEGA (eds.): *Análisis históricos del sindicalismo en España*, Madrid, Fundación F. Largo Cabañero, 2013, pp. 248-270.

¹¹ Un análisis de la fragmentación provocada en los grupos maoístas estadounidenses por el principio de la «lucha entre dos líneas» puede verse en Max ELBAUM: *Revolution in the Air*, Londres-Nueva York, Verso, 2002.

constitucional. Esto permite analizar no sólo los límites, sino también las razones de fondo de dichos proyectos, evidenciando así las dinámicas de imposiciones y renuncias que caracterizaron los pactos fundacionales de la España actual.

La búsqueda a ultranza de la ruptura

La ORT tenía una concepción etapista de la marcha hacia la sociedad comunista. En el momento de la muerte de Franco su objetivo inmediato consistía en conseguir una neta ruptura con el régimen dictatorial, considerado como expresión política del poder socioeconómico de los sectores oligárquicos y cuyo legado era la monarquía de Juan Carlos. Para lograr este resultado, el partido creía indispensable la confluencia de dos factores: la unidad de la oposición y el incremento de la lucha de masas.

Como programa mínimo para un amplio acuerdo de todas las fuerzas interesadas en un cambio democrático, la organización proponía la Alternativa Democrática Unitaria (ADU), que preveía el derrocamiento del soberano nombrado por Franco, la formación de un gobierno provisional de unidad antifranquista y la celebración de elecciones libres para la Asamblea Constituyente. Sin embargo, la inclusión de la ORT en los organismos unitarios de la oposición resultó problemática, ya que, al comienzo de la Transición, el partido no integraba ni la Junta Democrática (JD) ni la Plataforma de Convergencia Democrática (PCD). No había tomado parte en la JD, por un lado, porque condenaba la presencia en ella de personalidades como Calvo Serer, que veía como exponentes de la oligarquía, y por el otro, porque sus problemáticas relaciones con el PCE, marcadas por críticas y recelos mutuos, dificultaban notablemente su adhesión a una coalición en que el partido de Carrillo representaba la principal fuerza organizada. En la primavera de 1975, intentando remediar su aislamiento, la ORT había ingresado en la PCD promovida por el Partido Socialista Obrero Español (PSOE); sin embargo, después de unos meses había salido también de este organismo al juzgar que no se pronunciaba de manera bastante contundente contra la monarquía¹².

¹² «Informe de la Secretaría Política» (1975) e «Informe sobre organismos unitarios» (1975), AHFPI, ORT, sig. 12-5.

En estas difíciles relaciones con la JD y la PCD se puede ya notar una dinámica que caracterizó la actuación de la organización a lo largo de la Transición: una constante contradicción entre una tensión incluyente, propensa a la praxis, que reconocía el carácter minoritario del grupo y la consecuente necesidad de colaborar con otros partidos para poder conquistar avances a nivel político y social, y otra excluyente, pegada al principio de la lucha ideológica, que rechazaba los necesarios compromisos intrínsecos a cualquier política unitaria.

En su táctica para conseguir la ruptura, la ORT atribuía una importancia crucial, aún más que a los acuerdos entre partidos, a las presiones desde abajo. A este propósito hay que considerar que, de manera parecida a los otros grupos de la izquierda radical, poseía una visión de las masas caracterizada por lo que José Roca ha definido *optimismo histórico*: creía que el pueblo, en su mayoría, presentaba niveles de madurez política y combatividad tan altos que cabía la posibilidad de plantear a corto-medio plazo la lucha no sólo por la instauración de un Estado republicano, sino también por la realización de transformaciones que afectaran las estructuras socioeconómicas¹³. Dadas estas circunstancias, la ORT consideraba al alcance de la mano la materialización de la Huelga General (HG), *conditio sine qua non* para romper con el franquismo y asegurar el protagonismo de las masas en el proceso de cambio, poniéndolas en una posición de fuerza en el momento de la configuración del nuevo sistema y facilitando así la creación de una democracia avanzada, primer paso hacia la República Popular y el comunismo¹⁴.

En el inmediato posfranquismo, los acontecimientos alimentaron las esperanzas de la ORT de concretar dicha perspectiva. A partir de diciembre de 1975, a lo largo de la geografía española se desarrolló una enorme oleada de protestas. La sociedad civil reclamaba libertad y amnistía. En el ámbito obrero, el malestar causado por la crisis económica contribuyó a fomentar las movilizaciones, que en muchos lugares coincidieron con un momento de negociación de

¹³ José M. ROCA: *Poder y pueblo*, tesis doctoral, Madrid, Complutense, 1995. Entrevista a J. Sanroma realizada por Emanuele Treglia, cit., y entrevista a M. Gamo realizada por Gonzalo Wilhelmi en Madrid (diciembre de 2011).

¹⁴ «El fracaso del Gobierno, la lucha de masas y la unidad antifascista», *EL* (27 de marzo de 1976); *Por el Partido*, 5 (noviembre de 1976), e «Informe al PC Chino» (febrero de 1976), ambos en Archivo Online de la ORT (AOORT). El AOORT es consultable en el enlace <http://www.ort-ujm.es>.

nuevos convenios. Durante el primer trimestre de 1976 se produjeron así 17.731 huelgas¹⁵. La organización, en sus zonas de influencia, trabajó intensamente para que las protestas se extendieran y radicalizaran. En Navarra, por ejemplo, estuvo entre los promotores de la movilización del 22 de febrero, así como del paro general de cuatro días en solidaridad con los sucesos de Vitoria. La ORT creía que se podía tocar «con los dedos la caída del fascismo»¹⁶.

Sin embargo, los partidos mayoritarios de JD y PCD hacían una lectura distinta de la situación. A comienzos de marzo, precisamente a raíz de los hechos de Vitoria, juzgaron que el primer gobierno de la monarquía poseía más capacidad de resistencia de lo previsto, mientras que las fuerzas de la oposición, a pesar de ser ingentes, no eran suficientes para derribarlo. Coordinación Democrática (CD), nacida de la fusión de JD y PCD, renunció, por tanto, al objetivo máximo de la ruptura propiamente dicha, adoptando la fórmula de la ruptura pactada¹⁷. Ésta, según la ORT, representó una traición por parte de las elites partidistas al auge experimentado por las luchas de las masas: «Es como si tuviéramos una fortaleza enemiga asediada y a punto de vencer —se afirmaba en *En Lucha*— y para lograr su final rendición [...] retirásemos las tropas»¹⁸.

Dado que los otros partidos de CD tenían escasa capacidad de control sobre las movilizaciones de base, la ORT dirigió sus principales críticas hacia el PCE que, según ella, había aprovechado su papel dirigente en CCOO para «poner límites a la acción de las masas» en función de «sus posiciones de conciliación con el enemigo». El caso de Madrid le parecía emblemático. Desde comienzos de enero las manifestaciones y paros habían experimentado allí una rápida escalada, culminando entre los días 12 y 17, cuando el número de huelguistas alcanzó los 400.000. La ORT, que en las Comisiones de la capital representaba la segunda fuerza organizada después del partido de Carrillo y contaba con destacados dirigentes como Luis Royo y Cristino Doménech, quería mantener

¹⁵ Álvaro SOTO: «Conflictividad social y transición sindical», en Álvaro SOTO y Javier TUSELL (eds.): *Historia de la Transición*, Madrid, Alianza, 1996, p. 379, y Nicolás SARTORIUS y Alberto SABIO: *El final de la dictadura*, Madrid, Temas de Hoy, 2007, pp. 51 y ss.

¹⁶ «Reunión del CC» (2 de mayo de 1976), AHFPI, ORT, sig. 12-5, y José IRIARTE: *Movimiento obrero en Navarra...*, pp. 275 y ss.

¹⁷ Ferrán GALLEGO: *El mito de la Transición*, Barcelona, Crítica, 2008.

¹⁸ «La Ruptura Pactada», *EL* (24 de abril de 1976).

las movilizaciones a ultranza hasta que desembocaran en la HG. En cambio, los líderes de CCOO ligados al PCE, al considerar que las huelgas ya habían alcanzado su cenit y se encontraban en un punto muerto, en la segunda mitad del mes propiciaron la formación de comisiones negociadoras, favoreciendo la vuelta de los trabajadores a sus puestos¹⁹.

Así, al momento de explicar el por qué no se había producido el evento catártico de la HG a pesar de que, según ella, existían las condiciones, la ORT no cuestionó sus análisis acerca de la supuesta debilidad del aparato estatal o de la elevada conciencia antifascista del pueblo, sino que utilizó las direcciones de los partidos de CD, y del PCE en particular, como chivos expiatorios.

Durante la primavera, en la organización se desarrolló un intenso debate acerca de la oportunidad de tomar parte en la Platajunta. Si algunos señalaban la necesidad de quedarse fuera, para tener una posición de coherencia y claridad política, otros subrayaban que el estar en CD representaba el medio más eficaz para influir críticamente en los procesos decisorios de la oposición y empujar hacia la ADU. Finalmente, en este caso la tensión incluyente prevaleció y la ORT ingresó en la Platajunta a comienzos de julio, a raíz de la caída de Arias²⁰.

A su vez, la organización había empezado un proceso de acercamiento al PTE²¹, que se entrelazó con la salida de ambos partidos de CCOO. Las Comisiones habían defendido siempre el proyecto de un sindicalismo posfranquista unitario. Sin embargo, la mayoría de su equipo dirigente, considerando que la legalización de los sindicatos parecía aproximarse y constatadas las profundas reticencias de la Unión General de Trabajadores (UGT) ante la perspectiva de la unidad orgánica, en el verano de 1976 se movió hacia una aceptación de hecho de un futuro marco de pluralismo sindi-

¹⁹ «Informe sin título» (enero de 1976), AHFPI, ORT, sig. 4-11; «Saquemos enseñanzas», *EL* (14 de febrero de 1976); Emanuele TREGLIA: *Fuera de las catacumbas*, Madrid, Eneida, 2012, pp. 328 y ss., y Víctor DÍAZ CARDIEL *et al.*: *Madrid en huelga*, Madrid, Ayuso, 1976.

²⁰ «Reuniones del CC» (31 de marzo de 1976 y 2 de mayo de 1976), AHFPI, ORT, sig. 12-5, y «El para qué del ingreso de ORT en Coordinación Democrática», *EL* (3 de julio de 1976).

²¹ Sobre el PTE en esta fase véase Marta CAMPOY: «El PTE en la Transición», en José L. MARTÍN RAMOS (ed.): *Pan, trabajo y libertad*, Barcelona, El Viejo Topo, 2011, pp. 159-259.

cal. Consecuentemente en julio, en la Asamblea de Barcelona, se afirmó la necesidad de convertir cuanto antes CCOO en una Confederación Sindical propiamente dicha, para no perder terreno a favor de la central socialista²².

ORT y PTE rechazaron esta decisión, porque todavía consideraban posible el levantamiento de un sindicato unitario, a condición de que se construyera fomentando la participación desde abajo, a través de un proceso asambleario ascensional que culminaría con un Congreso Sindical Constituyente. Esta perspectiva, fundada en la convicción de que las masas poseían un instinto claramente unitario, chocaba con la de los dirigentes de Comisiones ligados al PCE, que ponían esencialmente en las manos del Secretariado y de la Coordinadora General la tarea de proceder a la transformación en central sindical²³. En la Asamblea de Barcelona la postura de ORT y PTE fue respaldada sólo por el 10 por 100 de los asistentes. Durante el verano los dos partidos maoístas maduraron entonces la decisión de salir de Comisiones, que se hizo efectiva a finales de octubre, cuando nació oficialmente la Confederación Sindical de CCOO.

En septiembre, ORT y PTE habían llegado a elaborar unas declaraciones conjuntas con vista a una próxima fusión orgánica²⁴, y, por tanto, cultivaban grandes esperanzas acerca del buen éxito de la transposición de este proyecto al plano sindical. Desde noviembre impulsaron así «la creación de los sindicatos unitarios nacidos de las asambleas de fábrica, y su federación, para levantar la gran Central Sindical Unitaria»²⁵. Esta labor empezó a dar sus frutos a comienzos de 1977, cuando se constituyeron, por ejemplo, el Sindicato Unitario de la Construcción de Aranjuez y la Promotora del Sindicato Unitario de Navarra. Los maoístas aspiraban a poner en pie la tercera fuerza sindical del país, y aunque ya habían abando-

²² José M. MARÍN: «La Coordinadora de Organizaciones Sindicales (COS): una experiencia de unidad de acción sindical durante la transición», *Espacio, Tiempo y Forma*, 9 (1996), pp. 295-313, y Emanuele TREGLIA: *Fuera...*, pp. 349 y ss.

²³ «A los camaradas responsables de organización» (20 de junio de 1976), AHFPI, ORT, sig. 4-13, y «Sobre nuestra táctica sindical» (agosto de 1976), AOORT.

²⁴ «Resoluciones conjuntas» (septiembre de 1976), Archivo Online del Partido del Trabajo de España (AOPTE). El AOPTE es consultable en el enlace <http://www.ptre-jgre.es>.

²⁵ «I Pleno del CC de la ORT» (noviembre de 1976), AHFPI, ORT, sig. 22-5.

nado la ilusión de unir en su seno a todos los trabajadores, querían que fuera unitaria en su espíritu y en sus modalidades organizativas y de acción: «Un sindicato combativo de clase, nacido desde las empresas (aunque no sea por TODOS) y con todos sus órganos elegidos y revocables directamente por los trabajadores que participen en ellos»²⁶.

La posibilidad de concretar este proyecto se desvaneció porque vino a faltar su presupuesto político: el proceso de unificación ORT-PTE, en efecto, a comienzos de 1977 podía considerarse fracasado. A las insolubles controversias relativas a la repartición de cargos dirigentes en el futuro partido se habían añadido divergencias acerca de la lectura del momento político y de la línea a adoptar en consecuencia.

En el otoño de 1976, los dos partidos todavía coincidían en juzgar la reforma puesta en marcha por Suárez como la perpetuación del fascismo y seguían viendo en la HG el instrumento más idóneo para la afirmación de un gobierno provisional que fuera expresión de la Plataforma de Organismos Democráticos (POD), la ampliación de CD de que ambos eran miembros. La fractura entre los maoístas empezó a producirse en diciembre, a raíz del referéndum sobre la Ley para la Reforma Política (LRP), cuando el PTE no sólo llamó a la abstención como la ORT y todas las otras fuerzas de la oposición, sino que propuso también la convocatoria de la HG para el día de la consulta, al considerar que era la última ocasión útil para intentar imponer la ruptura. La ORT esta vez apeló al realismo y no apoyó la propuesta de su aliado porque estimó que, dado el rechazo de PCE y PSOE, no había las condiciones para una movilización de este tipo²⁷.

Sin embargo, aplicando el esquema de la lucha entre dos líneas, acusó el PTE de abandonar la línea proletaria y abrazar la reformista cuando el partido de Eladio García Castro, después de la aprobación de la LRP, se movió hacia una postura parecida a la de las fuerzas mayoritarias de la POD: afirmó que ya no era viable la consigna del gobierno provisional y, por tanto, se dijo dispuesto a

²⁶ «Nuestra táctica sindical» (febrero de 1977), AOORT, y José V. IRIARTE: *Movimiento obrero en Navarra...*

²⁷ «Carta abierta del CC del PTE a las fuerzas obreras», *Correo del Pueblo* (23 de diciembre 1976), y «El CC del PTE insiste en falsear la actitud de nuestro Partido ante el referéndum», *EL* (22 de enero de 1977).

colaborar con Suárez para restablecer las libertades y celebrar elecciones lo antes posible²⁸.

La ORT, en cambio, todavía consideraba realizable la ruptura, y vio en los acontecimientos de la semana negra de finales de enero de 1977 la chispa ideal para que las presiones desde abajo desbordaran finalmente los acuerdos por arriba y empujaran la POD hacia la izquierda, concretando la ADU y haciendo estallar la HG: creía que la indignación popular causada por la matanza de Atocha y los asesinatos de Arturo Ruiz y María Luz Nájera podía provocar la decisiva sublevación de las masas contra el gobierno. Contactó entonces con las otras organizaciones antifranquistas para que contribuyeran a orientar en este sentido los numerosos paros de solidaridad que se produjeron a lo largo del país. Pero el resto de la oposición, PTE incluido, adoptó una perspectiva opuesta: se negó a secundar la convocatoria de HG porque no quería fomentar tensiones que conllevaran un riesgo concreto de reacción autoritaria. Según la ORT, las posibilidades de ruptura habían sido definitivamente saboteadas en favor de una línea «burguesa y claudicante»²⁹.

Las relaciones ORT-PTE, minadas por acusaciones y recelos mutuos, no podían seguir adelante. El divorcio se traspuso inevitablemente al ámbito sindical, consumándose el 6 de marzo, cuando los sectores obreros de los dos partidos celebraron en Madrid dos asambleas diferentes. El PTE realizó la suya en Vallecas, poniendo las bases de la Confederación de Sindicatos Unitarios de Trabajadores (CSUT). La rama obrera de la ORT, en cambio, se reunió en Alcobendas, manteniendo oficialmente la denominación de Sindicato Unitario (SU)³⁰.

²⁸ «Al CC de la ORT» (febrero de 1977) y «Al BP del CC del PTE» (marzo de 1977), ambos en AOPTE.

²⁹ «Circulares del 26 de enero y 2 de febrero de 1977», AHFPI, ORT, sig. 6-23; número especial de *EL* (27 de enero de 1977), y Simón SÁNCHEZ MONTERO: *Camino de libertad*, Madrid, Temas de Hoy, 1997, p. 337.

³⁰ «Acta del Pleno del CPM» (16 de marzo de 1977), AHFPI, ORT, sig. 5-4, e «Información a todos los camaradas sobre la situación actual de los Sindicatos Unitarios» (12 de marzo de 1977), AHFPI, ORT, sig. 11-8.

Contra el pacto social

Durante el primer año de posfranquismo la ORT no había sido capaz de percibir claramente los rápidos cambios que se producían en las relaciones poder-oposición-sociedad³¹, y eso la había llevado progresivamente a una situación de soledad, tanto en el ámbito político como sindical. Desde finales de enero de 1977, abandonado el ideal rupturista, centró sus esfuerzos en prepararse para participar en las elecciones que debían celebrarse en junio. Empezó, por tanto, la labor de salida a la superficie. En esta óptica, el 27 de febrero, después de que todas las fuerzas políticas, menos las comunistas, habían sido legalizadas, hizo su primera aparición pública José «camarada Intxausti» Sanroma, el secretario general de la organización, y en las semanas siguientes se realizaron varios actos de presentación del partido. Sin embargo, cabe señalar que la ORT, a la par de los otros grupos radicales, todavía constituía un blanco de la represión gubernamental. En efecto, basándose en el Decreto-ley Antiterrorista, en este periodo la policía detuvo un centenar de sus militantes mientras repartían propaganda o incluso en la sede del partido³².

Si el 9 de abril, el llamado Sábado Santo Rojo, se produjo la legalización del PCE, las organizaciones marxista-leninistas que se situaban a su izquierda siguieron siendo ilegales, incluida la ORT. Al no poder participar en las elecciones con su sigla oficial, el partido liderado por Sanroma presentó sus candidaturas en una lista formalmente independiente, la Agrupación Electoral de Trabajadores. En su programa predominaba la crítica del pacto social que se iba desdibujando al horizonte³³. En general, el 15 de junio representó un fracaso para la izquierda comunista: el Frente Democrático de Izquierdas, impulsado por el PTE, llegó al 0,67 por 100, mientras el Frente por la Unidad de los Trabajadores, una coalición de partidos troskistas, no sobrepasó el 0,22 por 100. Los resultados electorales fueron una ducha fría también para la ORT,

³¹ Entrevista a J. M. Ibarrola, cit.

³² «El secretario de la ORT sale de la clandestinidad», *Diario16* (28 de febrero de 1977); «Detenidos miembros de la ORT», *Diario16* (26 de marzo de 1977), y «La ORT actúa abiertamente», *EL* (26 de febrero de 1977).

³³ *EL* (9 de junio de 1977).

que esperaba conquistar por lo menos un escaño y, en cambio, obtuvo sólo el 0,42 por 100 de los votos. Únicamente en Navarra consiguió un porcentaje relevante, el 5,1 por 100. El partido imputó la culpa sobre todo a la discriminación que había sufrido, al no poder hacer propaganda abiertamente ni presentarse bajo su propio nombre.

Después de ser finalmente legalizada a comienzos de julio, en septiembre la organización celebró su primer congreso. En esta ocasión, la dirección quiso sobre todo cerrar filas para que, a causa del fracaso electoral, no se cediera al «derrotismo». A tal fin la ponencia de Sanroma, que resultó aprobada por mayoría, reafirmó la justeza de la línea desarrollada hasta entonces. Sin embargo, cabe señalar que se manifestaron también dos posturas críticas, correspondientes a las tensiones incluyente y excluyente. Una, que fue tachada de reformista, sostuvo que la búsqueda de la ADU y de la ruptura habría debido ser abandonada en diciembre de 1976, siguiendo el ejemplo del PTE. Otra, que atacó la dirección por la izquierda, afirmó que fue un error el plantear un gobierno provisional con PCE, PSOE y la oposición moderada, en vez de lanzar directamente la consigna de un gobierno provisional revolucionario. Se hizo evidente, por tanto, la existencia en el partido de diferentes almas, con diferentes grados de radicalismo.

Otro instrumento empleado por Sanroma para cerrar filas, cohesionando a los militantes contra el fantasma del revisionismo y avivando su entusiasmo, consistió en reivindicar la figura de Stalin. Algunas intervenciones, como la de Jesús Barrientos por el sector de profesionales o la de Guillermo Vázquez por el sector de abogados, se opusieron sin éxito a que el líder soviético siguiera siendo utilizado como referencia: la mayoría apostó por la ortodoxia frente a la renovación³⁴. El congreso, por tanto, en lugar de poner las bases de un discurso político que se adecuase a una democracia parlamentaria de finales de los setenta, hizo que la ORT se quedase pegada a identidades del pasado. Se puede notar aquí un problema clave que caracterizó la recepción del maoísmo en Europa: el modelo chino, a pesar de ser percibido por sus acólitos occidentales como un comunismo «nuevo», en

³⁴ José SANROMA: «Informe sobre el significado y la valoración del I Congreso de la ORT» (septiembre de 1977), AOPTE. Véase la entrevista a J. Barrientos en Consuelo LAIZ: *La izquierda...*, t. II.

realidad consistía en una «imitación de lo viejo»³⁵, presentando un carácter anacrónico.

En la situación abierta tras las elecciones de junio, la organización se dispuso a trabajar para que en el nuevo sistema se consolidaran y ampliaran las libertades democráticas. En esta óptica, además de intentar participar desde fuera del Parlamento en la elaboración de la Constitución, como veremos a continuación, realizó una drástica oposición a otro de los pilares de la etapa del *consenso*: los Pactos de la Moncloa.

La ORT los interpretaba como un conjunto de medidas dirigidas a descargar sobre los trabajadores los costes de la crisis económica que afectaba a España desde hace unos años. En su visión, se trataba de la materialización de aquel pacto social que los sectores oligárquicos, mediante la Confederación Española de Organizaciones Empresariales (CEOE), buscaban para mantener intacta su posición dominante, y al que sobre todo el PCE, a través de CCOO, contribuía para presentarse a la Unión de Centro Democrático (UCD) como un aliado viable en la perspectiva de un gobierno de concentración nacional. La organización rechazaba de raíz la justificación típica de los Pactos, es decir, que eran necesarios para estabilizar la naciente democracia y evitar un «Pinochetazo». Afirmaba, al contrario, que, para los trabajadores, las libertades que estaban adquiriendo no constituían un fin en sí mismas, sino un medio para defender mejor sus intereses de clase; era un contrasentido, por tanto, renunciar a luchar para mejorar sus condiciones de vida en nombre de la democracia, cuando ésta se podía profundizar cualitativamente sólo mediante la satisfacción de las demandas obreras³⁶.

La oposición al pacto social, dado que debía ser realizada al mismo tiempo a nivel político y sindical, se entrelazó con la trayectoria del SU, que después de la asamblea de Alcobendas, el 1 de mayo había celebrado su Congreso Constituyente eligiendo como secretario general a José Miguel Ibarrola³⁷. Frente a la «salida oligárquica» de la crisis, caracterizada por la congelación salarial y la

³⁵ Eugenio DEL RÍO: *Disentir, resistir*, Madrid, Talasa, 2001, pp. 41-42.

³⁶ «A los responsables de zona» (27 de octubre de 1977), AHFPI, ORT, sig. 5-3; Pedro CRISTÓBAL: «El pacto social», *EL* (27 de marzo de 1977), y Rodrigo ARAYA: «Asegurar el pan y la libertad. La postura de CCOO ante el Pacto de la Moncloa», *Historia del Presente*, 14 (2009), pp. 151-164.

³⁷ «Congreso Constituyente del Sindicato Unitario» (1 de mayo de 1977), AHFPI, SU, sig. 17-17.

fijación de topes salariales, la ORT y el SU proponían otra que consistía «en adoptar una serie de medidas tendentes a nacionalizar y poner al servicio de los sectores populares la economía». Entre estas medidas figuraban «con carácter preferente, la nacionalización de la banca y el crédito en general, una profunda reforma agraria y una reforma fiscal progresiva que, entre otras cosas, aumentase los impuestos sobre el patrimonio». Además, se aspiraba a evitar la inflación mediante un sistema administrado por Juntas de Precios dotadas, en su composición, de representación sindical. Otro importante punto de la «salida popular» de la crisis consistía en la lucha contra el paro. En este sentido, ORT y SU pedían la abolición de la legislación «que implicaba el libre despido» y la «ampliación del subsidio de desempleo». Al lado de estas medidas, de carácter defensivo, preveían otras dirigidas a crear nuevos puestos de trabajo como, por ejemplo, la utilización de tierras no cultivadas o la puesta en marcha de obras públicas³⁸.

La ORT esperaba aprovechar el gran descontento presente en las filas obreras a causa de los efectos del pacto social para reactivar las movilizaciones desde abajo. Es curioso que el Comité Central a finales de 1977 no descartara la eventualidad de un «desarrollo revolucionario de la situación» generado por la impopularidad de las medidas gubernamentales³⁹. Para fomentar esta posibilidad, ORT y SU querían poner en pie un Frente Común Reivindicativo (FCR) que agrupase, en torno a su propuesta de «salida popular», a todas las fuerzas sindicales que rechazaban los Pactos de la Moncloa. Sin embargo, esta perspectiva incluyente una vez más no resultó viable: con la CSUT la ruptura era demasiado reciente para ser saneada, mientras que la aplicación del esquema de la lucha ideológica impedía la colaboración, por ejemplo, con anarcosindicalistas o autónomos. Con estas fuerzas, por tanto, no se logró ir más allá de algunos casos puntuales de unidad de acción a nivel local⁴⁰. Además, si en un pri-

³⁸ *Boletín interno del SU*, 2 (septiembre de 1977); «El Sindicato Unitario explica la alternativa de clase al Pacto de la Moncloa», *Unidad Sindical*, 5 (noviembre de 1977), y «Dos alternativas a la crisis económica», *EL* (9 de noviembre de 1977).

³⁹ «II Pleno del CC» (22 de diciembre de 1977), AHFPI, ORT, sig. 6-22, y «Circular del CPM» (2 de noviembre de 1977), AHFPI, ORT, sig. 5-2.

⁴⁰ José SANROMA: «Frente común de los trabajadores contra el pacto social de la Moncloa», *EL* (26 de octubre de 1977); «Dos corrientes sindicales que tenemos que rechazar», *Unidad Sindical*, 8 (abril de 1978), e «Informe del CPM a los secretarios políticos» (18 de diciembre de 1978), AHFPI, ORT, sig. 5-3.

mer momento, sobre todo a raíz de la firma de un comunicado conjunto, la organización había creído posible atraer a la UGT al FCR, esta esperanza se desvaneció cuando la central socialista abandonó sus iniciales críticas hacia los Pactos y suscribió los mismos⁴¹.

Dadas las reducidas dimensiones del SU, sus intentos de romper los topes salariales en las negociaciones no tuvieron eficacia. La iniciativa más exitosa que el sindicato y la ORT promovieron contra el pacto social fue probablemente la Marcha de los Parados. En un escenario caracterizado por tasas de desempleo crecientes, según la organización la lucha contra el paro cobraba especial relevancia porque constituía un tema capaz de unir al pueblo contra «la política estabilizadora del gran capital». El acontecimiento, más que en una marcha propiamente dicha, consistió en un encuentro en el Palacio de los Deportes de Madrid que tuvo lugar el 19 de marzo de 1978. Asistieron casi 20.000 personas y participaron también personalidades destacadas como Satrústegui, Villar Arregui y monseñor Iniesta, obispo de la capital. La Marcha, que proponía las medidas contra el paro contenidas en la «salida popular» de la crisis desdibujada por la ORT, tuvo notable resonancia y un buen apoyo por parte de la opinión pública. Efectivamente, subrayaba un problema que, según las encuestas, constituía la principal preocupación de los españoles de cara al futuro⁴².

A comienzos de 1978 se celebraron las primeras elecciones sindicales en democracia. El SU, con su 1,66 por 100 y 3.164 delegados en total, se situó después de CCOO (34,5 por 100), UGT (21,7 por 100), USO (3,77 por 100) y CSUT (2,92 por 100). Consiguió buenos resultados esencialmente en sus clásicas zonas de influencia: en Navarra, con 274 delegados, se afirmó como fuerza mayoritaria, mientras en Madrid y Huelva obtuvo, respectivamente, 1.119 y 294 delegados⁴³. Desde este momento, el SU experimentó una pa-

⁴¹ «Circular del CPM» (2 de noviembre de 1977), AHFPI, ORT, sig. 5-2, y «II Reunión informativa de la SP con cuadros dirigentes» (26 de octubre de 1977), AHFPI, ORT, sig. 6-23.

⁴² «Circular del CPM» (25 de febrero de 1978) y «Circular del CC» (28 de marzo de 1978), AHFPI, ORT, sig. 6-23; «20.000 parados abarrotaron el Palacio de los Deportes», *Pueblo* (20 de marzo de 1978); *Informaciones* (20 de marzo de 1978), y Rafael LÓPEZ PINTOR: «Actitudes políticas y comportamiento electoral en España», *Revista de Estudios Políticos*, 34 (1983), p. 14.

⁴³ MINISTERIO DE TRABAJO: «Resumen numérico por provincias y centrales extraído de actas recibidas hasta el 31 de julio de 1978», AHFPI, SU, sig. 21-19.

rábola descendente que se concluyó con su desaparición en 1980, en concomitancia con la disolución de la ORT y el fracaso del experimento del Partido de los Trabajadores (PT).

Su ocaso fue determinado por varias razones. En general cabe observar que, para el SU, el ser una correa de transmisión de la ORT constituyó un obstáculo a la hora de atraer votos o captar afiliados políticamente independientes, porque éstos, incluso cuando compartían sus posturas en el ámbito sindical, no estaban dispuestos a aceptar también el marco ideológico maoísta y la subordinación al partido. Consecuentemente, el sindicato tampoco pudo funcionar como instrumento para ampliar la influencia de la organización entre las masas. Además, la escasez de recursos humanos y económicos limitó notablemente la labor de propaganda y extensión del SU en todo el territorio nacional. En este sentido, a causa de la ruptura con la rama obrera del PTE en 1977, se había esfumado la posibilidad de aunar fuerzas y, al contrario, las dos centrales maoístas se habían encontrado a competir por los mismos espacios sindicales⁴⁴.

La fracasada adaptación a la democracia parlamentaria

La ORT demostró un gran interés por la política institucional, considerando una cuestión clave el ganar influencia en el aparato del Estado. En este sentido, desde el otoño de 1977 su objetivo fundamental consistió en obtener escaños en las siguientes elecciones. Mientras tanto, aspiraba a participar desde fuera en la actividad del Parlamento⁴⁵.

A este propósito hay que notar que la organización intentó crear una especie de puente entre sí y las nuevas Cortes estableciendo contactos con el PSOE, que veía como «la alternativa de izquierda capaz de gobernar»⁴⁶. Había mantenido en todo momento mejores relaciones con los socialistas que con el PCE, su directo

⁴⁴ «Circular del Secretariado Confederal» (24 de mayo de 1979), AHFPI, SU, sig. 4-13, y José L. MARTÍN: «El sindicalismo de clase: balance crítico», *Boletín de Debate*, 2 (30 de mayo de 1980), AOPTE.

⁴⁵ «Actuar en las condiciones de la democracia burguesa» (10 de octubre de 1977), AHFPI, ORT, sig. 6-22.

⁴⁶ «Circular del CC» (19 de junio de 1977), AHFPI, ORT, sig. 6-22, y «Un avance hacia la democracia», *EL* (19 de junio de 1977).

competidor. Además, hay que considerar que el partido de González, aunque participara en ella, se mostraba en su discurso público crítico hacia la lógica del consenso y, por tanto, parecía que cabía la posibilidad de atraerlo más a la izquierda⁴⁷. En la perspectiva de la ORT, el acercamiento al PSOE servía no sólo para tratar de que sus posturas tuvieran alguna repercusión en el Parlamento, sino también para ampliar su espacio político debilitando PTE y PCE⁴⁸. Los socialistas, por su parte, utilizaban los contactos con la organización en el marco de una línea más general dirigida a afirmar su posición hegemónica en la izquierda, tanto a través del desgaste del PCE como mediante la consecución del apoyo de partidos minoritarios y su progresiva incorporación⁴⁹. Las relaciones tomaron cuerpo en encuentros bilaterales, declaraciones de recíproca solidaridad y celebración de algunos actos conjuntos. Se desarrollaron de forma bastante positiva, y así, en vísperas de las elecciones de 1979, la ORT creía que, una vez obtenidos escaños, habría podido establecer una estrecha colaboración parlamentaria con el PSOE. Con esa idea, allí donde no presentaba candidaturas propias para el Senado dio incluso indicaciones de votar al partido de González⁵⁰.

El interés de la organización por la política institucional en la etapa del consenso se tradujo, sobre todo, en un intento de influir en la redacción de la carta fundacional. Con esta finalidad, en octubre de 1977 difundió un documento en que exponía las que consideraba debían ser las bases de una Constitución democrática, y en febrero de 1978 elaboró treinta y siete enmiendas al anteproyecto constitucional, que envió a los partidos parlamentarios con la esperanza de que las tomaran en consideración. Además, creó apósitos grupos de trabajo y promovió un debate constante tanto mediante eventos públicos como en sus órganos de prensa.

⁴⁷ Santos JULIÁ: *Los socialistas en la política española*, Madrid, Taurus, 1997, pp. 469 y ss.

⁴⁸ «Circulares del CPM» (20 de octubre de 1977 y 19 de diciembre de 1978), AHFPI, ORT, sig. 5-3.

⁴⁹ Véase Abdón MATEOS: «El laberinto de los socialistas», en Rafael QUIROSA (ed.): *Historia de la Transición. Los partidos políticos*, Madrid, Biblioteca Nueva, en prensa.

⁵⁰ «Festival de solidaridad ORT-PSOE», *EL* (26 de octubre de 1977); «Entrevista Felipe González-José Sanroma», *EL* (17 de enero de 1979), y «V Pleno del CC» (enero de 1979), AHFPI, ORT, sig. 6-19.

Según la ORT, la Constitución habría debido presentar un carácter «abiertamente antifascista». Eso significaba «barrer hasta la última supervivencia institucional del régimen anterior», lo que implicaba, por un lado, limitar lo más posible «la fuerza política de la oligarquía, clase responsable de la llegada del fascismo al poder y de su mantenimiento», y, por el otro, garantizar el «protagonismo y la influencia política en el Estado por parte del proletariado y del pueblo». En concreto, estos principios se traducían, por ejemplo, en la reivindicación de la forma-Estado republicana y del derecho a la autodeterminación para las nacionalidades. Además, la ORT condenó el hecho de que la propiedad privada y la libre iniciativa empresarial encontraran amparo en la carta fundacional, porque eso equivalía a una constitucionalización del sistema capitalista. Por el contrario, el partido creía que se debía atribuir mayor importancia a la intervención estatal en la economía y, sobre todo, aspiraba al reconocimiento de la posibilidad, para los trabajadores, de ejercer un «control democrático» y participar en la dirección de las empresas públicas⁵¹.

Para la ORT, en suma, la Constitución habría debido superar en parte el marco de un régimen liberal y realizar, bajo otra forma, aquella ruptura que no se había logrado anteriormente. Hasta el verano de 1978, por tanto, el partido criticó ásperamente el proyecto constitucional, juzgando que no recogía los anhelos progresistas de las masas, y junto a los Pactos de la Moncloa, troncaba el proceso de emancipación de las clases populares empezado con la lucha al franquismo. Sin embargo, desde agosto cambió radicalmente su postura y, en el referéndum, optó finalmente por el sí a la Constitución, al igual que el PTE, mientras otros grupos de la izquierda comunista, como el MC y la trotskista Liga Comunista Revolucionaria (LCR), mantuvieron una actitud de rechazo. La ORT, en sustancia, reconoció que el texto, a pesar de sus defectos, garantizaba una serie de derechos fundamentales (reunión y asociación, sufragio universal, etc.) de que los españoles habían sido privados durante décadas, y, por tanto, marcaba una victoria, aunque parcial, contra los intentos de continuismo: «Esos derechos —afir-

⁵¹ «Bases para la elaboración de una Constitución democrática» (octubre de 1977), AHFPI, ORT, sig. 10-12; «Valoraciones y enmiendas al Anteproyecto de Constitución» (febrero de 1978), AHFPI, ORT, sig. 5-12, y José M. ROCA: *Poder y pueblo...*

maba Sanroma en un mitin— nos sirven para forjar más la conciencia obrera y popular, para organizarnos más y mejor. Y ésas son dos armas fundamentales»⁵².

La aceptación de la Constitución se enmarcaba en un cambio de rumbo que la práctica política de la ORT había experimentado desde la mitad de 1978, moviéndose hacia posturas más moderadas. El viraje se fundaba en la admisión, por lo menos por parte del equipo dirigente, de que ya quedaban descartadas las posibilidades de alcanzar, a corto-medio plazo, transformaciones institucionales y socioeconómicas más profundas. Influyeron la escalada terrorista y los primeros intentos de golpe, que evidenciaron a la dirección del partido la necesidad de consolidar las libertades conquistadas hasta entonces, en lugar de contribuir a una deslegitimación de la naciente democracia que favorecía sobre todo las ambiciones involucionistas. Además, en la óptica de convertirse en una fuerza parlamentaria, la organización consideró que para ampliar las filas de sus electores resultaba más conveniente hacer hincapié en objetivos inmediatos, reservando las consignas revolucionarias a los acólitos. Así, ante las elecciones de marzo de 1979, en el discurso público del partido desaparecieron, por ejemplo, las reivindicaciones republicanas⁵³. Cabe mencionar que la organización también había ingresado en el Movimiento Europeo, convirtiéndose en el primer PC en hacerlo⁵⁴.

A comienzo de 1979, con la idea de presentar una nueva imagen pública, Sanroma había incluso declarado a *El País* que prefería que la ORT no fuera definida radical, o de extrema izquierda, dado que dicha caracterización resultaba perjudicial y podía conllevar «des crédito». Por su parte, la calificaba como una opción de «izquierda decidida y responsable»⁵⁵. Efectivamente, el partido había ido adoptando una praxis que, aunque basándose en una actitud contestataria y combativa, sobre todo en el ámbito económico y en la

⁵² José SANROMA: «Sí a la Constitución y seguir avanzando», en *id.*: *La política de los comunistas en el periodo de transición*, Madrid, Escolar, 1979, p. 151; *id.*: «Una perspectiva de avance», *EL* (4 de octubre de 1978), y «La Constitución de 1978», AHFPI, ORT, sig. 10-12.

⁵³ «V Pleno del CC» (enero de 1979), *cit.*, y «Programa electoral de ORT», *EL* (14 de febrero de 1979).

⁵⁴ «La ORT ingresa en el Consejo Federal Español del Movimiento Europeo», *EL* (23 de agosto de 1978).

⁵⁵ «La Organización Revolucionaria de Trabajadores no se considera de extrema izquierda», *El País* (14 de febrero de 1979).

defensa de los derechos políticos y civiles, fue perdiendo una carga propiamente antisistema. Según las palabras del mismo secretario general, se dejó de plantear «una lucha por la democracia que formalmente superase el marco democrático-burgués» porque «hacerlo de otro modo» no hubiera tenido «ningún sentido práctico»⁵⁶.

Sin embargo, al cambio actuado por la ORT en su práctica política no correspondió una reelaboración de su marco ideológico. La identidad marxista-leninista-maoísta y sus dogmas nunca fueron puestos en discusión y se siguieron defendiendo conceptos como la dictadura del proletariado. Se mantuvo intacto también el mito de la República Popular China incluso después de que, a raíz del agotamiento de la larga ola del 68 y de la muerte de Mao, había empezado su declive definitivo en Europa. De hecho, la invocación a la lucha contra el revisionismo constituyó siempre una constante en los materiales del partido. La ortodoxia funcionaba como factor motivacional y de cohesión. Se vino a crear, por tanto, «una dicotomía entre política oficial y política real», entre referentes teóricos y actuaciones concretas.

Hay que subrayar que esta dualidad fue el producto de decisiones tácticas que la dirección, en muchos casos, había tomado autónomamente y de forma repentina e improvisada, sin contar con el respaldo de la base. Buena parte de ésta, en primer lugar, no entendió el súbito cambio de postura respecto a la Constitución, lo que causó algunos abandonos. Otra fuente de perplejidad en la militancia fue la gran campaña desplegada contra el terrorismo, dado que implicaba una legitimación sustancial del orden burgués y llevaba a la ORT a organizar convocatorias al lado no sólo de PSOE y PCE, sino también de UCD. En general, en las bases surgieron voces que juzgaban excesiva la preocupación por la política institucional y la consecuente exigencia de presentar una imagen responsable, invitando a potenciar la lucha extraparlamentaria⁵⁷.

⁵⁶ «Informe de J. Sanroma al II Congreso de ORT» (28-30 de junio de 1979), AHFPI, ORT, sig. 5-7.

⁵⁷ El «estilo de dirección autoritario» fue reconocido por el propio Sanroma. Varias ponencias (véase, por ejemplo, la de Eduardo Gutiérrez) señalaron estos puntos de discrepancia de la militancia en el «Congreso Extraordinario del PT» (julio de 1980), AOPTE; «II Pleno del CPM» (23 de julio de 1978), AHFPI, ORT, sig. 10-7, y entrevista a J. Barrientos, cit. Sobre la persistencia de los dogmas marxista-leninista-maoístas, «Congreso de unificación PTE-ORT. Bases ideológicas y políticas» (mayo de 1979), AOPTE.

La dicotomía de la política de la ORT, extrema manifestación de la doble tensión incluyente y excluyente, era un síntoma evidente de que su pretensión de «construir el presente y el futuro del partido marxista-leninista en la democracia burguesa española del final de los años setenta no tenía un proyecto estructurado táctica y estratégicamente»⁵⁸.

La crisis del partido se abrió a raíz de las elecciones generales del 1 de marzo de 1979, que tumbaron sus esperanzas de conseguir representación parlamentaria. La organización, con su 0,71 por 100, registró sólo un leve incremento respecto a 1977 situándose, entre los otros grupos de la izquierda comunista, detrás del PTE (1,07 por 100). A los problemas políticos se añadieron los económicos, debidos a las grandes deudas contraídas para financiar los gastos electorales. Los resultados de las municipales de abril, que dieron a la ORT 107 concejales y la alcaldía de Aranjuez, no podían esconder que la trayectoria del partido había llegado a su fin. El PT, fruto de la fusión con el PTE realizada en julio, representó un último y tardío intento de supervivencia que no logró configurarse como un modelo renovado y alternativo de partido, tanto que acabó disolviéndose al cabo de un año⁵⁹.

Conclusiones

Las organizaciones radicales subrayaron demandas desatendidas que subyacieron al proceso de configuración de los pactos fundacionales de la España actual, pugnando por ampliar a la izquierda el campo de lo posible⁶⁰. Sin embargo, dichos grupos, que habían contribuido notablemente a la politización de las nuevas generaciones y a su movilización contra la dictadura, en el tránsito hacia una democracia parlamentaria acabaron desapareciendo u ocupando posiciones marginales. En efecto, no lograron remodelar sus coordenadas ideológicas y prácticas, en un contexto en que

⁵⁸ «Informe de J. Sanroma al II Congreso de ORT», cit.

⁵⁹ El tema ha sido tratado recientemente por Ramón FRANQUESA: «Estabilización del nuevo régimen y autodisolución», en José L. RAMOS (ed.): *Pan, trabajo...*, pp. 299 y ss.

⁶⁰ Ricard MARTÍNEZ: «A la izquierda de lo posible. Las organizaciones revolucionarias durante el tardofranquismo y más allá», en Javier TÉBAR (ed.): *Resistencia ordinaria*, Valencia, PUV, 2012, pp. 147-157.

la adhesión a identidades propiamente antisistema encontraba un apoyo reducido⁶¹.

En concreto, la ORT, coherentemente con su idea de las masas, sobrevaloró las posibilidades tanto de ruptura, como de poder desarrollar una oposición a la lógica del consenso eficaz y que se tradujera también en la conquista de un espacio electoral a la izquierda del PCE en el ámbito político y de CCOO en el sindical. Al mismo tiempo, la aplicación constante del principio de la lucha ideológica, y el consecuente sectarismo, impidieron que uniera sus fuerzas con el PTE u otros grupos más o menos afines, capitalizando recursos en la fase crucial de la Transición.

A nivel teórico, la ORT nunca cuestionó la ortodoxia marxista-leninista-maoísta. Tuvo que hacer frente, por tanto, a la imposible exigencia de derivar de dicho corpus dogmático indicaciones válidas para la acción en un sistema sociopolítico de corte occidental, cultivando aspiraciones institucionales. Como resultado, el partido se encontró desorientado, sin un proyecto definido, lo que llevó a una contradictoria bifurcación entre su dimensión ideológica (que consideraba las libertades democráticas como un medio) y su práctica política (que, implícitamente o menos, las fue reconociendo como un fin en sí mismas). El PTE, aunque menos ortodoxo, presentó la misma ambigüedad de fondo. En cambio, otros grupos de la izquierda comunista, MC y LCR, siguieron un camino opuesto bajo dos aspectos: por un lado, como demostró su rechazo a la Constitución, no proporcionaron legitimidad al nuevo sistema; por el otro, fueron esfumando su carácter propiamente marxista-leninista, y en lugar de centrarse en la política institucional dirigieron su atención hacia los nuevos movimientos sociales. De esta forma, y promoviendo también un proceso de acercamiento entre sí, lograron seguir su actividad durante toda la década de los ochenta⁶².

Las dificultades experimentadas por la ORT se enmarcaban en un fenómeno más general: la crisis del comunismo, que había ido creciendo desde 1956 y estaba entrando entonces en su recta final.

⁶¹ Víctor PÉREZ DÍAZ: *Clase obrera, partidos y sindicatos*, Madrid, FINI, 1979, y José M. MARAVALL: *La política de la Transición*, Madrid, Taurus, 1985.

⁶² Ricard MARTÍNEZ: «La LCR más allá del franquismo», *Viento Sur*, 115 (marzo de 2011), pp. 64-71, y Josepa CUCÓ GINER: «Recuperando una memoria en la penumbra. El Movimiento Comunista y las transformaciones de la extrema izquierda española», *Historia y Política*, 20 (2008), pp. 73-96.

Las nuevas izquierdas no lograron proponer un modelo alternativo viable. A este propósito Furet ha afirmado que el maoísmo, con su «estalinismo antisoviético» y su pretensión de revitalizar la cultura comunista volviendo a la observancia de los postulados doctrinarios originarios, constituía una manifestación «del ocaso del marxismo-leninismo», no de «su renacimiento»⁶³. Los problemas intrínsecos a los intentos de refundar la cuestión comunista sobre nuevas bases se hicieron evidentes no sólo en los partidos pertenecientes a las corrientes de las nuevas izquierdas, sino también en el PCE, cuyo experimento eurocomunista se concluyó con la desmembración del partido del antifranquismo.

Después de la disolución del PT, algunos miembros de la ORT pasaron al PCE, mientras que muchos abandonaron la militancia. En Navarra, el declive de la organización coincidió con el crecimiento de Herri Batasuna, que desde el comienzo de los ochenta dominó allí el campo de la izquierda *abertzale* y radical⁶⁴. Además, cabe subrayar que un número conspicuo de dirigentes de la ORT se integraron en el PSOE ya a partir de 1980, llegando a ocupar cargos públicos. Fueron los casos, entre otros, de Francisca Sauquillo, Manuel Guedán, Cristino Domenech, Ángel Acevedo y Pilar Lledò Real⁶⁵. Abandonado el maoísmo, la tensión incluyente prevaleció definitivamente. El ingreso en las filas socialistas de José Sanroma en 1990, a raíz de la caída del muro de Berlín, simbolizó que para la izquierda, en España y en el mundo, se abría finalmente una nueva época.

⁶³ Françoise FURET: *El pasado de una ilusión*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1995.

⁶⁴ Andrés VALENTÍN GONZÁLEZ: «Materiales para un mapa electoral de Navarra», *Reis*, 51 (1990), pp. 121-170.

⁶⁵ Véase «Militantes de la ORT pasan al PSOE», *El País* (4 de febrero de 1982).

*La «otra» izquierda radical: el movimiento libertario en la Transición. Madrid, 1975-1982**

Gonzalo Wilhelmi

Universidad Autónoma de Madrid

Resumen: En este texto se analiza la reorganización del movimiento libertario durante la Transición española, con especial atención a la actividad desarrollada en Madrid. En torno al núcleo central que suponía el sindicato CNT, el universo libertario estaba formado por variados y pequeños grupos e iniciativas que influyeron en la dinamización de distintos movimientos sociales y culturales. El artículo repasa la aportación libertaria a diferentes ámbitos como el movimiento obrero, la lucha de los presos comunes y la búsqueda de formas de vida alternativas.

Palabras clave: CNT, movimiento libertario, Transición, presos comunes.

Abstract: This article analyzes the reorganization of the libertarian movement during the Spanish Transition, focusing primarily on the activity realized in Madrid. Around the core represented by the CNT, the libertarian universe consisted of many small groups and initiatives that influenced the dynamization of various social and cultural movements. The text gives an overview of the libertarian activity in different areas, such as the worker movement, the struggle of the common prisoners and the search for alternative ways of life.

Keywords: CNT, libertarian movement, Transition, common prisoners.

* Una versión previa de este texto ha sido debatida en el seminario *Transición y democracia*, organizado por el CIHDE de la UNED (marzo de 2013).

La Confederación Nacional del Trabajo (CNT) afrontó la última etapa del franquismo dividida en el exilio y prácticamente desaparecida en el interior¹, acorralada por la represión de la dictadura. Los veteranos anarcosindicalistas, que habían mantenido una reducida actividad sobreponiéndose a detenciones y encarcelamientos, optaron por cerrar los sindicatos de oficio y su relevo fue asumido por dos núcleos de jóvenes activistas que ensayaron nuevas formas organizativas con más posibilidades de desarrollo en un contexto de persecución de todo tipo de oposición. En primer lugar, los Grupos Autónomos libertarios², ocho pequeños colectivos de afinidad con cierta implantación sólo entre los trabajadores del sector de la construcción. En segundo lugar, el Grupo Solidaridad, que en Madrid estaba formado por una treintena de cuadros del sindicato de origen cristiano Federación Sindical de Trabajadores (FST), organizados en tres colectivos de barrio y uno de obreros del vidrio. A través del contacto con la escuela creada por el cenetista Félix Carrasquer en el exilio francés nació la Federación de Grupos Solidaridad, que incluía también a colectivos similares en Cataluña, País Valenciano y Andalucía³.

La reconstrucción de la CNT

Desde una posición externa a los grandes conflictos laborales, dinamizados desde el nuevo movimiento obrero asambleario estructurado en torno a Comisiones Obreras⁴ (CCOO), Solidaridad y los Grupos Autónomos iniciaron un proceso de coordinación que

¹ Ángel HERRERÍN LÓPEZ: *La CNT durante el franquismo. Clandestinidad y exilio (1939-1975)*, Madrid, Siglo XXI, 2004.

² Grupos Autónomos: «La monotonía a la que...» (Madrid, septiembre de 1974), Archivo de la Fundación Salvador Seguí (AFSS), fondo CR1, serie 001, Reconstrucción CNT Madrid, 1973-1975. *Salud Compañero*, 1 (1974); *Federación*, 1 (enero de 1975), y *Libertad*, 3 (abril de 1975). Véase entrevista a Rafael Cid realizada por Eduardo Romanos, recogida en Eduardo ROMANOS FRAILE: *Ideología libertaria y movilización clandestina. El anarquismo español durante el franquismo (1939-1975)*, tesis inédita, Florencia, 2007, p. 258. Romanos denomina a los Grupos Autónomos Libertarios «Grupos de Acción Directa» tomando el nombre de una de sus publicaciones.

³ Federación de Grupos Solidaridad: «Disolución de los grupos de solidaridad» (1976), AFSS, fondo CR1, serie 001, Reconstrucción CNT Madrid, 1973-1975.

⁴ José BABIANO y Antonio DE MINGO: «De la comisión de enlaces y jurados del

terminó de dar forma a la propuesta de reconstrucción del movimiento libertario en Madrid: se haría bajo las siglas de CNT y no se dirigiría desde el exilio, sino desde el interior⁵. A este proceso se incorporaron algunos de los grupos anarquistas universitarios⁶, un reducido núcleo libertario organizado en torno a la editorial ZYX [surgida desde la Hermandad Obrera de Acción Católica (HOAC)] y un grupo de viejos militantes cenetistas que habían abandonado temporalmente el activismo ante la imposibilidad de mantener los tradicionales sindicatos de rama. En este último grupo participaba Juan Gómez Casas, dirigente cenetista excarcelado en 1964, tras su detención a finales de los años cuarenta, que había publicado la obra de referencia *Historia del anarcosindicalismo español* precisamente en la editorial ZYX.

Estos grupos tan diversos confluyeron en las primeras asambleas clandestinas de reconstrucción de la CNT madrileña, que se propusieron superar la etapa de grupos de afinidad para pasar a construir sindicatos de rama, un objetivo que requería aumentar el escaso número de activistas con implantación en las empresas⁷. En estas asambleas se eligió un primer Comité Regional de Centro (CRC), compuesto por dos veteranos anarcosindicalistas y tres miembros de Solidaridad⁸, que funcionó hasta abril de 1976, asumiendo también las funciones del Comité Nacional.

La nueva CNT madrileña formaba parte de un proceso de relanzamiento de la central anarcosindicalista en todo el país que se

metal a la Unión Sindical de Madrid», en David RUIZ (dir.): *Historia de Comisiones Obreras (1958-1988)*, Madrid, Siglo XXI, 1994, pp. 206-209.

⁵ Grupo Solidaridad y Grupos Autónomos: «Propuesta para una reconstrucción» (Madrid, octubre de 1975), AFSS, fondo CR1, serie 001, Reconstrucción CNT Madrid, 1973-1975.

⁶ Entrevistas a José Bondía, 14 de abril de 2011, y José Moncho, 28 de agosto de 2008.

⁷ «Conclusiones y acuerdos...», Asamblea Constitutiva CNT Madrid, Grupos Reunión de la Sierra (Madrid, octubre de 1975), AFSS, fondo CR1, serie 001, Reconstrucción CNT Madrid, 1973-1975; «Orden del día», Asamblea Constitutiva CNT Madrid, Grupos Reunión de Carabanchel (Madrid, octubre de 1975), AFSS, fondo CR1, serie 001, Reconstrucción CNT Madrid, 1973-1975, y «Conclusiones del análisis...», Grupos Reunión de Carabanchel (Madrid, octubre de 1975), AFSS, fondo CR1, serie 001, Reconstrucción CNT Madrid, 1973-1975.

⁸ El primer Comité Regional del Centro estuvo integrado por Fidel Gorrón (secretario general), Carlos Ramos (organización), Miguel Arenal (acción sindical), Luis Altable (relaciones) y Eusebio Azañedo (tesorería).

hacia partiendo de sus principios clásicos: organización sindical finalista, cuyo objetivo no era sólo la mejora de las condiciones laborales, sino el comunismo libertario; acción directa, esto es, la resolución de los problemas por los propios afectados, sin intermediarios, y, por tanto, anti-parlamentarismo como método de lucha, y organización asamblearia basada en sindicatos únicos de rama⁹.

Los primeros sindicatos cenetistas que se organizaron en Madrid fueron Metal, Gráficas, Construcción, Comercio, Banca, Telefónica, Sanidad y Oficios Varios. En mayo de 1976 se formaron Transportes, Químicas y Piel; en junio, Enseñanza, y en diciembre, Administración Pública¹⁰. Se trataba de grupos pequeños que oscilaban entre la decena (Piel y Comercio) y el centenar (Enseñanza, Construcción y Metal) de afiliados. El colectivo con más trayectoria, Construcción, celebraba asambleas semanales de una treintena de militantes. La participación en el conjunto de la Federación Local de Madrid (FLM) oscilaba entre las 133 personas que acudieron al pleno de militantes de junio de 1976 y al medio millar del pleno de septiembre del mismo año¹¹.

La CNT arrastraba una débil implantación en las empresas debido a las características de los grupos que impulsaron su reconstrucción y al rechazo del ingreso de un grupo de activistas con simpatías por el modelo anarcosindicalista que habían participado en las luchas laborales asamblearias. Estos militantes vieron vetado su ingreso en la CNT madrileña por haberse infiltrado en el Sindicato Vertical de la dictadura como enlaces y vocales jurados, siguiendo la misma táctica que la mayoría de los miembros de CCOO¹². Esta exclusión fue muy negativa para el desarrollo de la central anarcosindicalista, donde la homogeneidad ideológica pro-

⁹ CNT-AIT: «La CNT a la clase trabajadora en España» (enero de 1976), AFSS, fondo CR2, CNT (1976-1979), serie 001, Comité Nacional, carpeta 070.

¹⁰ FLM de CNT: «Acta reunión de la FLM» (10 de mayo de 1976), AFSS, fondo CR2, CNT (1976-1979), y Sindicato de Administración Pública de CNT: «Entendemos que la CNT...» (24 de diciembre de 1976), AFSS, fondo CR2, CNT (1976-1979).

¹¹ FLM de CNT: «Acta de la reunión de la FLM» (11 de agosto de 1976), AFSS, fondo CR2, CNT (1976-1979), y FLM de CNT: «Pleno de militantes de Aluche» (17 de septiembre de 1976), AFSS, fondo CR2, CNT (1976-1979).

¹² FLM de CNT: «Acta de la reunión de la FLM» (7 de julio de 1976), AFSS, fondo CR2, CNT (1976-1979), y Sindicato de Administración Pública de CNT: «Entendemos que la CNT...» (24 de diciembre de 1976), AFSS, fondo CR2, CNT (1976-1979).

pia de los grupos de afinidad clandestinos seguía pesando más que la necesidad de contar con activistas experimentados e influyentes en sus centros de trabajo.

La central anarcosindicalista intervino, como fuerza secundaria, en conflictos laborales en distintas empresas y sectores, principalmente en el sector de Comercio (por el adelanto de la hora de cierre a las 19 horas, contra la apertura los sábados por la tarde y la prolongación del horario en navidades), pero no lideró ninguna lucha de envergadura. El sindicato con mayor incidencia seguía siendo el de la Construcción, que participaba en todas las huelgas y negociaciones de su sector¹³, donde CCOO era claramente hegemónico.

Tras participar, junto al resto de la oposición, en la huelga general del 12 de noviembre de 1976, que incluía la reivindicación de la ruptura democrática, y llamar al boicot en el referéndum sobre la reforma política aprobado por las Cortes franquistas¹⁴, la CNT constataba una correlación de fuerzas muy desfavorable a sus planteamientos y preveía años de «democracia electoralista burguesa». En esta etapa definía su objetivo en arrancar parcelas de poder «al Estado burgués y restituir las al conjunto de la sociedad para hacer posible su autogobierno». La confederación afirmaba que la soberanía popular sólo era posible en «la sociedad socialista o comunista libertaria»¹⁵.

La central anarcosindicalista se manifestaba expresamente a favor de la ruptura con la dictadura franquista¹⁶ y señalaba que su «conocido apoliticismo» era «en realidad antiparlamentarismo», pues si bien se consideraba «apolítica en cuanto a depender de cualquier partido o grupo», reivindicaba su labor histórica «en lo que respecta a la política en defensa de los intereses de la clase obrera, en defensa de las libertades cívicas o en respaldo a la autodeterminación de los pueblos que componen el Estado español»¹⁷.

El movimiento libertario tuvo su fase de máxima expansión en 1977, tras la legalización de la CNT en la primavera de ese año. La

¹³ *Construcción*, Sindicato de Madrid, época II, mayo de 1976.

¹⁴ «Puntualización de la CNT», *Hoja del lunes* (29 de noviembre de 1976), y FLM de la CNT: «La CNT ante el referéndum» (diciembre de 1976), AFSS, fondo CR2, CNT (1976-1979).

¹⁵ «Electoralismo», *CNT*, 1 (enero de 1977).

¹⁶ *Castilla Libre*, 1 (agosto de 1976).

¹⁷ FLM de CNT: «Manifiesto de la FLM de la CNT» (junio de 1976), AFSS, fondo CR2, CNT (1976-1979).

Confederación Regional del Centro llegó a coordinar veintisiete federaciones locales y dos comarcales que aglutinaban a unos 6.000 trabajadores, mayoritariamente en Madrid. Eran una pequeña parte de los 116.900 afiliados a la central anarcosindicalista, que se concentraban principalmente en Cataluña y País Valenciano¹⁸. La Federación Local de Madrid estaba formada por dieciocho sindicatos de ramo muy heterogéneos en cuanto a afiliación, nivel de participación y capacidad de intervención en su sector, oscilando entre pequeños colectivos como Espectáculos —a cuyas asambleas semanales acudían una decena de trabajadores— y los más activos como Metal, Construcción y Banca —que contaban con varios cientos de afiliados y una treintena de militantes en sus reuniones—¹⁹. El crecimiento confederal se producía en una situación de ilegalidad y de represión policial hasta mayo de 1977. Todavía en marzo de ese mismo año la policía detenía a catorce miembros del Sindicato de Enseñanza durante una asamblea²⁰.

La inexperiencia impidió a la central anarcosindicalista diferenciar entre una organización con vocación de agrupar a la mayoría de los trabajadores y una de cuadros, limitada a los más afines ideológicamente. Esta confusión contribuyó a alejar a la confederación de su potencial de crecimiento en la capital: los 25.000 asistentes al mitin de la plaza de toros de San Sebastián de los Reyes del 27 de marzo de 1977 cuadruplicaban a los 6.000 afiliados cenetistas en la capital. A pesar de su desarrollo, la CNT seguía siendo muy minoritaria respecto al principal sindicato, CCOO, que contaba con 348.910 afiliados en Madrid²¹, si bien hay que señalar que las cifras de afiliación podían estar distorsionadas al alza debido al reparto masivo de carnés tras la legalización de las centrales sindicales.

¹⁸ CNT: «Actas del Pleno Nacional de Regionales del 3 y 4 de septiembre de 1977», AFSS, fondo CR2, CNT (1976-1979).

¹⁹ «Actas de las plenarias de la FLM» (23 de marzo de 1977, 18 de agosto de 1977, 26 de octubre de 1977 y 30 de noviembre de 1977), AFSS, fondo CR2, CNT (1976-1979).

²⁰ «Detenidos profesores y alumnos de CNT», *Diario 16* (9 de marzo de 1977).

²¹ La mitad de los afiliados a CCOO en Madrid se agrupaban en tres ramos: Metal (26 por 100), Construcción (17,2 por 100) y Transporte (10 por 100). Véase José BABIANO MORA: *Emigrantes, cronómetros y huelgas. Un estudio sobre el trabajo y los trabajadores durante el franquismo (Madrid, 1951-1977)*, Madrid, Siglo XXI, 1995, pp. 320-326 y 335-338.

La central anarcosindicalista acompañó su crecimiento con una mayor incidencia en conflictos laborales, principalmente en empresas medianas y pequeñas²², y siguió sin lograr influencia decisiva en ningún sector productivo ni gran empresa.

Tras la derrota de la ruptura democrática y la consolidación de la reforma, la Unión de Centro Democrático ganó las primeras elecciones generales en junio de 1977. Adolfo Suárez se mantenía en la presidencia, pero ya con la legitimidad democrática proporcionada por su victoria en los comicios. En el campo de la izquierda, el PSOE arrebató al PCE el liderazgo y ambas formaciones apostaron por el consenso con la derecha para abordar la redacción de la Constitución y un pacto económico para responder a la crisis económica. Todo ello condicionado por los límites que había fijado la Ley para la Reforma Política aprobada por las Cortes franquistas y por las líneas rojas establecidas por los poderes fácticos: monarquía, unidad de España, capitalismo²³ e impunidad para los responsables de violaciones de derechos humanos durante la dictadura.

En 1978, la Federación Local de Madrid de CNT agrupaba a 3.600 afiliados. La asistencia a las asambleas de los sindicatos oscilaba entre dieciséis y cuarenta y cinco afiliados, y la participación en los plenos de militantes rondaba las trescientas personas. Los principales sindicatos cenetistas de ramo eran Metal, Construcción y Banca. Les seguían en importancia Transportes, Comercio, Artes Gráficas y Gastronomía (antiguo sindicato de Hostelería)²⁴.

Más allá de los ramos con tradición sindical que constituyeron la punta de lanza del movimiento obrero durante toda la Transición (Metal, Construcción y Transporte), en este periodo se sumaron nuevos colectivos a la protesta laboral, principalmente en el sector servicios, entre los que destacan Banca, Comercio, Sanidad, Enseñanza y Hostelería. En estos ámbitos, donde CCOO era también mayoritaria, el sindicalismo radical logró cierta incidencia: en

²² «Actas de las plenarios de la FLM» (4 de marzo de 1977, 23 de marzo de 1977, 14 de abril de 1977, 6 de julio de 1977, 14 de septiembre de 1977 y 21 de septiembre de 1977), AFSS, fondo CR2, CNT (1976-1979), y «La lucha de las empleadas de hogar», *Punto y Aparte*, 1 (marzo de 1978), pp. 7 y 8.

²³ Rubén VEGA: «Demócratas sobrevenidos y razón de Estado. La transición desde el poder», *Historia del presente*, 12 (2008), pp. 129-154, esp. p. 140.

²⁴ «Plenaria FL Madrid» (21 de enero de 1978), AFSS, fondo CR2, 000315, y «Acta del pleno de militantes de la FLM» (29 de mayo de 1978), AFAL, caja «Actas de la Federación Local y plenos locales de Sindicatos».

Enseñanza y Sanidad por medio de grupos asamblearios (autónomos) y en Banca, Comercio y Hostelería a través de la CNT. La negociación de los convenios sectoriales de estos sectores dio lugar a una dinámica de asambleas, manifestaciones y huelgas con alta participación y resultados tangibles en forma de mejoras salariales y de condiciones de trabajo. La central anarcosindicalista se fue debilitando en estos ramos a medida que quedaba excluida de las mesas de negociación y sólo logró mantener una presencia relevante en Banca. En cualquier caso, la mayor influencia sindical lograda por la CNT se dio en estos sectores de servicios que tuvieron una gran conflictividad durante los primeros años de la Transición, sin llegar al nivel de movilización de Metal.

En el ámbito general, la CNT centró su actuación en la crítica al pacto social y al nuevo sistema de relaciones laborales basado en las elecciones sindicales, como veremos a continuación. En Madrid, la central anarcosindicalista realizó un importante esfuerzo de propaganda pegando 30.000 carteles, pero no consiguió organizar las importantes movilizaciones que sí logró en Barcelona²⁵.

La oposición anarcosindicalista a los Acuerdos de la Moncloa se centró en el rechazo a los topes salariales, reclamando que las remuneraciones no crecieran menos que los precios para mantener el poder adquisitivo. Más allá de la oposición a la bajada de los salarios reales, la CNT madrileña no valoró la parte política de los pactos, el desarrollo de las bases de un limitado Estado de Bienestar y de las reformas democráticas²⁶. La confederación no realizó ninguna reflexión sobre estos aspectos, dejando sin aclarar si el Estado de Bienestar y la democracia parlamentaria eran elementos positivos en sí mismos, si su desarrollo era insuficiente o si su logro compensaba las reducciones salariales. Tampoco aclaraba si era posible aumentar los salarios y al mismo tiempo profundizar la democracia y desarrollar el Estado de Bienestar, ni proponía alternativas concretas. La indefinición en las cuestiones generales y su escaso ta-

²⁵ CNT-AIT: «Asamblea provincial» (1978), AFSS, fondo CR2, 000190, y Federación Local de CNT: «Actas de la reunión de la FLM» (7 de junio de 1978), AFAL, caja «Actas de la Federación Local y plenos locales de Sindicatos».

²⁶ Para un análisis de los Pactos de la Moncloa véanse Álvaro SOTO: *Transición y cambio en España, 1975-1996*, Madrid, Alianza, 2005, pp. 348 y ss., y 409 y ss., y Miren ETXEZARRETA: «La economía política del proceso de acumulación», en *id.* (coord.): *La reestructuración del capitalismo en España, 1970-1990*, Barcelona, Icaria, 1991, pp. 38-41.

maño impidieron a la CNT expresar el rechazo que los recortes salariales provocaban entre la mayoría de los trabajadores²⁷ y su negativa a confluir con el resto del sindicalismo radical por su participación en las elecciones sindicales aumentó el aislamiento de la central anarcosindicalista.

Otro elemento central de la evolución de la CNT fue la actualización de su propuesta sindical. El modelo anarcosindicalista clásico había nacido de las relaciones laborales de comienzos del siglo xx. Más de medio siglo después, la realidad era muy diferente y se caracterizaba por la extensión de las asambleas y una situación de pluralidad sindical con hegemonía de CCOO y crecimiento de UGT. En un primer momento, la central anarcosindicalista priorizó el papel de la asamblea soberana de trabajadores que nombraba comités para tareas concretas, revocables en todo momento²⁸. La subordinación de los sindicatos a las asambleas que decidió la federación madrileña de la CNT era compartida por el conjunto de la organización, que en septiembre de 1977 alcanzaba un acuerdo en términos similares²⁹.

El inicial entusiasmo por las asambleas de trabajadores comenzó a remitir a medida que los anarcosindicalistas comprobaban que la soberanía y el protagonismo de la asamblea no garantizaban por sí solas la hegemonía de los planteamientos más radicales. A mediados de 1978, los defensores de las asambleas soberanas fueron expulsados acusados de consejistas (y, por tanto, marxistas) y se acordó una nueva línea sindical en la que las asambleas de centro de trabajo se subordinaban a la asamblea del sindicato³⁰. Respecto a las elecciones sindicales, la central anarcosindicalista no sólo re-

²⁷ Víctor PÉREZ DÍAZ: *Clase obrera, partidos y sindicatos*, Madrid, Fundación del Instituto Nacional de Industria, 1979, p. 14, y Robert M. FISHMAN: *Organización obrera y retorno a la democracia en España*, Madrid, CIS, 1996, pp. 176-183.

²⁸ FLM de CNT: «Pleno local de Sindicatos» (septiembre de 1976), AFSS, fondo CR2, CNT (1976-1979), y FLM de CNT: «Alternativas, hoy, en la lucha...», AFSS, fondo CR2, CNT (1976-1979).

²⁹ CNT: «Actas del Pleno Nacional de Regionales celebrado en Madrid el 3 y 4 de septiembre de 1977», ponencia sobre Acción Sindical en la Empresa, anexo 8 de las actas (septiembre de 1977), AFSS, fondo CR2, 000074.

³⁰ CNT: «Expediente sobre la expulsión de militantes de S. Comercio» (octubre de 1977), AFSS, fondo CR2, 000018; «Un grupo de militantes...» (octubre de 1977), AFSS, fondo CR2, 000018.a; «Informe del sindicato...» (noviembre de 1977), AFSS, fondo CR2, 000018.b, y «Debate sobre el asambleísmo», *Bicicleta*, 3 (enero de 1978).

chazó participar en los comicios, sino que convirtió su boicot en una de sus principales señas de identidad³¹. Los actos contra las elecciones organizados por la confederación en locales del Sindicato Vertical y Ateneos Libertarios se anunciaron con 23.500 carteles y 23.000 panfletos, pero la asistencia fue muy escasa, incluyendo la de los miembros de la central anarcosindicalista³².

Los datos oficiales de las elecciones sindicales de 1978 no recogieron la abstención ni el censo, es decir, el número de trabajadores convocados a las urnas³³, pero el fracaso de la campaña de la Federación Local de Madrid de CNT contra los comicios fue evidente, pues tan sólo logró «reunir en el mejor de los casos a 200 personas», y su mitin final se canceló por falta de asistencia³⁴.

Anarquistas más allá de la CNT: el movimiento libertario

La CNT era la principal organización del movimiento libertario, pero no la única. A su alrededor, como referente histórico indiscutible, surgieron numerosos grupos e iniciativas marcados por la influencia de la ola contestataria de mayo del 68 y su propuesta de transformar de raíz todas las relaciones de poder (no sólo las de clase) defendiendo una alternativa global a la sociedad, desde la política general hasta la vida cotidiana. En este espacio libertario con-

³¹ CNT: «Actas del Pleno Nacional de Regionales celebrado en Madrid el 3 y 4 de septiembre de 1977», ponencia sobre Acción Sindical en la Empresa, anexo 8 de las actas (septiembre de 1977), AFSS, fondo CR2, CNT (1976-1979).

³² CNT: «Actas de la plenaria de la FLM» (14 de diciembre de 1977 y 18 de enero de 1978), AFSS, fondo CR2, CNT (1976-1979), e «Informe Campaña Boicot Elecciones Sindicales», AFSS, fondo CR2, CNT (1976-1979).

³³ En los comicios de 1980 el Ministerio publicó los primeros datos oficiales de abstención, que en Madrid alcanzó el 22,92 por 100. De un censo de 541.948 trabajadores votaron 417.734. En industria el 83,37 por 100, en construcción el 78,60 por 100 y en servicios el 72,07 por 100. La participación global fue del 77,08 por 100 y la abstención del 22,92 por 100. Véase Ana LORITE FERNÁNDEZ: «La representatividad de los sindicatos en Madrid: elecciones sindicales (1978-1990). Una comparación con el ámbito nacional», en Álvaro SOTO (dir.): *Clase obrera, conflicto laboral y representación sindical (evolución sociolaboral de Madrid, 1939-1991)*, Madrid, Ediciones GPS-Madrid, 1994, pp. 235-321, esp. p. 277.

³⁴ CNT: «Actas de la plenaria de la FLM» (15 de febrero de 1978), AFSS, fondo CR2, CNT (1976-1979), e «Informe del S. de Transportes sobre la no aceptación de dos militantes de la designación como miembros del SP del CN», AFSS, fondo CR2, CNT (1976-1979).

vivían organizaciones, grupos y redes: CNT, varias revistas (entre las que destacaba *Bicicleta*), grupos informales, ateneos de barrio, comunas, Juventudes Libertarias, pequeños grupos armados, así como redes informales de activistas que participaban en las convocatorias y actividades culturales y sociopolíticas. Se puede considerar a este conjunto heterogéneo como un movimiento sociopolítico, en tanto que compartía unos principios ideológicos y políticos, una forma de funcionamiento basada en el asamblearismo y la horizontalidad, y, sobre todo, una identidad común, la de formar parte del movimiento libertario³⁵, identidad basada en unos principios ideológicos compartidos y en la identificación con el papel de la CNT en la revolución y en la guerra civil.

En el ámbito de la cultura escrita los proyectos fueron numerosos: editoriales como Queimada o Campoabierto, librerías como Panorama, fanzines elaborados por pequeños colectivos, boletines de sindicatos de ramo, de organizaciones históricas [*Tierra y Libertad* de la FAI, *Ruta* de la Federación Ibérica de Juventudes Libertarias (FIJL)], de nuevos grupos libertarios [*Anarcosindicalismo* de la FIGA (Federación Ibérica de Grupos Anarquistas), *Askatasuna* editada por el colectivo homónimo] y revistas temáticas como *Historia Libertaria*. Las publicaciones periódicas con mayor proyección fueron *Ajoblanco*, con redacción en Barcelona, y *Bicicleta*, editada en Madrid, que lograron conectar con la demanda de información que se extendía al calor de los cambios políticos y también con un creciente interés por las transformaciones sociales que los grandes medios o incluso la prensa de izquierdas no cubrían.

En las comunas se intentaba llevar a la práctica uno de los planteamientos característicos del movimiento libertario: la unidad de los ámbitos social, político y personal. Vivir en una comuna no era sólo convivir en un piso alquilado en la ciudad o en una casa en el campo, sino que implicaba un proyecto colectivo, compartiendo los

³⁵ Algunos militantes confundían el movimiento libertario realmente existente con el Movimiento Libertario Español (MLE), la estructura coordinadora de los años treinta compuesta por CNT, Mujeres Libres (MLL), Federación Ibérica de Juventudes Libertarias (FIJL) y Federación Anarquista Ibérica (FAI). Pero, como señala Orero, el movimiento libertario de los años veinte y treinta no era el MLE, sino el conjunto de «periódicos, revistas, editoriales, grupos de afinidad, ateneos, escuelas, cuadros artísticos, organizaciones juveniles y, sobre todo, organizaciones obreras, sindicatos». Felipe ORERO: «CNT. Ser o no ser», en AAVV: *CNT. Ser o no ser: la crisis de 1976-1979*, Barcelona, Ruedo Ibérico, 1979, p. 121.

ingresos. En general, se trataba de experiencias fugaces que no llegaron a tener una coordinación estable³⁶.

En este periodo se formaron en Madrid una veintena de colectivos con el objetivo de crear Ateneos Libertarios. Catorce de ellos lograron poner en marcha un local, tomando el relevo de otros grupos anarquistas de barrio, más o menos informales, que no habían podido consolidarse y cuyos intentos de coordinación estable, como la Federación Anarquista de Barrios, habían fracasado³⁷. Los Ateneos Libertarios apoyaron desde un principio las actividades organizadas por CNT, pero las relaciones con la central anarcosindicalista se fueron deteriorando al mismo ritmo que lo hacía la vida orgánica del sindicato, asfixiada por los enfrentamientos internos.

Aunque los Ateneos no descartaban la actividad reivindicativa vecinal (contra la especulación, por equipamientos, en defensa de la educación de adultos y niños), sus prioridades eran otras, más vinculadas a la extensión de planteamientos libertarios (autogestión, acción directa) y a la difusión de la actividad de otros movimientos sociales: ecologista, liberación homosexual, antirrepresivo, de solidaridad con los presos políticos y sociales. Otras prioridades comunes en la mayoría de los Ateneos fueron la organización de actividades culturales, la creación de un espacio de socialización de los jóvenes con inquietudes libertarias y la promoción de nuevas formas de vida alternativas a las costumbres y la moral tradicionales, superando el consumismo, la extensión de la propiedad privada a todos los ámbitos de la vida social, la incomunicación y la falta de participación. De esta manera, los Ateneos se proponían dinamizar la vida social y asociativa de unos barrios concebidos para ser meros dormitorios³⁸.

Los activistas libertarios tuvieron un papel central en dos experiencias singulares dentro de los centros culturales juveniles: Centro Cultural Mantuano (CCM) en Prosperidad y Centro Migrants en San Blas. No se trataba de proyectos con una definición anarquista

³⁶ Entrevista a José Moncho, 28 de agosto de 2008, y entrevista a Carlos Ramos, 9 de febrero de 2010.

³⁷ «Movimientos libertarios en los barrios», *CNT*, 5 (mayo de 1977).

³⁸ Ateneo Libertario de Latina: «Ateneos Libertarios: una alternativa de los movimientos urbanos», *CNT*, 10 (noviembre-diciembre de 1977), y «Editorial», *Barrio libertario*, 0 (enero de 1978); Ateneo Libertario de Usera: «Autoridad, Estado y ateneo», *Ateneo*, 0 (enero de 1978), y Ateneo Libertario de la zona norte: «Estamos por un Ateneo Libertario», *El submarino*, 0 (octubre de 1977).

expresa, ni sus integrantes compartían todos la ideología libertaria, pero la influencia de estos planteamientos fue decisiva en ambos casos para que adoptaran la autogestión como elemento central.

El CCM se organizó en un enorme local, antigua Escuela de Mandos de Falange, que las asociaciones del barrio de Prosperidad habían obtenido en cesión municipal aprovechando la situación de confusión del Ayuntamiento franquista, que preparaba su propia transición y no quería entrar en conflicto por un local vacío para el que no tenía planes ni presupuesto. Este inmenso espacio rápidamente se llenó de decenas de grupos y actividades que adoptaron un funcionamiento asambleario para encauzar la avalancha de participación. El Centro Cultural se regía por medio de una coordinadora semanal y una asamblea mensual. A esta última acudían entre 300 y 400 personas del millar que participaban diariamente en las actividades, que incluían guardería, escuela de adultos (la Escuela Popular de Prosperidad), talleres de danza, cerámica, fotografía, grabado, teatro, títeres, bar, poesía y locales de ensayo para grupos de música con estilos variados, desde el punk hasta el jazz. Algunas actividades eran gratuitas, como la escuela, y otras de pago, como la guardería y la alfarería, pero el Centro Cultural ponía límites a los precios, que siempre eran inferiores a los del mercado³⁹. El Centro Mantuano fue uno de los principales focos de un pujante movimiento contracultural y sirvió de sala de ensayo y conciertos a músicos como Alaska y de plató de rodaje a cineastas como Fernando Colomo o Pedro Almodóvar. Esta escena contracultural, conectada con la izquierda revolucionaria, sobre todo la libertaria, desembocaría en la etapa final de la Transición en otro movimiento cultural, «la movida»⁴⁰, pero éste ya apartado de todo compromiso político y social.

El Centro Migrans era también una antigua Escuela de Mandos de Falange situada en el barrio obrero de San Blas, otro gran edificio para el que la Dirección General de la Juventud no tenía ni planes ni presupuesto. Al igual que en el caso del Mantuano, la situación de indefinición entre las primeras elecciones generales de 1977 y los primeros comicios locales de 1979 favorecieron que su

³⁹ Entrevista a Jorge, 23 de enero de 2009, y ÁREA CIEGA: 60-90. *De la imagen narrada a la experiencia vivida. Entrevista a Carlos Verdaguer*, disponible en <http://areaciega.net/index.php/plain/Textos/entrevistas/ent-carlos-verdaguer>.

⁴⁰ Entrevista a Carlos Verdaguer, 7 de diciembre de 2009.

gestión fuera cedida a la Coordinadora Juvenil de San Blas. Con un método de gestión asambleario, en este centro se realizaron numerosas actividades como costura, electrónica, teatro, escuela de alfabetización para adultos y niños, proyecciones de cine, biblioteca, grupos de música y un centro de planificación familiar montado por un colectivo feminista de la zona que ofrecía consulta ginecológica gratuita y charlas sobre sexualidad, contracepción y aborto. En poco más de un año, los conflictos sociales del barrio desbordaron a la coordinadora de colectivos juveniles que gestionaban el Migrans. El tráfico y el consumo de heroína, los ataques de una parte del vecindario contra la juventud a la que identificaban con la pequeña delincuencia y los problemas de convivencia entre payos y gitanos provocaron una situación explosiva que derrotó a los colectivos juveniles, que abandonaron el centro Migrans en 1979⁴¹.

Otro componente del movimiento libertario fue el colectivo Mujeres Libres (ML), que funcionó entre 1978 y 1980. Se trataba de un grupo de una veintena de jóvenes de las cuales sólo una minoría se consideraba feminista. Centraban su actividad en el crecimiento personal y en la búsqueda de nuevas formas de vida alternativas a las que el nacionalcatolicismo de la dictadura había intentado imponer durante cuarenta años: «Nosotras nos juntábamos no sólo para hacer cosas, también para aprender y para compartir [...] nuestros problemas, nuestras emociones». Sólo una pequeña parte de estas activistas pertenecían a la CNT, donde encontraron un rechazo que contrastaba con el apoyo recibido por parte de los Ateneos Libertarios. Además de este trabajo hacia dentro del grupo, Mujeres Libres se implicó en las campañas del movimiento feminista por la igualdad de derechos laborales, el derecho al divorcio y el derecho al propio cuerpo (educación y libertad sexual, anticonceptivos y aborto), y participó en la plataforma de organizaciones feministas de Madrid. En este ámbito, la competencia entre grupos y la pugna entre las distintas estrategias supuso un contraste demasiado grande con la dinámica de grupo de autoaprendizaje y auto-

⁴¹ Entrevista a Justa Montero, 15 de enero de 2013; «Existen oscuras maniobras para cerrar el Migrans», *El País* (6 de julio de 1978); «Dos centros culturales pueden desaparecer por problemas económicos», *El País* (11 de octubre de 1978), y «Festival infantil en la Casa de la Juventud de San Blas», *El País* (5 de enero de 1979).

ayuda de ML, y este colectivo optó por mantenerse en un segundo plano en los espacios unitarios⁴².

Dentro del ámbito libertario se desarrollaron también pequeños grupos armados (grupos autónomos y FIGA) que realizaron atentados con explosivos en empresas y edificios oficiales sin causar víctimas, así como atracos a bancos para mantener su actividad clandestina. Estas iniciativas generaron un vivo debate en el movimiento libertario entre la parte que apoyaba la necesidad de complementar la actividad sindical y social con iniciativas armadas y los sectores que criticaban la falta de control por parte del movimiento de este tipo de actuaciones, el riesgo de infiltración y manipulación por parte de la policía (un peligro muy presente tras el caso *Scala*)⁴³, y la dudosa efectividad de estas acciones «espectaculares». Más allá de las divergencias sobre la oportunidad de los pequeños atentados, la mayoría de los militantes entendía que sus autores formaban parte de un mismo movimiento y, por tanto, aun desde la discrepancia, eran merecedores de solidaridad. El debate no desembocó en un acuerdo estratégico, sino que fue la realidad la que se fue imponiendo: los grupos autónomos y la FIGA fueron desarticulados por la policía antes de que pudieran consolidarse⁴⁴.

Este conjunto de colectivos e iniciativas tan variados, que compartían una identidad libertaria común, tuvieron muchas dificultades para la reflexión estratégica y la acción colectiva más allá del ámbito de cada grupo. La excepción a esta dinámica general de aislamiento fue la lucha contra la represión, en la que cooperó la gran mayoría del movimiento libertario, ya que respondía a una necesidad compartida: para realizar cualquier actividad sindical o social era necesario sobreponerse a las agresiones de las fuerzas de orden público de la

⁴² Entrevista a Pura, Teresa y Rosa, 2 de julio de 2012.

⁴³ Montaje policial que, por medio de un confidente policial infiltrado en la CNT, trató de implicar a la central anarcosindicalista en el incendio de la sala de fiestas *Scala* de Barcelona, en el que murieron cuatro trabajadores (Ramón Egea, Juan López, Diego Montoro y Bernabé Bravo), dos de ellos afiliados a la Confederación. Véase Joan ZAMBRANA: «Terrorismo de Estado: el caso Scala y la CNT», *El viejo topo*, 248 (2008), pp. 35-39.

⁴⁴ *Anarcosindicalismo*, 0 (febrero de 1978); «Comunicados de los grupos autónomos encarcelados en la prisión de Segovia» (1980), AFSS; «Plenaria FL Madrid» (15 de febrero de 1978), AFSS, fondo CR2, 000322, y CNT-AIT: Secretaría de Jurídica Pro-presos del Comité Nacional, Secretaría de Jurídica Pro-presos de la regional catalana «Libertad presos libertarios» (1979), AFSS, fondo CR2.

dictadura, que en ocasiones se complementaban con la actividad de los grupos ultraderechistas, estrechamente vinculados entre sí⁴⁵.

En este terreno desarrollaron su actividad grupos como Juventudes Libertarias o la Coordinadora Libertaria Antirrepresiva (CLA), vinculados a los Ateneos Libertarios. La CLA se creó en 1978 para enfrentarse a la represión, tanto la que se dirigía contra el movimiento libertario como la enfocada hacia otras organizaciones o personas. Ese año, el número de presos políticos libertarios ascendía a cincuenta y uno en toda España, dieciocho de los cuales pertenecían a los grupos autónomos libertarios (nueve en Madrid) y treinta y dos a CNT (tres en Madrid)⁴⁶. El organismo antirrepresivo funcionaba a través de una asamblea semiabierta a la que (en la práctica) podía acudir cualquier persona que conociera a algún militante. Esta estructura se mostró incompatible con la actividad de la CLA, en cuyas movilizaciones los enfrentamientos con la policía eran habituales. La falta de seguridad provocó varias detenciones e incautaciones de propaganda. Además, llevó a que los activistas más comprometidos en la organización de la autodefensa frente a los ultraderechistas o en los enfrentamientos con la policía no acudieran a las asambleas o lo hicieran a través de un representante. Las acciones más delicadas, como los ataques a grupos fascistas, no se discutían en la asambleas semiabiertas de la coordinadora, sino en grupos de afinidad⁴⁷. La CLA dedicó una parte de su actividad al apoyo a los presos del caso *Scala*, visitándolos, difundiendo su situación y acogiendo a sus familiares en los viajes a Madrid.

La lucha por la amnistía fue otro de los puntos de encuentro del movimiento libertario, que defendía la libertad también para los presos sociales, organizados en la Coordinadora de Presos Españoles en Lucha (COPEL), para reivindicar el fin de los malos tratos; la mejora de las condiciones de vida; la legalización de las asociaciones de reclusos; la reforma de la legislación penal y penitenciaria de la dictadura; la depuración de fiscales, jueces y funcionarios de prisiones franquistas, y, sobre todo, la amnistía, «por haber sido

⁴⁵ Mariano SÁNCHEZ SOLER: *La transición sangrienta. Una historia violenta del proceso democrático en España (1975-1983)*, Barcelona, Península, 2010, pp. 356 y 357.

⁴⁶ CNT: «Anexo II presentado a la reunión de la FLM de 14 de junio de 1978», AFAL, caja «Actas de la Federación Local y plenos locales de Sindicatos», y CNT-AIT: «Sobre la situación de los presos libertarios» (Madrid, 8 de septiembre de 1978), AFSS, fondo CR2, 000025.

⁴⁷ Entrevista a Antonio Giner, 14 y 16 de mayo de 2010.

juzgados por unos tribunales fascistas bajo unas leyes injustas», sin garantías procesales⁴⁸.

Los reclusos sociales consolidaron su organización y por medio de huelgas de hambre, autolesiones, huelgas de talleres y motines, lograron algunas mejoras parciales y abrieron un canal de interlocución con la Dirección General de Instituciones Penitenciarias⁴⁹.

En Madrid, el apoyo exterior a la COPEL, más allá de declaraciones simbólicas, se redujo a un grupo de abogados penalistas, la Asociación de Familiares y Amigos de Presos y Expresos Españoles (AFAPE), Comité Propresos de CNT, CLA, Ateneos Libertarios y Comités de apoyo a COPEL⁵⁰. En todos estos colectivos la presencia de activistas libertarios fue muy importante, ya que los anarquistas y los cristianos de base fueron los sectores que más se comprometieron con unos presos que para la mayoría de la sociedad (y de la izquierda) seguían siendo un tema prohibido. Dentro de las cárceles, los presos contaron con el apoyo de la minoría de funcionarios de prisiones con planteamientos democráticos y que rechazaban las torturas a los reclusos, organizados en la Unión Democrática de Funcionarios de Prisiones (UDF)⁵¹.

Los libertarios desempeñaron un papel destacado en las protestas tras la ley de amnistía de octubre de 1977, que volvía a dejar al margen a los reclusos comunes, y, sobre todo, tras la tortura y asesinato del preso de COPEL y CNT Agustín Rueda en la cárcel de Carabanchel⁵².

⁴⁸ COPEL: «Comunicado de la COPEL» (Carabanchel, 15 de enero de 1977), Madrid, Centro de documentación Arrán, archivo COPEL, Carabanchel-Madrid; COPEL: «Los presos sociales ante la reciente amnistía y el indulto (gracia real)» (Madrid, 1 de abril de 1977), Centro de Documentación Arrán, archivo COPEL, Carabanchel-Madrid, y «Plataforma reivindicativa de la COPEL», en AFAPE: *Presos en lucha. Por un cambio penal y penitenciario radical. Hacia una justicia popular*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1977, p. 1.

⁴⁹ César LORENZO RUBIO: «La revuelta de los comunes. Una primera aproximación al movimiento de presos sociales durante la transición», disponible en <http://www.uclm.es/profesorado/poliver/GrupoEPIP/pdf/CesarLorenzo/LA%20REVUELTA%20DE%20LOS%20COMUNES.pdf>.

⁵⁰ Entrevista a Anabela Silva, 7 de octubre de 2008, en *Solidaridad con los presos*, 1 (abril de 1977), y AFAPE: *Presos en lucha...*

⁵¹ «Nace la Unión Democrática de Funcionarios de Prisiones», *Diario 16* (3 de noviembre de 1977).

⁵² «Cesan el director, un subdirector y un jefe de servicios de Carabanchel», *El País* (17 de marzo de 1978). Diez años después de la tortura y el asesinato del pri-

División de la CNT y declive en la etapa final de la Transición

La enorme brecha entre las elevadas expectativas creadas tras la reconstrucción de la CNT y los escasos frutos obtenidos en el ámbito sindical contribuyeron a que el debate interno degenerara en enfrentamientos y expulsiones que consumieron buena parte de las energías de la central anarcosindicalista y achicaron el espacio al debate sindical, fundamental para la proyección de la organización.

Desde su reconstrucción, en la CNT madrileña convivieron cuatro sectores: ortodoxos (defensores del modelo anarcosindicalista clásico basado en la acción directa), renovadores (partidarios de adaptarse a las nuevas relaciones laborales y, por tanto, participar en las elecciones sindicales), asamblearios (que propugnaban la primacía de las asambleas de los centros de trabajo por encima de las asambleas de los afiliados del sindicato) e integrales (que apostaban por un sindicato que integrara todas las luchas en plano de igualdad, desde la laboral a la de los presos comunes, pasando por la ecología y la liberación homosexual).

La falta de estrategia general del movimiento libertario y la pugna por el control de la organización distorsionaron el debate entre las distintas tendencias. Como señala Orero, más allá de las declaraciones —en las que todas las corrientes se autodenominaban revolucionarias— ninguna tendencia presentó una propuesta que enlazara la actividad diaria con el objetivo final de la superación del capitalismo y el Estado y la construcción del comunismo libertario. El debate interno no abordaba los resultados de las distintas propuestas estratégicas en cuanto a transformación social, y en la mayoría de las ocasiones acababa centrado en cuestiones ideológicas cada vez menos conectadas con la actividad sindical, donde lo que realmente estaba en juego era ganar influencia en la organización⁵³.

sionero anarquista, la Audiencia Provincial de Madrid dictó una condena por «imprudencia temeraria con resultado de muerte». El director de la prisión, Eduardo Cantos, el subdirector, Antonio Rubio, y cinco funcionarios más fueron condenados a diez años de cárcel. Los médicos José Luis Casas y José María Barigow fueron sentenciados a dos años de reclusión. Ninguno permaneció en prisión más de ocho meses. Véase Alfredo GRIMALDOS: *La sombra de Franco en la Transición*, Fuenlabrada, Oberón, 2004, p. 273.

⁵³ «Los problemas de reformismo o revolución no pueden limitarse a declaraciones. Eso lo convierte en una discusión escolástica. Deben analizarse según sus

La definición del modelo sindical no se realizó por medio de un debate abierto y democrático. Las minorías asambleísta e integral no fueron convencidas, integradas o rebatidas con argumentos, sino que fueron expulsadas o forzadas a abandonar la organización mediante descalificaciones y amenazas. Otra minoría —formada por una parte del sector principal, el ortodoxo— fue la responsable de esta dinámica, que se recrudeció posteriormente contra la corriente que pretendía renovar el modelo sindical cenetista. Una vez expulsados los asambleístas y los integrales, la mayoría ortodoxa quedó enfrentada a quienes denominaban «sindicalistas reformistas». Para esta corriente, que rechazaba este término y se definía a sí misma simplemente como anarcosindicalista o, en ocasiones, como «renovadora», lo principal era lograr incidencia en las empresas y sectores productivos, conseguir que una parte importante de los trabajadores participaran en el sindicato, donde entrarían en contacto con las ideas y las formas de actuación libertarias. Para ello consideraban imprescindible actualizar el proyecto anarcosindicalista adecuándolo a las nuevas realidades sociales y laborales, lo cual pasaba por participar en las elecciones sindicales.

Con los condicionamientos existentes, los planteamientos de los ortodoxos eran incompatibles con los del sector renovador: no podían convivir en la misma organización. La tendencia renovadora, al igual que las otras minoritarias, no midió bien los límites que toda organización tiene antes de convertirse en otra distinta. La transformación de la CNT en otra organización (asambleísta, libertaria global o sindicalista moderada) quizá no tuviera especial trascendencia para ellos, pero para los militantes de la mayoría ortodoxa suponía el fin de una organización revolucionaria con más de medio siglo de historia. No lo iban a permitir: una pequeña parte de la mayoría ortodoxa impidió un debate democrático sobre el modelo sindical y forzó la salida de otros sectores minoritarios por todos los medios necesarios, incluida la violencia física⁵⁴.

La incapacidad de gestionar las diferencias internas dio lugar a la ruptura de la organización en el V Congreso celebrado en 1979

realizaciones y sus efectos en el movimiento obrero y en la sociedad. Una CNT ultraradical pero que se vuelca en sí misma y no interviene en la sociedad es objetivamente reformista». Véase Felipe ORERO: «CNT. Ser o...», pp. 85-91 y 138-148.

⁵⁴ «Plenaria FLM» (Madrid, 27 de septiembre de 1978), AFSS, fondo CR2, 000347.

en la Casa de Campo de Madrid. La minoría formada por los sectores partidarios de participar en las elecciones sindicales impugnó el congreso y se escindió, si bien siguió utilizando las siglas durante un tiempo, coexistiendo dos Confederaciones Nacionales del Trabajo: la mayoritaria CNT-AIT y la escindida CNT-Congreso de Valencia (CNT-CV).

Los sindicatos de la Federación Local de Madrid que impugnaron el V Congreso fueron una exigua minoría que agrupaban en la capital a 167 afiliados con muy escasa incidencia en sus sectores salvo en Sanidad, donde se mantenían cuatro pequeñas secciones: Hospital Provincial, Primero de Octubre, Puerta de Hierro y clínicas privadas. En el resto de la provincia ninguna federación local se sumó a la escisión⁵⁵.

En este periodo final de la Transición, la participación de la CNT-CV madrileña en conflictos laborales fue muy escasa: una pequeña intervención en la huelga de cines, otra en el sector de los quiosqueros y una tercera en el Ayuntamiento de Fuenlabrada con motivo del despido de tres trabajadores⁵⁶.

Una de las causas principales de la escisión fue la propuesta del sector minoritario de presentarse a las elecciones sindicales. En 1980, CNT-CV participó en los comicios en algunas empresas de Madrid logrando treinta y seis delegados, principalmente en Banca⁵⁷. Resultados irrelevantes para unas elecciones en las que participaron 417.734 trabajadores madrileños entre los 541.948 convocados⁵⁸. En 1982 los

⁵⁵ Secretariado Permanente del Comité Nacional CNT-AIT: «Relación de sindicatos que impugnan el V Congreso de los 453 existentes en la confederación» (1 de marzo de 1980), AFSS, fondo 04, Democracia, y «Actas del pleno de la regional de centro» (1 de junio de 1980), AFSS, Fondo 04, Democracia.

⁵⁶ CNT-CV: «Reunión extraordinaria» (18 de abril de 1980), AFSS, fondo 04, Democracia; «Vecinos de Fuenlabrada» (1981), AFSS, fondo 04, Democracia; «Pleno de afiliados» (3 de noviembre de 1981), AFSS, fondo 04, Democracia, y «Plenaria FLM» (23 de noviembre de 1981), AFSS, fondo 04, Democracia.

⁵⁷ CNT-CV: «Relación de delegados...» (9 de diciembre de 1980), AFSS, fondo 04, Democracia.

⁵⁸ La participación global fue del 77,08 por 100 (en Industria el 83,37 por 100, en Construcción el 78,60 por 100 y en Servicios el 72,07 por 100). CCOO obtuvo 6.722 delegados (31,92 por 100), UGT obtuvo 4.564 (21,67 por 100), USO obtuvo 1.713 (8,13 por 100), el resto de sindicatos obtuvieron 2.463 (11,70 por 100) y trabajadores no afiliados obtuvieron 2.463 (26,58 por 100). Véase Ana LORITE FERNÁNDEZ: «La representatividad de...», p. 277.

delegados electos fueron más escasos aún: uno en Construcción, otro en Químicas y un tercero en Banca⁵⁹.

La gran mayoría de los afiliados anarcosindicalistas que quedaban en Madrid tras el V Congreso permanecieron en CNT-AIT. En 1980 eran 873 afiliados en la capital, que crecieron hasta 1.306 en 1981, a los que se sumaban dos centenares en el resto de la provincia⁶⁰.

El movimiento libertario madrileño participó activamente en las movilizaciones de respuesta a las agresiones de grupos fascistas que incluyeron varios asesinatos en Madrid, principalmente de jóvenes de izquierdas⁶¹. La CNT-AIT se movilizó especialmente en el caso de Jorge Caballero, afiliado a esta central. El joven de veintitún años fue apuñalado el 28 de marzo de 1980 por un grupo de la organización ultraderechista Fuerza Joven por llevar una chapa anarquista en la solapa y falleció el 13 de abril en el hospital Clínico⁶². CNT-AIT y CNT-CV también participaron en las movilizaciones de protesta por el asesinato del joven dirigente vecinal de Orcasitas Arturo Pajuelo a manos de un grupo ultraderechista al terminar la manifestación convocada por CCOO el primero de mayo de 1980⁶³.

Ese mismo día, la Federación Local de Madrid de la CNT-AIT ocupaba un local donde pondría en marcha el Ateneo Libertario de Villaverde. A diferencia del resto de Ateneos Libertarios madrileños, colectivos asamblearios independientes de la central anarcosindicalista, este ateneo fue gestionado por el propio sindicato y sus

⁵⁹ FLM: «Boletín interno número 1» (12 de noviembre de 1982), AFSS, fondo 04, Democracia.

⁶⁰ Aunque no consta el Sindicato de Transportes, se le ha estimado una afiliación de 200 personas a partir de los datos de 1982; AAGG, 70; Banca, 202; Construcción, 230; Gastronomía, 78; Jubilados, 90; Madera, 50; Metal, 166; OOVV, 70; Piel, 50; Químicas, 50; Transportes, 200, y Enseñanza, 50. Véase CNT-AIT: «Reunión del Comité Local de la FLM» (17 de febrero de 1982), AFAL, y «Estado de cuentas de la Federación Local de sindicatos únicos de Madrid» (junio de 1980), AFAL.

⁶¹ CNT-AIT: «Informe de gestión del Comité Local de la FLM» (16 de mayo de 1980), AFAL; «Actas de la Federación Local de la CNT» (5 de mayo de 1980), AFSS, fondo CR2, y «Reunión del Comité Local de la FLM» (17 de febrero de 1982), AFAL.

⁶² CNT-AIT: «En relación con...» (6 de noviembre de 1980), AFAL; «Reunión del CL de la FLM» (17 de febrero de 1982), AFAL, e «Informe de gestión del CL entre 16 de septiembre de 1981 y 17 de septiembre de 1982», AFAL.

⁶³ CNT-AIT: «Informe de gestión del CL de la FLM» (16 de mayo de 1980), AFAL, y «Actas de la Federación Local de CNT» (5 de mayo de 1980), AFSS.

primeras actividades fueron organizadas por el recién creado Colectivo Libertario de Salud (CLS), que puso en en marcha una Escuela Sanitaria que daba acceso al título oficial y el Centro Libertario de Información Sexual y Planificación de la Natalidad de Villaverde, con la ayuda del centro homónimo de Getafe⁶⁴.

El despegue del Ateneo Libertario de Villaverde se producía al mismo tiempo que el resto de ateneos y de grupos libertarios ajenos a CNT entraban en una crisis de la que no se recuperarían y que redujo la actividad del movimiento libertario durante la última etapa de la Transición. La ausencia de una estrategia común, los efectos de los enfrentamientos internos y, en última instancia, el desgaste provocado por la represión, fueron los factores determinantes de esta crisis. El terreno donde habían confluído todos los sectores del movimiento libertario, el apoyo a los presos comunes, sufrió una profunda transformación con la disolución de la COPEL, que, tras haber logrado forzar una reforma penitenciaria ante la indiferencia de la mayoría de la sociedad, fue doblegada por la estrategia del gobierno que empleaba tanto la represión como los beneficios penitenciarios. Los colectivos que mantenían su apoyo desde el exterior, en buena parte libertarios, se centraron en la lucha contra la pervivencia de la tortura en las prisiones y contra el nuevo modelo penitenciario basado en el aislamiento total inaugurado en la prisión de Herrera de la Mancha. A este penal fueron trasladados los reclusos más activos de la COPEL, a quienes se aplicó una combinación de los viejos métodos de tortura física y una nueva tecnología de tortura psicológica basada en el aislamiento total y la privación sensorial⁶⁵. La actividad de denuncia logró que la Audiencia Provincial de Ciudad Real condenara al director de la prisión Martínez Motos, al jefe de servicio José Antonio Barroso Melado y a otros funcionarios a tres años de suspensión de cargos públicos por torturas, una sentencia confirmada posteriormente por el Tribunal Supremo⁶⁶.

⁶⁴ Centro de información sexual y planificación de la natalidad de El Bercial-Getafe: «Informe de actividad durante el mes de marzo de 1981» (1981), AFAL.

⁶⁵ «Noventa abogados denuncian ante la Audiencia presuntas torturas en Herrera de la Mancha», *El País* (1 de marzo de 1980); Manolo REVUELTA: *Herrera de la Mancha. Una historia ejemplar*, Madrid, La Piqueta/Queimada, 1980, y Daniel PONT: «Sobre la COPEL», en AAVV: *Por la memoria anticapitalista. Reflexiones sobre la autonomía*, Sevilla, Klinamen, 2008, pp. 155, 163 y 164.

⁶⁶ Sentencia de la Audiencia Provincial de Ciudad Real de 17 de marzo de 1984 y Sentencia del Tribunal Supremo de 5 de julio de 1985.

Conclusiones

Los anarquistas habían llegado tarde a la Transición⁶⁷ en el sentido de que carecieron de una estrategia común que coordinara la actividad de militantes y grupos que actuaban aislados unos de otros. Este déficit, unido a la escasez de sus fuerzas, les impidió lograr una influencia relevante. A pesar de estas limitaciones, el movimiento libertario despertó una ola de simpatía que se tradujo en el acercamiento de miles de personas atraídas por la historia revolucionaria de la CNT, por los ecos antiautoritarios de mayo del 68 y por los contenidos asamblearios, participativos, anticapitalistas y antipartidos, que resultaban sugerentes para una parte de la izquierda que recelaba de las organizaciones marxistas leninistas, mayoritarias en la oposición a la dictadura.

En Madrid, el movimiento libertario no logró encauzar el importante caudal de activistas que buscó un sitio en su seno a partir de 1976. Ante la falta de estructuras consolidadas, la CNT pronto emergió como el principal referente organizativo, por su dilatada historia y porque se había mantenido en pie durante toda la dictadura. La central anarcosindicalista no logró adaptarse a la nueva realidad laboral, lo cual le impidió conectar con sectores juveniles y obreros que simpatizaban con el pasado heroico de los años treinta y con las propuestas antiautoritarias que hablaban de asambleísmo, autogestión y búsqueda de nuevas formas de vida.

La central anarcosindicalista se había reconstruido con unos lazos débiles con el nuevo movimiento obrero, porque sus integrantes no habían participado en las grandes luchas que desde los sesenta se venían desarrollando en torno al movimiento de las CCOO. Las dificultades para realizar la transición desde los grupos de afinidad clandestinos a un sindicato de trabajadores impidieron a los sectores más próximos incorporarse a la CNT.

El proyecto histórico de la CNT no logró adaptarse a las nuevas realidades manteniendo sus principios y finalidades. El Estado había sufrido importantes transformaciones y sus funciones ya no se limitaban a la represión y al control social, sino que además intervenía de manera decisiva en la economía y garantizaba unos mínimos

⁶⁷ Antonio RIVERA BLANCO: «Demasiado tarde (el anarcosindicalismo en la Transición española)», *Historia Contemporánea*, 19 (1999), pp. 329-354.

servicios públicos. El anarcosindicalismo, que tenía como finalidad la consecución de una sociedad sin capitalismo y sin Estado, se veía obligado a definir una nueva estrategia que diferenciara entre las distintas actividades que realizaba el Estado, más aún cuando los Pactos de la Moncloa ponían las bases del Estado de Bienestar para sustituir al Estado asistencial franquista.

La estrategia sindical que abogaba por los acuerdos entre patronal y trabajadores rechazando toda intervención estatal había demostrado su potencia a comienzos del siglo xx, pero en los setenta era inoperante. Suponía rechazar la negociación de convenios —en los que participaba el Estado a través del Ministerio de Trabajo— y renunciar a la tutela judicial de la normativa laboral. Con esta estrategia, la acción sindical no era posible y la CNT optó por aceptar la participación del Estado como garante de los convenios y de la normativa laboral.

La respuesta a los comités de empresa no fue tan pragmática y la CNT convirtió su rechazo en una cuestión central. En este terreno, los planteamientos libertarios conectaban en este ámbito con las preferencias de los trabajadores por mantener la vida sindical local bajo su control inmediato, hasta el punto de que el 75 por 100 defendía la revocabilidad de los representantes por las bases en cualquier momento⁶⁸.

Con una implantación débil, la decisión de rechazar el sistema de relaciones laborales basado en las elecciones sindicales no dio resultados (los trabajadores defendían el protagonismo de las asambleas y la participación activa de la base, pero al mismo tiempo votaban mayoritariamente en las elecciones sindicales) y debilitó aún más a una organización que se desangró en conflictos internos. La degeneración de las diferencias internas y la voluntad de una minoría de participar en las elecciones sindicales provocaron una escisión en el V Congreso, preámbulo de otras divisiones, éstas ya producidas una vez finalizada la Transición, que terminarían agrupándose en la Confederación General del Trabajo (CGT).

Fuera de la CNT, el movimiento anarquista no consiguió consolidarse. Los grupos libertarios no lograron mantener una actividad sostenida con incidencia social. Ausentes del movimiento ciudadano, desvinculados, salvo un pequeño grupo, del movimiento

⁶⁸ Víctor PÉREZ DÍAZ: *Clase obrera, partidos...*, p. 17.

feminista, los distintos colectivos centraron sus energías en la creación de Ateneos Libertarios y en ámbitos como la denuncia de la represión. A pesar de que estos colectivos coincidían en algunas campañas e iniciativas, fueron incapaces de mantener una mínima coordinación, no consiguieron elaborar unas líneas de acción colectiva y carecieron de un análisis común que les llevara más allá de la intervención puntual.

El movimiento libertario no logró elaborar un proyecto general que vinculara las pequeñas victorias —las reformas parciales— con un cambio social global, ni en el ámbito laboral ni fuera de él. El movimiento dejó claro que su oposición a la democracia representativa, al Estado y a la conquista del gobierno no implicaba que renunciara a la política, al debate sobre la organización de todos los ámbitos de la sociedad. En este terreno, las intervenciones del movimiento libertario en cuestiones políticas generales fueron escasas, siendo las más destacadas el apoyo a la ruptura democrática, la defensa de la amnistía para los presos comunes, la reforma penal y penitenciaria, y la denuncia de la pervivencia de la tortura.

La nueva izquierda feminista, ¿matriz de cambio político y cultural?

Raúl López Romo

Universidad del País Vasco

Ikerbasque Foundation for Science*

Resumen: Partiendo del caso del movimiento feminista, en este artículo se analiza en qué medida la nueva izquierda ha contribuido al cambio político y cultural en la España reciente. La izquierda radical se movió entre la continuidad (añejas referencias doctrinarias) y la ruptura (su énfasis en nuevos sujetos transformadores y modos de vida). Por lo que respecta a las relaciones de género, desde el último tercio del siglo XX se ha producido una auténtica revolución cultural. Ahora bien, esta última no fue impulsada únicamente por el citado sector político. Y es que, en algunos aspectos, la nueva izquierda volvió a valerse de dialécticas binarias (burgueses contra proletarios, hombres contra mujeres) para comprender una sociedad crecientemente compleja.

Palabras clave: Nueva izquierda, movimiento feminista, cambio social, transición democrática, España.

Abstract: This paper examines to what extent the New Left has contributed to the political and cultural change in Spain in the last decades. Therefore, I will analyze the feminist theory during the Spanish transition to democracy. The radical left balanced between continuity (its old doctrinal references) and rupture (its emphasis on new subjects and ways of life). Regarding gender relations, in the last third of the

* Agradezco a Barbara van der Leeuw, Gaizka Fernández Soldevilla, Luis Castells y los evaluadores de la revista *Ayer* sus atinadas sugerencias, que han enriquecido sustancialmente el texto original, elaborado dentro del proyecto IT-708-13 sobre «Historia política y social del País Vasco contemporáneo» y gracias a una beca posdoctoral de la Dirección de Política Científica del Gobierno vasco.

twentieth century there was a cultural revolution. However, this was not only driven by the aforementioned political sector. In some aspects the New Left promoted a return to binary divisions of an increasingly complex society (bourgeois versus proletarian, men versus women).

Keywords: New Left, feminist movement, social change, Spanish transition, Spain.

Introducción

Las fuerzas de la nueva izquierda española surgieron en paralelo a las del resto de Europa occidental desde finales de los años cincuenta¹, pero no pudieron expresarse libremente hasta 1977, cuando el ciclo de protestas en torno al 68 estaba en reflujo. Tras el franquismo, dicho espacio político tuvo una escasa repercusión en el mundo obrero y en la esfera institucional². Su influencia fue más destacada en el ámbito de los nuevos movimientos sociales³. Aquí me centro en el feminismo como estudio de caso específico, con es-

¹ Hartmut HEINE: «La contribución de la “nueva izquierda” al resurgir de la democracia española, 1957-1976», en Josep FONTANA (ed.): *España bajo el franquismo*, Barcelona, Crítica, 1986, pp. 142-159. En este trabajo pionero Heine constató la carencia de estudios sobre la izquierda radical. Desde entonces la situación ha variado. Entre las aportaciones más recientes figuran las siguientes comunicaciones, prueba de la actual vitalidad del tema: Albert PLANAS i SERRA: «La izquierda marxista radical en la transición. Catalunya, 1968-1980»; Sergio RODRÍGUEZ TEJADA: «Nueva izquierda, extrema izquierda: bases intelectuales y prácticas militantes de las organizaciones revolucionarias al inicio de la transición española», y Joel SANS MOLAS: «Entre las instituciones y la movilización: la crisis de la izquierda radical durante la transición», todas ellas en Rafael QUIROSA-CHEYROUZE, Luis Carlos NAVARRO y Mónica FERNÁNDEZ (eds.): *Las organizaciones políticas. V Congreso Internacional Historia de la Transición en España*, Almería, Universidad de Almería, 2011 (en formato CD).

² La extrema izquierda fue extraparlamentaria, con una salvedad que confirma la regla: Patxi Iturrioz, militante del MC, que fue durante pocos meses diputado por la coalición *Euskadiko Ezkerra* (EE, Izquierda de Euskadi) en las primeras Cortes democráticas. Iturrioz era el segundo de la plancha de Guipúzcoa. Sustituyó al *abertzale* Francisco Letamendía, que había dimitido para pasarse a las filas de HB. EE nació de la confluencia entre un partido de extrema izquierda, EMK, y otro nacionalista vasco radical, EIA, que era el brazo político de ETApM y el que aportaba la mayor parte de los votos de la coalición. Véase Gaizka FERNÁNDEZ: *Héroes, betorodoxos y traidores. Historia de Euskadiko Ezkerra*, Madrid, Tecnos, 2013.

³ Josepa CUCÓ: «Recuperando una memoria en la penumbra. El Movimiento Comunista y las transformaciones de la extrema izquierda española», *Historia y Política*, 20 (2008), pp. 73-96.

pecial atención al País Vasco de la Transición, donde la extrema izquierda prendió con notable fuerza⁴.

Con el término nueva izquierda feminista agrupó una variedad de expresiones. Primero, las feministas radicales independientes de partidos; segundo, las relacionadas mediante dobles militancias con fuerzas como la Organización Revolucionaria de los Trabajadores, el Partido del Trabajo de España, el Movimiento Comunista o la Liga Comunista Revolucionaria, y tercero, las ligadas a los Colectivos y el Partido Feminista de Lidia Falcón. Más adelante se especificarán algunas características de estas corrientes, sus diferencias y similitudes. De momento baste con señalar que la relación entre nueva izquierda y nuevo feminismo fue estrecha y, a tenor de la fragmentación visible en la mencionada lista, tan compleja como la propia izquierda radical, dividida en un archipiélago de partidos, sindicatos, organizaciones de movimientos sociales y, en su vertiente más extrema, bandas terroristas. Dado el tema de este dossier, se deja al margen el análisis de una parte importante del feminismo español de la década de 1970, el ligado al socialismo y el comunismo tradicionales, que sólo será mencionado colateralmente.

Las fuentes que empleo son, sobre todo, documentos de diversas organizaciones y militantes del movimiento feminista. Especialmente se ha atendido a textos de la Asamblea de Mujeres de Vizcaya (AMV). Se trata de una organización interesante porque en sus inicios (1976) consiguió reunir, desde planteamientos unitarios y asamblearios, a algunas militantes de la izquierda histórica (PCE) con, sobre todo, activistas de la nueva izquierda: ORT, PTE, LKI (rama vasca de la LCR), EMK (rama vasca del MC), una corriente *abertzale* (patriota vasca) y otra de feminismo radical (LAMBROA)⁵. Durante la Transición, la AMV fue la principal referencia del feminismo movilizador en Euskadi y fue una organización muy conocida entre las feministas del resto de España.

⁴ Véase el capítulo «El desafío de los revolucionarios. La extrema izquierda en el País Vasco durante el tardofranquismo y la transición», en Gaizka FERNÁNDEZ y Raúl LÓPEZ ROMO: *Sangre, votos, manifestaciones. ETA y el nacionalismo vasco radical, 1958-2011*, Madrid, Tecnos, 2012, pp. 293-328.

⁵ LKI: *Liga Komunista Iraultzailea*; EMK: *Euskadiko Mugimendu Komunista* (que son las traducciones al euskera de las siglas LCR y MC de Euskadi respectivamente), y LAMBROA: *Lucha Antipatriarcal de Mujeres Bizkaínas Radicales Organizadas Autónomamente*.

He abogado por explorar la literatura gris por dos razones. Los grupos de la época se expresaron mediante comunicados y textos breves, más que en libros. Aparte, la literatura gris, al ser en ocasiones de uso interno o semipúblico, nos permite penetrar en los debates más candentes a través de posicionamientos frecuentemente libres de ambigüedades, así como analizar las causas y consecuencias de dichas polémicas. Debo advertir que esta selección de fuentes, aun teniendo potencialidad analítica, puede introducir cierta distorsión en la imagen del movimiento feminista de aquellos años. Y es que sus prácticas fueron, a menudo, más flexibles e integradoras que muchas de sus elaboraciones doctrinales. Dichas prácticas se desplegaron en múltiples áreas: despenalización del aborto, legalización de los anticonceptivos, educación sexual, coeducación, planificación familiar, derogación de leyes discriminatorias, amnistía para los llamados delitos de la mujer (prostitución, aborto, adulterio), sensibilización y manifestaciones contra las violaciones y los malos tratos, iniciativas contra el paro femenino y por un trabajo asalariado en igualdad de condiciones, por una ley de divorcio, por servicios públicos que descargasen a las mujeres de las tareas que la sociedad las había asignado, antimilitarismo, información sobre lesbianismo, etc.

Aquí no se trata de abordar con profusión de datos una historia del feminismo español en los años setenta; una tarea que, con inevitables lagunas, ya está avanzada⁶. El objetivo es tantear la validez de una hipótesis: la dualidad de lo que se conoce como el «largo 68» en el proceso de cambio social, especialmente en las esferas de la política y la cultura, y hacerlo a través del caso del feminismo⁷. Dicha dualidad no se refiere a los aspectos positivos y negativos de su herencia. El debate sobre las consecuencias del 68 se ha focalizado excesivamente en esta dicotomía, que tiene connotaciones partidistas. La polémica durante la campaña electoral de 2007 que condujo a Nicolas Sarkozy al Eliseo a cuenta del ensalzamiento por parte del todavía candidato presidencial de los valores tradicionales frente al supuesto efecto disolvente del relativismo sesentaiochista es un

⁶ Para una bibliografía actualizada véase Pamela RADCLIFF: «El debate sobre el género en la Constitución de 1978: orígenes y consecuencias del nuevo consenso sobre la igualdad», *Ayer*, 88 (2012), pp. 195-225, esp. pp. 200 y 201 en nota.

⁷ Sobre el concepto de «largo 68» véase la presentación de Emanuele Treglia a este dossier.

buen ejemplo⁸. En no pocas ocasiones, desde el mundo académico se ha seguido esta lógica, intentándose calibrar si el 68 resultó útil o inútil, e incluso bueno o malo en términos morales.

Desde una perspectiva histórica, la naturaleza bifronte del «largo 68» a la que me refiero tiene que ver con sus continuidades y rupturas. Habitualmente se ha insistido en los elementos inéditos; verbigracia, los nuevos movimientos sociales, de los que el feminista es un ejemplo representativo, con una destacada capacidad de convocatoria y una influencia crucial en los cambios sociales de las últimas décadas. En estas páginas se reconsiderará el papel de las persistencias a la luz, entre otros aspectos, de viejos elementos doctrinales presentes dentro de la extrema izquierda.

Viejas doctrinas en nuevos campos (I). Izquierda radical y cultura feminista

La fecha de arranque del movimiento feminista en España fue 1975, con las I Jornadas por la Liberación de la Mujer, que se celebraron en Madrid días después de la muerte de Franco, como uno de los hitos fundadores más relevantes. Naturalmente hubo un proceso de concienciación feminista con anterioridad a la muerte del dictador⁹. De otro modo no se comprende la organización de las citadas jornadas y la rápida proliferación de grupos feministas por la geografía española. Pero a la luz de la teoría de los movimientos sociales, que define a estos últimos como agentes autónomos para la acción colectiva en el espacio público, mediante campañas de reivindicaciones comunes sostenidas en el tiempo y contra oponentes o autoridades, podemos datar el arranque de un movimiento espe-

⁸ «Sarkozy promete enterrar Mayo del 68», *El País* (30 de abril de 2007).

⁹ Sin olvidar la experiencia de la primera oleada del movimiento de mujeres, que fue abruptamente cortada por la Guerra Civil y la dictadura, durante el tardo-franquismo se fueron publicando obras relacionadas con el surgimiento paulatino de un nuevo feminismo. Sin ánimo de exhaustividad, es el caso de varios ensayos de M.^a Aurèlia Capmany o Lidia Falcón. El corte que supuso la Guerra Civil y la dictadura en España lo supuso en un plano internacional la Segunda Guerra Mundial, tras la cual las actividades feministas decrecieron sustancialmente, revigorizándose formas tradicionales de feminidad. Véase Kristina SCHULZ: «The Women's Movement», en Martin KLIMKE y Joachim SCHARLOTH (eds.): *1968 in Europe. A History of Protest and Activism, 1956-1977*, Nueva York, Palgrave MacMillan, 2008, p. 282.

cíficamente feminista, que reivindica tal título y se manifiesta en las calles, en la segunda mitad de los años setenta del siglo xx. Sus raíces hay que buscarlas atrás en el tiempo, en las experiencias de diversas asociaciones vecinales, grupos informales o el Movimiento Democrático de Mujeres (MDM), una organización vinculada al PCE, aunque era plural en su composición, y que estuvo activa ya desde mediados de los sesenta¹⁰.

La génesis del movimiento feminista de los setenta se nutre de varios factores¹¹. En el terreno del análisis puede mencionarse la aparición de una oleada de feminismo radical, cuya principal referencia intelectual fue Simone de Beauvoir, sin olvidar a otras autoras como Betty Friedan o Kate Millet, y las transferencias culturales subsiguientes. En el ámbito social nos encontramos con transformaciones significativas, como el paulatino acceso de las mujeres a las universidades y la consiguiente modificación de sus expectativas vitales. En la vertiente política hay que destacar el rodaje movilizador de la oposición antifranquista, en la que militó buena parte de la generación de feministas españolas de los setenta. Muchas de ellas valoraron que sus demandas específicas como mujeres estaban siendo

¹⁰ Las definiciones de movimiento social en las que me baso son las de Sidney Tarrow: *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza, 1997, p. 21, y Jesús CASQUETE: *El poder de la calle. Ensayos sobre acción colectiva*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2006, p. 56. La literatura sobre el MDM va *in crescendo*; puede consultarse la síntesis de Mercedes COMABELLA: «El Movimiento Democrático de Mujeres», en Purificación GONZÁLEZ, Pilar GONZÁLEZ y Carmen MARTÍNEZ (eds.): *El movimiento feminista en España en los años setenta*, Madrid, Cátedra, 2009, pp. 247-266. Sobre el movimiento vecinal, las mujeres y el «salto cualitativo que transformara la conciencia femenina en conciencia feminista» puede consultarse Ángela MUÑOZ FERNÁNDEZ y M.^a Dolores RAMOS: «Mujeres, política y movimientos sociales. Participación, contornos de acción y exclusión», en Cristina BORDERÍAS (ed.): *La historia de las mujeres: perspectivas actuales*, Barcelona, Icaria, 2009, la cita en p. 103, o Pamela RADCLIFF: «Ciudadanas: las mujeres en las asociaciones de vecinos y la identidad de género en los años setenta», en Vicente PÉREZ QUINTANA y Pablo SÁNCHEZ LEÓN (eds.): *Memoria ciudadana y movimiento vecinal. Madrid, 1968-2008*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2008, pp. 54-78.

¹¹ En realidad el nuevo movimiento feminista no surgió organizativamente en Francia en 1968, sino en 1970; eso sí, enraizado de forma compleja (no necesariamente directa) con el bagaje de movilizaciones previas. Véase Julian BOURG: «“Your Sexual Revolution is Not Ours”. French Feminist Moralism and the Limits of Desire», en Lessie Jo FRAZIER y Deborah COHEN (eds.): *Gender and Sexuality in 1968. Transformative Politics in the Cultural Imagination*, Nueva York, Palgrave MacMillan, 2009, pp. 85-113, pp. 85-87.

insuficientemente atendidas dentro de las organizaciones opositoras. A ello se unió la progresiva apertura de las vías para expresar el descontento desde 1976. Por último, a nivel microsocia1 cabe citar la experiencia de la persistencia de la subalternidad femenina, tanto en el ámbito público como en el privado. En palabras de la teórica del feminismo Celia Amorós: «Nuestra urgencia más inmediata era liberarnos de la gazmoñería de la educación burguesa represiva que habíamos recibido antes de percibir aspectos más sutiles y complejos de nuestra enajenación sexual en nuestras relaciones con novios, compañeros o maridos, en general, “progres”»¹².

El feminismo español nació muy ligado a la lucha antifranquista y, por tanto, a las corrientes políticas que se mostraron más activas en la movilización opositora: el comunismo tradicional y la extrema izquierda¹³. La visión dialéctica de la realidad procedente de Marx (proletarios/burgueses) fue conducida a nuevos terrenos mediante un concepto clave: patriarcado. Entre las feministas sin partido los conceptos desarrollados desde el marxismo también ejercieron una notable influencia. Feministas radicales y doble militantes compartieron el diagnóstico de la necesidad de una transformación radical de la sociedad, así como una misma terminología para el análisis de aquélla: explotadores y oprimidos, contradicción, toma de conciencia, clase, lucha, modos de producción, división (sexual) del trabajo, ideología hegemónica o familia patriarcal¹⁴.

El patriarcado era explicado como un sistema que beneficiaba a todos los varones, indistintamente de su clase. Sus privilegios se

¹² Celia AMORÓS: «Algunos aspectos de la evolución ideológica del feminismo en España», en Concha BORREGUERO *et al.* (dirs.): *La mujer española: de la tradición a la modernidad (1960-1980)*, Madrid, Tecnos, 1986, p. 43.

¹³ Mary NASH: «Feminismos de la transición: políticas identitarias, cultura política y disidencia cultural como resignificación de los valores de género», en Pilar PÉREZ-FUENTES (ed.): *Entre dos orillas. Las mujeres en la historia de España y América Latina*, Barcelona, Icaria, 2012, p. 356.

¹⁴ Ya entonces había quien advertía que «desde la aparición del feminismo hace algunos años en el Estado español se han venido utilizando términos tales como “clase”, “contradicción” [...] y todos los que de ellos se derivan, algunas veces debido a un análisis voluntario, otras por un mero mimetismo del marxismo. Esta utilización ha creado un panorama confuso y ha frenado o encasillado erróneamente otras opciones no marxistas». Ponencia de Gretel AMMANN: «Sobre los conceptos utilizados en el feminismo (contradicción, clase, etc.)», II Jornadas Estatales de la Mujer, Granada, 1979. Las ponencias presentadas en estas Jornadas están disponibles en <http://cdd.emakumeak.org/recursos/2308>.

establecerían a costa de las mujeres, reducidas al mundo privado y la reproducción. El concepto de patriarcado funcionaba porque resumía un secular modelo de organización social que normalizaba la permanencia de las mujeres en la esfera doméstica y la de los hombres en el mundo laboral y en el proceso político¹⁵. Ahora bien, a partir de la citada construcción intelectual se derivaban ciertas representaciones genéricas sobre los hombres o el hombre, en singular. Así, en la revista que se elaboró con motivo de las I Jornadas de la Mujer en Euskadi en 1977 podemos leer: «La opresión de la mujer se hace a través de los valores que el hombre encarna (paternalismo, autoritarismo, machismo) y de los que se sirve para someter a la mujer»¹⁶. En la misma dirección, la Asamblea de Mujeres de Vizcaya clamaba que sus activistas chocaban contra «las formas de relación que nos encontramos ya creadas por el hombre, que son relaciones de poder, de inferior y superior, y en las que nosotras somos la parte inferior [...] es un fascismo cotidiano no denunciado»¹⁷. Así se transfería la responsabilidad de lo negativo a un otro presentado como homogéneo; un mecanismo dentro/fuera que servía para cohesionar y movilizar al endogrupo al identificar claramente al contrario¹⁸.

La traslación de la dialéctica marxista al campo feminista explica en cierto sentido la renuncia a contar con los hombres de una manera directa, como militantes. Si los proletarios debían emanci-

¹⁵ Lo resumido era el sustrato común, pero había diferencias en torno a cómo se concebía el patriarcado. Mientras que para las feministas radicales éste era un sistema de explotación separado y particular, para las de la corriente de la doble militancia el patriarcado estaba ligado al capitalismo. Véase Justa MONTERO: «Movimiento feminista: una trayectoria singular», en Ángeles EGIDO y Ana FERNÁNDEZ ASPERILLA (eds.): *Ciudadanas, militantes, feministas. Mujer y compromiso político en el siglo XX*, Madrid, Eneida, 2011, pp. 231-248, p. 238.

¹⁶ Revista *Jornadas de la Mujer en Euskadi* (diciembre de 1977).

¹⁷ AMV: «Historia de la asamblea» (octubre de 1977), Centro de Documentación y Estudios de la Mujer Maite Albiz (en adelante CDEM).

¹⁸ Esta actitud también contribuyó a alejar a mujeres que procedían de organizaciones con un trasfondo ideológico distinto al del nuevo feminismo. En este sentido, véase el comunicado de la Unión Mundial de Organizaciones Femeninas Católicas, donde se explica que dicha asociación no se adhirió a las conclusiones de las Jornades Catalanes de la Dona (Barcelona, 1976) entre otras cosas porque, según su análisis, «ha habido una tristísima agresividad y desprecio por el sexo masculino y unos ataques muy poco objetivos a la Iglesia», en AAVV: *Jornades Catalanes de la Dona. Barcelona maig 1976*, Barcelona, Documentación y Publicaciones Generales, 1976, p. 517.

parse de los burgueses, las mujeres también del tutelaje de los varones, para lo que era preciso crear organizaciones exclusivamente femeninas. El establecimiento de pactos con los adversarios quedaba al albur del grado de literalidad con el que se interpretara esto.

Unas fuerzas revolucionarias juzgaron que en un determinado contexto (por ejemplo, la Transición) interesaba contar con «la burguesía» para afianzar conquistas de mínimos (una democracia «formal»). Otras fuerzas, sin embargo, valoraron tales aproximaciones como una traición de clase. Del mismo modo, también hubo feministas que consideraron que era conveniente trabajar junto a los hombres en partidos o sindicatos, paralelamente a su militancia en otras organizaciones en las que los susodichos no interfirieran. A estas últimas se las conoció de diversas maneras: feminismo-lucha de clases o doble militantes. Entre ellas podemos distinguir las vinculadas al PCE y las ligadas a los partidos de la nueva izquierda.

A las que se decantaron por la única militancia, defendiendo que el feminismo era una alternativa política global, con referentes intelectuales como Shulamith Firestone, se las conoció como radicales. Entre ellas se diferenciaron dos grandes grupos: los Colectivos Feministas (de Madrid, Barcelona, Sevilla, Valencia..., germen del Partido Feminista) y las independientes. Las primeras, cuya principal voz era Lidia Falcón, definían a las mujeres como una clase social¹⁹. Las segundas, con organizaciones como LAMAR (Barcelona)²⁰ y LAMBROA (Vizcaya), eran partidarias de un feminismo difuso, que fuera calando como una lluvia fina en la vida cotidiana. Habría que empezar a transformar a la persona en grupos de autoconciencia para lograr no sólo «la liberación de las mujeres todas, sino también la liberación individual»²¹, potenciando así, frente al machismo, va-

¹⁹ Lidia FALCÓN: *La razón feminista*, 2.ª ed. reducida, Madrid, Vindicación Feminista, 1994 (la 1.ª ed. es de 1981-1982). Aquí, Falcón plantea la fecundación *in vitro* como la forma de liberar a las mujeres de la servidumbre hacia los hombres. Más sobre esta corriente en M.ª Ángeles LARUMBE: *Una inmensa minoría. Influencia y feminismo en la transición*, Zaragoza, Pressas Universitarias de Zaragoza, 2002.

²⁰ LAMAR: Lucha Antiautoritaria de Mujeres Antipatriarcales y Revolucionarias.

²¹ La cita en LAMBROA: «Reflexiones sobre nuestra manera de actuar, de vivir» (diciembre de 1977), CDEM. Sobre los grupos de autoconciencia como una forma de pasar «del despertar individual a la conciencia feminista» véase Mary NASH: *Dones en transició. De la resistència política a la legitimitat feminista: les dones en la Barcelona de la Transició*, Barcelona, Ayuntamiento de Barcelona, 2007, pp. 32-36.

lores que se consideraban propiamente femeninos y, en definitiva, resaltando el aspecto de la diferencia entre sexos²².

Feministas de todas las mencionadas corrientes compartían el uso del término patriarcado y una visión materialista de la historia. En documentos tempranos se recurría a un esquema temporal similar al comunista, formado por un ciclo de tres etapas: edad de oro-declive-redención. Friedrich Engels era una referencia clave. A partir de su libro *El origen de la familia* se explicaba la aparición de la propiedad privada como la razón del declive del comunismo primitivo, en el que las mujeres habrían ejercido un papel social relevante, y la construcción de un mundo de y para los hombres. Este último habría caracterizado todos los sistemas de producción, desde el esclavismo al capitalismo, dando pie a la división sexual del trabajo²³.

Para las feministas que subrayaban la contradicción de clases, la primera propiedad por la que el ser humano discutió fue la tierra y sus frutos. Para las que priorizaban la contradicción de sexos hubo una apropiación anterior al surgimiento de excedentes: la de los hijos. Diferencias al margen, se compartía una visión fundamentalmente pesimista del pasado: «Nuestra historia es la historia de nuestra opresión», rezaba el documento fundacional del movimiento feminista en Vizcaya²⁴. Las primeras militantes feministas de los setenta hablaban recurrentemente de mujeres sin historia, ignoradas, sojuzgadas, más que de una edad dorada, que en algunas (pocas) ocasiones también era mencionada²⁵.

²² Véase en esta línea la presentación de LAMBROA en *Deia* (8 de julio de 1977).

²³ Friedrich ENGELS: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Madrid, Ayuso, 1976 [1884].

²⁴ AMV: «Objetivos y organización del movimiento feminista en Vizcaya» (septiembre de 1976), CDEM. Ese diagnóstico negativo convivió con algunas incipientes menciones en positivo a mujeres que en distintas épocas se habrían «rebelado contra la condición de inferioridad», mirándose así al pasado para reconocerse en figuras como Safo de Lesbos, Olimpia de Gouges o Mary Wollstonecraft. Véase la ponencia del Colectivo Feminista de Barcelona en AAVV: *Jornades Catalanes de la Dona...*, p. 457, o la «Ponencia sobre lesbianismo», del Grup de Dones d'Alacant, en las II Jornadas Estatales de la Mujer.

²⁵ Una muestra en el siguiente pasaje: «Tenemos serias dudas, a partir de los últimos descubrimientos antropológicos, de que no haya existido anteriormente al patriarcado una cultura basada en la mujer y con un dominio de los valores que por lógica biológica a las mujeres les convino desarrollar: valores relacionados con

Esta insistencia en el pasado dio como resultado la participación del feminismo en un proceso de ampliación de los campos de interés de la historiografía: minorías, subalternos... Sobre todo en los inicios se partía de un voluntarismo militante que compensaba el desconocimiento científico. La obra de Engels había sido publicada casi cien años antes de que fuera redescubierta en los años sesenta y setenta del siglo XX. En el fondo, con estos mimbres se estaba construyendo una cultura o, más bien, unas culturas feministas²⁶. La tercera fase de la citada estructura temporal, la redención, era lo que la generación actual estaría protagonizando, tomando la responsabilidad de sus destinos después de «milenios» de opresión²⁷.

¿Cómo se explicaba que muchas mujeres no caminaran por esta senda? En este punto se podía recurrir a dos conceptos diferentes: explotación y opresión. El primero haría referencia a un aspecto más evidente: la dominación económica a cargo de la burguesía. El segundo describiría algo más sutil y difícil de desenmascarar: la dominación ideológica a cargo tanto de los burgueses como de los hombres en general, de todas las extracciones sociales. El siguiente pasaje lo aclara: «Así como es muy fácil darse cuenta de la opresión que realiza el amo sobre el esclavo, la relación hombre-mujer de opresión es mucho más difícil de detectar. Ninguna mujer aceptaría su papel si éste no estuviera disfrazado por la ideología inventada para que lo cumpla; sin una toma de conciencia por parte de la mujer, ésta seguiría desempeñando su papel tradicional sin cuestionarlo»²⁸.

Aquí, nuevamente, sobresale lo cultural: interesaba desvelar cómo las mujeres habían sido representadas desde fuera, qué se esperaba de ellas, frente a cómo se reconocían ellas mismas ahora.

la vida, el equilibrio con la naturaleza, etc.», en LAMBROA: s. n. (26 de octubre de 1977), CDEM. Esa valoración se entiende en relación con el eco que la noción de matriarcado tomó en cierta antropología vasca.

²⁶ Entendiendo aquí por cultura las «estructuras de significación socialmente establecidas» que dan sentido y «condicionan la acción social de individuos y colectivos». Las citas respectivamente en Clifford GEERTZ: *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 1988, p. 26, y Julio ARÓSTEGUI: *La historia vivida. Sobre la historia del tiempo presente*, Alianza, Madrid, 2004, p. 332.

²⁷ Un ejemplo: «Os animamos a uniros a nosotras para, entre todas, terminar con nuestra milenaria explotación», en AMV: «50 aniversario del voto femenino» (octubre de 1981), CDEM.

²⁸ Revista *Jornadas de la Mujer...*

Este cambio cultural es lo que traslucen declaraciones como las siguientes. A cuenta de los sucesos del 3 de marzo de 1976 en Vitoria, que derivaron en la muerte de cinco trabajadores en huelga por disparos de la policía, la Asamblea de Mujeres de Álava expuso que «las mujeres, olvidando entonces los papeles tradicionales que la sociedad nos ha impuesto, dejamos de ser la “típica mujer” que lava, plancha, cuida de los hijos, etc. Dejamos de ser las madres sumisas y pasivas, que son las características con las que se nos señala». A propósito del referéndum sobre la Ley para la Reforma Política de diciembre de 1976, la AMV defendió el boicot «mientras no tengamos la garantía de ser consideradas ciudadanas de pleno derecho en todos los niveles de la vida y no de segunda categoría como hemos sido hasta ahora, relegadas al papel de amas de casa y madres, marginadas, por tanto, del proceso social y político». Y dirigiéndose al papa Juan Pablo II, a cuenta de su visita a Euskadi en 1982, leemos en otro pasaje de la AMV: «El papel de santas madres y abnegadas esposas que Vd. plantea como nuestro nos lleva a seguir manteniendo unas cadenas que queremos romper»²⁹.

La teoría de la alienación, otra socorrida influencia de la izquierda revolucionaria en el feminismo de los años setenta, había de servir para desnaturalizar los roles de cada sexo. La ideología del opresor penetraría tan profundo en la psicología del oprimido que hasta le haría vivir una mala vida sin darse cuenta o, incluso, contando con su propio consentimiento tácito: «El problema que muchas mujeres tenemos es el de la total alienación: aceptamos el papel que nos han impuesto de una manera total, sobre todo al principio de nuestras vidas, cuando la explotación no nos ha hecho rebelarnos»³⁰. De este modo se explicaba la cuestión del machismo femenino y se planteaba la necesidad de realizar una toma de conciencia colectiva para salir de la postración. Este diagnóstico de las cosas sirvió para aportar herramientas dialécticas a muchas mujeres de izquierdas que pretendían participar en la vida social y en el proceso político en igualdad de condiciones.

²⁹ Las citas en Asamblea de Mujeres de Álava: «¡¡Mujer!!», primera aparición pública del movimiento feminista en Álava (s. f., 1976-1977), Archivo Privado de Alicia Ortín; AMV: «Referéndum» (15 de diciembre de 1976), CDEM, y AMV: «Ante la visita del Papa a Euskadi» (noviembre de 1982), CDEM.

³⁰ LAMBROA: «Reflexiones...».

Al mismo tiempo, ciertos planteamientos se enclavaban en la tradición leninista del vanguardismo. Según uno de los primeros documentos del MC sobre feminismo: «Nos proponemos contribuir a la creación de un feminismo revolucionario. Esto es, de un feminismo que acierte a analizar correctamente la opresión específica —milenaria y actual— que sufren las mujeres»³¹. Aquí se partía de la idea de que la historia tiene un curso y que hay que descifrarlo científicamente (se entiende que frente a otras pretensiones libertadoras bienintencionadas, pero utópicas); descubrir cuál es el camino correcto, transitarlo y hacerlo ver a otras.

Separar a las mujeres en concienciadas-avanzadas y colonizadas-sumidas en la falsa conciencia, como en ocasiones se hacía implícita o explícitamente³², no ayudó a sumar al movimiento a personas que podrían haberlo hecho. Generó reacciones de distanciamiento entre aquellas que no estaban dispuestas a recorrer el camino para «descubrir su identidad» cuando ello implicaba comulgar con presupuestos políticos de izquierda revolucionaria³³.

Viejas doctrinas en nuevos campos (II). Izquierda radical y política feminista

La teoría revolucionaria desarrollada desde la nueva izquierda insistió en que el poder no se ejerce sólo en las relaciones laborales o de arriba abajo, sino también en la vida cotidiana. En este sentido se señalaron lagunas en el concepto marxiano clásico de poder.

³¹ MC: «Carta sobre las tareas de organización de las mujeres en el partido» (1977), Archivo Privado de Zutik.

³² Para una percepción contemporánea de este fenómeno véase la ponencia de Gretel AMMANN: «Como lesbiana, contra la nueva moral feminista», II Jornadas Estatales de la Mujer. Según la visión de Ammann: «Cada vez estamos convirtiendo —si no se ha convertido ya— el feminismo en un dogma, un credo doctrinario [...] Todo dogma lleva implícito un código ético-moral, y aquí tampoco nos hemos salvado de ello. Si te llamas feminista, debes creer en unos valores, convertirlos en principios y no pecar contra ellos. Las feministas o mujeres se ordenan en “las más o las menos avanzadas”, la “vanguardia y la base”, según su “nivel”, según se aproximen más o menos a esa meta abstracta prefijada a priori».

³³ Este desencanto no afectó sólo al campo feminista, sino al conjunto de los nuevos movimientos sociales. Véase RAÚL LÓPEZ ROMO: *Años en claroscuro. Nuevos movimientos sociales y democratización en Euskadi, 1975-1980*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2011, pp. 220 y 221.

Este último resultaba muy deudor de la época en la que fue elaborado, cuando el protagonismo lo tenía la construcción de una sociedad industrial. El nuevo contexto, caracterizado por la Guerra Fría y la descolonización, la percepción de la acomodación del PCUS y sus homólogos internacionales, la seducción de nuevas experiencias comunistas en China o Cuba, o el paso de una sociedad de masas a otra de consumo, favoreció la proliferación de críticas hacia el autoritarismo o el burocratismo.

Autoras relativamente conocidas, como la húngara Ágnes Heller, planteaban una revolución de la vida cotidiana. Algunas de las primeras obras de Heller fueron traducidas al castellano por el filósofo marxista Manuel Sacristán; un activista, por cierto, de otro nuevo movimiento social que, al igual que el feminismo, también se centraba en la necesidad de un cambio de vida: el antinuclear. Otros autores, como el sociólogo Josep-Vicent Marqués, hablaban entonces del «poder en la cama», llamando a revisar comportamientos despóticos a nivel íntimo³⁴.

A medio camino entre lo político y lo personal estaban las feministas, así como otros nuevos sujetos colectivos de la Transición, caso de los homosexuales. Para ellos el patriarcado dejaba de ser una noción abstracta desde el momento en que se ligaba con experiencias concretas que lo hacían visible: leyes que consagraban la desigualdad, familias dominadas por maridos que hacían valer su autoridad frente a amas de casa sin independencia económica. La importancia de las experiencias fue clave en los primeros pasos del movimiento feminista en la segunda mitad de la década de 1970. Por ejemplo, buena parte del primer mitin que se celebró en Vitoria en conmemoración del 8 de marzo, Día Internacional de la Mujer (en 1978), se dedicó a relatar trayectorias de «mujeres de fábricas, mujeres en paro, mujeres separadas y trabajo doméstico»³⁵.

El objetivo final, según figuraba en las elaboraciones teóricas feministas de la Transición, era llegar a una sociedad no patriarcal y sin explotaciones de ningún tipo de unas personas sobre otras. Todas estas aproximaciones, se definieran como marxistas o no, si-

³⁴ Ágnes HELLER: *La revolución de la vida cotidiana*, Barcelona, Península, 1982, y Josep-Vicent MARQUÉS: *¿Qué hace el poder en tu cama?*, Barcelona, Editorial 2001, 1981.

³⁵ Panfleto «Asamblea de Mujeres de Álava» (s. a.), Archivo Privado de Ali-cia Ortín.

guieron teniendo el horizonte de una utopía como meta. Cuando se hablaba de las aspiraciones de máximos, siempre se apelaba a la necesidad de una revolución encabezada por un agente que aspiraba a alcanzar las metas más elevadas: las propias mujeres.

El principal debate interno del feminismo en la Transición fue el ya mencionado en torno a la doble o única militancia. La polémica estaba relacionada con la cuestión de la autonomía del movimiento social y se trasladó a varios campos: las maneras de comprender los orígenes de la opresión, la dialéctica oprimidos/opresores o los modos de salir de la alienación. Por supuesto no era indispensable preservar la unidad del movimiento como si fuese un tótem sagrado, pero el debate alcanzó picos de gran acritud. Aparecieron actitudes fuertemente dogmáticas que tenían que ver con la búsqueda de la autenticidad (un movimiento menos contaminado por los hombres, más avanzado en la comprensión de la realidad...) desde presupuestos influidos por la izquierda radical³⁶. La descomposición del movimiento feminista fue patente desde las II Jornadas Estatales de la Mujer, celebradas en Granada en 1979, donde estalló la polémica entre doble/única militancia³⁷, pero había profundas divergencias ya desde antes.

Estas divisiones habían quedado visibles en una reunión de las organizaciones del movimiento feminista en la que había que decidir si se emprendían negociaciones con la nueva Subdirección General de la Condición Femenina, propuesta por el gabinete de Adolfo Suárez dentro del Ministerio de Cultura, con el fin, entre otras cues-

³⁶ Ricard Martínez i Muntada ha cuestionado recientemente las críticas de sectarismo y dogmatismo que se suelen verter hacia la extrema izquierda [«La izquierda revolucionaria de ámbito estatal, de los sesenta a los ochenta: una brevísima historia», *Viento Sur*, 126 (2013), pp. 108-118], pero otros autores aportan evidencias empíricas en tales direcciones, sin homogeneizar a todas las organizaciones bajo una misma etiqueta, sino distinguiendo «diversos grados de dogmatismo». Véase Consuelo LAÍZ: *La lucha final. Los partidos de la izquierda radical durante la transición española*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 1995; José Manuel ROCA (ed.): *El proyecto radical. Auge y declive de la izquierda revolucionaria en España (1964-1992)*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 1994, e ID.: «La izquierda comunista revolucionaria en España (1964-1992)», *Leviatán*, 51-52 (1993), pp. 89-117, la cita en p. 95.

³⁷ Sobre las posturas enfrentadas en las Jornadas de Granada véase la descripción de Pilar ESCARIO, Inés ALBERDI y Ana Inés LÓPEZ-ACOTTO: *Lo personal es político: el movimiento feminista en la transición*, Madrid, Instituto de la Mujer, 1996, pp. 228-233.

tiones, de gestionar el patrimonio de la Sección Femenina. Según un acta de la cita que se conserva en el Centro de Documentación y Estudios de la Mujer Maite Albiz de Bilbao: «Habría alrededor de trescientas mujeres [...] Las del grupo [proclive a] la participación [en la Subdirección] son fuertemente criticadas por varios grupos y hay una gran agresividad [...] [y] pre-juicios en las intervenciones». Los grupos del MDM se mostraron favorables a emprender negociaciones con las nuevas instituciones, mientras los colectivos feministas de nueva izquierda lo rechazaron tajantemente³⁸.

A medida que se consolidaba la democracia fue decreciendo la participación en el movimiento feminista, al igual que en el resto de los movimientos sociales. En ello tuvo mucho que ver la conquista de objetivos básicos. El feminismo, que no sólo es un movimiento, sino también una teoría y una identidad personal, fue impregnando muy diversas dimensiones, tanto públicas como privadas. Había personas que se consideraban feministas pero no participaban en el movimiento (o lo hacían esporádicamente en ciertas campañas, pero no en sus organizaciones), entre otras cosas por un rechazo al radicalismo.

Visto en retrospectiva es difícil negar ese radicalismo. Una corriente incluso se autodenominaba así, feminismo radical, y la otra tendencia principal, la que juntaba a las doble militantes, también era revolucionaria en un sentido marxista. Esto no deja de ser una radicalización de la idea de progreso³⁹, mediante la que se reclamaba no sólo la elevación del nivel cultural de la ciudadanía, la igualdad ante la ley o la supresión de las clases, sino también la igualdad de género.

El movimiento feminista español de la Transición se asentó sobre unos cimientos teóricos radicales por varios motivos: la juventud de la mayoría de las militantes y su frecuente adscripción a grupos de reciente creación, con notable influencia en ambientes estudiantiles; la experiencia de los duros años del franquismo; la continuación durante la Transición de prácticas represivas que recordaban a los cercanos tiempos de la dictadura⁴⁰; el manifiesto

³⁸ «Reunión de las organizaciones del Movimiento Feminista del Estado español» (Madrid, 24 y 25 de septiembre de 1977), CDEM.

³⁹ Celia AMORÓS: «Centenario de Marx. Marxismo y feminismo» (1983), CDEM.

⁴⁰ La policía detuvo a doce personas en Sevilla del Centro de Información Sexual y Contracepción «Los Naranjos» por practicar abortos, las comunicaron y

machismo existente en la sociedad, que se tradujo en un antifeminismo visible tanto a nivel cotidiano como en determinados medios de comunicación⁴¹, y, por último, la falta de conexiones directas entre viejas y nuevas organizaciones de mujeres.

La autopercepción de la novedad en el feminismo de los setenta

En los años setenta se publicaron diversas investigaciones sobre los feminismos y las organizaciones de mujeres de antes y durante la dictadura. Esto indica una incipiente preocupación intelectual por rastrear pasadas experiencias en las que las mujeres tomaron la iniciativa política en primera persona⁴². Pese a la aparición de estas publicaciones, que fueron poniendo los cimientos para un conocimiento riguroso de la historia de las mujeres en la contemporaneidad, en la literatura gris de la Transición habitualmente se mencionaba el carácter pionero de la lucha feminista abierta tras la muerte de Franco.

Para ilustrar esta afirmación veremos varios ejemplos extraídos de documentos de la Asamblea de Mujeres de Vizcaya. En julio de 1977 dicho colectivo aseguraba en un comunicado: «Las mujeres durante siglos hemos sido sometidas a una opresión y marginación social que hasta ahora no ha sido analizada ni denunciada por nadie de una forma coherente y eficaz. Pensamos que esta tarea debe ser realizada por las propias mujeres». Apenas tres meses más tarde se insistía en la misma dirección en otro texto: «En cuanto a las alternativas que planteamos, la discusión no está terminada entre nosotros, estamos en la prehistoria del feminismo». La corriente de mu-

dejaron pendientes de juicio. La ocasión fue aprovechada para lanzar una campaña por el derecho al aborto. Hubo otros episodios similares en Bilbao, Madrid o Valencia. Véase Colectivo de Salud: «Propuesta a la Coordinadora Estatal de Organizaciones Feministas» (12 de noviembre de 1980), CDEM.

⁴¹ Ainara LARRONDO: «La representación pública del movimiento de liberación de la mujer en la prensa diaria española (1975-1979)», *Historia Contemporánea*, 39 (2009), pp. 627-655.

⁴² Algunas de las obras más destacadas de esa etapa fueron las de Rosa M.^a CAPEL: *El sufragio femenino en la Segunda República*, Granada, Universidad de Granada, 1975; Mary NASH: *Mujeres libres. España, 1936-1939*, Barcelona, Tusquets, 1975, y Giuliana DI FEBO: *Resistencia y movimiento de mujeres en España, 1936-1976*, Barcelona, Icaria, 1979.

jeros *abertzales* dentro de la AMV explicaba en 1979: «Estamos aquí en nombre de la realidad de nuestra propia lucha. Esto es la primera vez que ocurre». Por su parte, la corriente radical LAMBROA planteaba que «todavía el movimiento es joven y no debemos impacientarnos: son muchos milenios de sumisión»⁴³.

En el material al que se ha hecho mención apenas se encuentran referencias a experiencias previas a la Guerra Civil. En un pasaje del documento fundacional del movimiento feminista en Vizcaya se proclamaba la necesidad del «estudio y discusión de los orígenes de la situación de opresión de la mujer», una preocupación común en el feminismo de la época, pero eran infrecuentes las menciones a hitos en positivo.

A las sufragistas de la Segunda República se las empezó a reconocer públicamente sobre todo a partir de principios de los años ochenta, en torno al cincuenta aniversario de la consecución del voto femenino. Hubo instituciones (en Euskadi el Gobierno vasco y el Ayuntamiento de Bilbao, entre las principales) que respaldaron tal conmemoración en 1981 mediante la financiación de actos públicos y la edición de publicaciones. En la capital vizcaína el programa de actos incluyó una mesa redonda con las historiadoras Paloma Saavedra, Pilar Folguera, Giuliana di Febo y Arantza Amézaga. También en 1981 se publicó la primera biografía de Clara Campoamor a cargo de Concha Fagoaga y Paloma Saavedra, con el sello editorial de la Subdirección General de la Mujer⁴⁴.

La mencionada escasez de referentes pasados se debió a varias razones. Primero, las mujeres estaban habitualmente ausentes de los libros de historia, merced a una disciplina masculinizada que ponía el foco en los avatares públicos de los varones⁴⁵. Segundo, la

⁴³ Las citas respectivamente en AMV: «A todas las mujeres» (julio de 1977), CDEM; AMV: «Historia de la asamblea» y «Por primera vez junto a la izquierda abertzale» (s. a., 1979 aprox.), CDEM, y LAMBROA: «Reflexiones sobre...», CDEM.

⁴⁴ La noticia de la mesa redonda en AMV: «50 aniversario del voto femenino». Véase también Concha FAGOAGA y Paloma SAAVEDRA: *Clara Campoamor. La sufragista española*, Madrid, Subdirección General de la Mujer, 1981.

⁴⁵ Manuel Tuñón de Lara reconocía a principios de los ochenta que «los historiadores no nos hemos ocupado suficientemente de la mujer», *El País* (22 de abril de 1982). En este sentido, en 1981 la Asamblea de Mujeres de Vizcaya expresaba que «queremos dedicar un recuerdo especial a todas las mujeres que lucharon por la defensa de nuestros intereses y que no han sido reconocidas por la "Historia", impidiéndonos a las mujeres conocer nuestra historia». Véase AMV:

dictadura provocó un corte abrupto entre los grupos femeninos de la Segunda República y los feministas de los sesenta y setenta, que fueron organizativamente nuevos. La dureza de la represión del régimen hizo, asimismo, que para muchos jóvenes las opciones opositoras más seductoras fuesen las más extremistas e idealistas, en conexión con corrientes de izquierda radical que fueron abriéndose paso desde finales de los cincuenta y, sobre todo, en torno al 68. En un documento de principios de los años ochenta se reconocía explícitamente que entre las nuevas feministas de la década anterior hubo una tendencia a desligarse deliberadamente de las históricas que consiguieron el derecho al voto, tachadas de burguesas o incluso reaccionarias⁴⁶. De modo que el doctrinarismo presente en la izquierda radical fue el tercer motivo de la aludida escasez de referentes. Como cuarto y último factor hay que considerar la brecha generacional que supuso la nueva sociedad de consumo de los años sesenta en adelante, con la ampliación de las clases medias y el surgimiento de nuevas promociones de universitarias.

Conclusiones

La teoría de la nueva izquierda, con su énfasis en que el poder no sólo reside en las relaciones económicas, sino en múltiples aspectos de la vida cotidiana, contribuyó a la desnaturalización de las jerarquías tradicionales de género. Apoyándose en esta

«50 aniversario...». En esta dirección, el Grup de Dones d'Alacant explicaba que «no vamos a hacer una historia del lesbianismo, o mejor de la lucha de las mujeres lesbianas, aunque sería de nuestro agrado. La escasez de material, de literatura específica, es el único impedimento», en «Ponencia sobre lesbianismo», II Jornadas Estatales de la Mujer.

⁴⁶ Comisión Feminista para la Conmemoración del Cincuentenario del Voto de las Mujeres en España: «50 Aniversario del voto de las mujeres, 1931-1981. 29 de septiembre-4 de octubre de 1981» (1981), CDEM. Aquí no se achacaba tal actitud de menosprecio al propio doctrinarismo, sino a ideologías difundidas por los hombres, quienes habrían abocado a las nuevas militantes feministas a descalificar a las sufragistas en el sentido arriba expresado. Por lo demás, no estamos ante un fenómeno únicamente español, sino que, como apunta Kristina Schulz, el nuevo movimiento feminista de países como Francia, Alemania Occidental o Suiza contempló con distanciamiento y escepticismo a la primera oleada de feminismo al menos hasta la segunda mitad de la década de 1970. Véase Kristina SCHULZ: «The Women's...», p. 281.

reflexión, y dando el salto a la acción colectiva, el nuevo feminismo identificó a su adversario común con el nombre de patriarcado. Junto a la clásica apelación a la clase trabajadora, la nueva izquierda reservó un papel protagonista en el proceso de cambio social a los oprimidos por motivo de raza, etnia o sexo. Los sujetos de esa honda transformación que estaba por venir habían de ser, en lo que atañía a su «problemática específica» (así se denominaba entonces), las mujeres solas. Aquellas que se incorporaron a la segunda oleada de feminismo, la surgida en el mundo occidental en los años sesenta y setenta del siglo xx, se reunieron en grupos que reprodujeron ese principio de autonomía en sus modos de organización: descentralizados, informales y en los que prevalecía la toma mancomunada de decisiones.

He integrado dentro de la nueva izquierda feminista a diversos colectivos que, pese a sus notables diferencias, hicieron un doble diagnóstico que resultaba históricamente original respecto a la primera oleada del movimiento de mujeres: quién era el contrario (la sociedad patriarcal) y quiénes se debían enfrentar a él (las propias mujeres mediante un movimiento social independiente). Las activistas de la vieja izquierda que participaron en este movimiento compartieron los mismos preceptos, sin considerar que su paralela militancia en el PCE o el PSOE fuera incompatible con la defensa de la autonomía del movimiento, algo en lo que coincidieron con las integradas en formaciones más recientes, como el MC o la LCR.

La principal diferencia entre el feminismo relacionado con la vieja izquierda y la nueva izquierda feminista reside en el regeneracionismo revolucionario de esta última. La nueva izquierda feminista no pretendió sustituir las doctrinas que apelaban a la necesidad de grandes transformaciones sistémicas por lecturas más gradualistas, sino actualizar aquellas doctrinas incorporando la contradicción de sexos. En este artículo se han repasado varios ejemplos de ese regeneracionismo: la renovación de la visión dialéctica de la realidad, diversas expresiones del debate entre única o doble militancia y, sobre todo, el alejamiento respecto a instituciones que se iban construyendo durante la Transición, una actitud que en algunos casos incluyó la renuncia expresa a negociar para establecer pactos con las mismas, como sucedió en torno a la Subdirección de la Condición Femenina. Esta intransigencia inicial fue moderándose paulatinamente, según se avanzaba en la consolidación del sistema

democrático en España. Como muestra un botón: comunistas y socialistas (estas últimas apenas presentes en el movimiento feminista, aunque sí en el feminismo entendido de un modo más amplio) defendieron que la Constitución de 1978 era un punto de partida para las mujeres españolas; un respaldo, más crítico en su caso, al que se sumó una parte importante de la izquierda marxista radical: la ORT y el PTE. Mientras, otra porción de las feministas ligadas a las nuevas izquierdas negó su apoyo a la Carta Magna, tanto radicales como vinculadas a formaciones como el MC y la LCR⁴⁷. En esta línea, la Asamblea de Mujeres de Vizcaya, el colectivo en cuyo discurso más me he detenido, se posicionó frente a la Constitución por considerar que mantenía intacta la familia patriarcal⁴⁸.

En otro orden de cosas, también podían entrar dentro de la mencionada lógica regeneracionista ciertos reproches hacia los países del bloque del Este por no haber hecho efectiva la liberación de la mujer y hacia los partidos obreros (a veces esto tomaba la forma de la célebre autocrítica)⁴⁹ por reproducir esquemas machistas, como contar con pocas o ninguna mujer en los órganos directivos, así como por divulgar el rol de la domesticidad femenina⁵⁰. Ahora

⁴⁷ El MC llamó a la abstención ante el referéndum constitucional, mientras la LCR pidió el voto en contra. Para esta última fuerza, según se expresaba en su órgano de prensa *Combate*, la Constitución era «no democrática, centralista, machista y capitalista», cit. en José Manuel ROCA: «L'esquerra marxista radical davant el canvi de règim i el procés constituent», *L'Avenç*, 207 (1996), p. 19.

⁴⁸ AMV: «La Asamblea de Mujeres de Vizcaya ante la Constitución» (1978), CDEM. Para entonces la Asamblea de Mujeres de Vizcaya había perdido una parte notable de su pluralidad inicial. Las mujeres ligadas a la ORT se habían organizado en la Unión por la Liberación de la Mujer. Las militantes del PTE hicieron lo propio en la Asociación Democrática de la Mujer. Puede consultarse abundante documentación de estos dos colectivos, particularmente de sus ramas vascas, en el Centro de Documentación en Historia Contemporánea de la Sociedad de Estudios Vascos, fondo ORT. A finales de los setenta la corriente *abertzale* de la AMV también terminó estableciéndose por su cuenta en *KAS-Emakumeak* (Mujeres de la Coordinadora Patriota Socialista).

⁴⁹ Así se planteaba en la «Carta [del MC] sobre las tareas...».

⁵⁰ Rol cuya existencia queda patente en la siguiente cita: «Mujeres: tenéis un puesto en la lucha por salvar a [dos militantes de ETA político-militar condenados a muerte, José Antonio] Garmendia y [Ángel] Otaegui. Participad en la huelga general del 11 y 12 [de septiembre de 1975, días que se reunió el Consejo de Ministros, que había de ratificar las penas] no yendo a la compra», Archivo del Gobierno Civil de Vizcaya, Panfleto del Comité Provincial de Vizcaya del Movimiento Comunista de España, septiembre de 1975. Como apunta Mary Nash, el movimiento obrero español contribuyó a «la definición de la mujer como esposa, madre y ama

bien, esto último ya no sólo se criticaba desde la nueva izquierda feminista, sino desde el conjunto del movimiento.

La nueva izquierda que explotó en torno al «largo 68» favoreció un replanteamiento de la cuestión social más allá de lo material, impulsando mediante la acción colectiva diversas transformaciones políticas. Socialismo y comunismo históricos no permanecieron ajenos a la construcción de las mujeres como sujeto político, incorporando paulatinamente a sus preocupaciones la variable de género y contribuyendo a institucionalizar determinadas demandas. El Instituto de la Mujer o las leyes de divorcio, aborto, matrimonio homosexual, violencia de género o paridad son incomprensibles sin tener en cuenta la génesis, a partir de los sesenta, de una sociedad en la que se fueron extendiendo nuevos modelos de relaciones familiares, que pudieron expresarse más abiertamente desde la segunda mitad de la década de 1970, aunque todavía afrontando fuertes resistencias.

El nuevo movimiento feminista contribuyó a alterar mentalidades profundamente arraigadas en la sociedad⁵¹. Al mismo tiempo, al compás de su interacción en numerosos actos de protesta o en espacios variados, como asambleas, bares, cuadrillas de amigas, ámbitos laborales o bibliotecas especializadas, las feministas fueron haciendo una transición personal⁵². No obstante, los discursos de aquellas que, presentándose como vanguardia, pretendían acertar señalando la dirección correcta de los cambios sociales, siguieron,

de casa». Véase Mary NASH: «Identidades, representación cultural y discurso de género en la España contemporánea», en Pedro CHALMETA *et al.*: *Cultura y culturas en la historia*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1995, p. 199.

⁵¹ Mentalidades que no dejaban de estar presentes en la propia izquierda revolucionaria en forma, por ejemplo, de machismo y homofobia. Varios líderes marxistas (Domènec Font de la Organización Comunista de España-Bandera Roja, Diego Fàbregas de la Organización de Izquierda Comunista de España, Manuel Guedán de la ORT, Eladio García del PTE y Enrique Tierno Galván del Partido Socialista Popular) reflejaron la persistencia del tradicionalismo cultural en declaraciones sobre la homosexualidad que oscilaban entre el paternalismo y la consideración de la misma como una desviación o una degeneración. Véase Joaquín ROMERO y Fernando RUIZ: *Los partidos marxistas. Sus dirigentes. Sus programas*, Barcelona, Anagrama, 1977.

⁵² Se toca el aspecto de la transición personal de las feministas, que fue paralela a la transición política, en obras como las de Mercedes AUGUSTIN: *Feminismo. Identidad personal y lucha colectiva (análisis del movimiento feminista español en los años 1975 a 1985)*, Granada, Universidad de Granada, 2003, o en la serie de entrevistas a destacadas militantes feministas obra de M.^a Ángeles GARCÍA DE LEÓN: *Rebeldes ilustradas (la otra Transición)*, Madrid, Anthropos, 2008.

con frecuencia, cruzados de vieja teoría revolucionaria. Irónicamente, algunos de sus análisis divulgaron percepciones tradicionales sobre la fragmentación de la sociedad. Por ejemplo, se mantuvieron esquemas binarios rígidos (nosotros/ellos, mujeres/hombres) para describir los problemas de una sociedad compleja e irreducible a maniqueísmos.

La relación de la izquierda y la derecha con las transformaciones políticas y culturales post-68 no ha sido unilateral, sino compleja. La derecha no encarnaba necesariamente el paradigma de lo antiguo frente a una izquierda abanderada de lo moderno. Por aportar otro matiz, ha habido numerosas mujeres que han accedido al proceso político o al mercado laboral sin considerarse feministas y hasta abjurando de tal identificación.

En las últimas décadas España ha visto la aprobación de una importante batería de reformas legislativas relacionadas con demandas feministas, reformas que han sido impulsadas sobre todo desde la izquierda y que se han apoyado sobre una más amplia revolución cultural que ha resignificado los roles de género. En esta revolución, detrás de la cual late una nueva sociedad salida de profundas mutaciones acaecidas desde los años sesenta, han tomado parte personas de diversas procedencias sociales, ideologías y profesiones, que fueron transformándose a sí mismas y al mundo que las rodeaba en ese siglo de las mujeres que ha sido el siglo xx.

Génesis, estructuración e identidad del fenómeno maoísta en Portugal (1964-1974)

Miguel Cardina

Universidade de Coimbra

Resumen: Durante la última década del *Estado Novo* aparecieron en Portugal varios grupos diferentes inspirados por las posturas chinas en el conflicto sino-soviético y fascinados por los ecos de la Revolución Cultural. Este artículo pretende caracterizar el surgimiento y la diversidad de este fenómeno político. Los límites temporales son los comprendidos entre 1964, momento en que surge la primera organización de carácter «marxista-leninista» como consecuencia de la ruptura ideológica de Francisco Martins Rodrigues con la perspectiva estratégica del PCP, y el 25 de abril de 1974, momento en que el «golpe de los capitanes» derribará la dictadura del *Estado Novo*. El artículo analiza los rasgos políticos que intervinieron en la construcción de un imaginario esencialmente común, incidiendo en la temática (anti)colonial, al mismo tiempo que destaca las distintas líneas políticas que se expresaron en el universo maoísta.

Palabras clave: Maoísmo, Portugal, *Estado Novo*, guerras coloniales, años sesenta.

Abstract: Several different groups, inspired by the chinese positions in the sino-soviet conflict and fascinated by the echoes of the Cultural Revolution, appeared in Portugal during the last decade of the *Estado Novo*. This article aims to characterize the emergence and diversity of this political phenomenon. The chronological limits are 1964, when there was the appearance of the first «marxist-leninist» organization, as a result of the Francisco Martins Rodrigues ideological break with the strategic perspective of the PCP, and April 25, 1974, when the military coup overthrew the *Estado Novo*'s dictatorship. The article analyzes the poli-

tical traits involved in the construction of common imaginary, emphasizing the (anti)colonial issue and the other main political lines that formed the maoist universe.

Keywords: Maoism, Portugal, *Estado Novo*, colonial wars, sixties

La relación entre las convulsiones políticas, sociales y culturales sucedidas durante los denominados «largos años sesenta» y el impacto específico del maoísmo constituyen un aspecto frecuentemente evocado en los estudios destinados a comprender la naturaleza de la época. En *Periodizing the Sixties*, Fredric Jameson identificó la expansión generalizada de la industrialización como el rasgo determinante del «capitalismo tardío», proceso que dio lugar a revueltas antisistémicas que iban más allá de lo económico y que incidieron, con particular vehemencia, en dos áreas: el inconsciente y el Tercer Mundo. Esta dialéctica entre dominación y resistencia estuvo marcada por dinámicas de invasión de las superestructuras sobre las infraestructuras, en las que «los nativos se transforman en seres humanos», incluyendo a «los colonizados del primer mundo: minorías, marginados y mujeres». La politización del mundo y de la vida, característica de la época, introdujo nuevas formas de lucha y la ampliación de los ámbitos sujetos a juicio ético. En este sentido, Jameson afirma que el maoísmo es la ideología que tradujo de mejor modo la *weltanschauung* radical, en la medida en que originó un «desplazamiento» de los pares dicotómicos a través de los cuales la tradición comunista entendía el antagonismo político: al «burgués» no se oponía ahora el «proletario», sino el «revolucionario»¹. La clase o la filiación partidaria perdieron importancia como criterios de juicio político, frente al protagonismo que ganaron las consideraciones morales sobre (el rechazo de) los privilegios, la búsqueda

¹ Fredric JAMESON: «Periodizing the 60s», en Sohnya SAYRES *et al.* (eds.): *60s without apology*, Minneapolis, University of Minnesota, 1984, pp. 178-209. Según Jameson, los años sesenta comenzaron a mediados de la década anterior con el movimiento de descolonización emprendido en el África británica y francesa, y terminaron alrededor de 1972-1974 con el retiro de las tropas norteamericanas de Vietnam y el surgimiento de una nueva crisis económica mundial. El fin trágico de la experiencia chilena y el encerramiento del bienio revolucionario portugués (1974-1976) pueden señalar igualmente el arranque de la época. Véase también Arthur MARWICK: *The Sixties*, Nueva York, Oxford University Press, 1998. Para el caso portugués, Rui BEBIANO: *O Poder da Imaginação*, Coimbra, Angelus Novus, 2003.

de identidades con un ideal de vida proletario y el compromiso en el combate a la opresión —lo que, en el caso portugués, remitía muy directamente al colonialismo y a la guerra contra los independentistas africanos—.

No obstante, la interpretación dominante sobre el papel del maoísmo, concretamente en los países de occidente, permanece teñida por un conjunto de caricaturas y lugares comunes. El activismo en organizaciones que profesaban esta ideología es entendido, frecuentemente, como un devaneo juvenil —o una «historia loca», según el subtítulo de un libro sobre el maoísmo francés—² que antecedió a una posterior acomodación en las élites políticas, económicas o intelectuales. De este modo, se tiende a interpretar el maoísmo como una forma pasajera de ajustar cuentas con un cierto «origen de clase». El modelo propio del recorrido militante en esta área política acaba por ser el del antiguo activista, hoy dotado de proyección mediática y con funciones gubernativas. En Portugal, la alusión a varias figuras públicas relevantes —como el ex primer ministro y presidente de la Comisión Europea, José Manuel Durão Barroso— es un dato evocado siempre que se aborda la militancia maoísta en la década de 1970³.

En muchas ocasiones, el maoísmo occidental de las décadas de 1960 y 1970 se entiende como un mero reciclaje sectario de un marxismo-leninismo que pretendía trasladar mecánicamente el modelo chino a otros lugares. George Katsiaficas, en uno de los primeros estudios de análisis sobre los *global sixties*, describe el fenómeno como *exterior* a la dinámica *esencial* de la época⁴. André Glucksmann

² Christophe BOURSEILLER: *Les maoïstes. La folle histoire des gardes rouges français*, París, Plon, 1996.

³ Clara VIANA: «Ex-maoístas, uma história de sucesso», *Pública* (15 de agosto de 2004); Nuno RAMOS DE ALMEIDA: «O charme discreto do maoísmo português», *Jornali* (2 de julio de 2011); Paulo CHITAS: «Maoístas de certa maneira», *Visão* (20 de marzo de 2013). Téngase en cuenta, a este respecto, la popularidad de un vídeo en internet que presenta a José Manuel Durão Barroso en 1976 —en esa época alumno de Derecho y miembro de la estructura estudiantil del MRPP (Movimento Reorganizativo do Partido do Proletariado/Movimiento Reorganizativo del Partido del Proletariado)— atacando la «enseñanza burguesa» en una asamblea universitaria.

⁴ George Katsiaficas sugiere que aquellos años fueron atravesados por un impreciso y marcusiano «efecto Eros», que habría dado lugar a una línea de separación entre la «vieja izquierda» y sus «métodos de coacción», y la «nueva izquierda», que apostaba por «ganar el corazón y la mente de las personas con la persuasión». En este esquema, los maoístas formarían parte de una «nueva vieja izquierda», ca-

—antiguo militante maoísta de la Gauche Proletarienne y figura de proa del atlantismo antitotalitario— considera que la ideología originó formas peculiares de «suicidio intelectual»⁵. Al convertirlo en una especie de objeto excéntrico, estas lecturas dificultan la comprensión del fenómeno a la luz de lo que éste representó en los países occidentales: una vertiente del radicalismo *sixtié* con diferentes inflexiones según los contextos nacionales en los que se plasmó⁶.

Este artículo pretende centrarse en el caso portugués y mostrar cómo se estructuró este campo político en el último decenio de vigencia de la dictadura del *Estado Novo* —esto es, entre 1964, año en que surge la primera organización pro-china, y el 25 de abril de 1974, fecha en la que un movimiento de oficiales de grado intermedio, cansados de una guerra colonial interminable, decidió derribar el régimen, abriendo espacio a la irrupción de un intenso proceso revolucionario—. El maoísmo adquirió así ciertas características que, en buena medida, estaban determinadas por la naturaleza del país en esa época: una dictadura que, contrariamente a las dinámicas dominantes en aquel tiempo histórico, llevaba a cabo una guerra para mantener el imperio en África. Tal como sucedió en la mayor parte de lugares⁷, el fenómeno maoísta en el país no se materializó en una organización específica, sino en diferentes grupos y propuestas políticas distintas.

racterizada por la influencia de episodios, como la Revolución Cultural, que «poco tenían que ver con el carácter *esencial* del movimiento». George KATSIAFICAS: *The Imagination of the New Left*, Boston, South End Press, 1987, pp. 25-26 y 71.

⁵ André y Raphaël GLUCKSMANN: *O Maio de 68 explicado a Nicolas Sarkozy*, Lisboa, Guerra e Paz, 2008, p. 118.

⁶ Los únicos estudios sistemáticos publicados hasta el momento sobre el impacto global del maoísmo son los dos volúmenes de Robert Alexander. De cualquier modo, los trabajos de Alexander, aunque hayan analizado caso a caso diferentes países, padecen de alguna falta de atención en lo que se refiere a las especificidades de los contextos nacionales. Por otro lado, estos trabajos incurrir en varios errores y omisiones, debidos, en gran medida, al carácter exiguo de las fuentes, limitadas casi exclusivamente al *Yearbook on International Communist Affairs*, publicado por el Instituto Hoover, y la documentación del Sozialistische Einheitspartei Deutschlands, antiguo partido comunista de Alemania Oriental. Véase Robert J. ALEXANDER: *International Maoism in the Developing World*, Westport, Praeger, 1999, e íd.: *Maoism in the Developed World*, Westport, Praeger, 2001.

⁷ Noruega supone una relativa excepción. Aquí el maoísmo no sólo tuvo un impacto considerable, sino que su expresión organizativa se concentró en el AKP (m-l) [Partido Comunista de los Trabajadores (marxista-leninista)]. Hans PETTER SJØLI: «Maoism in Norway. And how the AKP (m-l) made Norway more Norwegian», *Scandinavian Journal of History*, 33 (2008), pp. 478-490.

La «primera oleada» maoísta

Si el término «maoísmo» puede referirse al proceso de «sinificación» del marxismo y la experiencia revolucionaria en China antes y después de 1949, también alude a la recepción de la ideología en lugares diferentes del globo a partir de la década de 1960. La acogida de los postulados de Mao y de la experiencia china tuvo lugar en dos momentos sucesivos. El primero remite al impacto del conflicto sino-soviético y a la construcción, en la primera mitad de la década de 1960, de pequeños colectivos «marxistas-leninistas» (m-l) un poco por todo el mundo. Todos ellos estaban alineados con la crítica china al «revisionismo» puesto en marcha por el Partido Comunista de la Unión Soviética a partir de la mitad de los cincuenta, rechazaban la estrategia de «transición pacífica al socialismo» propuesta por Moscú y delineaban un balance global positivo de la actuación de Stalin⁸. Su origen y estructura inicial fue fruto, casi siempre, de fisuras dentro de los Partidos Comunistas tradicionales o de organizaciones vinculadas a estos partidos. Todos ellos adquirieron algunas características específicas según la realidad del país y la configuración de cada partido comunista local. Si estos grupos se definían a sí mismos «marxistas-leninistas», una segunda oleada, más decididamente «maoísta», surgiría a partir de finales de la década de 1960 como consecuencia de los ecos de la Revolución Cultural y coincidiendo con el radicalismo juvenil de finales de la década de 1960 e inicios de la década de 1970.

En lo que se refiere a la primera oleada, marcada por el conflicto sino-soviético, la construcción del repertorio ideológico de los grupos tuvo una extensión variada: desde la propaganda del «marxismo-leninismo» contra el «revisionismo» soviético, hasta la definición más clara de una estrategia y de una táctica política según la realidad nacional en que se encontraba. El caso portugués es, precisamente, uno de aquellos en los que se definió con mayor claridad y extensión la crítica a la línea política del Partido Comunista local⁹.

⁸ *Long Live Leninism*, Pekín, Foreign Languages Press, 1960, y *A Proposal Concerning the General Line of the International Communist Movement*, Pekín, Foreign Languages Press, 1963.

⁹ Para una comparación del tipo de rupturas operadas en cada contexto nacional véase José PACHECO PEREIRA: *O Um Dividiu-se em Dois*, Lisboa, Alêtheia, 2008.

Fundado en 1921, el PCP (Partido Comunista Português/Partido Comunista Português) fue el principal pilar de la resistencia a la dictadura del *Estado Novo*, principalmente tras la «reorganización» operada a principios de la década de 1940 y el ascenso de la figura tutelar de Álvaro Cunhal. Sería desde dentro de ese partido de donde vendría el primer gesto de alineación con China, ejecutado por Francisco Martins Rodrigues, que, en enero de 1960, participó en la célebre fuga de Cunhal y otros dirigentes comunistas de la prisión de Peniche. Tras esto, Martins Rodrigues acabaría formando parte del Comité Central y de la comisión ejecutiva dirigida en el país por el partido. A finales de 1963 sería expulsado del PCP y poco después crearía —junto con João Pulido Valente, Rui d'Espiney y otros— el FAP (Frente de Acção Popular/Frente de Acción Popular) y el CMLP (Comité Marxista-Leninista Português/Comité Marxista-Leninista Português)¹⁰.

Es necesario tener en cuenta que, entre 1958 y 1962, floreció un importante ciclo de contestación al *Estado Novo*, marcado por el uso de la violencia política, por el recurso a golpes militares y por el surgimiento de nuevas fisuras en la integridad del Imperio. Este ciclo de crisis comenzó en 1958 con la candidatura presidencial de Humberto Delgado, un general opositor que tuvo la habilidad de unir a la oposición y de promover una fuerte adhesión popular a su proyecto. A raíz de los disturbios, el régimen —que además de la censura y de las fuertes restricciones a la oposición falsificó los resultados electorales— suprimió la elección directa del presidente de la República y más tarde articularía, con suceso, una trama para acabar con Humberto Delgado, que sería asesinado por una brigada de la PIDE (Policía Internacional de Defesa do Estado/Policía Internacional de Defensa del Estado) en Villanueva del Fresno el 13 de febrero de 1965.

Los golpes a la consistencia del régimen se acentuaron durante 1961 y 1962. El 21 de enero de 1961 se desvió el navío Santa María, en una acción que pretendía llamar la atención internacional a las dictaduras de Portugal y España. Durante el primer trimestre de 1961 surgió en Angola el primer frente de contestación armada

¹⁰ La secuencia de constitución fue «poco ortodoxa»: primero se creó el frente y después el embrión del partido. Se pretendía, de este modo, facilitar la adhesión a la estructura frentista de militantes comunistas que permaneciesen fieles al partido, pero en desacuerdo con la línea política de unidad con los sectores moderados.

contra la presencia portuguesa. En abril, el ministro de Defensa Júlio Botelho Moniz encabezó un fracasado golpe militar cuyo propósito era el de derribar a Salazar. Durante el verano, el Forte de S. João Baptista de Ajudá fue atacado por las fuerzas de Daomé y abandonado por los portugueses. En noviembre, un avión de la TAP fue desviado y lanzó millares de panfletos antirégimen en Lisboa y en el sur del país. En diciembre, militantes comunistas huyeron de la prisión, la PIDE asesinó en la calle al pintor y militante comunista José Dias Coelho y —en uno de los golpes más dolorosos para la dictadura— Goa fue invadida por la Unión Indiana, iniciándose, de esta forma, el lento desmoronar del Imperio. El 1 de enero de 1962 se hizo un intento frustrado de golpe militar en Beja y durante ese año se sucedieron varias contestaciones en los medios estudiantiles, rurales y obreros.

El análisis político de estos fenómenos llevaría a Francisco Martins Rodrigues a distanciarse del PCP. Según su perspectiva, la característica fundamental de la nueva fase de combate en el país consistía en el «aparecimiento de la lucha armada como forma de lucha que tenderá a volverse cada vez más determinante». A esto contribuyó el aparecimiento de algunas acciones ejemplares más osadas pero, sobre todo, el ciclo de luchas de liberación nacional en las colonias, auxilio precioso en la batalla contra el fascismo y que exigiría impulsar la «solidaridad actuante» con el pueblo africano insurgente¹¹.

La crítica de Francisco Martins Rodrigues al PCP se centraba en tres ejes. El primero aludía al vínculo con China y la crítica a la coexistencia pacífica propugnada por la Unión Soviética. Este elemento, aun con todo, se hacía visible sobre todo a través de otros dos puntos: la crítica a la unidad antifascista del PCP con sectores republicanos liberales y la tesis del «levantamiento nacional»¹². Ante la primera, se proponía una política de clase anclada en la

¹¹ Francisco MARTINS RODRIGUES: *Luta Pacífica e Luta Armada no nosso Movimento*, s. l., Edições do Partido, 1970 [1964], pp. 5-9.

¹² La tesis fue concretada por Cunhal en el informe *Rumo à Vitória*, de abril de 1964, y sería consagrada en el VI Congreso del PCP, que tuvo lugar el año siguiente en Kiev. Basándose en la idea de que Portugal poseía una burguesía dependiente, pero al mismo tiempo monopolista y colonialista, el PCP propuso una política de alianzas antifascistas que condujese, por vía de un levantamiento, a la «revolución democrática y nacional» protagonizada por un amplio frente social que incluiría sectores de la burguesía liberal y democrática. Véase Álvaro CUNHAL:

alianza obrero-campesina; ante la segunda, se afirmaba claramente la necesidad de la «vía armada», caracterizando al PCP como una «deturpación pacifista del leninismo». Según Martins Rodrigues, el PCP escamoteaba la importancia del combate al capitalismo y al colonialismo en detrimento de la construcción de un frente que, en último término, englobaría explotadores y explotados, colonialistas y anticolonialistas, burguesía y proletariado¹³.

A pesar de su práctica combativa, lo cierto es que el CMLP tuvo una vida breve y poco gloriosa. A finales de 1964, la dirección de este comité decidió regresar del exilio francés, donde se formó inicialmente el movimiento, y establecerse clandestinamente en Portugal. Este proceso estaría acompañado por el aumento de la hostilidad entre el PCP y el emergente sector marxista-leninista: el CMLP intentaba reclutar militantes del PCP, sobre todo a través de redes que procedían del tiempo de la militancia de sus dirigentes en ese partido. El PCP publicó en *Avante!* un artículo en el que daba el nombre de dos elementos que estarían intentado captar militantes del PCP, gesto que sería visto por el reciente ambiente m-l como una forma objetiva de denuncia a la PIDE¹⁴. En octubre de 1965, João Pulido Valente fue preso por un agente policial infiltrado en la estructura. El CMLP asesinaría al denunciante, hecho que incitó la persecución al colectivo por parte de la PIDE. A principios de 1966, Francisco Martins Rodrigues y Rui d'Espiney fueron detenidos y sólo salieron de la cárcel con el 25 de abril. El CMLP prácticamente fue desmantelado en el país, quedando tan sólo algunos núcleos incipientes formados por emigrantes en Europa, especialmente en Francia y Bélgica.

El fracaso de esta primera experiencia organizativa del maoísmo portugués fue objeto de duras críticas por parte de sus grupos seguidores. Se censuraba con frecuencia la no diferenciación ente el frente (el FAP) y el núcleo duro comunista (el CMLP); el «aventurerismo» que resultó de la interpretación de que las condiciones

«Rumo à Vitória. As Tarefas do Partido na Revolução Democrática e Nacional», en *Obras Escolhidas, III (1964-1966)*, Lisboa, Edições Avante!, 2010, pp. 1-246.

¹³ Francisco MARTINS RODRIGUES: *Luta Pacífica...*; íd.: «As nossas tarefas actuais», *Revolução Popular*, s. a.; íd.: «Luta de Classes ou “Unidade de todos os portugueses honrados?”», *Revolução Popular* (marzo de 1965), e íd.: «Os comunistas e a questão colonial», *Revolução Popular* (diciembre de 1965).

¹⁴ «Cuidado com Eles!», *Avante!* (diciembre de 1964), y Comité Marxista-Leninista Português, «Comunicado», 28 de enero de 1965.

políticas estaban maduras para el lanzamiento de acciones armadas, sin que existiera en la retaguardia una estructura organizativa sólida, y, a otro nivel, el comportamiento en la prisión de una gran parte de los dirigentes, que fueron incapaces de mantener hasta el final la difícil regla de oro de no hablar nunca cuando eran torturados¹⁵. La verdad es que el CMLP elaboró un importante patrimonio teórico que serviría como base a grupos posteriores.

La «segunda oleada» maoísta

Durante la segunda mitad de los sesenta se sucedieron varias luchas dentro del CMLP que se circunscribían a franjas muy localizadas en el exilio europeo. No obstante, a partir de 1968-1970 comenzó a esbozarse una segunda fase, concretizada en el surgimiento de una serie de nuevos grupos marxista-leninistas y maoístas. El CMLP original daría origen, en agosto de 1970, al PCP (m-l) [Partido Comunista de Portugal (marxista-leninista)]. La reconstrucción unilateral del «verdadero» partido comunista, efectuada sin ningún contacto con otras corrientes m-l existentes en ese momento, y su anuncio, hecho casi un año después de la constitución, dio lugar a una significativa hostilidad y desconfianza en el PCP (m-l). Bajo el liderazgo de Heduíno Gomes «Vilar», el grupo emprendió una intensa labor con los emigrantes, especialmente en Francia. El PCP (m-l) mantuvo relaciones diplomáticas con China y desarrolló una forma rígida de marxismo-leninismo. En el país la organización se basaba casi exclusivamente en la UEC (m-l) [União de Estudantes Comunistas (Marxistas-Leninistas)/Unión de Estudiantes Comunistas (Marxistas-Leninistas)] y a su frente en las escuelas, *Por um Ensino Popular*.

En diciembre de 1968 apareció el periódico *O Comunista*, portavoz de los núcleos homónimos que surgieron en el seno de la emigración portuguesa en Centroeuropa. Estos grupos se organizaban de manera federalista, sin centralismo democrático, y su periódico, además de textos de naturaleza política, contenía *cartoons* humorís-

¹⁵ La «cuestión del porte» —o sea, del comportamiento correcto del militante ante la detención y la tortura— fue un asunto central en la época. Véase Miguel CARDINA: «To talk or not to talk. Silence, Torture and Politics in the Portuguese Dictatorship of Estado Novo», *Oral History Review*, 40 (2) (2013), pp. 251-270.

ticos y recetas para fabricar pequeñosartilugios explosivos. A partir de 1970, los núcleos *O Comunista* comenzaron a matizar su eclecticismo ideológico e iniciaron una colaboración con *O Grito do Povo* —grupo que se estructurará en el norte del país entre 1969 y 1971— llegando a constituir, en 1973, la OCMLP (Organização Comunista Marxista-Leninista Portuguesa/Organización Comunista Marxista-Leninista Portuguesa). La organización se destacó por el apelo a la deserción y por un registro lingüístico informal, y, a veces, obsceno, que pretendía mimetizar las formas de expresión populares.

El 18 de septiembre de 1970 se fundó el MRPP (Movimento Reorganizativo do Partido do Proletariado/Movimiento Reorganizativo del Partido del Proletariado), conocido por el uso de un lenguaje triunfalista y por un activismo frenético que tenía eco particular entre la juventud estudiantil y entre algunos sectores obreros radicales. A partir de octubre de 1972, el asesinato del militante José António Ribeiro dos Santos por agentes de la DGS¹⁶ acentuó la hostilidad del MRPP con las restantes formaciones políticas situadas a la izquierda del PCP, designadas por la organización como «neorevisionistas»¹⁷. La acción del movimiento se caracterizó por un cierto ascetismo militante con reflejos en las costumbres, como cuando una relación adúltera entre dos militantes llevó a una «profiláctica» campaña interna contra «los microbios de la corrupción moral burguesa»¹⁸. Al mismo tiempo, el MRPP desarrollaba un fuerte activismo contra la guerra colonial con pintadas o inscripciones en las paredes, pródiga distribución de propaganda y promoción de manifestaciones-relámpago¹⁹.

¹⁶ Direcção-Geral de Segurança/Dirección General de Seguridad, nombre adoptado en 1969 por la PIDE con la subida al poder de Marcelo Caetano. Sobre el marcelismo como proyecto fallido véase Fernando ROSAS y Pedro AIRES OLIVEIRA: *A Transição Falhada*, Lisboa, Notícias, 2004. Sobre la PIDE/DGS véase Irene FLUNSER PIMENTEL: *A História da PIDE*, Lisboa, Círculo de Leitores, 2007. Para un testimonio sobre la tortura, Aurora RODRIGUES: *Gente Comum. Uma História na PIDE*, Castro Verde, 100 Luz, 2011.

¹⁷ MRPP, *Que Viva Estaline!* (otoño de 1972), y «Sobre uma provocação pidesca da confraria neo-revisionista», *Guarda Vermelha* (febrero de 1973).

¹⁸ MRPP, «Pensar, Agir e Viver como Revolucionários» (otoño de 1972).

¹⁹ La PSP (Policía de Segurança Pública/Policia de Seguridad Publica) realizó informes para la DGS en que reportaba la actividad de calle del MRPP. Véase Arquivo Nacional da Torre do Tombo/Polícia Internacional de Defesa do Estado/Direcção-Geral de Segurança (ANTT/PIDE/DGS), proc. 1641 CI (2), pasta 1. La PIDE/DGS tenía mucha dificultad en entender la naturaleza y composición

El mapa de las organizaciones maoístas portuguesas era aún más vasto e intrincado²⁰. En 1970 surgió la URML (Unidade Revolucionária Marxista-Leninista/Unidad Revolucionaria Marxista-Leninista), que concedía importancia a la unidad de las diferentes corrientes m-l y que mantuvo alguna actividad en fábricas de alrededor de Lisboa. A diferencia de la mayoría de los grupos de este ámbito político, la URML no abogaba por la desertión de las Fuerzas Armadas, que consideraba una «actitud individualista y oportunista», sino por un trabajo contra la guerra y el imperialismo hecho dentro del ejército²¹. El mismo año se fundarían los CCR (m-l) [Comités Comunistas Revolucionários (Marxistas-Leninistas)], con base en el corte de João Bernardo con el CMLP. Para los CCR (m-l), la principal tarea revolucionaria consistía entonces en «la lucha contra el atraso ideológico». Para llevarlo a cabo sería necesario superar la «disciplina de cuartel», común al «partido de Cunhal» —el nombre dado al PCP— y a los otros grupos «marxistas-leninistas», que transformaba los militantes en «muñecos de cera»²².

¿Del movimiento estudiantil al maoísmo?

No es fácil medir el impacto del entramado maoísta en el conjunto de oposiciones. Un modo de hacer una estimación es el de cuantificar este universo militante. A este respecto es relevante señalar que el *Estado Novo* causó un estrechamiento en la actividad política consentida —con el ejercicio de la censura, el establecimiento de prisiones políticas, la prohibición de partidos, el saneamiento en la función pública, la «demonización» de la política— que condujo a lógicas de clandestinidad o secretismo que, actualmente, complican cualquier ejercicio de contabilización de esta naturaleza. Por otro lado, este cálculo también se encuentra con la dificultad de saber a quién integrar en el conjunto. La mayor parte de estos gru-

de estos grupos. Un documento que hacía un resumen de las organizaciones marxista-leninistas resulta lleno de errores: ANTT/PIDE/DGS, proc. 12.534, CI (2), NT 7652, fl. 5-9.

²⁰ Para mayor detalle véase Miguel CARDINA: *Margem de Certa Maneira. O Maoísmo em Portugal. 1964-1974*, Lisboa, Tinta-da-China, 2011, pp. 33-153.

²¹ «A guerra colonial e a luta revolucionária no exército», *Folha Comunista*, 2, s. a.

²² «Declaração de Princípios», CCRM-L, enero de 1970.

pos establecía la diferencia entre militantes (por norma, un círculo muy estricto), simpatizantes organizados (frecuentemente activistas de organizaciones frentistas) y simpatizantes no organizados (en ocasiones tan activos como los segundos y que se entendían como miembros de la respectiva organización). Según este cálculo, la contabilidad oscilará entre círculos estrictos, donde es posible registrar desde algunas centenas de militantes hasta un apego activista a estas estructuras que envolvió a millares de jóvenes, obreros radicalizados y ciertos núcleos de emigrantes.

Fue, por tanto, entre el movimiento estudiantil donde estos nuevos grupos desarrollaron su labor política. Su inserción social y geográfica correspondía frecuentemente, en los momentos iniciales de su constitución, a circunscripciones limitadas a facultades universitarias específicas, que se acababan convirtiendo en baluarte de determinados movimientos. Así, la Facultad de Derecho de la Universidad de Lisboa fue conocida por ser un reducto del MRPP, el Instituto Superior Técnico un semillero de militantes del CCR (m-l) y la Facultad de Ciencias de Lisboa y los liceos de la capital un espacio de actuación privilegiado para la UEC (m-l), que también tenía ciertas influencias en la Universidad de Oporto. En el ambiente estudiantil de Coimbra y de Oporto eran significativos los Núcleos Sindicales, asociados a la OCMLP.

El movimiento estudiantil portugués de estos años acompañó la tendencia de radicalización de la juventud estudiantil que surgió por todo el mundo. En un contexto en el que el marcelismo intentaba sin éxito «renovar en la continuidad», la intervención estudiantil caminó hacia una politización ascendente, apuntando el alcance de sus reivindicaciones no sólo en el dominio específico de la educación, sino también en la propia naturaleza del régimen. Así, de la defensa de la autonomía asociativa, a principios de la década de 1960, se pasó a cuestionar la función de la universidad y se rechazó no sólo la dictadura, sino también el capitalismo y la guerra. Éste fue un momento en el que el movimiento estudiantil se politizó fuertemente, reflejo de la tendencia de radicalización de la juventud que se desarrolló por todo el mundo y, sobre todo, en el caso portugués, resultado de la persistencia sin fin de la guerra colonial²³. En conse-

²³ Sobre el movimiento estudiantil portugués véase Nuno CAIADO: *Movimentos estudantis em Portugal: 1945-1980*, Lisboa, IED, 1990; Gabriela LOURENÇO, Jorge COSTA y Paulo PENA: *Grandes Planos. Oposição Estudantil à Ditadura*, Lisboa, Ân-

cuencia, el porcentaje de estudiantes detenidos sufre también un aumento en la agonía del régimen. Entre 1956 y 1974, los estudiantes fueron el 12,7 por 100 de todos los presos políticos, pero en 1973 su porcentaje ascendía al 43,5 por 100 del total de detenidos²⁴.

El terreno estudiantil tuvo así un papel destacado en la fermentación de esta encorsetada ecología radical. Se impuso allí, desde los años sesenta, una hegemonía antirégimen en la cual los estudiantes podían profundizar en una serie de competencias relacionadas con la organización, la argumentación política y el conocimiento teórico de los clásicos marxistas. El fuerte arraigo en el universo estudiantil se reveló una paradoja que urgía superar. Si en este ámbito era más fácil la captación de militantes, su potencial revolucionario era entendido más como una apariencia que como una realidad en función de su origen de clase y de la falta de arraigo en el proceso productivo. Esta voluntad de «servir al pueblo» acabó por conseguir que se desarrollasen procesos de «implantación» que en el país fueron sobre todo desplegados por la OCMLP y a través de los que algunas decenas de jóvenes fueron a vivir a zonas obreras y populares, donde trabajaron e hicieron política bajo identidades falsas²⁵.

No obstante, a pesar de la influencia que tuvo el ambiente estudiantil en el surgimiento del entramado maoísta, es necesario destacar el desarrollo de dinámicas activistas que transbordaron claramente el terreno limítrofe de las escuelas. Bien porque, forjados en el ambiente estudiantil, estos grupos, por un lado, se lanzaban a un trabajo clandestino, o, por otro, realizaban un trabajo político en colectivos y cooperativas culturales; bien porque varios focos de militancia se construyeron y desarrollaron como movimientos externos al ámbito estudiantil. Ejemplo de lo que acabamos de refe-

cora, 2001, y Miguel CARDINA: «On student movements in the decay of the Estado Novo», *Portuguese Journal of Social Sciences*, 7 (3) (2008), pp. 151-164. Para una comparación entre el movimiento estudiantil portugués y español véase Alberto CARRILLO-LINARES y Miguel CARDINA: «Contra el Estado Novo y el Nuevo Estado. El movimiento estudiantil ibérico antifascista», *Hispania*, 242 (2012), pp. 639-668.

²⁴ Guya ACCORNERO: «Contentious politics and student dissent in the twilight of the Portuguese dictatorship: analysis of a protest cycle», *Democratization* (2012).

²⁵ El caso francés ha sido estudiado con detalle. Véase Marnix DRESSEN: *De l'amphi à l'établi. Les étudiants maoïstes à l'usine (1967-1989)*, París, Berlin, 2000, y Donald REID: «Établissement: working in the factory to make revolution in France», *Radical History Review*, 88 (2004), pp. 83-112.

rir es la presencia del MRPP en la zona industrial del norte de Lisboa; la acción política de diferentes organizaciones maoístas en la margen sur de Lisboa; la experiencia de la actividad sindical alternativa, que llevaría a episodios como la conquista de una dirección —la del Sindicato de Químicos— por parte de militantes m-l; la influencia de grupos como *O Comunista*/OCMLP y el PCP (m-l) en sectores populares emigrados, especialmente en Francia, o el arraigo de *O Grito do Povo*/OCMLP en zonas populares en el área de Oporto y su aparición en otros territorios en los que se realizó trabajo de «implantación».

Geografías imaginadas

A pesar de que Portugal en esa época, en comparación con otros países europeos, poseía una fuerte componente agraria, estos gestos estaban dirigidos sobre todo a ámbitos obreros. La seducción de los maoístas a los campesinos, una de las vertientes del maoísmo, tuvo poco eco en Portugal. No obstante, en las diferentes publicaciones, en las palabras de orden y en la iconografía dominante está muy presente un imaginario de carácter tercermundista²⁶. Éste se alimentaba de elementos que procedían tanto de las enseñanzas de Mao como de los ejemplos de combates abnegados y sin treguas, como los protagonizados por Guevara o Ho-Chi-Min. Si Cuba y Vietnam no plasmaban el mundo que habría de llegar —papel reservado a Albania y, sobre todo, a China—, las coordenadas éticas y políticas del nuevo radicalismo se alimentaron fuertemente de la simpatía hacia estos fenómenos. Esta seducción se inserta en lo que Michael Löwy y Robert Sayre clasificaron como «romanticismo revolucionario», o sea, el repudio a los valores so-

²⁶ Sobre el «tercermundismo» y el radicalismo en los «largos años sesenta» véase Samantha CHRISTIANSEN y Zachary SCARLETT (eds.): *The Third World in the Global 1960s*, Nueva York, Berghahn Books, 2013, y Robert GILDEA, James MARK y Niek PAS: «European Radicals and the “Third World”. Imagined Solidarities and Radical Networks, 1958-1973», *Cultural and Social History*, 8 (4) (2011), pp. 449-472. Sobre el caso portugués, Rui BEBIANO: «Contestação ao regime e tentação da luta armada», *Revista Portuguesa de História*, 37 (2005), pp. 65-104, y Miguel CARDINA: «The War Against the War. Violence and Anticolonialism in the final years of the Estado Novo», en Bryn JONES y Mike O'DONNELL (eds.): *Sixties Radicalism and Social Movement Activism*, Londres, Anthem Press, 2010, pp. 39-58.

ciales y culturales de la moderna civilización capitalista en nombre de sueños de futuro libertadores e igualitarios²⁷.

La presencia de China —y de la lucha asiática, en general— se manifestaba en la propaganda anticolonial o en los incentivos a la revolución proletaria, donde aparecían figuras con los ojos más almenstrados que los de un típico occidental. Por otro lado, la revolución cultural, con su cuestionamiento de las estructuras jerárquicas y del «intelectualismo», tuvo un impacto significativo entre estos grupos, especialmente en el activismo voluntarista del MRPP y en las estrategias de proletarianización estudiantil llevadas a cabo por la OCMLP. Algunos titulares de periódicos evocaban declaradamente la China maoísta, como es el caso de *Servir o Povo* [UEC (m-l)], *Guarda Vermelha* (Federação de Estudantes Marxistas-Leninistas/MRPP) o *Longa Marcha* [CARP (m-l)]. Una estructura cultural clandestina ligada al MRPP tuvo un órgano llamado *Yenan*, ciudad china donde culminó la Larga Marcha y que sería el centro de la China comunista entre 1935 y 1948²⁸.

La imagen de una China frugal y espartana sobrepasó las fronteras más cerradas de los adeptos declarados del maoísmo. Al referirse a un documental de Antonioni sobre el país, el periódico *Frenteira*, de la LUAR²⁹, habla del pueblo chino como de «digno y modesto», considerando que la mayor conquista de China no fue la liberación del «hambre y la miseria», sino el descubrimiento de una vía alternativa al modelo de desarrollo occidental que pasaba por una «armonía entre el hombre y la naturaleza»³⁰. António José Saraiva —un intelectual no maoísta, pero afín al radicalismo de la época— destacó la novedad que suponía la experiencia china y la distancia entre civilizaciones con respecto a la Unión Soviética y a Estados Unidos.

²⁷ Michael LÖWY y Robert SAYRE: *Revolte et Melancolie*, París, Payot, 1992, y Michael LÖWY: «The Revolutionary Romanticism of May 1968», *Thesis Eleven*, 68 (2002), pp. 95-100.

²⁸ Sobre los periódicos clandestinos de la izquierda radical véase José PACHECO PEREIRA: *As Armas de Papel*, Lisboa, Círculo de Leitores, 2013.

²⁹ Liga de Unidade e Acção Revolucionária/Liga de Unidad y Acción Revolucionaria (LUAR). Fundada en 1967, la LUAR era una organización ecléctica desde el punto de vista político que destacó por la ejecución de algunas acciones armadas, como el asalto a la delegación del Banco de Portugal, en Figueira da Foz, o el intento fallido, en 1968, de tomar la ciudad serrana de Covilhã para, a partir de ahí, propagar la resistencia armada. Sobre la LUAR, José SANTOS: *Felizmente bouve a LUAR*, Lisboa, Âncora, 2011.

³⁰ «Um filme importante. A China», *Frenteira* (octubre de 1973).

Según sus palabras, ambos hacían «una guerra económica, política y diplomática basada en las mismas armas». Saraiva citaba a China y Vietnam como ejemplo de una vía alternativa, destacando que en estos países se practicaba una vida virtuosa que encontraba en las aldeas su forma superior de organización social³¹.

Guerra a la guerra

Capaz de sobrevivir a la derrota de las potencias del Eje en la Segunda Guerra Mundial, el *Estado Novo* portugués enfrentaba desde 1961 —primero en Angola, después en Mozambique (1963) y en Guinea Bissau (1964)— a movimientos armados que luchaban abiertamente por la independencia de esos territorios. Fue necesario que pasara casi una década de conflicto armado en África para que la cuestión colonial dejase de ser tabú en el país. Así, se pueden resumir a dos las explicaciones para este hecho. En primer lugar, la sociedad portuguesa fue criada en una mística imperial que entendía las colonias como parte natural de un legado patrio que provenía del tiempo heroico de los descubrimientos. En segundo lugar, la censura creó un manto de desinformación sobre lo que sucedía en Angola, Mozambique y Guinea Bissau, ocultando los desaires militares y silenciando toda y cualquier voz que pusiera en duda el mantenimiento de la guerra³².

Finalmente, entre quienes se oponían había diferentes puntos de vista políticos y posturas tácticas distintas con respecto a la cuestión colonial. De hecho, algunos sectores republicanos liberales criticaban la dictadura, pero consideraban legítimo mantener la presencia portuguesa en África. A su vez, el PCP desde muy temprano mantuvo un discurso que oscilaba entre la retórica nacionalista, que hacía hincapié en los costes de la guerra para el país, y un «modo proletario», que destacaba la solidaridad internaciona-

³¹ «A resistência do Vietnam à América é, em grande parte, um problema cultural», *Comércio do Funchal* (19 de octubre de 1969).

³² Ese desconocimiento de las guerras coloniales no terminó con el 25 de abril —por razones complejas que tienen que ver con el hecho de que quienes hicieron el 25 de abril fueron los militares— y es notoria, por ejemplo, la falta de trabajos académicos sobre el asunto. En el ámbito historiográfico, la obra de referencia es la de dos antiguos militares, Aniceto AFONSO y Carlos MATOS: *Os Anos da Guerra Colonial*, Lisboa, QuidNovi, 2010.

lista con los pueblos de las colonias³³. Al mismo tiempo, el partido se mostraba cauteloso en introducir el tema de la guerra en estructuras frentistas o en los espacios políticos que el régimen, en determinados momentos, toleraba.

En realidad, cuando estallaron las guerras coloniales el PCP era el único grupo que reconocía el derecho a la autodeterminación y la independencia de las colonias. Durante su V Congreso en 1957, el PCP reemplazó su postura anterior, basada en la creación de sectores locales del partido en las colonias, por otra que consistía en estimular a partidos, con base y dirección fundamentalmente indígena, destinados a luchar por la independencia. No obstante, el asunto, que sería el centro de las polémicas de colectivos de izquierda, era fruto de la posición a adoptar por parte de aquellos que eran llamados al combate. A pesar de afirmar que no se oponía genéricamente a las deserciones, sobre todo si eran colectivas, el PCP estimulaba a sus miembros a rechazarlas. Para el partido era necesario ir tan lejos como fuese posible, incluso hasta los campos de batalla, para aclarar las dudas de los otros soldados y organizar el rechazo al combate³⁴.

Por lo que se refiere a la incipiente extrema izquierda, en el editorial del primer número de *Revolução Popular*, órgano del CMLP, se aseguraba que el comienzo de las guerras de liberación de los pueblos coloniales había creado las «condiciones objetivas» para que floreciese la insurrección en Portugal. Así, en nombre de la «revolución democrático-popular», necesariamente armada y basada en la alianza obrero-campesina, se debía articular la lucha de los revolucionarios portugueses con la lucha de los movimientos independentistas. Simultáneamente, se operaba un desplazamiento que reprimía las marcas nocivas del régimen de Salazar para destacar la preponderancia estructural del colonialismo, que los propios republicanos habían mantenido intocable, y del capitalismo, base efectiva de la explotación colonial. Combatir el «chauvinismo imperialista» que se había incrustado en las masas obreras se volvía esencial, tal como esencial era desenmascarar todas las camadas de la burguesía como enemigas del movimiento libertador de las colo-

³³ José NEVES: *Comunismo e Nacionalismo em Portugal*, Lisboa, Tinta-da-China, 2008, e íd.: «The Role of Portugal on the Stage of Imperialism: Communism, Nationalism and Colonialism (1930-1960)», *Nationalities Papers*, 37 (4) (2009), pp. 485-499.

³⁴ «Os jovens comunistas e a guerra colonial», *O Militante* (agosto de 1966).

nias. De este modo se criticaba la «revolución democrática y nacional» del PCP, por asentarse en una base social amplia, obtenida a través de la «unidad de todos los portugueses honrados», que equivalía, en el fondo, a la fabricación de un «movimiento anticolonialista común al proletariado y a la burguesía»³⁵.

No obstante, a finales de la década de 1960 todavía era residual y difícil abordar la crítica a la guerra colonial. Contrastando con la actitud pactante de la mayor parte de la jerarquía, algunos sectores católicos desarrollaron una acción con carácter pacifista, esencialmente caracterizada por la tentativa de romper la censura e informar sobre la guerra. De cualquier modo, hasta finales de los años sesenta la contestación al conflicto se circunscribía a algunos círculos de reflexión crítica. Eso es lo que explica el hecho de que la primera manifestación pública contra la guerra, en febrero de 1968, fuese una manifestación contra la acción norteamericana en Vietnam. Esta manifestación fue convocada por la EDE (Esquerda Democrática Estudantil/Izquierda Democrática Estudiantil), grupo que algo más tarde estaría en el origen del MRPP. El gesto demuestra la importancia de Vietnam como símbolo del combate internacionalista contra el imperialismo, pero demuestra también cómo en Portugal la crítica a la guerra todavía se hacía por analogía, incluso en sectores de izquierda radical. Rápidamente, el emergente radicalismo situaría la guerra colonial en el tope de la agenda reivindicativa.

A principios de los años setenta aumentó el número de jóvenes portugueses en otros países de Europa, a los que llegaron muchas veces en situación de gran precariedad y que contaron frecuentemente con el apoyo de estructuras cívicas y religiosas, de militantes locales de izquierda o de colectivos que pretendían la condena del colonialismo, como el Angola Comité de Holanda. El PCP (m-l) y *O Comunista*/OCMLP contaban con Comités de Desertores, animados por activistas que frecuentemente acumulaban su participación en asociaciones de emigrantes y la militancia en las células partidarias. Algunas deserciones colectivas fueron particularmente divulgadas. Es el caso de la evasión, en 1970, de siete antiguos alumnos de la Academia Militar, y más tarde, en 1973, de la deserción de cinco marineros portugueses durante la parada de la fragata Almirante Magalhães Correia en puertos daneses, impulsada

³⁵ «Editorial», *Revolução Popular* (octubre de 1964), y «Os comunistas e a questão colonial», *Revolução Popular* (diciembre de 1965).

por los Comités de Desertores de Suecia y Dinamarca, ligados al O Comunista/OCMLP.

Más que una declaración de pacifismo, la desertión era vista como un rechazo moral a engrosar el lado colonialista del combate. Hayan sido o no tentados por la sombra vanguardista de la lucha armada —y algunos lo fueron, como la OCMLP, que se preparaba para coger las armas el 25 de abril—, los grupos maoístas portugueses estuvieron marcados, sin duda alguna, por un deseo de ruptura en el que la presencia de las armas era necesaria para derrocar la dictadura e instaurar una sociedad sin clases. Así, al contrario del PCP, a veces cauteloso en el abordaje explícito que hacía del tema, el emergente radicalismo m-l situó la guerra colonial en un lugar preponderante de la agenda reivindicativa. Casi todos los grupos poseían estructuras para el combate anticolonial creadas a propósito, llegando algunas de esas estructuras a ser más notorias que las propias organizaciones m-l que las soportaban. El CRML (Comité Revolucionário Marxista-Leninista/Comité Revolucionario Marxista-Leninista) se confundía con los Comités de Guerra Popular, que eran su única cara visible, resultado del modo como este grupo entendía la guerra colonial, esto es, como la «contradicción fundamental en la formación social portuguesa»³⁶. Aconsejando la desertión, si era posible, para algunos grupos con armas, se alejaban de la propuesta de ir al frente de combate, que el PCP defendía entre sus militantes. La postura adoptada ante la guerra —esto es, la elección entre desertar o mantenerse en el ejército— en numerosas ocasiones fue crucial en la preferencia por uno u otro campo político.

El rechazo a la guerra era claro: entre 1970 y 1972, el número de refractarios ascendió al 20 por 100³⁷. Excepto Israel, Portugal era el país en el que había más hombres alzados en armas que en cualquier otro país occidental. La movilización fue equivalente a si Estados Unidos hubiese llevado 2,5 millones de hombres a Vietnam en lugar de los cerca de 500.000 que llevó³⁸. Estos jóvenes, que huían de la guerra y de la pobreza, provocaron una verdadera sangría social en el país: entre 1958 y 1974 emigraron a Francia

³⁶ «Editorial», *Guerra Popular* (junio de 1972).

³⁷ *Resenha Histórico-Militar das Campanhas de África (1961-1974)*, vol. 1, Lisboa, Estado-Maior do Exército, 1998, p. 258.

³⁸ Álvaro FERNANDES: «Uma Guerra de baixa intensidade e longa duração», *História*, 51 (2002), pp. 48-53.

900.000 portugueses, un décimo de la población. Además, más de la mitad de la emigración fue clandestina³⁹.

La sombra política del PCP

Otro factor que definió la identidad de este ámbito político —y la diferencia en su interior— reside en la actitud ante el espacio ideológico del PCP. Entre 1964 y 1965, en el momento de la definición de la FAP y del CMLP, se ensayaron intentos de aproximación a focos militantes del PCP. Estas señales pretendían crear una línea divisoria entre una estrategia considerada «revisionista» y «reformista» —que supuestamente sometía el proyecto comunista a una lógica de alianza liberal con los sectores republicanos— y los militantes del PCP, que podrían llegar a adoptar una alternativa política más combativa y clasista en el caso de que se les presentase. El hecho de que los principales dinamizadores del CMLP fuesen antiguos miembros del PCP explica, en buena medida, la tentativa —y la posibilidad, al menos teórica— de disputar el terreno en el que se encontraba enraizado ese partido.

Las organizaciones que surgieron posteriormente, en la segunda oleada maoísta, presentaban ya un mayor distanciamiento del PCP. El MRPP llegaría a destacarse por la convicción de que nunca existió en Portugal un Partido Comunista digno de ese nombre, lo que determinaba la tarea de crear en la lucha un partido comunista que nunca existió. En un sentido diferente, grupos como el PCP (m-l) hablaban de la necesidad de captar «comunistas ya hechos», en un intento de alianza con el universo del PCP que fue llevado al paroxismo con la designación de «V Congreso» en el momento de fundación del PCP (m-l) en 1970⁴⁰. En realidad, la base militante del PCP fue poco permeable al asedio m-l. Además, estas organiza-

³⁹ Eduardo DE FREITAS: «O fenómeno emigratório: a diáspora europeia», en António REIS (dir.): *Portugal Contemporâneo (1958-1974)*, Lisboa, Alfa, 1989, pp. 191-200, p. 194.

⁴⁰ La designación de «V Congreso» resultaba del V Congreso del PCP que se realizó en 1957, tras la supuesta capitulación del partido. En el manifiesto adoptado en ese momento, el grupo se posicionaba en línea directa con el PCP, partido que contaba entre sus filas con «los más devotos hijos de la clase obrera» antes que se transformara, desde 1956, en un «enemigo de la revolución» y «lacayos del capitalismo». Véase PCP (m-l), *Viva el Partido Comunista!*, 1970.

ciones eran lideradas cada vez más por militantes que no tuvieron una socialización política en instancias del PCP o que apenas habían pasado por estructuras estudiantiles del partido.

Esto no significa que el PCP no sintiese que ese ambiente militante fuese una amenaza para mantener su hegemonía en la oposición. Esto es lo que explica la edición del libro *O Radicalismo Pequeno-Burguês de Fachada Socialista*, escrito por Álvaro Cunhal a finales de 1970 y que replicaba el gesto de Lenin contra la «enfermedad infantil del comunismo». El secretario general del PCP realiza un fuerte ataque contra las corrientes políticas a su izquierda, caracterizadas por sus constantes «dudas, contradicciones, confusión, giros bruscos a la derecha y a la izquierda, manifestaciones de impaciencia y desesperación». Con un tono sarcástico, Cunhal utiliza un vocabulario duro y procesos argumentativos destinados a amalgamar a grupos muy distintos —incluyendo los diferentes colectivos de matriz maoísta—; grupos que, en lo esencial, eran un espejo de la «inestabilidad ideológica, la versatilidad y la falta de pensamiento político sólido y coherente de la pequeña burguesía»⁴¹.

Por otro lado, serían los jóvenes radicales a la izquierda del PCP los que intentarían, en gran medida, domar en estos años la historia del movimiento obrero en Portugal y del origen del Partido Comunista. Una de las primeras reseñas históricas sobre el PCP fue redactada a finales de la década de 1960 por Francisco Martins Rodrigues y circulaba como manual de estudio en las cárceles entre los presos maoístas⁴². Muchos militantes en grupos «marxistas-leninistas» o en otras filiaciones radicales despertarán, en esta altura, al estudio de la introducción del marxismo en el país y a la historia del PCP y del movimiento obrero portugués, buscando los hilos históricos de una combatividad que se consideraba perdida y que, en buena medida, todavía estaba por conocer⁴³.

⁴¹ Álvaro CUNHAL: *O Radicalismo Pequeno-Burguês de Fachada Socialista*, 3.ª ed., Lisboa, Avante!, 1974, pp. 11-18.

⁴² Francisco MARTINS RODRIGUES: *Pequena História do PCP e do Movimento Operário*, Lisboa, Cadernos Política Operária, 2008.

⁴³ José PACHECO PEREIRA: *As lutas operárias contra a carestia de vida em Portugal*, Porto, Portucalense, 1971; César DE OLIVEIRA: *O Socialismo em Portugal, 1850-1900*, Porto, Afrontamento, 1973; Alfredo MARGARIDO: *A introdução do marxismo em Portugal. 1850-1930*, Lisboa, Guimarães, 1975; Jacinto RODRIGUES: *Perspectivas sobre a Comuna e a 1.ª Internacional em Portugal*, Lisboa, Slemes, 1976, y Ramiro

La hostilidad entre comunistas y maoístas llegaría hasta las cárceles. En Peniche, donde se encontraban los presos ya condenados, los prisioneros de la extrema izquierda se alejaron progresivamente de los presos del PCP hasta que, alrededor de 1970, prácticamente cesaron los contactos físicos, la adopción de estrategias comunes de lucha e, incluso, las conmemoraciones conjuntas. Los presos del PCP festejaban la instauración de la República, el 5 de octubre [de 1910], y la restauración de la Independencia, el 1 de diciembre [de 1640]. A su vez, los marxista-leninistas, entre otras fechas, conmemoraban el aniversario de la Revolución China, de la Revolución de Octubre, el inicio de la lucha armada en Angola, el centenario del nacimiento de Lenin y, además, prestaron homenaje a Ho Chi Min el día de su muerte⁴⁴. Desde las prisiones también podemos formar un retrato de la presencia del maoísmo en Portugal en esa época: a la altura del 25 de abril el número de presos maoístas se aproximaba al número de presos del PCP⁴⁵. Situación que también se verifica en España, como se puede comprobar en el estudio de Horacio Roldán⁴⁶.

DA COSTA: *Elementos para a História do Movimento Operário em Portugal*, 2 vols., Lisboa, Assírio e Alvim, 1979.

⁴⁴ Grupo de Base «A Vanguarda» do Comité Marxista-Leninista Português, *As lutas dos revolucionários portugueses no interior das prisões*, s. a.

⁴⁵ Entre la institucionalización del Estado Novo en 1933 y el 25 de abril de 1974, la PVDE/PIDE/DGS realizó más de 30.000 detenciones. Los periodos de mayor incidencia represiva coinciden con los años de la Guerra Civil española (1933-1939) y las crisis del salazarismo entre 1945-1959 y 1958-1962. Véanse Irene FLUNSER PIMENTEL: *A História da PIDE...*, pp. 417-429, y Fernando ROSAS: *Salazar e o Poder*, Lisboa, Tinta-da-China, 2012, pp. 202-210. En las prisiones de Caxias y Peniche, algunos datos existentes apuntan un número creciente de presos ligados a grupos maoístas, de lucha armada o anticolonial a partir de mediados de los sesenta y en crecimiento a partir de 1970. Este año, en Peniche, de un total de cuarenta y siete detenidos, veintidós estaban condenados por pertenecer a grupos de extrema izquierda. Véase Grupo de Base A Vanguarda do Comité Marxista-Leninista Português: «As lutas dos revolucionários portugueses no interior das prisões», s. a.

⁴⁶ Roldán estudia el maoísmo a partir de las sentencias del Tribunal de Orden Público. El conjunto de los maoístas —más fuertemente los miembros del PCE (m-l) y FRAP— es uno de los que sufre más penas (391 sentencias). Véase Horacio ROLDÁN: *El maoísmo en España y el Tribunal de Orden Público (1964-1976)*, Córdoba, Universidad de Córdoba, 2010. Para una comparación entre la izquierda radical en Portugal y España, Josepa CUCÓ I GINER: «La izquierda de la izquierda. Un estudio de antropología política en España y Portugal», *Papeles del CEIC*, 27 (2007).

¿Un maoísmo portugués?

Marcada por influencias ideológicas genéricamente comunes, la verdad es que ésta fue un área política plural. Desde el principio los términos «marxista-leninista» y «maoísta», utilizados a veces como sinónimos, pueden referirse a oleadas distintas del movimiento. De hecho, si la primera fase del maoísmo —históricamente coincidente en Portugal con la experiencia de la FAP/CMLP— fue autocaracterizada como marxista-leninista, a partir de 1970 comenzaron a surgir las expresiones «marxismo-leninismo-maoísmo» y «maoísmo» o «pensamiento Mao Tsé Tung». Sin ser el único, el MRPP fue el grupo que más se distinguió por el uso de «maoísmo» como rótulo autocaracterizador. Aun siendo ambas expresiones a favor de China, evocaban dos contextos diferentes: la China del conflicto sino-soviético, en el primer caso, y la China de la Revolución Cultural, en el segundo caso.

Tal como ya fue referido, también se puede trazar una línea divisoria entre los grupos que consideraban que el PCP había sufrido un proceso de degeneración, por lo que se pretendía «reconstruir el partido», y el MRPP, que a partir de 1972 deja clara su afirmación de que nunca existió en Portugal un partido verdaderamente comunista. Otra opción posible es la de dividir el movimiento en una vertiente más «burocrática» y otra más «espontaneísta». La primera opción daba relevancia a la organización, los cuidados conspirativos y la formación política de los «revolucionarios profesionales», típica del PCP (m-l); la segunda, muy notoria en el MRPP y en la OCMLP, buscaba concretizar una línea de masas y enfatizaba la idea de «construcción del partido en la lucha». Se podría establecer otra distinción entre un maoísmo que, desde el ansia de identificación con «las masas», observaba con reverencia la «moral proletaria», y un maoísmo más cercano al carácter filo libertario de la época.

Estas divisiones se insertan, en cierto modo, en la separación que Belden Fields hace, teniendo como referencia el caso francés, entre un «maoísmo jerárquico», estructurado en torno a nociones como la organización, jerarquía y el liderazgo, y un «maoísmo anti-jerárquico», impulsado por cuestiones como la naturaleza de la opresión y por la búsqueda de formas de organización fluidas y

combativas⁴⁷. En estos casos, lo que vale para los colectivos, vale para los individuos: en las mismas organizaciones o en el cuerpo de los mismos sujetos, el imaginario de la rebelión como fiesta se debatió contra el puritanismo y la contención cotidiana en nombre de la abnegación política; la búsqueda de lenguajes estéticos fuera del neorealismo convivió con el entendimiento del arte como elemento de la lucha de clases; la defensa de prácticas más informales y participativas de decisión política chocó con el dirigismo y el control organizativo.

El 25 de abril de 1974, cuando un golpe militar dirigido por mandos intermedios del ejército, cansados de la guerra continua en tres frentes de combate, puso fin a la dictadura más antigua de Europa, la salida inmediata de la población a las calles probó la existencia de otros frentes en disconformidad con el régimen. Sin ser la única, la acción y la retórica iniciadas por el conjunto de grupos y organizaciones de carácter maoísta fue, por ventura, la más ruidosa, excediendo claramente los círculos restrictos de la militancia y promoviendo una politización extrema de algunas franjas sociales. Es necesario tener en cuenta el margen político que el maoísmo portugués, como forma específica de radicalismo, comenzó a ocupar durante la dictadura para entender algunas dinámicas, protagonismos y activismos patentes en el agitado periodo revolucionario que tendría lugar entre 1974 y 1975.

⁴⁷ Belden FIELDS: *Trotskyism and Maoism*, Nueva York, Autonomedia, 1988. Marnix Dressen divide las organizaciones en «lenino-maoístas» (como la Union des Jeunesses Communistes Marxistes-Leninistes y el Parti Communiste Marxiste-Leniniste de France) y «anarco-maoístas» (caso de la Gauche Prolétarienne y Vive la Révolution!). Véase Marnix DRESSEN: *De l'amphi à l'établi...* El carácter filo-libertario del maoísmo no se plasmó solo en Francia. En Italia, por ejemplo, fue el caso de Avanguardia Operaia. Véase Roberto NICCOLAI: *Quando la Cina era vicina*, Pisa, BFS, 1998.

La extrema izquierda en Francia e Italia. Los diferentes devenires de una misma causa revolucionaria

Isabelle Sommer

Université Panthéon-Sorbonne

Resumen: Después de haber exaltado la violencia de masas en las revueltas de 1968, en los años siguientes en Francia e Italia muchos grupos políticos de extrema izquierda se sintieron tentados por la opción armada para acelerar el proceso revolucionario que ansiaban. Francia escapó a los «años de plomo», que en Italia se cobraron hasta finales de los años ochenta cerca de 2.000 heridos y 380 muertos, entre los cuales 128 fueron víctimas de la extrema izquierda. Sin embargo, en ambos países se había construido a finales de los años sesenta una misma causa revolucionaria que legitimaba el recurso a la violencia, incluso armada. Las condiciones estructurales del recurso a la misma eran, no obstante, ampliamente diferentes.

Palabras clave: lucha armada, Francia, Italia, 1968, años de plomo.

Abstract: In France and Italy, having exalted mass violence in occasion of the 1968's riots, in the following years many radical left groups were tempted by the option of the armed struggle, in order to accelerate the revolutionary process that they wished. France avoided the «lead years», which in Italy provoked around 2000 wounded and 380 dead people (128 victims of the radical left) until the end of the 1980s. Nevertheless, in the late 1960s, in both countries it was emerging a same revolutionary cause that legitimated the armed struggle: however, the structural conditions that allowed the use of the violence were widely different.

Keywords: armed struggle, France, Italy, 1968, lead years.

Una vez que las revueltas de finales de los sesenta habían sido sofocadas, en Francia e Italia los grupos políticos de extrema izquierda experimentaron auténtico vértigo ante el porvenir. Ninguno de ellos procedía directamente de los acontecimientos de 1968. Si los principales grupos italianos habían aparecido formalmente durante el *bienio rojo*, sus orígenes se remontaban a la experiencia anterior del obrerismo que había germinado en el seno del Partido Comunista Italiano (PCI). En Francia habían nacido ya unos años antes, especialmente a raíz de la crisis de la Union de Étudiants Communistes (UEC), la organización de las juventudes del Parti Communiste Français (PCF). Algunos de ellos, como, por ejemplo, la maoísta Union des Jeunesses Communistes Marxistes-Léninistes (UJCML), incluso se habían negado a participar en los acontecimientos de mayo a nivel oficial, al considerarlos como una rebelión «pequeño burguesa», aunque sus militantes a menudo habían desatendido esta consigna de boicot. Esta postura acabó siendo nefasta para la UJCML que, después de un verano de críticas y autocríticas, se disolvió dando lugar al nacimiento de dos grupos hermanos-enemigos: Gauche Prolétarienne (GP) y Vive La Révolution! (VLR). De todas formas, en aquellas protestas la extrema izquierda vio la confirmación de que era la hora de la revolución, de que el 68 había sido un preludio, un «ensayo general» como decían los trotskistas: las vanguardias, consecuentemente, asumieron la tarea de superar el nivel del simple ensayo y mostrar el camino.

Después de haber exaltado la violencia de masas, algunos de ellos se sintieron tentados por la aventura de las armas para acelerar el proceso revolucionario que ambicionaban. Francia lograba escapar de los años de plomo (Action Directe, extremadamente minoritaria, no provenía realmente del 68 y aparecía diez años después)¹, ya que la organización más dispuesta a comprometerse, Gauche Prolétarienne, se autodisolvía en 1974. Frente a ello, al final de los ochenta los «años de plomo» italianos se habían cobrado 2.000 heridos y 380 muertos, de entre los cuales 128 fueron víctimas de la extrema derecha. E inmediatamente después de la ofensiva antiterrorista, Italia se encontró con 4.087 activistas de izquierda pertenecientes a «asociaciones subversivas» o «bandas armadas» condenados por «hechos ligados a tentativas de subversión del orden

¹ Sobre la compleja filiación de este grupo tras el 68 véase Isabelle SOMMIER: *La violencia revolucionaria*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2009.

constitucional». Asimismo, 20.000 personas habían sido inculpadas y el Ministerio de Interior estimaba los simpatizantes de los movimientos subversivos en torno a las 100.000. Se trataba de un hecho único en Europa, tanto por la envergadura como por la intensidad de la rebelión armada.

Este diferente devenir resulta doblemente intrigante. Por un lado, porque en ambos países se consolidó a finales de los años sesenta un movimiento revolucionario que legitimaba el recurso a la violencia, incluso armada, y que se preparó para ello, como veremos a continuación. Por otra parte, hasta mediados de los años setenta el repertorio de grupos de extrema izquierda fue muy similar en los dos. Dicho de otro modo, resulta imposible distinguir los grupos extraparlamentarios de aquellos que posteriormente serían calificados como terroristas: enfrentamientos callejeros, «antifascismo militante», «propaganda por el hecho» a través de acciones punitivas contra los responsables o directivos en las fábricas (destrucción de automóviles, amenazas o represalias como echar cola o pintura en el cabello, exposición pública con un cartel deshonoroso colgando del cuello, etc.) y finalmente, aunque en menor medida, «reapropiaciones» de bienes «robados» por el capitalismo. A primera vista, se podría llegar a considerar que el riesgo de una escalada de violencia era mayor en Francia. En lo que respecta a la GP, por el uso de explosivos, lo que los grupos de extrema izquierda italianos no hicieron (por ejemplo, la bomba arrojada contra el diario de extrema derecha *Minute* el 13-14 de mayo de 1971), y por protagonizar con anterioridad el primer secuestro político, el del diputado Michel de Grailly, dos días antes del juicio contra Alain Geismar ante la Corte de Seguridad del Estado en noviembre de 1970. La Ligue Communiste Révolutionnaire (LCR)², por su parte, organizará en dos ocasiones (en 1971 y en 1973) una violencia planificada para oponerse militarmente al grupo de extrema derecha *Ordre Nouveau*, lo que la llevará a ser disuelta por decreto.

La historiografía dominante sobre la cuestión no ayuda a resolver este enigma al hallarse inscrita en la tradición de un relato extraacadémico que contrapone los «formidables» años sesenta a los sombríos años de plomo, y, en consecuencia, los grupos extrapar-

² Esta organización trotskista ha cambiado de nombre en varias ocasiones, pero conservaremos esta denominación para no confundir al lector.

lamentarios, pero legales, por un lado³, a los terroristas, por otro⁴. Es por ello que son escasos los estudios que abordan el periodo en su totalidad, quedando con ello el «fenómeno terrorista» en la sombra, o apareciendo como surgido brutalmente de la nada. Hubo que esperar en Italia hasta finales de los años ochenta para que una antigua militante de Lotta Continua (LC), especialista en historia oral, afrontara por vez primera la cuestión de la continuidad entre ambas secuencias⁵. La miseria de la historiografía francesa sobre el 68 es todavía mayor, ya que únicamente disponíamos, hasta la última conmemoración de 2008, de memorias apologeticas de los actores de la época y de ningún trabajo sobre la organización clandestina Action Directe⁶. Es ésta la razón por la cual desde los noventa hemos ido articulando un análisis que considere el ciclo en su totalidad, por un lado, y, por otro, plantee un cambio de problemática, ya que en vez de preguntarnos por qué los militantes escogieron la vía armada, nos hemos centrado, siguiendo la línea de Howard Becker, en aquellos que, aun estando dispuestos y preparados para ello, no dieron el paso⁷. Comprender cómo una misma causa re-

³ Para el caso francés: VLR, GP y LCR. Para Italia: Lotta Continua (LC), Potere Operaio (PotOp) y Autonomia Operaia (AutOp).

⁴ Aquí abordaremos tres grupos: los Gruppi di Azione Partigiani (GAP), las Brigate Rosse (BR) y Prima Linea (PL).

⁵ Luisa PASSERINI: *Autoritratto di gruppo*, Florencia, Giunti, 1988.

⁶ Para un repaso de la literatura crítica con esta historiografía véase Isabelle SOMMIER: «Les années 68 entre l'oubli et l'étreinte des années de plomb», *Politix*, 30 (1995), pp. 168-177, e íd.: «Mai 68: sous les pavés d'une page officielle», *Sociétés contemporaines*, 20 (diciembre de 1994), pp. 63-79.

⁷ Véase Isabelle SOMMIER: *La forclusion de la violence politique: ouvriers/intellectuels en France et en Italie depuis 1968*, tesis doctoral, Université Paris 1 Panthéon-Sorbonne, 1993. Esta investigación está basada, para el apartado de la extrema izquierda, por un lado, en cincuenta entrevistas no dirigidas a antiguos militantes analizados en base al modelo de la etnobiografía, y por el otro, en documentos de las propias organizaciones (documentos internos, revistas y prensa) consultados en archivos privados y públicos (para Francia en la BDIC, para Italia en la Calusca di Primo Moroni, el Gruppo di Via dei Volsci en Roma, el Centro Piero Gobetti de Turin, el Istituto Nazionale per la Storia della Resistenza y el Istituto Romano per la Storia d'Italia). La confrontación de los documentos de la época con los testimonios orales de los actores varias décadas después de los hechos supone un desafío para el investigador. En primer lugar, aquel de la distancia entre las intenciones declaradas por un colectivo y la disposición individual a actuar. En segundo lugar, la del trabajo de reconstrucción llevado a cabo por la memoria. Este problema clásico de la historia oral, la distancia entre memoria viva y memoria oficial, quedó integrado en el análisis para medir el proceso de exclusión de la violencia en democracia. Acerca

volucionaria produce efectos tan diversos requiere evidentemente un modelo multicausal que integre tres escalas de análisis: la microsociológica, del individuo candidato a recurrir a la violencia; la mesosociológica, de las organizaciones, y, finalmente, la macrosociológica, de las condiciones estructurales que inhibieron o favorecieron el recurso a la violencia, que prevalecerá en la segunda parte del presente artículo⁸. Desarrollaremos para ello dos grupos de hipótesis que integrarán a la organización candidata a la violencia en su entorno y dentro de una «carrera» de la que depende: 1) la asociación de la lucha política a una confrontación militar a través del examen de las representaciones del Estado y de las perspectivas de cambio político por vías pacíficas, y 2) la relación establecida con el sujeto revolucionario de referencia, la clase obrera.

Discursos de guerra comunes y banales

Desde finales de los años sesenta encontramos un mismo discurso de guerra en los dos países, como así lo atestiguan, por ejemplo, los lemas del periódico maoísta de la GP *La Cause du Peuple*: «¡Tenemos razón al secuestrar a los jefes!» (octubre de 1969), «¡Si no golpeas al patrón, nada cambia!» (febrero de 1970), «Condenados por crímenes antipopulares, nos corresponde a nosotros el ejecutar la sentencia» o «Por un ojo, los dos». Igualmente en Italia, la agresividad de los eslóganes fue en aumento: «Fascistas y burgueses haced las maletas, el nuevo 68 será calibre 38», «Todo fascista como Favela con un cuchillo en el estomago», «Si ves una silueta negra, dispara a matar: o es un carabinero, o un fascista» o «Haremos más rojas nuestras banderas con la sangre de los camis negros». Todas las organizaciones estuvieron de acuerdo en lo que se refiere a la legitimidad del recurso a la violencia. Sí se diferenciaron, sin embargo, en cuanto a sus modalidades prácticas.

de estas cuestiones véase Marie-Claire LAVABRE: *Le fil rouge, sociologie de la mémoire communiste*, París, Presses de Sciences Po, 1994; Luisa PASSERINI: *Autoritratto...*, y Michaël POLLACK: *Une identité blessée*, París, Métailié, 1993.

⁸ Isabelle SOMMIER: «Sortir de la violence. Les processus de démobilisation des militants d'extrême gauche», en Ivan CAREL, Robert COMEAU y Jean-Philippe WARREN (eds.): *Violences politiques. Europe et Amériques 1960-1979*, Montreal, Lux éditeur, 2013, pp. 265-282.

La legitimación del recurso a la violencia

La legitimación abstracta de la violencia fue común a todos los grupos, independientemente de cuál sea su práctica efectiva de la violencia (de masas, de vanguardia, clandestina). Los testimonios orales apuntan en la misma dirección, se trate de dirigentes políticos o de militantes ordinarios:

«Desde el punto de vista ético, ningún militante de alguna de estas organizaciones rechazaba la idea de que algunos de ellos tendrían que tomar las armas. Si después de diez años dicen lo contrario, en mi opinión mienten. El uso de la fuerza se consideraba absolutamente legítimo. Si no se hacía uso de las mismas era por razones tácticas. Desde el punto de vista ético no representaba ningún problema» (Sergio Bologna, PotOp, entrevista del 22 de febrero de 1993, Milán).

«Nunca hubo ningún debate moral, nadie dijo “no quiero salir, no quiero morir”. No tenía sentido, porque todos sabíamos que estábamos allí porque queríamos emprender la lucha armada, pensábamos que era necesario llevar a cabo realmente la revolución [...] Teníamos la impresión de que no se podía bajar del tren hasta que hubiera llegado al final de la línea, a la última estación» (Roberto, PotOp, después LC, entrevista del 20 de febrero de 1993, Milán).

De hecho, todos ellos estaban convencidos de que atravesaban un periodo revolucionario y, por ello, de que la violencia estaba a la orden del día, con inmediatez o dentro de un futuro no muy lejano. Esto parecía tan evidente que apenas existen documentos donde se tratara de justificar explícitamente el recurso a dicha violencia. Encontramos, entre líneas, dos registros de legitimación al respecto. El primero, que calificaremos de materialista, consideraba simplemente que la violencia se inscribía dentro de las leyes de la historia y en continuidad con el movimiento revolucionario del cual estas organizaciones se decían herederas⁹. La violencia era, así, necesaria,

⁹ Esta «obsesión histórica» ha sido estudiada por el historiador Philippe Buton a través de la prensa maoísta de Italia, Francia, Portugal y Alemania Occidental desde 1966 hasta 1975. El autor, en los primeros dos casos, ha notado una doble cesura después de 1968, con un aumento de las referencias a la Resistencia de la Segunda Guerra Mundial y una celebración de la lucha armada que se hace sistemática. Véase Philippe BUTON: «Inventing a Memory on the Extreme Left: The

obligatoria, venía impuesta por el enemigo, que no se dejaría derrotar sin reaccionar. El deber histórico de la violencia descansaba sobre la idea marxista de la violencia como «comadrona de la historia» y de sus epígonos. «La revolución no es una cena de gala», «el poder se consigue a golpe de fusil», recordaba el periódico *Lotta Continua* el 18 de abril de 1970. El principio era simple y no requería de más explicaciones:

«Al nivel al que ha llegado la lucha en Italia, todo discurso “justificacionista” sobre la violencia resulta hipócrita, por no decir inútil. Eso se lo dejamos con mucho gusto a los parlamentarios del Manifiesto. A nosotros nos importa reafirmar que sin una teoría y una práctica de la violencia el movimiento revolucionario no logrará jamás proveerse de una estrategia para abatir el dominio del capital e instaurar el poder de los trabajadores»¹⁰.

«Si la guerra civil no es más que una forma agudizada de lucha de clases, es evidente que las leyes de la primera, las leyes de la guerra, se aplican a la segunda, y en particular las leyes de la guerra de partisanos que creen que la mejor defensa reside en un buen ataque»¹¹.

Dentro de un sistema fundado sobre la violencia y que, según las convicciones de la época, no se dejaría doblegar sin resistir, concebir una lucha dentro del estricto cuadro de la legalidad resultaba una ilusión, o incluso una típica operación contrarrevolucionaria de los «revisionistas» (entiéndase, los partidos comunistas oficiales).

El otro registro de legitimación, el «idealista», se dirigía a la subjetividad del revolucionario para hacer de la violencia un instrumento de liberación tanto individual como colectiva. Podemos percibir aquí la influencia anarquista, pero también aquella de las luchas de liberación del Tercer Mundo de la época, en particular de Vietnam, que, para los militantes de izquierdas, eran ejemplos del deber ético de la violencia, ya que la «violencia justa» de los pueblos oprimidos les permitía recuperar su dignidad, pero también

Example of the Maoists after 1968», en Julian JACKSON, Anna-Louise MILNE y James S. W. WILLIAMS (eds.): *May 68. Rethinking France's Last Revolution*, Nueva York, Palgrave, 2011, pp. 58-75.

¹⁰ «Sulla violenza», dentro del documento titulado *Contro la scuola, documento nazionale sugli studenti medi*, s. f. (finales de 1971-principios de 1972), p. 24, Archivio dell'Istituto Romano per la Storia d'Italia, fondo Socrate, cart. 1.

¹¹ Ligue Communiste, *Autodéfense ouvrière*, 14, pp. 19-20.

vencer, incluso frente a un enemigo considerado invencible. A sus ojos hacía falta, como había dicho Sartre, «resucitar la violencia revolucionaria a través de acciones puntuales y eficaces»¹². La convicción de ciertos militantes de que su violencia iba a despertar aquella del sujeto revolucionario por excelencia que era la clase obrera y pondría fin, definitivamente, a la violencia inherente a la explotación capitalista, recuerda el mito de la regeneración a través del sacrificio estudiado por René Girard¹³. Ésta podía verse acompañada de una visión escatológica, como en el caso de Toni Negri, para quien «sólo queda la alternativa entre una solución catastrófica y una solución revolucionaria»¹⁴. Instrumento de liberación colectiva, la violencia era también una herramienta de desalienación individual y respondía así a una imperiosa necesidad psicológica: su recurso permitía a un hombre nuevo nacer. Según Franz Fanon¹⁵, esta violencia se convertía en creadora a través de un doble sacrificio: el del oprimido y el del opresor.

Los escenarios del paso a la violencia

Todas las organizaciones compartían, así, la idea de que la violencia era necesaria desde un punto de vista histórico, justa y legítima. Diferían, sin embargo, respecto a los diversos escenarios de lucha con la burguesía que proyectaba, y, por ello, en sus estrategias violentas. En este sentido se pueden distinguir tres tipos ideales¹⁶: la «violencia defensiva», la «violencia ofensiva» y la «violencia difusa».

¹² Prólogo a Michèle MANCEAUX: *Les maos en France*, París, Gallimard, 1972, p. 8.

¹³ René GIRARD: *La violence et le sacré*, París, Grasset, 1972.

¹⁴ Toni NEGRI: *La classe ouvrière contre l'Etat*, París, Galilée, 1978, p. 292.

¹⁵ Franz FANON: *Les damnés de la terre*, París, Maspero, 1961.

¹⁶ Elaborados a partir del modelo de tipos ideales formulado por Max Weber, tienden evidentemente a inflexibilizar las características de cada uno de los grupos, entre los cuales muchos, en particular LC y las BR, toman prestados caracteres de diferentes modelos, mientras que PotOp y Autonomía sí presentan un esquema más exclusivo. A pesar de su específica retórica (resistencialista, insurreccionalista, «rebelionarios» a todos los niveles), que se debe en parte a una estrategia para distinguirse de los grupos rivales, todos, como hemos dicho, recurren a acciones comunes. La GP, por ejemplo, claramente dentro de un registro defensivo, practica tanto el «antifascismo» como los enfrentamientos callejeros, organiza sabotajes (contra los astilleros de Dunkerque, los yacimientos de hulla de Hénin-Liétard, los Grandes

El primero en hacer acto de presencia cronológicamente, el escenario de la violencia defensiva para resistir a un golpe de Estado, debía conducir a la guerra prolongada de resistencia pensada por Mao. La «reacción», bajo la forma de un golpe de Estado o, más posiblemente, de una fascistización rampante, constituirá la última respuesta del «Estado burgués» a la extensión de las luchas que le obligará a «mostrar su verdadera faz», a «reconocer su verdad, a convertirse en el futuro en este monstruo que le repugna a sí mismo: se fascistiza»¹⁷. Era el tema del «nuevo fascismo» en voga a un lado y al otro de los Alpes, aunque encontró un eco muy superior en Italia, como veremos más en detalle dentro de la segunda parte. A este «nuevo» fascismo, los maoístas franceses respondieron con la Nouvelle Résistance Populaire (NRP), «organización clandestina de autodefensa de las masas»¹⁸. En la misma línea, Lotta Continua llamó periódicamente a los resistentes históricos a «volver a sus puestos», multiplicó las campañas (con el «no al fanfascismo» contra la candidatura presidencial de Amintore Fanfani en otoño de 1971, bajo el lema «los fascistas no deben hablar» en las elecciones de 1972 y al grito de «el MSI fuera de la ley» en 1975) e hizo del antifascismo militante su especialidad. Se entendió la lucha contra el fascismo de manera muy extensa, así como el propio término «fascismo»: contra la extrema derecha, contra el despotismo en las fábricas (es decir, la jerarquía y el personal directivo) y, por último, contra el Estado. Es por ello por lo que las acciones llevadas a cabo entre 1970 y 1973 tuvieron como objetivo prioritario a la extrema derecha¹⁹. Dentro de esta óptica el editor Feltrinelli funda

Molinos de Corbeil en febrero de 1970), secuestros de patrones y acciones de represalia contra los mandos intermedios (con sus grupos especializados llamados los GOAF —grupos obreros anti-«pasma» de la GP—); acciones destinadas a la clase obrera, de tipo Robín de los Bosques, como la «campana del metro» de Boulogne-Billancourt en 1970, en la que distribuyeron 25.600 billetes robados, o el ataque contra la tienda de lujo Fauchon el 8 de mayo de 1970, y finalmente, ataques contra las fuerzas públicas: asalto contra una comisaría de policía para protestar por las expulsiones de inmigrantes (primavera de 1970), el ataque a la prisión de la Santé (enero de 1971), etc.

¹⁷ Alain GEISMAR, Serge JULY y Eryn MORANE: *Vers la guerre civile*, París, Editions et Publications Premières, 1969, p. 153.

¹⁸ Entrevista a la NRP en *La Cause du Peuple* (1 de agosto de 1971).

¹⁹ Por ejemplo, en 1970, la primera «picota proletaria» contra dos sindicalistas de la CISNAL (30 de julio), una semana después su intento de golpe de Estado, y el incendio de la oficina del príncipe Giulio Borghese (13 de diciembre de

en 1969 el primer grupo armado, los GAP, sobre un doble modelo partisano y foquista para luchar contra la amenaza de golpe de Estado y organizar la resistencia.

Este registro defensivo empezó a decaer a partir de 1971 en favor de un nuevo escenario: la violencia ofensiva para conducir a la insurrección, considerando, como decía el PotOp, que «la única vía posible es la del ataque»²⁰. Durante su tercer congreso, en el verano de 1971, aclamó el «poder obrero para el partido, poder obrero para la insurrección, poder obrero para el comunismo» y se decidió a organizar un grupo clandestino dedicado al «trabajo ilegal» que daba lugar al Fronte Armato Rivoluzionario Operaio (FARO), dirigido por Franco Piperino y Valerio Morucci. Lanzó con ello en mayo de 1972 la consigna «¡Proletario, llegó la guerra de clases!». Ciñéndose al mismo esquema leninista que dividía el proceso revolucionario en tres etapas (construcción del partido, insurrección, guerra civil), la LCR montó una rama clandestina, la «Comisión muy especial», y editó en 1972 un panfleto de uso interno que detallaba las diferentes etapas, desde la «protección de las acciones obreras, de los militantes, de las organizaciones» hasta la «insurrección armada y el establecimiento del Estado obrero, Estado del “pueblo en armas”»²¹. Las Brigate Rosse (BR), creadas en 1970, se inscribieron mayormente dentro de esta perspectiva, a pesar de que hasta 1973 se referían a la lucha contra el «fascismo gaullista»²² y a la resistencia contra la militarización del régimen y dentro de las fábricas²³. Pero lo hicieron desde un punto de vista esencialmente teórico. En el terreno de los hechos desarrollaron esencialmente la propaganda armada como ins-

1970). En 1972, «registro» de la casa de un consejero del Movimento Sociale Italiano (27 de enero), incendio de la villa del vicesecretario provincial del MSI y consejero de la comuna de Turín (27 de febrero), incursión en la sede del MSI y secuestro de Bartolomeo Di Mino (13 de marzo), incendio del coche de nueve sindicalistas de extrema derecha (26 de noviembre), seguido de incendios similares el 17 de diciembre.

²⁰ Comunicado de inauguración del Congreso de Bolonia (3-4 de marzo de 1973) en Comitati Autonomi Operai di Roma: *Autonomia Operaia*, Roma, Savelli, 1976, p. 40.

²¹ *Autodéfense ouvrière*, 14.

²² *Nuova Resistenza*, mayo de 1971, en Soccorso Rosso: *Brigate Rosse*, Milán, Feltrinelli, 1976, p. 102. Nótese la influencia del grupo francés Gauche Prolétaire (nombre que la revista *Sinistra Proletaria* retomó en julio de 1970).

²³ Documento de BR de enero de 1973 en *Potere operaio*, 44 (11 de marzo de 1973).

trumento de apoyo a las luchas sociales y a su radicalización. En septiembre de 1971 señalaron como adversarios en las fábricas a «los déspotas, los sirvientes de los patrones, los más odiados por la clase obrera», «los fascistas, porque son el ejército armado que utiliza el capital», «los enemigos del pueblo»²⁴. Los medios empleados (destrucción de automóviles, amenazas contra los «déspotas», «poner en la picota», etc.) no merecieron un especial predicamento, ya que eran similares a las acciones violentas de la extrema izquierda de la época. Pero la estrategia brigadista evolucionó en la doble dirección del alejamiento tanto de la amenaza de golpe de Estado como, sobre todo, de la elaboración del «compromiso histórico» por parte del secretario del Partito Comunista Italiano Enrico Berlinguer. Es así como, en abril de 1975, la dirección estratégica lanzó el «ataque al corazón del Estado» y denunció explícitamente a los «revisionistas», es decir, al PCI, que participaba en el «Estado imperialista de las multinacionales». Así, el 8 de junio de 1976 dejaban su firma en el primer asesinato político en la persona del juez Francesco Coco²⁵.

El último escenario, el de la violencia difusa, fue característico de Autonomia Operaia (AutOp), que emergió a partir de 1973 de la descomposición de varios grupos de extrema izquierda. El movimiento de los autónomos ganó popularidad en los mismos ambientes en Francia y en la RFA, pero sin alcanzar un potencial de rebelión comparable al que tuvo en Italia. Allí, la satisfacción de las necesidades ya no se remitía a la toma del Palacio de Invierno y a un futuro color de rosa. Ésta se lograba por la acción directa²⁶. Por ello la multiplicación sin precedentes de acciones ilegales y violentas encaminadas a la apropiación directa de bienes que los autónomos calificaron como «salario social»: ocupación de viviendas, autoreducción de las tarifas en servicios públicos a partir de 1974, «mercados políticos» (hacer la compra sin pagar), prolon-

²⁴ Documento de BR de septiembre de 1971 en Soccorso Rosso: *Brigate Rosse*, p. 105.

²⁵ El primer asesinato político claramente de extrema izquierda fue el del comisario Calabresi en mayo de 1972. Nunca fue reivindicado, aunque los responsables de LC fueron considerados como responsables en base al testimonio de un arrepentido.

²⁶ Sobre el año 1977 y el movimiento de los autónomos véase Marco GRISPIGNI: 1977, Roma, Manifestolibri, 2006, y Sergio BIANCHI y Lanfranco CAMINETTI (eds.): *Gli autonomi*, Roma, DeriveApprodi, 2008.

gación de las pausas en las fábricas, etc. Como afirma la cita de Rosso: «La ilegalidad de las luchas es fuente de derecho [...] para el comunismo, aquí y ahora»²⁷. Ya no se trataba de tomar el poder político: había que protegerse y sustraer de su autoridad «espacios liberados» de su influencia.

El año 1977 estuvo marcado por una escalada de violencia, tanto «de masas» como clandestina. Roma vivió el 12 de marzo una verdadera guerrilla urbana a la sombra de una manifestación armada de 60.000 personas. En relación con el año precedente se observó la progresión de 77,62 por 100 de los ataques contra bienes (sedes de partidos, cuarteles, comisarías, tribunales, empresas, etc.), es decir, un atentado cada cuatro horas²⁸. Lo mismo sucedió con los asesinatos (el decano del Colegio de Abogados Fulvio Croce y del director adjunto del diario nacional *La Stampa* Carlo Casalegno) y «*jambisations*», especialmente de periodistas, por parte de las BR, pero también de numerosos grupúsculos autónomos. El segundo grupo armado después de ellas, Prima Linea (PL), nacido en 1976 de escisiones radicalizadas de LC, era más cercano a esta línea principalmente por su estrategia de «disolución» del poder estatal, la elección de la semiclandestinidad y de sus objetivos. Todo ello pone de manifiesto un desplazamiento del sujeto revolucionario de referencia, del «obrero masa» de los operaistas al «obrero social» teorizado por Negri. Un desplazamiento que se observa particularmente en los adversarios priorizados por los diferentes grupos. Como mostró Donatella della Porta²⁹, la propaganda centrada en las fábricas era el rasgo distintivo de las BR (el 40 por 100 de sus acciones se centran en ellas), mientras que los otros grupos armados que podríamos calificar de segunda generación, como PL, privilegian una propaganda dirigida a la sociedad con objetivos diversificados: dirigentes de pequeñas empresas, de agencias inmobiliarias, de publicidad o de servicios, vigilantes de noche, pero también psiquiatras y traficantes.

²⁷ Rosso, 15 (marzo-abril de 1975).

²⁸ Cifras aportadas por el juez Gian Carlo Caselli en Renzo VILLA (ed.): *La violenza interpretata*, Bologna, Il Mulino, 1979, p. 243.

²⁹ Donatella DELLA PORTA: *Social Movements, Political Violence and the State*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995.

Un terreno innegablemente propicio a la radicalización

En síntesis, desde un punto de vista tanto ideológico como logístico, en Italia y Francia el paso a la lucha armada estaba preparado de igual modo. ¿Cómo explicar en estas condiciones el devenir divergente de la causa revolucionaria? La diferencia entre los dos países apunta a la escalada italiana, mientras que los grupos franceses, que no se diferencian de sus homólogos ni en el terreno del discurso ni en el de las acciones (hasta principio de los años setenta), acabaron bien autodisolviéndose (VLR en abril de 1971, la GP en 1974), bien condenando su fase militarista y apostando por una nueva estrategia (LCR). En Italia, los grupos nacidos en el 68 y equivalentes a los grupos franceses también se autodisolvieron (PotOp en 1975, LC en 1976). Pero la desmovilización no fue total, ni mucho menos. Fueron numerosas las organizaciones armadas que surgieron en esos momentos, como los Nuclei Armati Proletari (NAP), las Unità Comuniste Combattenti (UCC) y, sobre todo, PL, segundo grupo armado después de las BR, que continuaron su radicalización «elevando el tiro». Otras provenían de movimientos autónomos, como los Proletari Armati per il Comunismo (PAC) o las Formazioni Comuniste Combattenti (FCC)³⁰. Así, entre 1974 y 1977 la violencia se convirtió en la obra de grupos armados clandestinos especializados o de colectivos autónomos.

Según Ted Gurr, el paso a la violencia política se vio favorecido no sólo por la existencia de un vector ideológico (idéntico en los dos países), sino también por la difusión de una legitimación instrumental del recurso a la misma, con la idea, fundamentada en gran parte sobre experiencias anteriores, de que «sólo la violencia da resultado»³¹. El recurso a la violencia revolucionaria implica que los actores estén convencidos, por un lado, de la ilegitimidad del régimen vigente, y, por otro, de la incapacidad para combatirlo por vías no violentas. Es por ello que conviene analizar en conjunto las representaciones que realizan los grupos de extrema izquierda, primero sobre su objetivo, el Estado, y, después, sobre el Partido Co-

³⁰ Para una visión sintética véase Isabelle SOMMIER: *La violence politique et son deuil. L'après 68 en France et en Italie*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 1998, p. 47.

³¹ TED GURR: *Why Men Rebel*, Princeton, Princeton University Press, 1970, p. 320.

munista, quien, por su estrategia, ofrecería o no una perspectiva de alternativa democrática.

¿Adversario o enemigo?

En ambos casos, el paso desde la aceptación abstracta de la violencia en el proceso revolucionario (que es descubierta en Francia desde 1967 con la película *La chinoise* de Jean-Luc Godard) a su puesta en práctica se precipitó al encontrarse los contestatarios con las estructuras represivas, encuentro éste más o menos trágico según el país. Resultó frecuente a un lado y al otro de los Alpes a través de los enfrentamientos con la policía: en mayo de 1968 tras las manifestaciones en Francia, sin llegar a causar muertos, y a partir de febrero de 1968 en Italia con los primeros enfrentamientos entre estudiantes romanos y fuerzas del orden que culminaron en la «batalla de Valle Giulia» (el 1 de marzo). La moderación que demostraron las fuerzas del orden en Francia resulta esencial para explicar que la violencia permaneciera tanto de lado de unos como de los otros a un nivel simbólico. Muy diferente es la situación italiana. Tal es así que entre 1947 y 1969 cerca de noventa manifestantes o huelguistas cayeron en Italia bajo el fuego de la represión de los conflictos sociales, frente a una docena en Francia; 674 personas resultaron heridas y casi 80.000 arrestadas. 21 murieron en idénticas circunstancias entre 1970 y 1979³². Estas prácticas agudizaron las críticas de la extrema izquierda contra la supuesta imparcialidad de la política de mantenimiento del orden, que parecía ser la expresión de las fuerzas más reaccionarias, al haber sido éstas insuficientemente depuradas tras acabar la guerra.

Así, la particularidad italiana en lo que se refiere al mantenimiento del orden se reforzó gracias a otra particularidad: el peso, tanto a nivel cognitivo como afectivo, de la experiencia del fascismo. El pasado fascista, común a ambos países occidentales que conocieron una lucha armada de extrema izquierda (Italia y Ale-

³² Para realizar estas estadísticas hemos elegido contabilizar únicamente las víctimas directas de operaciones de salvaguarda del orden público en los conflictos sociales (excluyendo por ello los conflictos vinculados a la descolonización en Francia) recopiladas a través de diversas obras consagradas a la cuestión y de la prensa de la época (entre 1947 y 1969).

mania), resultó de enorme importancia dentro de las motivaciones para la militancia. El Estado italiano se fundó sobre dos mitos fundacionales: el Risorgimento y la Resistencia, que no cimientan totalmente su legitimidad. No me detendré aquí en las carencias estructurales de la construcción del Estado³³, ni sobre el hecho, esencial, de que el proceso de su democratización, ya tardío, fue brutalmente interrumpido por el ascenso del fascismo en 1922. La Resistencia condicionó directamente, por otro lado, la interpretación que la generación del 68 se formó del sistema político que pretendía combatir. La mayor parte guardaba la idea de una revolución fracasada e inacabada que era su deber continuar³⁴. Ésta se convirtió igualmente en un recurso fundamental de las movilizaciones de los años 1969-1974 y en una fuente de inspiración para las futuras organizaciones armadas en su afán de legitimación para situarse dentro de la continuidad de la historia del movimiento obrero. Lo podemos observar a través de la elección de sus siglas (Nuova Resistenza, Brigate Rosse, Gruppi di Azione Partigiana), de su organización (clandestinidad, organización en pequeñas unidades), de sus modos de acción («expropiación proletaria», «procesos populares» o poner en la picota) o de las formas de reivindicar sus acciones, todo ello tomado de la Resistencia histórica. Esto les proveía, como hemos visto, de un adversario «de origen», los «fascistas», y de una pro-

³³ Evidentemente, habría que resituar los años de plomo en el conjunto de episodios de violencia social y política que protagonizó la sociedad civil italiana tras el nacimiento del Estado: bandolerismo, *fasci* sicilianos, motines de final de siglo, «semana roja» de junio de 1914, bienio rojo de 1919-1920, etc. Este alto nivel de violencia guarda relación con el carácter tardío e inacabado de la construcción del Estado partiendo de una cierta extrañeza de la sociedad respecto al mismo.

³⁴ Son numerosos los exmilitantes que evocan una figura paternal tutelar y heroica por la cual debían estar a la altura y por la que debían seguir sacrificándose. Por «*Red diaper*», retomando la expresión de Keniston, los militantes de extrema izquierda tienen la impresión de cumplir un compromiso familiar incumplido por sus predecesores. Por ejemplo, veamos el testimonio de Pietro, exmilitante del PSIUP (entrevista del 20 de octubre de 1992, Turín): «Para mi generación, la resistencia era muy importante, ya fuera como ruptura o como continuidad, porque era como una especie de emulación: nuestros padres habían “vivido la gran guerra”, habían tenido una gran vida, habían disparado, habían tenido momentos de heroísmo. Ruptura porque éramos los hijos [...] La ruptura era hacia una generación que tras el heroísmo se había asentado. La retórica de la Resistencia en Italia se convirtió en algo insoportable del cual bebían todos juntos: solidaridad, nación, etc.».

ducción simbólica retomada de cantos partisanos como *Fischia il vento*, *Bella ciao* o *Avanti siam ribelli*³⁵.

Evidentemente, encontramos también la cuestión del antifascismo y la resistencia en Francia, y ello constituye otro punto en común entre los dos países, como testimonia el célebre debate del que se hizo eco en 1972 la revista *Les temps modernes* sobre el tema: «El gaullismo, ¿y después qué? Estado fuerte y fascistización». La GP, como hemos visto, dejaba su marca distintiva en el campo de las protestas. Sin embargo, la similitud en esta cuestión es bastante superficial. Tanto que no hay lugar a dudas de que la especificidad italiana se sostiene en la mayor resonancia de la llamada a la Resistencia. Retomando a David Snow, se podría decir que las tres condiciones para que el marco interpretativo encontrara un eco se encuentran allí: la «credibilidad empírica» (que busca que su diagnóstico tenga un fundamento, sea plausible) y la «base experimental» (que los hechos denunciados hayan sido vívidos) se alimentan de los sucesos políticos del momento, mientras que la «fidelidad narrativa» (su encaje en el conjunto de creencias, mitos y narraciones populares anteriores) reposa en la experiencia todavía fresca del fascismo y sus polémicas acerca de la depuración incompleta acometida tras la guerra, en particular entre las fuerzas de represión. Se da así en el curso de estos años una colusión entre un mito de referencia y un acontecimiento político que da cuerpo a la reactivación práctica de la temática antifascista. No solamente la memoria de la guerra permanece viva, sino que existe igualmente un activismo violento de extrema derecha con grupos como Ordine Nuovo, Avanguardia Nazionale, Ordine Nero y más adelante los Nuclei Armati Rivoluzionari (NAR)³⁶, y, con ello, los enfrentamientos entre grupos, los ataques a sedes de organizaciones, las acciones ejemplares con fines punitivos o «pedagógicos». Entre 1969 y 1975, el 83 por 100 de los sucesos considerados de violencia política son imputables a grupos de inspiración neofascista, así como sesenta y tres de las noventa y dos víctimas de esos años. Los militantes de la izquierda extraparlamentaria explicaban esos enfrentamientos como la conse-

³⁵ Esta filiación es analizada en detalle en Isabelle SOMMIER: «La Résistance comme référence légitimatrice de la violence, le cas de l'extrême gauche italienne», *Politix*, 17 (1992), pp. 86-103.

³⁶ Sobre la relación entre la violencia política de extrema izquierda y extrema derecha véase Guido PANVINI: *Ordine nero, guerriglia rossa*, Turín, Einaudi, 2009.

cuencia de la agresión previa de los «fascistas» y a la complicidad de las fuerzas del orden. Ellos los inscribían igualmente en continuidad con la tradición de la Resistencia y en sintonía con la lucha de clases. El eslogan «Los fascistas no deben hablar» fue remplazado en 1974 por el de «Matar a un fascista no es un crimen».

Además, al ejercicio clásico, aunque rudo, del mantenimiento del orden, se añadió lo que el sociólogo Alberto Melucci llamó el uso, por los gobiernos demócratacristianos, de la violencia fascista como instrumento de contramovilización³⁷. Se refería a la complicidad de una parte del Estado en la estrategia de la tensión, es decir, los atentados de extrema derecha que empezaron con el atentado de la plaza Fontana en diciembre de 1969, pero también los rumores de golpe de Estado que jalaron el principio de los años setenta. Plaza Fontana representó el «trauma original», la «irreparable escisión», «el fin de la inocencia». El atentado de Plaza Fontana alimentó el miedo a una involución autoritaria del país. Inauguró una larga serie de «masacres de Estado», así llamadas a causa de la colusión de una parte de los servicios secretos: el atentado contra un tren en Gioia Tauro el 22 de julio de 1970 (6 víctimas y 50 heridos), la explosión de una bomba al paso de una comitiva antifascista el 28 de mayo de 1974 (8 muertos y 94 heridos), la explosión en el tren *Italicus* el 4 de agosto (12 muertos y 105 heridos), o la bomba en la estación de Bolonia el 2 de agosto de 1980 (85 muertos y 177 heridos)³⁸.

Si el año 1969 constituyó a los ojos de los militantes de extrema izquierda un punto de inflexión en lo que respecta a las representaciones de un Estado que se convierte de adversario a enemigo, una simple mirada hacia las diferentes etapas de radicalización violenta nos revela hasta qué punto éstas se encontraron fuertemente condicionadas por la estrategia del PCI, es decir, por lo que los protagonistas consideraban una renuncia explícita del «gran hermano» a asumir su papel de alternativa al sistema. Concluirán que sólo la prueba de las armas puede permitir una ruptura real del orden político.

³⁷ Alberto MELUCCI: *L'invenzione del presente. Movimenti, identità, bisogni individuali*, Bolonia, Il Mulino, p. 110.

³⁸ Sobre la represión y su influencia en la escalada de violencia política véanse las observaciones de Simone NERI SERNERI: «Contesti e strategie della violenza e della militarizzazione nella sinistra radicale», en *id.* (ed.): *Verso la lotta armata: la politica della violenza nella sinistra radicale degli anni Settanta*, Bolonia, Il Mulino, 2012, pp. 11-62, esp. pp. 40 y ss.

La lectura de la Resistencia como revolución fracasada constituía en sí misma una denuncia del equilibrio político republicano. Se dirigía en especial al PCI, acusado de haber malvendido los ideales revolucionarios en nombre de su integración republicana. Fue el golpe de Estado de Pinochet en 1973 lo que llevó a Enrico Berlinguer a elaborar la estrategia de compromiso histórico con la Democracia Cristiana (DC): las características económicas y sociales del país (especialmente su «retraso cultural» y el peso del catolicismo) hacían imposible el ejercicio del poder a una mayoría de izquierda, aunque ésta lograra un 51 por 100 de los sufragios, y exponían a Italia a una respuesta revolucionaria que sólo «un nuevo gran compromiso histórico entre las fuerzas que agrupan y representan a la gran mayoría del pueblo italiano» podía evitar. A partir de este momento, a pesar de sus importantes logros, el PCI declinó cualquier perspectiva de alternancia y se comprometió en 1976 a no provocar la caída del gobierno Andreotti: era el «gobierno de la no desconfianza» seguido hasta 1979 por el «gobierno de solidaridad nacional». Es en este marco que se puede entender el secuestro de Aldo Moro, artesano de la concreción del acercamiento entre la DC y el PCI, el 16 de marzo de 1978, es decir, el mismo día en que iba a oficializarse la misma con el voto de confianza del PCI al gobierno Andreotti. Otro símbolo: su cuerpo fue encontrado el 9 de mayo en un punto intermedio entre las sedes romanas del DC y del PCI. Por tanto, no se debió a una simple coincidencia si el periodo de teorización del compromiso histórico (1973-1975) es también aquél del giro de los primeros grupos clandestinos hacia la lucha armada, desarrollándose éste entre las dos confrontaciones electorales de 1976 y 1979 para culminar con el secuestro de Aldo Moro.

Nuevamente encontramos aquí una falsa similitud entre los dos países: la crítica de revisionismo de los PPCC, las acusaciones de traición de los aparatos tradicionales del movimiento obrero, son comunes en lo que se refiere a la extrema izquierda de la época. Falsa similitud que, mirada más de cerca, hace reaparecer la especificidad italiana: la confluencia entre la crítica al Estado y el alejamiento de una perspectiva de cambio pacífico en el preciso momento en que, en Francia, la firma de un programa común podía dejar entrever una salida política. Y, allí igualmente, la evolución política que llevó al PCI a querer o tener que encarnar el «partido

del orden» cuando se puso en marcha la legislación de excepción no hizo más que agrandar la brecha que le separaba de la extrema izquierda. La ausencia de alternativas se convirtió en la ausencia de oposición por, tal como subraya Pizzorno, «la congelación formal de la oposición y su inserción servil en los centros de poder»³⁹.

En nombre de la clase obrera, ¿pero también con ella?

Abordamos ahora la segunda variable: las relaciones entabladas, o no, con la clase obrera. En ambos países, el movimiento estudiantil mudó en movimiento revolucionario en el nombre de la emancipación de un único y canónico sujeto revolucionario: la clase obrera. Todos ellos se inspiraron, en efecto, en eslóganes como «Poder obrero», «¡Estudiantes, obreros, todos unidos!», etc. Pero la fusión, que parecía necesaria, entre intelectuales (o aprendices de intelectuales) y obreros no se llegó a concretar durante muchos años más que en la Península, mientras que en Francia permaneció como una construcción intelectual. El porcentaje de obreros industriales que militaron en organizaciones clandestinas quedó en torno al 40 por 100, frente al 18,7 por 100 de empleados y al 19,9 por 100 de estudiantes. El grupo armado más obrero habrían sido las BR, con un 42 por 100 de obreros industriales, seguidas de PL (39 por 100). La presencia obrera fue desigual en función también de las regiones: en el Piemonte, corazón del triángulo industrial, representaba un 56,6 por 100 de los militantes⁴⁰. Este elemento fundamental de diferenciación entre la experiencia contestataria italiana, efectivamente vinculada con una fracción del movimiento obrero, y el fascinante voluntarismo francés, constituye una de las claves interpretativas de su longevidad y de sus diferentes grados de éxito, por lo menos en lo que a aquellos años se refiere. Explica, por otro lado, las diferencias cronológicas con que los izquierdistas franceses e italianos, unos por defecto y otros por el estancamiento de las luchas obreras, van a girar su mirada hacia sujetos revolucionarios de sustitución que van a modificar profun-

³⁹ Alessandro PIZZORNO: *I soggetti del pluralismo*, Bolonia, Il Mulino, 1980, p. 141.

⁴⁰ Donatella DELLA PORTA: *Il terrorismo di sinistra*, Bolonia, Il Mulino, 1990, pp. 144-145.

damente su etiqueta revolucionaria, como el lumpenproletariado, los marginados, los jóvenes y, en Francia, los inmigrantes.

Tres conjuntos de factores explican el por qué los jóvenes intelectuales italianos pudieron confluír, durante un tiempo, con los jóvenes obreros del triángulo industrial. El primer conjunto nos remite a la tradición comunista italiana, caracterizada por una mayor autonomía del sindicato respecto al partido. En Francia, sin embargo, la clase obrera estaba totalmente hegemonizada por el PCF. Y la extrema izquierda cometió un error estratégico: al enfrentarse de modo directo a esta fortaleza en lugar de esquivarla (por ejemplo, invirtiendo sus esfuerzos en campañas en las fábricas en zonas rurales o en la mano de obra femenina) acabó agotándose. La mayor apertura del movimiento obrero italiano se manifestó y se reforzó a principio de los años sesenta con el obrerismo, que va a proporcionar a la futura nueva izquierda, incubada en el seno del PCI, líderes (Dario Lanzardo, Vittorio Rieser, Toni Negri, Sergio Bologna), cuadros (el obrero-masa, de origen principalmente meridional, subempleado y fuera de las organizaciones tanto sindicales como políticas, y fuertemente proclive a la rebelión) y herramientas conceptuales (la «sociología militante», las «encuestas obreras»), y le permitió, al mismo tiempo, tomar parte a la principal central sindical, la Confederazione Generale Italiana del Lavoro (CGIL). Así, cuando nació el movimiento estudiantil en 1967, ciertos grupos como Avanguardia Operaia o PotOp de Pisa, surgidos de esta experiencia disidente del PCI, gozaban ya de cierta influencia e implantación en algunas fábricas: primero en Sit Siemens y Pirelli de Milán, y posteriormente en Olivetti de Massa y en St Gobain de Pisa.

Esta característica estructural se reforzó por la propia dinámica de la contestación, lo que constituye nuestra segunda hipótesis explicativa. En Francia, a la contestación estudiantil que había comenzado en los primeros meses del año 1968 se le unió rápidamente, aunque de modo fugaz, el movimiento obrero que se declaró en huelga en mayo. El *timing* es más amplio en Italia, ya que abarca dos años, desde el comienzo de las huelgas estudiantiles en 1967 hasta la explosión del «otoño caliente» de las revueltas obreras de 1969. Este «bienio rojo», así llamado en referencia al bienio rojo precedente de 1919-1920, favoreció el progresivo encuentro de ambos movimientos. Como afirmaba Peppino Ortoleva, por aquel entonces militante de LC: «No se trata de un encuentro im-

previsto. Se trata de dos años de pronunciamientos recíprocos» (entrevista del 17 de febrero de 1993). Según Luigi Bobbio, perteneciente al mismo grupo: «Fue un hermanamiento entre obreros y estudiantes. Se creó una relación muy fuerte porque todos desconfiábamos instintivamente del sindicato, teníamos miedo de no poder controlarlo y además teníamos necesidad de hablar, de contar. Vimos en los estudiantes un aliado» (entrevista del 19 de octubre de 1992).

Esta «domesticación» recíproca no se debió únicamente a la cronología. Se explica también por una tercera variable distintiva de ambos países, esto es, la composición de la clase obrera. En Italia, su sensibilidad a las tesis de la extrema izquierda y su mayor disposición a la rebelión caracterizaban a una fracción muy importante cualitativamente, pero muy peculiar, caracterizada por, podríamos decir, una doble juventud: una juventud biológica (que nos remite a la dimensión generacional de los movimientos del año 68) y una juventud social, por la experiencia reciente de la pérdida de raíces, de la condición obrera y, como consecuencia, por la ausencia de una cultura obrera, de sus organizaciones y de su cultura de lucha. El milagro económico italiano supuso un reforzamiento de la organización fordista del trabajo (intensificación de los ritmos, parcelación del trabajo, etc.) y, sobre todo, un efecto llamado a abundante mano de obra que entrañó grandes movimientos migratorios con el éxodo rural masivo de meridionales que tuvieron que afrontar no sólo el descubrir el infierno de las fábricas, sino la falta de infraestructuras y el racismo de los italianos del norte. Como recordaba Graziano, trabajador en la Fiat desde 1962 y delegado obrero en 1970: «No teníamos memoria de los conflictos, de la pasada represión. Entramos en la fábrica con la despreocupación respecto a aquellos que tenían el miedo en el cuerpo, que ya no eran capaces de reaccionar» (entrevista del 21 de octubre de 1991). También los principales acontecimientos del ciclo de conflictividad que sufrieron las empresas italianas al menos hasta 1973 apuntan hacia la radicalización de las luchas, ya sea por la importancia de las huelgas salvajes como, sobre todo, por la afirmación de la «centralidad de la fábrica» en el proceso de transformar el terreno empresarial a través de acciones agresivas: ocupaciones, encierros, filtros en las entradas, «pasillos de la vergüenza», acciones punitivas para lograr el control. Entre septiembre y diciembre de 1969 se dictaron 8.369

inculpaciones vinculadas a conflictos laborales en el marco de un total de 14.036 delitos, entre los cuales: 3.325 «invasiones ilegales de empresas, terrenos o edificios públicos», 1.712 «violencias privadas», 1.610 por «bloqueos de vías ferroviarias», 1.376 «interrupciones de servicios públicos», 234 por heridas corporales, 179 por devastaciones y saqueos, 124 por «posesión de armas o explosivos e intimidación con el uso de materiales explosivos». Cerca de 10.000 obreros y responsables sindicales fueron inculcados⁴¹. Este relativo acercamiento explica la duración y la intensidad del ciclo de protestas en Italia, dado que el contacto con los obreros podría haber incentivado las intenciones revolucionarias y las virtudes de la propaganda a través de las armas.

Conclusiones

La perspectiva estructural desarrollada en el presente artículo no debe ser considerada como algo estático: en ambos países son idénticas las causas que provocan el fracaso de la revolución, pero éstas se manifiestan en grados y ritmos diferentes, lo que explica la diferente evolución de la protesta. Además, cabe subrayar que dicha perspectiva puede ir combinada con otras dos dimensiones de análisis de inspiración más interaccionista. La primera concierne el espacio militante, dado que las lógicas de competición entre organizaciones jugaron un papel primordial en los procesos de radicalización⁴². La segunda, muy en boga en Francia en los últimos años, examina el nivel microsociológico de las biografías de los militantes para entender los procesos individuales de radicalización que han llevado hasta la lucha armada. Moviéndose en este sentido, Lorenzo Bosi y Donatella Della Porta han desarrollado, a partir de veintiocho biografías recopiladas por el Instituto Cattaneo de Bolonia y dieciocho entrevistas realizadas por Diego Novelli y Nicola Tranfa-

⁴¹ Datos del Ministerio del Interior recopilados en FIM-FIOM-UILM: *Repressione!*, Roma, Tindalo, 1970, p. 3. Estas cifras dan tanto la amplitud de la represión contra los huelguistas como la de los hechos que a éstos se les reprochan. Los mostramos aquí únicamente a título ilustrativo. Otras fuentes apuntan cifras todavía superiores.

⁴² Este aspecto ha sido desarrollado en Isabelle SOMMIER: *La violencia revolucionaria...*, pp. 62 y ss.

glia, tres «recorridos»: ideológico, instrumental y solidarista⁴³. Por mi parte, me he movido en la dirección opuesta: he intentado individualizar las razones que han determinado la interrupción del proceso de radicalización, siguiendo el principio de investigación de Howard Becker según el cual «en lugar de preguntarnos por qué los desviados quieren tener unas conductas que normalmente son desaprobadas, tendríamos que interrogarnos acerca de las razones de aquellos que, a pesar de tener tentaciones desviadas, siguen cumpliendo con las normas y no pasan a la acción»⁴⁴.

Efectivamente, el privilegiar la mirada hacia los activistas que no dan el paso hacia la lucha armada aun siendo proclives a recurrir a la violencia, permite comprender las dinámicas de desmovilización y, con ello, de contracción de la «población desviada» (en la tipología de Becker); asimismo, permite examinar los factores que han conducido a una pérdida de fe y/o a una deslegitimación de la violencia. De esta forma, por un lado, se puede explicar el hecho de que el número de los «combatientes» efectivos ha sido mucho menor que el de los que han postulado la vía armada; por el otro, se pueden identificar las razones de la crisis política de los «grupos combatientes» y su progresivo declive. A propósito de la extrema izquierda francesa e italiana de los «años 1968», he distinguido tres factores que han frenado la radicalización de la trayectorias militantes: a nivel micro, la repulsa individual a la hora de adoptar efectivamente la perspectiva de haber de morir o matar; a nivel meso, el rechazo de la clandestinidad, ideológica y prácticamente asociada al recurso a la lucha armada, por parte de muchas organizaciones; a nivel macro, la «prueba de la realidad», es decir, la toma de conciencia de que el sujeto revolucionario, la clase obrera, no seguía la vanguardia.

[Artículo traducido por Luisa Marco Sola]

⁴³ Lorenzo BOSI y Donatella DELLA PORTA: «Percorsi di micromobilitazione verso la lotta armata», en Simone NERI SERNERI (ed.): *Verso la lotta armata...*, pp. 327-340.

⁴⁴ Howard S. BECKER: *Outsiders*, Nueva York, Free Press, 1963.

ESTUDIOS

*Los falangistas de Escorial y el combate por la hegemonía cultural y política en la España de la posguerra**

Francisco Morente

Universitat Autònoma de Barcelona

Resumen: Durante la guerra civil y en los años de la inmediata posguerra tuvo lugar un intenso debate entre los diversos sectores del bando sublevado sobre la forma y las características que debía tener el Nuevo Estado que estaba en construcción. Un sector del falangismo radical se organizó políticamente en torno a Ramón Serrano Suñer y lanzó una ofensiva de carácter ideológico, cultural y político para profundizar en la orientación fascista del régimen de Franco. La revista *Escorial* fue uno de los instrumentos de dicho grupo para impulsar su proyecto político. El artículo analiza esa experiencia político-cultural y discute algunas tesis asentadas en la historiografía sobre las características que tuvo el combate por la hegemonía política desarrollado en esos años en el seno de la dictadura franquista.

Palabras clave: Falange, franquismo, fascismo, catolicismo, *Escorial*.

Abstract: During the Civil War and the post-war early years there was an intense debate between the different sectors of the raised faction about the form and the characteristics that the New State under construction should have. A sector of the radical falangism got politically organized around Ramón Serrano Suñer, and threw an ideological, cultural, and political offensive to deepen in the fascist orientation of Franco's regime. The *Escorial* journal was one of the instruments used by this

* Este trabajo se enmarca en el proyecto HAR2011-25749, «Las alternativas a la quiebra liberal en Europa: socialismo, democracia, fascismo y populismo (1914-1991)», financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad. Agradezco a Ferran Gallego sus comentarios sobre el borrador del texto.

group to push forward its political project. The present study analyzes this political-cultural experience and discusses some dominant historiographic theses in relation to the characteristics of the strong fight for the political hegemony that was carried out during these years in the core of Franco's dictatorship.

Keywords: Falange, Francoism, fascism, Catholicism, *Escorial*.

La guerra civil española fue, entre otras muchas cosas, un caldero de producción ideológica en permanente ebullición. Entre las innumerables propuestas que se elaboraron en aquellos años, en la zona rebelde cristalizó un potente proyecto ideológico, cultural y político de carácter netamente fascista y que estaba llamado a constituir la base del Nuevo Estado que debía surgir de entre las ruinas de la democracia republicana. Ese proyecto se articuló, en lo ideológico, sobre el trabajo de diversos núcleos de intelectuales más o menos estrechamente vinculados entre sí por lazos de índole personal y —o cuando menos— de carácter institucional. El que inicialmente alcanzó un mayor protagonismo político y de elaboración ideológica fue el que se organizó en torno a Ramón Serrano Suñer en el Ministerio del Interior, y más concretamente en los servicios nacionales de Prensa y Propaganda. En buena medida, muchos de esos jóvenes intelectuales que actuaron a las órdenes de Dionisio Ridruejo como jefe nacional (más tarde, director general) de Propaganda ya venían trabajando juntos desde casi el principio de la guerra civil, cuando se reunieron en Pamplona en torno a Fermín Yzurdiaga y su revista *Jerarquía*. *La revista negra de la Falange*. Con algunas ausencias, y algunas nuevas incorporaciones, ese grupo se reencontró en Burgos en 1938 y durante un quinquenio intentó formular la más ambiciosa propuesta intelectual y cultural del bando autoidentificado como *nacional*¹.

En ese grupo —«el grupo», como ellos mismos se identificarían más de una vez—, Dionisio Ridruejo, Pedro Laín y Antonio Tovar tuvieron un papel especialmente destacado y relevante, tanto en la dirección política del mismo —y ahí el protagonismo fue indudablemente de Ridruejo— como en la elaboración doctrinal —y en ello la voz cantante la tuvieron Tovar y, muy especialmente, Laín—.

¹ Dionisio RIDRUEJO dio cuenta de todo ello en *Con fuego y con raíces. Casi unas memorias*, Barcelona, Planeta, 1976, pp. 130-184.

Su labor al frente de la propaganda, la prensa, la edición y la censura durante esos años ha sido ampliamente estudiada y no es caso de volver aquí sobre ella². Me interesa plantear, por el contrario, dos cuestiones muy específicas. Por una parte, el significado que cabe otorgar a una empresa como la que desarrollaron en torno a la revista *Escorial*; y, por otra, el encaje del catolicismo en el proyecto ideológico y cultural impulsado por el falangismo en la inmediata posguerra con el objetivo de alcanzar la hegemonía política en el seno del Nuevo Estado franquista, discutiendo al paso algunas tesis asentadas al respecto.

En relación con esta última cuestión, en los últimos años se viene manteniendo un muy interesante debate centrado en las culturas políticas que confluyeron en la construcción del Nuevo Estado y que contribuyeron a su configuración política y cultural³. Frente a una visión ampliamente extendida en el pasado que tendía a minusvalorar los elementos fascistas en el sustrato ideológico del régimen —un sustrato que se habría nutrido fundamentalmente de la tradición católica en su vertiente más tradicionalista y conservadora—⁴, Ismael Saz ha defendido la existencia en la España franquista de dos culturas políticas —la falangista y la nacionalcatólica— abiertamente contrapuestas, y cuya dinámica de en-

² Álvaro FERRARY: *El franquismo: minorías políticas y conflictos ideológicos 1936-1956*, Pamplona, Euns, 1993; José ANDRÉS-GALLEGO: *¿Fascismo o Estado católico? Ideología, religión y censura en la España de Franco 1937-1941*, Madrid, Encuentro, 1997, y Francisco SEVILLANO CALERO: *Propaganda y medios de comunicación en el franquismo*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 1998.

³ La más reciente y completa contribución a este debate, focalizada en el papel de Falange y el falangismo, es Miguel A. RUIZ CARNICER (ed.): *Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2013. Esta obra incluye un muy completo estado de la cuestión historiográfico sobre el fascismo español: Julián SANZ HOYA: «Falangismo y dictadura. Una revisión de la historiografía sobre el fascismo español», pp. 25-60. La más actualizada síntesis interpretativa sobre el conjunto del régimen en Borja de Riquer: *La dictadura de Franco*, Barcelona, Crítica-Marcial Pons, 2010. Para los aspectos ideológicos y culturales de la dictadura, sigue siendo de consulta obligada Jordi GRACIA GARCÍA y Miguel Ángel RUIZ CARNICER: *La España de Franco (1939-1975) Cultura y vida cotidiana*, Madrid, Síntesis, 2001.

⁴ A modo de ejemplo, el anteriormente citado libro de Álvaro FERRARY: *El franquismo: minorías políticas...*; igualmente, Gonzalo REDONDO: *Política, cultura y sociedad en la España de Franco, 1939-1975*, t. I, *La configuración del Estado español, nacional y católico (1939-1947)*, Pamplona, Euns, 1999, y Onésimo DÍAZ HERNÁNDEZ: *Rafael Calvo Serer y el grupo Arbor*, Valencia, PUV, 2008.

frentamiento explicaría en buena medida la evolución política del régimen durante prácticamente toda su existencia⁵. A su vez, Francisco Cobo, aun sosteniendo la existencia de esas dos culturas políticas en el seno del régimen, ha enfatizado la fusión de elementos de ambas en el proceso de construcción de los referentes simbólicos, rituales y, en definitiva, culturales de la dictadura, aunque sin que ese proceso de fusión resultase en la desaparición de sus dos principales fuentes de suministro ideológico⁶. Hace años, Alfonso Botti argumentó la no incompatibilidad entre nacionalcatolicismo y fascismo, hasta el punto de que el primero habría sido la forma que adoptó el segundo en España⁷. Y, finalmente, Ferran Gallego viene sosteniendo en una serie de recientes trabajos la importancia del proceso de fascistización que tuvo lugar en los años previos a la guerra civil y, con mayor intensidad, desde el inicio de la misma y que llevó a la creación de una única cultura política fascista que fue capaz de fusionar los elementos procedentes tanto del falangismo como de las diversas corrientes de la derecha radical de los años republicanos⁸. Lo que se acaba de indicar no es más que una muestra, sin pretensión de exhaustividad, de algunas de las posiciones que se han sostenido en un debate que es rico, amplio y variado, y

⁵ Ismael SAZ: *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003; íd.: «Mucho más que crisis políticas: el agotamiento de dos proyectos enfrentados», *Ayer*, 68 (2007/4), pp. 137-163; íd.: «Las culturas de los nacionalismos franquistas», *Ayer*, 71 (2008/3), pp. 153-174, y, más recientemente, íd.: «Fascismo y nación en el régimen de Franco. Peripecias de una cultura política», en Miguel A. RUIZ CARNICER (ed.): *Falange. Las culturas políticas del fascismo...*, pp. 61-76.

⁶ Francisco COBO ROMERO: «El franquismo y los imaginarios míticos del fascismo europeo de entreguerras», *Ayer*, 71 (2008/3), pp. 117-151, y, especialmente, pp. 142-143.

⁷ Alfonso BOTTI: *Cielo y dinero. El nacionalcatolicismo en España, 1881-1975*, Madrid, Alianza Editorial, 1992.

⁸ Ferran GALLEGÓ: «Sobre héroes y tumbas. La guerra civil y el proceso constituyente del fascismo español», en Francisco MORENTE (ed.): *España en la crisis europea de entreguerras. República, fascismo y guerra civil*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2011, pp. 249-268; íd.: «Fascistization and Fascism. Spanish dynamics in a European process», *International Journal of Iberian Studies*, 25/3 (2012), pp. 159-181, e íd.: «¿Un puente demasiado lejano? Fascismo, Falange y franquismo en la fundación y en la agonía del régimen», en Miguel A. RUIZ CARNICER (ed.): *Falange. Las culturas políticas del fascismo...*, pp. 77-108. Una extensa —e intensa— reflexión sobre estas cuestiones en Ferran GALLEGÓ: *El evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo, 1930-1950*, en prensa.

del que no es posible dar cuenta aquí con el detalle que otras muchas relevantes contribuciones al mismo merecerían.

En el marco de ese debate, en este trabajo se va a sostener el carácter esencialmente católico del falangismo ya desde su misma fundación, lo que facilitó su fusión, sin demasiados problemas de carácter doctrinal, con aquellos otros sectores que confluyeron en el partido único del régimen franquista y que procedían de una tradición nacionalcatólica. El catolicismo fue el cemento que permitió aglutinar a toda la derecha antiliberal y antidemocrática española en un único proyecto político que en poco se diferenciaba —en lo esencial— de las experiencias fascistas europeas del momento. La guerra civil aportó el contexto más adecuado para ese proceso de fusión, y el falangismo emergió en ese momento concreto como la fuerza mejor equipada para constituir el núcleo en torno al cual se desarrollase aquél. Esa posición nuclear del falangismo no habría sido posible sin su carácter esencial e inequívocamente católico. Una matriz católica, por otra parte, que vale también (si no muy especialmente) para los *falangistas revolucionarios* que se organizaron en torno a Serrano Suñer y Dionisio Ridruejo y que protagonizaron la primera gran ofensiva de la posguerra para hacerse con la hegemonía político-cultural en el Nuevo Estado.

* * *

No pretendo volver sobre el debate, a estas alturas definitivamente zanjado, sobre el presunto carácter liberal de aquellos falangistas y de la política cultural que desarrollaron, especialmente en los años en que impulsaron *Escorial*⁹. Ciertamente, que el debate esté zanjado no quiere decir que no haya quien se empeñe en reabrirlo periódicamente, no dándose por enterado de lo que la discusión académica ha dado de sí en los últimos años, y reincidiendo en la aceptación acrítica de lo que los protagonistas de aquella em-

⁹ Véanse, a modo de ejemplo, Gonzalo SANTONJA: *De un ayer no tan lejano (Cultura y propaganda en la España de Franco durante la guerra y los primeros años del Nuevo Estado)*, Madrid, Noesis, 1996, pp. 35-50; Sultana WAHNÓN: *La estética literaria en la posguerra. Del fascismo a la vanguardia*, Amsterdam-Atlanta, Rodopi, 1998, pp. 115-116; Santos JULIÁ: *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004, pp. 333-337, y Francisco MORENTE: *Dionisio Ridruejo. Del fascismo al antifranquismo*, Madrid, Síntesis, 2006, pp. 271-278.

presa dijeron sobre sí mismos muchos años después de protagonizarla. Y así hemos podido leer muy recientemente la enésima reedición de la historia del «gueto al revés» (Laín *dixit*)¹⁰ y de lo muy marginados que estaban en el gobierno de Burgos los falangistas *disidentes* que lo formaban¹¹.

En realidad, ni estaban marginados ni eran disidentes ni, mucho menos, liberales. Eran fascistas de una pieza y tenían un proyecto político, ideológico y cultural bien trabado y que engarzaba total y absolutamente con lo que en aquellos mismos años se estaba proponiendo desde Roma y Berlín. Es por ello, en mi opinión, por lo que no debería analizarse una experiencia como la de *Escorial* atendiendo exclusivamente a los factores de política interna que la explicarían, aun siendo éstos, obviamente, muy importantes. Creo, por el contrario, que hay que entender la creación de la revista y el proyecto que representaba como el más ambicioso intento desarrollado en la España de la posguerra de construir una cultura fascista capaz de devenir una auténtica cultura nacional y, por tanto, una cultura integradora —con los límites que luego se indicarán—. Un proyecto, sin embargo, que se inscribía en una dinámica ideológico-cultural de ámbito europeo que perseguía la imposición de una hegemonía cultural fascista en el continente, y que tenía claros antecedentes en otras experiencias similares de países ideológicamente afines, y singularmente Italia. En ese sentido, en alguna ocasión se ha comparado el proyecto *escorialense* con el que representó en su momento la propuesta cultural de Giovanni Gentile en la Italia de los años veinte¹², o con la que impulsó algo más tarde Giuseppe Bottai desde su revista *Primato. Lettere e arti d'Italia*¹³.

Efectivamente, creo que cabe interpretar, como hizo Santos Juliá en su momento, que el proyecto de *Escorial* respondía a un planteamiento similar al desplegado por Giovanni Gentile, especialmente, aunque no sólo, en torno a la elaboración de la *Enciclopedia*

¹⁰ Pedro LAÍN ENTRALGO: *Descargo de conciencia (1930-1960)*, Barcelona, Barral, 1976, p. 231.

¹¹ Diego GRACIA: *Voluntad de comprensión. La aventura intelectual de Pedro Laín Entralgo*, Madrid, Triacastela, 2010, pp. 255-256.

¹² Santos JULIÁ: *Historias de las dos Españas...*, p. 351.

¹³ Nicolás SESMA LANDRIN: «Propaganda en la alta manera e influencia fascista. El Instituto de Estudios Políticos (1939-1943)», *Ayer*, 53 (2004), pp. 174-175, y Francisco MORENTE: *Dionisio Ridruejo...*, pp. 279-280.

*Italiana*¹⁴. Ambos proyectos compartían la intención de establecer una hegemonía cultural (en íntima conexión con la hegemonía política que se perseguía desde el control del partido único y con la ocupación de cada vez más importantes parcelas de poder en el gobierno, la administración y los diversos organismos del Estado) sobre la base de atraer hacia el proyecto fascista a quienes, sin serlo, podían interpretar su participación en el desarrollo de una política cultural de ese tipo como una colaboración de índole patriótica. Ello implicaba, al menos, dos cosas; por una parte, que la propuesta se hiciese con una cierta amplitud de miras, hablando no sólo para la propia parroquia, sino dirigiéndose a sectores que, viniendo de tradiciones culturales diferentes a la del falangismo, y sin necesidad —como también pasaba en el caso de Gentile— de hacer ninguna declaración de fe en el mismo, estuviesen dispuestos a aceptar el nuevo orden de cosas que se había impuesto al final de la guerra civil. Por otra parte, el éxito de la operación sólo podría alcanzarse si el proyecto cultural que se lanzaba era capaz de mostrarse como un proyecto nacional, no de facción, lo que remitía a la interpretación según la cual Falange —el partido único— era la verdadera representación de la nación y, en esa medida, la cultura que destilaba era una auténtica cultural nacional.

No otro sentido cabe atribuir al tantas veces citado «Manifiesto editorial» del primer número de *Escorial*, y que ha dado lugar a las interpretaciones sobre el carácter integrador de la propuesta de la revista que dirigía Dionisio Ridruejo¹⁵. Pero como se ha recordado también con frecuencia, los límites de esa integración eran muy estrechos y pasaban por la aceptación sin matices del régimen surgido del 18 de julio y de la victoria. Desde ese punto de vista, la propuesta era mucho más restrictiva que la que lanzó Gentile en 1925. Recuérdesse que entonces la mayor parte de la *intelligentsia* italiana seguía en el país y toda ella fue convocada

¹⁴ La más completa aproximación a la figura y la trayectoria intelectual y política de Giovanni Gentile es la de Gabriele TURI: *Giovanni Gentile. Una biografia*, Florencia, Giunti, 1995. El mejor estudio sobre la elaboración de la *Enciclopedia* es también de Gabriele TURI: *Il mecenate, il filosofo e il gesuita. L'«Enciclopedia italiana» specchio della nazione*, Bologna, Il Mulino, 2002.

¹⁵ «Manifiesto editorial», *Escorial*, 1 (noviembre de 1940), pp. 7-12. El texto, aunque apareció sin firma, fue obra de Ridruejo. Puede verse el original mecanografiado en Centro Documental de la Memoria Histórica, Archivo Dionisio Ridruejo, MF/R 5966, leg. 11/3, doc. 16.

a colaborar en la empresa *patriótica* de construcción de una nueva cultura¹⁶. Ciertamente, la llamada era puramente retórica para los intelectuales comunistas, anarquistas y, en buena medida también, socialistas; pero eso no impidió que gran parte de la intelectualidad tanto católica como liberal, así como no pocos intelectuales socialdemócratas, colaborasen con Gentile¹⁷. La situación en la España de la posguerra era bien diferente, con una parte considerable de la *intelligentsia* de izquierdas (así como parte de la liberal y de la identificada con los nacionalismos llamados periféricos) muerta, en la cárcel o en el exilio. Ni que decir tiene que estos intelectuales no eran convocados al proyecto de *Escorial* o, de serlo, no podrían ser admitidos al mismo sin una dosis considerable (y previa) de arrepentimiento. No en vano, en el segundo número de *Escorial* se establecían los límites que eran tolerables en ese arrepentimiento (y se usaba explícitamente esta palabra), no dejando lugar a la duda sobre qué tipo de proyecto cultural era el que se estaba impulsando¹⁸.

A muchos en la nueva España les pareció escandaloso ese intento de atraerse a parte de la intelectualidad que había sido vencida en la guerra, y no digamos los intentos de —por utilizar el término empleado por el propio Ridruejo— *rescatar* a figuras de la cultura republicana como el mismísimo Antonio Machado, por mucho que dicho *rescate* fuese acompañado de la rotunda descalificación de las posiciones políticas del *rescatado* y de su actuación durante la guerra¹⁹. Pero aunque incluso esa *mano tendida* les pareciese a otros un exceso, la actitud de Ridruejo y sus amigos no es suficiente para marcar una raya que diferenciaría, entre la intelectualidad del régimen, el campo de la *comprensión* del campo de la *exclusión*, por utilizar los términos que se harán tan populares en

¹⁶ Ruth BEN-GHIAT: *La cultura fascista*, Bolonia, Il Mulino, 2004 [2001], y Giovanni BELARDELLI: *Il Ventennio degli intellettuali. Cultura, politica, ideologia nell'Italia fascista*, Roma-Bari, Laterza, 2005.

¹⁷ No hay ni que decir que las razones para ello fueron de lo más variadas y que no cabe reducirlas, ni mucho menos, a la identificación ideológica con el proyecto *gentiliano*.

¹⁸ «Advertencia sobre los límites del arrepentimiento», *Escorial*, 2 (diciembre de 1940), pp. 330-332.

¹⁹ Dionisio RIDRUEJO: «El poeta rescatado», *Escorial*, 1 (noviembre de 1940), pp. 93-100.

los años cincuenta²⁰. Ciertamente que Ridruejo, Laín y Tovar (como Torrente Ballester y tantos otros de los del «gueto al revés») se dedicaron andando el tiempo a jugar a esa confusión²¹, pero, una vez más, hay que insistir en que lo que impulsaron durante la guerra y, más aún, en los años que controlaron *Escorial* fue una propuesta totalitaria de organización de la cultura que, precisamente por totalitaria, aspiraba a integrar en su seno toda expresión cultural que pudiese darse en el país. Que eso incluyese a intelectuales con un pasado no inmaculadamente limpio no hacía la propuesta menos fascista, sino justamente todo lo contrario, como demostraría paradigmáticamente el caso de *Primato*.

Tanto *Escorial* como *Primato* buscaban en el fondo objetivos semejantes: la incorporación de los jóvenes intelectuales al proyecto fascista, aceptando la posibilidad de una crítica (incluso descartada) de los elementos del mismo que no funcionaban, siempre y cuando, obviamente, no se cuestionasen sus elementos esenciales²². Una vez más, se trataba de buscar la hegemonía cultural del fascismo a través de una convocatoria en la que se invitaba a partici-

²⁰ Aunque la genealogía de dichos conceptos puede rastrearse más atrás, e incluso entre quienes serían objeto de las andanadas de Dionisio Ridruejo, fue éste quien los colocó en el centro del debate político con su artículo «Excluyentes y comprensivos», *Revista*, 1 (17 de abril de 1952), p. 5.

²¹ Aunque con matices: mientras Ridruejo confesaba algunos años más tarde que, visto en perspectiva, aquel *rescate* de Machado le pareció, como en su momento le criticaron desde el exilio, «una farsa, un falso testimonio, un ardid de gentes aprovechadas que querían sumar y, con la suma, legitimar la causa a la que servían y cuyo reverso era el terror», Torrente Ballester no tenía empacho en afirmar —con Franco ya muerto y con un absoluto desprecio por la verdad— que, en los dos primeros años de *Escorial*, en la revista «convivieron sin lastimarse, republicanos y falangistas, germanófilos, víctimas de la represión de izquierdas y víctimas de la de derechas» y que cuando «un escritor salía de la cárcel, sabía que en *Escorial* sólo se le pedía calidad». La cita de Ridruejo en Dionisio RIDRUEJO: *Escrito en España*, Buenos Aires, Losada, 1964 [1962], p. 19; la de Torrente en Gonzalo TORRENTE BALLESTER: «Escorial en el recuerdo», en Juan BENET et al.: *Dionisio Ridruejo, de la Falange a la oposición*, Madrid, Taurus, 1976, p. 63.

²² Bottai fue uno de los principales defensores de la necesidad de renovación de la clase dirigente del fascismo por la vía de la promoción de las nuevas generaciones socializadas en los principios del régimen; ello exigía, en su opinión, la posibilidad de una amplia libertad de discusión en el seno de las organizaciones juveniles fascistas, cantera de la futura dirigencia; no todos los jefes fascistas, incluyendo a Mussolini, veían las cosas de la misma manera; cfr. Paolo NELLO: «Mussolini e Bottai: due modi diversi di concepire l'educazione fascista della gioventù», *Storia contemporanea*, VIII/2 (1977), pp. 335-366.

par a todos aquellos que desearan contribuir al engrandecimiento cultural del país, sin necesidad de que se declarasen previamente fascistas²³. Lo que había era, en definitiva, un proyecto integrador de opciones ideológicas diversas en la construcción de una cultura nacional que sería por definición fascista²⁴.

Como Bottai en *Primato*, los editores de *Escorial* intentaban dar cuenta de las novedades de la cultura internacional del momento (como es obvio, con atención preferente a la que se elaboraba en los países amigos), hacían una apelación continua a los jóvenes como sujetos protagonistas de la construcción de la nueva España, también en el plano cultural (no hay que olvidar que en el momento de salir la revista, su director, Dionisio Ridruejo, tenía sólo veintiocho años, y que los otros miembros del grupo no eran mucho mayores que él), y pretendían que la revista representase lo mejor de la cultura española en el marco del nuevo orden que se estaba construyendo con las armas en Europa.

La lucha por la hegemonía cultural y política en la posguerra

Además de sus finalidades culturales e ideológicas, la revista debía, por supuesto, cumplir también con objetivos de política interna. Uno no menor fue el de empujar en la dirección de una mayor implicación de España en la guerra europea²⁵; y otro, fundamental, fue el de ser capaz de aglutinar el conjunto de la producción cultural española del momento, poniéndola al servicio del proyecto político que los falangistas *serranistas* impulsaban. Eso, que habitualmente se ha interpretado en términos de abrirse a sectores

²³ Hasta el punto de que, en los meses finales del régimen fascista italiano —y es algo que iba más allá de la intención inicial de Bottai y que sólo puede entenderse en el contexto bélico en el que vivía Italia—, en *Primato*, «fascisti in crisi e antifascisti covivevano lanciando segnali culturali che venivano di fatto a coesistere, possono essere allora davvero letti come “segni dei tempi”»; cfr. Luisa MANGONI: «Civiltà della crisi. Gli intellettuali tra fascismo e antifascismo», en Francesco BARBAGALLO: *Storia dell'Italia repubblicana*, vol. I, *La costruzione della democrazia. Dalla caduta del fascismo agli anni cinquanta*, Turín, Einaudi, 1994, p. 633.

²⁴ Ruth BEN-GHIAT: *La cultura fascista...*, pp. 238-239.

²⁵ Un par de ejemplos, entre muchos posibles: «Ante la guerra» (texto sin firma, a modo de editorial), *Escorial*, 4 (febrero de 1941), pp. 159-164, y Dionisio RIDRUEJO: «Un alto», *Escorial*, 7 (mayo de 1941), pp. 279-280.

más o menos próximos o vinculados a los vencidos en la guerra y a un intento de apropiación espuria de la tradición liberal²⁶, tenía una segunda dirección, normalmente menos observada: la de incorporar también aquellos sectores que, dentro del bando vencedor, podían aparecer como rivales en términos políticos. Eso implicaba abrir las páginas de la revista a un pensamiento más vinculado a sectores ideológicos conservadores y católicos, incluyendo una «importante presencia de teólogos y clérigos en general» entre los autores de la publicación, «así como la preocupación por los temas religiosos, una constante de esta primera etapa de *Escorial*»²⁷. Efectivamente, en *Escorial* colaboraron firmas, ya en la etapa en que la dirección de la revista estuvo en manos del *grupo de Burgos*, que defendían posiciones en absoluto identificables con el falangismo revolucionario del grupo impulsor de la revista. Esa cierta *promiscuidad* intelectual ocurrió también, por cierto, en otras revistas importantes de esos años (y posteriores); así, por ejemplo, en la *Revista de Estudios Políticos*²⁸, o en *Arbor*; y había ocurrido ya en *Jerarquía* (durante la

²⁶ Jordi GRACIA: *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*, Barcelona, Anagrama, 2004, pp. 222-223.

²⁷ Eduardo IÁÑEZ: *No parar hasta conquistar. Propaganda y política cultural falangista: el grupo de Escorial (1936-1986)*, Gijón, Trea, 2011, p. 136. Ejemplos de ello pueden ser artículos como el de J. Corts Grau, «Luis Vives y nosotros» (1, 1940, pp. 53-69); E. Aunós, «El congreso de Viena» (7, 1941, pp. 203-226); Beltrán de Heredia, «La formación intelectual del clero según nuestra antigua legislación canónica (siglos XI-XV)» (7, 1941, pp. 289-298); J. Zaragüeta, «La libertad en la Filosofía de Henri Bergson» (9, 1941, pp. 91-116); B. Ibeas, «Teología y política» (10, 1941, pp. 303-307), o L. Eulogio Palacios, «La formación del intelectual católico» (13, 1941, pp. 215-234). La voluntad de hacer de la revista un lugar de encuentro puede apreciarse en la nota que se adjuntaba a este último artículo: «El transparente y agudo trabajo anterior plantea un problema acuciante para esta hora española; a saber, el de la formación y el estilo del intelectual católico laico y actual. ¿Habría soluciones distintas a las que el autor propugna? Abrimos las páginas de ESCORIAL a cuantos tengan o crean tener algo importante que decir sobre el tema; sin perjuicio de que, ulteriormente a ellas, haga oír su voz la revista misma». Artículos de carácter literario o de temática religiosa fueron confiados de forma regular a escritores conservadores, como Melchor Fernández Almagro, Eugenio Frutos o Jesús Pabón —en el primer caso— o los padres Luis Getino, Eugenio Fernández Almuzara o José López Ortiz. Y es importante destacar la breve, pero muy significativa, colaboración de quien, en la segunda mitad de los cuarenta, será presentado como el líder de las posiciones culturales antifalangistas, Rafael Calvo Serer, que en los números 19 y 20 (1942) publicó sendos estudios sobre el concepto del Renacimiento, uno de los temas de debate cultural y político entre el «modernismo» falangista y el tradicionalismo del Opus Dei.

²⁸ Nicolás SESMA LANDRIN: «Estudio preliminar», en *íd.*: *Antología de la Revista*

guerra) y fue una constante en *Arriba*, el periódico oficial del partido, donde nunca faltaron las firmas incluso de reconocidos rivales (en el plano cultural e intelectual) de los principales intelectuales orgánicos del falangismo.

Y es que, en definitiva, de lo que se trataba era de construir una cultura que integrase al conjunto de quienes habían colaborado en el esfuerzo bélico, aunque, como es obvio, cada grupo de los que habían confluído en el partido único franquista intentase hegemonizar ese modelo cultural. En ese sentido, como ha explicado recientemente Zira Box, la lucha por imponer los propios patrones en la construcción simbólica —es decir, cultural— del Estado Nuevo fue realmente intensa y sin cuartel²⁹. Lo que, sin embargo, no ha de llevarnos a perder de vista que, a pesar de las notables diferencias que podía haber entre los diferentes sectores en liza, los elementos que compartían eran indudablemente más importantes que los que los diferenciaban, algo que, en mi opinión, es frecuentemente minusvalorado cuando se analizan las luchas ideológicas en el seno del régimen franquista. Y es que de lo que se trataba —por parte de todos— era de la construcción de una cultura política del 18 de Julio que integrara los diversos sectores políticos y doctrinales que habían participado en la sublevación; una nueva cultura política que incluía la evolución del nacionalsindicalismo, no en el sentido de su «catolización» —que poca falta le hacía—, sino en el de su capacidad de sintetizar en el discurso falangista todas las corrientes, haciendo de la cultura política del régimen un precipitado de todas ellas, que incluía, naturalmente, lo elaborado por Falange de las JONS durante su periodo constitutivo republicano.

Por supuesto que había diferencias entre el modelo político (y, por tanto, ideológico y cultural) que defendían los intelectuales *serranistas* y el que sostenían los intelectuales vinculados, por ejemplo, a la revista de la época republicana *Acción Española*³⁰. Pero una vez constatado ese hecho, y para poder valorarlo en sus justos térmi-

de Estudios Políticos, Madrid, BOE-Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009, pp. 27-28.

²⁹ Zira Box: *España, año cero. La construcción simbólica del franquismo*, Madrid, Alianza Editorial, 2010.

³⁰ Lo ha explicado con detalle Ismael Saz en *España contra España*; y, más recientemente, y ampliando el foco a otros países en los que se planteó el enfrentamiento entre fascistas y «nacionalistas reaccionarios», en Ismael SAZ: «¿Dónde está el otro? O sobre qué eran los que no eran fascistas», en Joan ANTÓN MELLÓN

nos, creo que hay que plantearse dos cuestiones fundamentales: la primera, si los modelos enfrentados eran o no compatibles entre sí; la segunda, si eso supone una anomalía del franquismo en relación con otros fascismos de aquella época. Para empezar por esta última cuestión, es evidente, desde mi punto de vista, que no. El debate político, cultural e ideológico en la Italia fascista tuvo poco que envidiar en cuanto a dureza al desarrollado en la primera década del régimen franquista —por establecer un marco cronológico donde sea razonable la comparación entre ambos casos—³¹. Pero no sólo en relación con las políticas desarrolladas por Gentile hubo debate, y fuerte. En otros muchos temas, las posiciones que podían representar, por ejemplo, Roberto Farinacci, Giuseppe Bottai o Alfredo Rocco estaban tan alejadas entre sí como las que podían mantener Rafael Sánchez Mazas, Pedro Laín o Jorge Vigón. A su vez, Alfred Rosenberg, Konstantin Freiherr von Neurath o Albert Speer, por ejemplo, representaban visiones de la Alemania nazi francamente diferenciadas³², y no hará falta recordar cómo una de las características del Tercer Reich fue precisamente la incesante lucha entre agencias (del partido y del Estado) por la hegemonía en sus respectivas parcelas, sin que siempre, ni mucho menos, los *auténticos* nazis se llevasen el gato al agua³³. Y eso fue especialmente así en el ámbito educativo y cultural³⁴. Para el fascismo, en definitiva, la he-

(coord.): *El fascismo clásico (1919-1945) y sus epígonos*, Madrid, Tecnos, 2012, pp. 155-190.

³¹ Alessandra TARQUINI: «Gli antigentiliani nel fascismo degli anni Venti», *Storia contemporanea*, XXVII/1 (1996), pp. 5-59.

³² Una aproximación a la trayectoria y el pensamiento de Rosenberg y Speer en Ferran GALLEGÓ: *Todos los hombres del Führer. La elite del nacionalsindicalismo (1919-1945)*, Barcelona, Debate, 2006.

³³ Sobre la cuestión, Peter HÜTTENBERGER: «Policracia nacionalsocialista», *Ayer*, 5 (1992), pp. 159-190; Ian KERSHAW: «“Working Towards the Führer”. Reflections on the Nature of the Hitler Dictatorship», en Christian LEITZ: *The Third Reich*, Oxford, Blackwell, 1999, pp. 231-252; Wolfgang BENZ: *Geschichte des Dritten Reiches*, Múnich, Deutscher Taschenbuch Verlag, 2005 [2000], pp. 64-76; Armin NOLZEN: «Der “Führer” und seiner Partei», en Dietmar SÜß y Winfried SÜß (eds.): *Das «Dritte Reich». Eine Einführung*, Múnich, Pantheon, 2008, pp. 55-76, y Jeremy NOAKES: «Hitler and the Nazi state: leadership, hierarchy, and power», en Jane CAPLAN: *Nazi Germany*, Oxford, Oxford University Press, 2008, pp. 73-98.

³⁴ Un ejemplo, entre muchos posibles, fue la lucha por el control de las cátedras universitarias (tal y como ocurrió también en la España franquista). Ministerio de Educación, rectores y decanos pugnaron por la adjudicación de las cátedras, sin que pudieran evitar las interferencias de los *Gauleiter* del partido, las

terogeneidad no era un elemento que hubiera que controlar ante un permanente riesgo de crisis interna, sino un factor normal en la articulación de un proyecto político de masas, cuyo carácter nacional implicaba la capacidad de construcción de un todo coherente.

Así, en el caso español, la *revolución nacional* suponía, en esencia, materializar un proceso de unidad que, lejos de ser un elemento retórico, se correspondía con una visión de la nación como «unidad de destino» y que, de hecho, había dado ya carácter a la guerra civil: la unidad de todas las fuerzas *nacionales* para proyectar hacia el futuro la tradición española. Una tradición que no podía ser otra que la católica; pero la de un catolicismo que no aceptaba las condiciones propias de la participación de la Iglesia en una sociedad plural, sino que exigía que el Estado fuese católico, que la legitimación de la autoridad se basara en tal supuesto, que la definición del orden político se refiriera a la tradición moderna española, y que la mera defensa de los intereses de la Iglesia fuera sustituida por la construcción de un régimen que asumiera como propios los principios sociales y políticos sostenidos por el catolicismo.

En otro orden de cosas, los modelos que plantearon los falangistas (que, a veces se olvida, eran bastante más que los *serranistas*) no resultaron en absoluto incompatibles con los que defendieron quienes venían de una cultura política nacionalcatólica, y que se podía identificar, en el terreno intelectual, con quienes participaron en la empresa de *Acción Española* durante la Segunda República. Sin duda, como ya se ha señalado anteriormente, entre unos y otros había diferencias, y diferencias importantes³⁵. Sin embargo, esas dife-

organizaciones nazis de estudiantes y profesores, el *Amt* (oficina) de Alfred Rosenberg o la Comisión Universitaria del partido nazi que había creado Rudolf Heß (en abierta competencia a su vez con el *Amt* Rosenberg). En 1939, el Ministerio informó de que, en los dos años anteriores, de las 426 cátedras adjudicadas, 264 habían ido a parar a militantes de alguna organización nazi, lo que, siendo mucho, no oculta que el 38 por 100 de las plazas fueron a parar a aspirantes que no estaban afiliados ni al partido ni a ninguna de sus organizaciones y que, pese a ello, habían contado con los imprescindibles respaldos políticos y académicos para hacerse con la cátedra; cfr. Hellmut SEIER: «Der Rektor als Führer», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 12/2 (1964), pp. 136-137; Aharon F. KLEINBERGER: «Gab es eine nationalsozialistische Hochschulpolitik?», en Manfred HEINEMANN (ed.): *Erziehung und Schulung im Dritten Reich*, vol. II, *Hochschule, Erwachsenenbildung*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1980, p. 16.

³⁵ Como las había entre falangistas y carlistas, los dos grupos políticos principales sobre los que se construyó el partido único. Para algunos autores, esas dife-

rencias nunca les llevaron, ni a unos ni a otros, a romper la baraja, por más que a veces los discursos o los artículos en la prensa anunciaban un inminente ajuste de cuentas final con quienes estaban obstaculizando la culminación de la *revolución nacional* (visto desde el lado falangista) o contra quienes estaban intentando imponer un modelo político poco menos que pagano y ajeno a las esencias españolas (visto desde las filas del monarquismo autoritario y del catolicismo integrista). Pero lo cierto es que tal ajuste de cuentas final nunca se produjo, a diferencia, por cierto, de lo que ocurrió en Alemania en 1934, cuando, allí sí, se pasó de las palabras a los hechos entre sectores que, todos ellos, daban apoyo al régimen; o de las purgas realizadas en el seno del Partido Nacional Fascista desde la crisis de 1925, y que tenían por objetivo asegurar que el partido fuese la garantía del poder de Mussolini, sin dejar de ser, al tiempo, un instrumento subordinado al *Duce* como primer ministro. Y no sólo no se produjo dicho ajuste de cuentas, sino que los integrantes de los bandos enfrentados (suelen reducirse a dos, pero la realidad era, obviamente, mucho más compleja) convivieron, con mayor o menor incomodidad, durante cuatro décadas sin llegar a poner en peligro, nunca, la supervivencia del régimen, ni, sintiéndose derrotados, dar el paso de crear una organización política que luchase desde la oposición por la consecución de su proyecto original. Más importante sería, a medida que se incorporaron a la política o a las tareas culturales las generaciones que no habían hecho la guerra, la construcción de un fluido espacio compartido en el que lo que se deseaba resaltar, como fruto de la propia legitimidad del 18 de Julio, era la unidad entre todos los componentes del régimen y la constitución de una doctrina *común a todos ellos*³⁶.

rencias eran enormes, hasta el punto de poder afirmar que «los puntos comunes de ambos programas eran prácticamente inexistentes, a excepción del antiparlamentarismo y de un cierto organicismo social, entendidos de distinta forma por unos y por otros», lo que, sin embargo, no impidió ni la elaboración de una síntesis doctrinaria ni su convivencia (la de falangistas y carlistas) en el seno de un mismo partido, pues la común fidelidad a Franco y los intereses compartidos por la elite política del régimen habrían estado por encima de sus discrepancias ideológicas; véase Glicerio SÁNCHEZ RECIO: *Sobre todos Franco. Coalición reaccionaria y grupos políticos*, Barcelona, Flor del Viento, 2008, pp. 43-49 y 57-61, la cita textual en p. 46.

³⁶ Véase, paradigmáticamente, Gaspar GÓMEZ DE LA SERNA: «Síntesis y sectarismo en el 18 de Julio», *Revista de Estudios Políticos*, 46 (julio-agosto de 1949), pp. 171-180. Sobre la construcción de discursos incluyentes de las diversas sensibilidades presentes en el régimen en torno al significado de la propia guerra civil, Ja-

Y si el régimen no se resquebrajó internamente no fue por una cuestión de hipocresía política por parte de los supuestamente derrotados que les habría llevado a preferir las poltronas a los ideales (lo que, por otra parte, no es descartable en determinados casos), sino por una cuestión mucho más relevante a los efectos que aquí se plantean. Y es que, como ha explicado muy recientemente y de forma bien argumentada Ferran Gallego³⁷, una buena parte de la *intelligentsia* del régimen (pero también —y esto es más importante— de su clase política y sus bases sociales) había experimentado un proceso de fascistización que se remontaba a los años finales de la República en paz y que se aceleró durante la guerra civil, que había creado un terreno compartido tan amplio que las diferencias que pudiesen subsistir entre los diferentes grupos que constituían la base de apoyo de la dictadura pasaban a ocupar un lugar secundario y, en todo caso, servían fundamentalmente para luchar por parcelas de poder dentro del régimen más que para imponer un sistema diferente del que había salido de la guerra civil o para intentar modificarlo de forma sustancial.

La guerra civil fue el escenario en que ese proceso de fascistización cristalizó a gran escala e hizo posible la creación de un partido único del bando franquista en la contienda³⁸. El proceso de construcción de ese partido ha sido ampliamente estudiado y se han puesto de manifiesto las resistencias que hubo que vencer y los desacuerdos que se produjeron en el momento de la unificación y después de la misma³⁹. No faltaron encontronazos entre falangistas

vier RODRIGO: *Cruzada, Paz, Memoria. La guerra civil española en sus relatos*, Granada, Comares, 2013.

³⁷ Ferran GALLEGU: «Fascismo, antifascismo y fascistización. La crisis de 1934 y la definición política del periodo de entreguerras», en Alejandro ANDREASSI y José Luis MARTÍN RAMOS (coords.): *De un octubre a otro. Revolución y fascismo en el periodo de entreguerras, 1917-1934*, s.l. [Mataró], El Viejo Topo, 2010, pp. 281-354.

³⁸ Ferran GALLEGU: «Sobre héroes y tumbas...»; Javier RODRIGO: «A este lado del bisturí. Guerra, fascistización y cultura falangista», en Miguel A. RUIZ CARNICER (ed.): *Falange. Las culturas políticas del fascismo...*, pp. 143-167.

³⁹ Stanley PAYNE: *Falange. Historia del fascismo español*, Madrid, Sarpe, 1985 [1962], pp. 159-178; Sheelagh ELLWOOD: *Prietas las filas. Historia de Falange Española, 1933-1983*, Barcelona, Crítica, 1984, pp. 96-110; Joan Maria THOMAS: *Lo que fue la Falange. La Falange y los falangistas de José Antonio, Hedilla y la Unificación. Franco y el fin de la Falange Española de las JONS*, Barcelona, Plaza & Janés, 1999, pp. 131-221; ÍD.: «La unificación: coyuntura y proyecto de futuro», en Miguel A. RUIZ CARNICER (ed.): *Falange. Las culturas políticas del fascismo...*, pp. 169-177; José

y carlistas en los distintos escalones del nuevo partido y del Estado, si bien en muy pocas ocasiones derivaron en enfrentamientos armados o violencia física de importancia⁴⁰; pero no es menos cierto que, más allá de quienes ya militaban previamente en las dos organizaciones principales que confluyeron en el partido único, las bases sociales que apoyaban la sublevación militar contra la República se sumaron entusiasmadas al nuevo proyecto, y muchos intelectuales, que venían de tradiciones ideológicas diferentes, entendieron que aquello que ahora nacía era la síntesis integradora de dichas tradiciones y el artefacto más adecuado para hacer frente a la nueva situación que el país estaba viviendo. Y eso valía tanto para un Eugenio Montes o un José Pemartín, que se habían situado en la órbita de *Acción Española* en los años republicanos, como para un Santiago Montero Díaz, *jonsista* que no aceptó la fusión de las JONS de Ramiro Ledesma con la Falange de José Antonio Primo de Rivera (por considerar a esta última escasamente revolucionaria), y que, sin embargo, no dudó en reincorporarse a la política activa en las filas de FET y de las JONS⁴¹. En realidad, a lo largo de la guerra y en los años que la siguieron, la supuesta incompatibilidad entre catolicismo y fascismo era algo que pocos se planteaban, y la asunción de los principios fascistas por significados intelectuales y políticos católicos no fue excepción sino norma. Así, y sin ánimo de agotar nada, intelectuales como José Corts Grau o Juan Beneyto, académicos como Francisco Javier Conde o Luis Legaz Lacambra o políticos como José Ibáñez Martín, provenientes todos ellos de las filas del catolicismo político, no dudaron en teñir

Luis RODRÍGUEZ JIMÉNEZ: *Historia de Falange Española de las JONS*, Madrid, Alianza Editorial, 2000, pp. 283-317, e Ismael SAZ CAMPOS: «Salamanca, 1937: Los fundamentos de un régimen», en *Íd.*: *Fascismo y franquismo*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2004, pp. 125-150 [publicado originalmente, con el mismo título, en *Revista de Extremadura*, 21 (1996), pp. 81-107].

⁴⁰ Alfonso LAZO: *Una familia mal avenida. Falange, Iglesia y Ejército*, Madrid, Síntesis, 2008, pp. 67-68.

⁴¹ La trayectoria de Montero Díaz en Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS: «Comunismo, fascismo y galleguismo “imperial”: La deriva particular de Santiago Montero Díaz», en Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS y Fernando MOLINA APARICIO (eds.): *Los heterodoxos de la patria. Biografías de nacionalistas atípicos en la España del siglo XX*, Granada, Comares, 2011, pp. 169-196, y, más reciente y extensamente, Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS: *La sombra del César. Santiago Montero Díaz, una biografía entre la nación y la revolución*, Granada, Comares, 2012.

sus textos, sus discursos o su acción política del azul mahón nacionalsindicalista⁴².

Eso fue posible, como señalaba anteriormente, por ese proceso de fascistización de la derecha radical que venía produciéndose desde, al menos, 1934 y que, mucho antes del inicio de la guerra civil, había permitido que intelectuales y políticos como José Calvo Sotelo o el propio Ramiro de Maeztu viesan en el fascismo un horizonte no sólo posible, sino auténticamente congruente con la época⁴³. Pero fue posible también porque había un elemento compartido por prácticamente todos los intelectuales que acabarían formando en el bando sublevado y que no era otro que el catolicismo.

⁴² José Corts Grau fue un asiduo colaborador en las revistas culturales y políticas falangistas, como *Escorial* o *Revista de Estudios Políticos*, donde publicó artículos en los que integró el pensamiento católico y el falangista [véase su anteriormente citado «Luis Vives y nosotros», en *Escorial*, o «Motivos de la España eterna», *Revista de Estudios Políticos*, 9-10 (1943), pp. 1-40]. Juan Beneyto fue uno de los principales teóricos del nacionalsindicalismo de posguerra (véanse de este autor *El nuevo Estado español. El régimen nacionalsindicalista ante la tradición y los sistemas totalitarios*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1939, y *Genio y figura del Movimiento*, Madrid, Afrodisio Aguado, 1940). Las aportaciones de Conde a la teoría del caudillaje y a la fundamentación del Estado nacionalsindicalista son de sobra conocidas (cuatro de sus principales contribuciones —sobre la nación, el caudillaje, el Estado y la representación política— quedaron recogidas en el capítulo II, «Cuatro conceptos políticos», de su obra recopilatoria *Escritos y fragmentos políticos*, vol. I, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1974, pp. 319-455]; y otro tanto cabe decir del esfuerzo teórico de Legaz en relación con el sindicalismo vertical (véase su trabajo —en colaboración con Bartolomé ARAGÓN GÓMEZ— *Cuatro estudios sobre sindicalismo vertical*, Zaragoza, Tip. «La Académica», 1939), y, sobre todo, con el Estado nacionalsindicalista (*Introducción a la teoría del Estado Nacionalsindicalista*, Barcelona, Bosch, 1940). Un análisis de la contribución de ambos a la construcción intelectual del Estado franquista, en José Antonio LÓPEZ GARCÍA: *Estado y derecho en el franquismo. El Nacionalsindicalismo*: F. J. Conde y Luis Legaz Lacambra, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1996. Por lo que hace a Ibáñez Martín, su pasado como diputado de la CEDA y su condición de miembro de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas no le impidieron ser el ministro bajo cuyo mandato se aprobó la Ley sobre Ordenación de la Universidad española —LOU— (1943), cuya impronta fascista es, en mi opinión, indiscutible; que no lo hizo en contra de sus más íntimas convicciones queda bien acreditado a poco que se lean con atención algunos de los discursos que pronunció en los años en que la ley se estaba fraguando; véase, a título de ejemplo, su enfervorizada exaltación de Falange en *El sentido político de la Cultura en la hora presente. Discurso pronunciado por el Excmo. Sr. Ministro de Educación Nacional, en el acto de inauguración del año académico 1942-1943, en el Paraninfo de la Universidad Central*, Madrid, octubre de 1942.

⁴³ Véase Ferran GALLEGO: «Sobre héroes y tumbas...», p. 255.

No comparto la interpretación según la cual el falangismo experimentó un proceso de catolización durante la guerra civil, que habría sido paralelo al proceso de fascistización de los sectores monárquicos y católico-autoritarios⁴⁴. Como ya he señalado, creo que esa fascistización de la derecha arranca de mucho antes del inicio de la guerra y, de hecho, ya se estaba acelerando rápidamente desde el triunfo del Frente Popular⁴⁵, por lo que la guerra civil no hizo sino dotar al proceso de una radicalización y extensión que de otro modo hubiese necesitado bastante más tiempo para producirse en la misma escala⁴⁶. De la misma manera, creo que el componente católico de Falange es incuestionable desde el momento mismo de su fundación, y no sólo como un elemento más o menos epidérmico, sino como parte sustancial de su ideario y de su cosmovisión, en la medida que Falange dispusiese antes de la guerra de algo semejante. Para comprobar tal afirmación, basta con leer los editoriales del semanario *Arriba* (1935-1936) o las secciones «Consigna» y «Guiones» —que funcionaban a modo de editorial— del semanario *F.E.* (1933-1934), donde lo católico no sólo está omnipresente, sino que forma uno de los pilares fundamentales del discurso falan-

⁴⁴ Ismael SAZ CAMPOS: *España contra España...*, pp. 160-161 y 405-406, y Zira BOX: *España, año cero...*, p. 362.

⁴⁵ Y la mejor prueba de ello fue la facilidad con la que se produjo un trasvase en masa de militantes de las diversas organizaciones de la derecha antirrepublicana hacia Falange en la primavera de 1936; Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: *Contrarrevolucionarios. Radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República, 1931-1936*, Madrid, Alianza Editorial, 2011, p. 358; Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS: «La trayectoria de un recién llegado. El fracaso del fascismo español», en Fernando DEL REY: *Palabras como puños. La intransigencia política en la Segunda República española*, Madrid, Tecnos, 2011, p. 518. Alfonso Lazo ha señalado cómo en Andalucía y Extremadura (donde los historiadores han podido documentar el proceso) la militancia de Falange se incrementó en un 46 por 100 entre las elecciones de febrero de 1936 y el inicio de la guerra civil, y ello pese a encontrarse el partido en la clandestinidad; cfr. Alfonso LAZO: *Una familia mal avenida...*, pp. 48-49. Igualmente, Sid Lowe ha documentado la radicalización de las bases cedistas y, muy especialmente, la rápida fascistización de las de la Juventud de Acción Popular tras la derrota de las derechas en febrero de 1936; véase Sid LOWE: *Catholicism, War and the Foundation of Francoism: The Juventud de Acción Popular in Spain, 1931-1939*, Eastbourne, Sussex Academic Press, 2010.

⁴⁶ Todo lo cual no impide destacar el papel específico que desempeñó Falange en el proceso unificador, como no dejaron de recordar insistentemente sus dirigentes en los años cuarenta; cfr. José Antonio GIRÓN: «La Falange en la guerra y en la victoria de España», *Arriba*, 1 de abril de 1943 (en José Antonio GIRÓN: *Escritos y Discursos*, vol. I, Madrid, Altamira, 1952, pp. 79-84).

gista⁴⁷. No se trata sólo de la reiteración de conceptos religiosos en el discurso político⁴⁸, o del carácter religioso con el que se identificaba el fervor militante de los falangistas⁴⁹, ni siquiera de la conocida —y repetida hasta la saciedad— condición de mitad monjes mitad soldados que identificaba a los militantes del partido⁵⁰. Es mucho más que eso. Es la constatación de que para los falangistas el amor a Dios estaba incluso por encima del amor a la patria; la religión, por tanto, por encima de la nación. «Amamos a la Patria, como ella debe ser amada, la primera después de Dios», escribía en 1934 Sánchez Mazas⁵¹, y tan lapidaria afirmación aparecía como consigna del partido, en su órgano de expresión. No era la simple opinión de un militante, era la posición oficial de la organización, y contaba con el aval indiscutible del fundador, José Antonio Primo de Rivera. Por supuesto, en la dirección del partido (y sin duda entre la militancia) había otras opiniones al respecto, empezando por la de Ramiro Ledesma⁵². Pero lo sustancial aquí es lo que aparecía ante la opinión pública como doctrina falangista en re-

⁴⁷ Los textos, que aparecen siempre sin firma, eran obra de Rafael Sánchez Mazas, uno de los fundadores de Falange, amigo íntimo y hombre de confianza de José Antonio Primo de Rivera, además de pieza fundamental en la elaboración doctrinal del falangismo de preguerra. Los textos fueron recopilados años más tarde por el propio Sánchez Mazas (con pequeñas correcciones ortográficas y variaciones de estilo) en el libro *Fundación, hermandad y destino*, Madrid, Ediciones del Movimiento, 1957. He analizado a fondo esta cuestión en FRANCISCO MORENTE: «Rafael Sánchez Mazas y la esencia católica del fascismo español», en Miguel Ángel RUIZ CARNICER (ed.): *Falange. Las culturas políticas del fascismo...*, pp. 109-141.

⁴⁸ «Hora expiatoria», *Arriba*, 33 (23 de febrero de 1936).

⁴⁹ «Valladolid», *F.E.*, 9 (8 de marzo de 1934).

⁵⁰ «Fundación», *F.E.*, 12 (26 de abril de 1934), y «Hermandad», *Arriba*, 8 (9 de mayo de 1935).

⁵¹ «Valladolid», *F.E.*, 9 (8 de marzo de 1934).

⁵² Esta convivencia de perspectivas tan diferentes es consustancial al fascismo y no una anomalía del español. Ledesma podía encajar mejor que nadie en esa interpretación del fascismo que destaca especialmente sus aspectos modernistas; véase, entre otros, Roger GRIFFIN: *The Nature of Fascism*, Londres, Routledge, 1993, e íd.: *Modernismo y fascismo. La sensación de comienzo bajo Mussolini y Hitler*, Madrid, Akal, 2010 [2007]. Sin embargo, hubo muchos fascistas, y no sólo en España, cuyo discurso no se alejaba demasiado del que sostenían otros grupos de la extrema derecha nacionalista de corte reaccionario. Sánchez Mazas era uno de ellos y, salvo que cuestionemos su condición de fascista (lo que, teniendo en cuenta su anteriormente señalada relevancia en la elaboración del discurso falangista, debería llevar también a reconsiderar el carácter del partido), habrá que asumir que el fascismo *también* era eso, y que era capaz de incorporar modernismo y tradición, en

lación con la Iglesia y el catolicismo. Y lo que decían los editoriales de la prensa falangista era que Falange era la verdadera defensora de la religión católica en España, muy por delante de los otros partidos de derechas (con la excepción quizás de los tradicionalistas), cuya defensa del catolicismo (escribían los falangistas) quedaba siempre subordinada a la defensa de sus intereses mezquinos y de facción⁵³. Dios era el «ordenador» del mundo y sin él los falangistas no concebían «la naturaleza ni la historia»⁵⁴. Lo católico, en fin, formaba parte esencial —junto con «lo cesáreo»— de la nación, en tanto que «unidad de destino»⁵⁵.

Ciertamente, Falange se distinguía de otras fuerzas de la derecha antirrepublicana en la defensa de una clara separación de Iglesia y Estado; pero entendía tal principio como la continuación de lo que había sido habitual en las pasadas épocas de grandeza de España, empezando por la que protagonizaron los Reyes Católicos y el cardenal Cisneros⁵⁶. Por otra parte, que el Estado y la Iglesia debiesen permanecer en sus respectivos campos de actuación sin inmiscuirse en los del otro no implicaba, ni mucho menos, que el primero se desentendiera de la protección de la segunda. Todo lo contrario. Falange garantizaba que nadie iba a defender mejor que ella los derechos de la Iglesia, incluyendo algo tan fundamental para ésta como la existencia de una educación eminentemente católica. En un discurso en Toro en 1935, Sánchez Mazas anunció el inquebrantable compromiso de Falange con «la reforma de la escuela y de la escuela con Cristo, que debe ser el enlace cordial e intelectual de la moral y la cultura civiles con la moral y la cultura de la Iglesia»⁵⁷.

Falange, por tanto, no necesitó catolizarse durante la guerra⁵⁸; por el contrario, la posición central que ocupaba el catolicismo en

una síntesis compleja y cambiante, pero con una extraordinaria capacidad de atracción política.

⁵³ Los ejemplos de todo ello serían interminables; una muestra: «Sobre unas sonrisas escépticas», *Arriba*, 27 (9 de enero de 1936); «¡Arriba España!», *Arriba*, 31 (6 de febrero de 1936), y «El doble mitin de la Falange en la Capital de España», *Arriba*, 31 (6 de febrero de 1936), pp. 2 y 3.

⁵⁴ «Extrema experiencia», *Arriba*, 21 (28 de noviembre de 1935).

⁵⁵ «Fundación», *F.E.*, 12 (26 de abril de 1934).

⁵⁶ Rafael SÁNCHEZ MAZAS: «Cuarto centenario de la toma de Túnez», *Arriba*, 7 (2 de mayo de 1935), p. 6.

⁵⁷ «Esquema de una política de aldea», *Arriba*, 6 (25 de abril de 1935).

⁵⁸ Ciertamente, sus rivales políticos en el bando sublevado no dejaban de sembrar dudas interesadas sobre la posición de Falange en relación con el catolicismo,

el pensamiento de su fundador y principal dirigente hasta 1936⁵⁹, junto con el carácter fascista del partido, colocó a Falange, en la coyuntura bélica española y en el marco de la correlación de fuerzas internacional en el que se produjo la guerra civil, con Alemania e Italia volcadas en la ayuda al bando franquista, en la mejor posición para que fuese en torno a ella (y no en torno a la Comunión Tradicionalista, por ejemplo) como se articulase el partido unificado⁶⁰. Desde luego, no parece casual que los 26 puntos del programa de FET-JONS fuesen los mismos 26 puntos de la Falange republicana —el 27, que hacía referencia a los pactos, fue suprimido por razones obvias—, o que fuesen falangistas quienes ocupasen en buena medida los cargos dirigentes —en los diversos niveles de su estructura— de la nueva organización. Luego, en los

y ello contra toda evidencia, como la que suponía, y no era simplemente una anécdota, el grupo de falangistas —íntima y, en algún caso, exaltadamente católicos— agrupados en torno al «cura azul» y su revista *Jerarquía*. El mismo Yzuriaga se empleó con notable y reiterada contundencia para desmentir tales acusaciones: «La Falange es medularmente católica. Desde aquel año 33 en que me enfrenté con el corazón ardiente de José-Antonio [sic], hasta estos mismos días en que sigue implacable y turbia la campaña contra la Falange sobre su pretendida acatolicidad y paganismo, os confieso que he sufrido mucho [...] El alma, pues, la libertad, la gracia y la ley son las integrales de la vida católica del hombre. Debajo de esta doctrina poned al hombre de la Falange...»; cfr. Fermín YZURDIAGA: *Discurso al silencio y voz de la Falange. Pronunciado en Vigo. Diciembre 1937*, 5.^a ed., s.l., Editorial Jerarquía, s.a., pp. 13 y 15.

⁵⁹ Son innumerables y bien conocidos los textos de José Antonio Primo de Rivera en los que vincula Falange (de hecho, el fascismo) y catolicismo. Esto es lo que permitió que, andando el tiempo, y en función de las necesidades de reformulación teórica del franquismo, alguno de los principales teóricos del Estado nacional-sindicalista pudiese afirmar «que la línea lógica del pensamiento de JOSÉ ANTONIO [sic] desemboca en soluciones que están más cerca de las del tradicionalismo orgánico y evolutivo que de las fascistas y totalitarias»; cfr. Luis LEGAZ Y LACAMBRA: «La idea del Estado en Donoso Cortés y Vázquez de Mella», en *Horizontes del pensamiento jurídico (estudios de Filosofía del Derecho)*, Barcelona, Bosch [1947], p. 335. El texto corresponde a una conferencia pronunciada por Legaz en la Universidad de Santiago el 23 de febrero de 1944; sin que le temblase el pulso, en el mismo libro citado, Legaz reproducía el texto «La teoría pura del derecho y el pensamiento político de José Antonio Primo de Rivera» (pp. 297-309), escrito en 1939, en el que Legaz identificaba a Primo de Rivera como inequívocamente fascista, aunque resaltando los elementos propiamente españoles que lo singularizaban con respecto a los fascistas italianos y a los nazis.

⁶⁰ Una interpretación similar sobre el carácter católico de Falange y la forma en que ello contribuyó a facilitar el proceso de unificación en José ANDRÉS-GALLEGO: *¿Fascismo o Estado católico?...*, p. 34.

años de la posguerra, con la *Wehrmacht* desplegándose victoriosa por los campos de toda Europa, a la centralidad de ese falangismo de matriz católica se le sumaron las ventajas que se podían derivar de la identificación ideológica con quienes estaban definiendo el nuevo orden europeo. Y es en ese contexto en el que se produce la ofensiva política del falangismo *serranista* (no exento de apoyos en otros sectores falangistas) y la propuesta ideológico-cultural que subyacía en la creación de *Escorial*.

Esa ofensiva política acabó como todo el mundo conoce⁶¹, pero no creo que eso supusiese ni el fin de los proyectos falangistas ni su derrota en términos culturales⁶². En los años siguientes, desde otros laboratorios de creación de pensamiento y cultura (como la *Revista de Estudios Políticos*, bien analizada por Nicolás Sesma)⁶³ se siguió trabajando en una propuesta que, manteniendo lo esencial del discurso falangista, integraba también elementos de otras procedencias culturales. Y no como una actitud puramente defensiva, sino como parte de la construcción de una cultura de matriz falangista pero capaz, al tiempo, de cobijar otras sensibilidades⁶⁴. Así, no fue en absoluto casual, como apunta Ferran Gallego en un trabajo reciente, el interés que la *intelligentsia* y la academia identificada con

⁶¹ La crisis política de mayo de 1941 y la derivada de los sucesos de Begoña en agosto de 1942 han sido extensamente analizadas en algunas de las obras ya citadas anteriormente (Payne, Ellwood, Thomàs, Rodríguez Jiménez...). Una reciente aproximación a la de 1941, en el marco de una interpretación de la evolución del franquismo a partir de las crisis políticas que protagonizaron falangistas y nacional-católicos, en Ismael SAZ: «Mucho más que crisis políticas...», pp. 144-146.

⁶² Salvo que se identifique, abusivamente, el falangismo con aquel sector del partido que se había organizado en torno a Serrano Suñer; y ni siquiera en ese caso podría hablarse de derrota definitiva, como pondría de manifiesto la reaparición de muchos antiguos *serranistas* en la primera línea de la lucha política en la primera mitad de los años cincuenta. De hecho, para algún autor, como Antonio Cazorla, puede hablarse incluso de una vigorización de Falange tras la caída de Serrano, aunque en el marco —en su interpretación— de un partido débil y subordinado al Estado; véase Antonio CAZORLA SÁNCHEZ: *Las políticas de la victoria. La consolidación del Nuevo Estado franquista (1938-1953)*, Madrid, Marcial Pons, 2000, p. 36.

⁶³ Nicolás SESMA LANDRIN: «Estudio preliminar»..., pp. 15-114.

⁶⁴ Como ha explicado Sesma, la *Revista de Estudios Políticos* cobijó en sus páginas —e incorporó a sus órganos de redacción— a destacados intelectuales provenientes de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, sin que ello la desviase «nunca por completo de su originaria orientación falangista de raíz orteguiana»; Nicolás SESMA LANDRIN: «Estudio preliminar»..., pp. 26-28, la cita textual en p. 28.

el falangismo dedicó en esos años a la Historia de la España Moderna y a los elementos católicos del Imperio, en tanto que esencia de la nación española pero también de su universalidad⁶⁵. No se trató de un descubrimiento tardío de los intelectuales falangistas, sino de la expresión de un rasgo firmemente asentado en su herencia ideológica, que no se limitaba, como algunos falangistas quisieron presentar cuando la ocasión lo requirió, al magisterio de Ortega y un cierto regeneracionismo en la estela del noventa y ocho, sino que respondía a una genealogía bastante más amplia y en la que el pensamiento católico no estaba ausente en absoluto⁶⁶.

⁶⁵ Ferran GALLEGO: «Construyendo el pasado. La identidad del 18 de Julio y la reflexión sobre la Historia Moderna en los años cuarenta», en Ferran GALLEGO y Francisco MORENTE (eds.): *Rebeldes y reaccionarios. Intelectuales, fascismo y derecha radical en Europa*, s.l. [Mataró], El Viejo Topo, 2011, pp. 281-337.

⁶⁶ Véase, por ejemplo, la influencia de Menéndez Pelayo en diversos dirigentes falangistas de preguerra en Antonio SANTOVEÑA SETIÉN: *Menéndez Pelayo y las derechas en España*, Santander, Ayuntamiento de Santander y Ediciones de Librería Estudio, 1994, pp. 177-196. Como es bien conocido, Onésimo Redondo no dudó en calificar (en un artículo de 1933) a Menéndez Pelayo como «padre del nacionalismo revolucionario»; cfr. Onésimo REDONDO: «Nación, patria y unidad», *F.E. Doctrina del Estado Nacionalindicalista*, segunda época, 2 (enero-febrero de 1938), p. 149. Y, ya en la posguerra, no escaseó precisamente la atención hacia el cántabro por parte de destacados nacionalindicalistas como, por ejemplo, Pedro Laín Entralgo (*Menéndez Pelayo. Historia de sus problemas intelectuales*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1944) o Antonio Tovar (véanse la recopilación de textos y el prólogo de Tovar en Marcelino MENÉNDEZ PELAYO: *La conciencia española*, Madrid, Epesa, 1948). La intención de *rescate* falangista de Menéndez Pelayo no pudo ser expresada más claramente por Pedro Laín en un texto en el que anunciaba su propósito de escribir el libro referenciado en esta misma nota: «Seguirá a este cuaderno un capítulo sobre Menéndez y Pelayo. Aspiro en él a dar una imagen limpia, clara y amorosa del gran historiador, tan maltratado por turbios entusiasmos como por helados desvíos. Nada dolerá tanto a su alma, allá en su segura gloria —la cual, en su caso, no sería nunca completa sin el consabido agujero para ver constantemente a España, a su España— como saberse invocado y aun esgrimido por los que no supieron entenderle»; cfr. Pedro LAÍN ENTRALGO: *Sobre la cultura española. Confesiones de este tiempo*, Madrid, Editora Nacional, 1943, p. 15. Por su parte, Juan Beneyto no dudaba en buscar en Vázquez de Mella una de las raíces de la interpretación falangista del Estado: «... Su concepción de la Nación frente al Estado, considerando a éste cual fiel servidor de aquélla, ¿no es el concepto que la Falange ha recogido del Estado como “instrumento totalitario al servicio de la integridad de la patria”?»; cfr. Juan BENEYTO PÉREZ: «Prólogo», en *Vázquez de Mella (antología)*, Madrid, Breviarios del Pensamiento Español, Ediciones Fe, 1939, p. 10.

*La penetración del Liberalismo Neoclásico en las Políticas de Gestión Económica Estadounidenses (1969-1971)**

David Sarias Rodríguez

Universidad San Pablo-CEU

Resumen: Este artículo reexamina la evolución de un grupo de economistas liberal neoclásicos de perfil tecnocrático liderados por Milton Friedman dentro del movimiento conservador norteamericano y la estrategia que siguieron para acceder a puestos de alta responsabilidad en el ejecutivo de Richard Nixon. Asesorado por estos economistas, Nixon inició un proceso calculado para alterar significativamente los parámetros que constreñían la gestión económica del Estado *antes* de que procesos de mal funcionamiento estructural facilitaran la introducción de reformas. Ejerciendo el poder, estos economistas transformaron la percepción del liberalismo neoclásico, cambiaron la naturaleza del movimiento conservador y condicionaron la evolución subsecuente de las economías avanzadas.

Palabras clave: monetarismo, movimiento conservador norteamericano, gestión económica, neoliberalismo, Richard Nixon.

Abstract: This article re-examines the evolution of a group of liberal neoclassical economists within the American conservative movement and the strategy they followed to gain access to positions of high responsibility in the Nixon administration. After these economists' advice Nixon initiated a process calculated to significantly alter the es-

* Este artículo ha sido posible gracias a la asistencia del proyecto de investigación HAR2010-21694/HIST, del Plan Nacional de I+D+I (2011), Ministerio de Economía y Competitividad, el History Department, University of Sheffield, la Gerald R. Ford Foundation, la Royal Historical Society y el Guilder Lehrman Institute for American History.

tablished parameters constraining public economic policy *before* the effects of structural phenomena facilitated the introduction of reforms. Through the exercise of power, these economists transformed the perception of classical liberalism, changed the nature of the conservative movement and conditioned the subsequent evolution of the advanced economies.

Keywords: monetarism, American conservative movement, economic policy, neoliberalism, Richard Nixon.

Entre 1969 y 1973, Richard Nixon ensayó un nuevo mensaje político y formas de gestión pública novedosas. Su administración supuso el primer paso en la senda que llevó a la sustitución de formas de gestión pública liberal-progresistas entonces dominantes por una nueva «síntesis» basada en principios filosóficos, políticos y económicos conservadores¹. Este artículo se centra en el aspecto económico, visto aquí como algo más que el resultado caótico del oportunismo electoralista nixoniano². Tal y como los politólogos de los años ochenta intuyeron, la mayor apertura de las fuentes orales y, ante todo, el registro de archivos escritos inaccesibles hasta fechas recientes, y en algunos casos aún sin catalogar, permiten al historiador ratificar que, aunque el oportunismo abundó en la gestión de Nixon, tanto ésta como sus consecuencias fueron poderosamente influidas por los puntos de vista filosóficos e ideológicos del presidente y de sus principales asesores³. Estas páginas examinan los

¹ Matthew LASSITER: *The Silent Majority: Suburban Politics in the Sunbelt South*, Princeton, Princeton University Press, 2006; Bruce J. SCHULMAN y Julian E. ZELIZER (eds.): *Rightward Bound: Making America Conservative in the 1970s*, Cambridge MA, Harvard University Press, 2008; David SARIAS: «Las primarias republicanas de 1968: Richard Nixon y la modernización del conservadurismo sureño», *Historia y Política, Ideas, Procesos y Movimientos sociales*, 20 (2008), pp. 293-312; Robert MASON: *Richard Nixon and the Quest for a New Majority*, Chapel Hill NC, University of North Carolina Press, 2004, y Rick PERLSTEIN: *Nixonland: The Rise of a President and the Fracturing of America*, Londres, Scribner, 2008.

² Allen J. MATUSOW: *Nixon's Economy: Booms, Busts, Dollars and Votes*, Lawrence KA, University Press of Kansas, 1998, y Stephen M. WEATHERFORD: «The Interplay of Ideology and Advice in Economic Policy: The Case of Political Business Cycles», *The Journal of Politics*, vol. 49, 4 (1987), pp. 925-952.

³ John S. ODELL y Thomas WILLETT (eds.): «Introduction to International Monetary Cooperation, Domestic Politics and Policy Ideas», *Journal of Public Policy*, vol. 8, 3/4 (1988), p. 229; John S. ODELL: «The US and the Emergence of Flexible Exchange Rates: An Analysis of Foreign Policy Change», *International Organisation*,

mecanismos de circulación de ideas desde la esfera académica y teórica hasta los círculos de la alta política al tiempo que revalúan las asunciones aceptadas que han minimizado el papel de Nixon en la consolidación del conservadurismo norteamericano centrándose, casi en exclusiva, en la trayectoria de Ronald Reagan y del candidato republicano a la presidencia en 1964 Barry Goldwater⁴.

El movimiento conservador norteamericano se componía de al menos seis sub-familias epistémicas: tradicionalistas, conservadores sureños, liberales neoclásicos, neoconservadores, conservadores «organizacionales» del American Enterprise Institute y los jóvenes turcos de la «nueva derecha». Cada uno de estos grupos operaba de forma autónoma pero todos estaban unidos entre sí por vínculos organizativos, coincidencias ideológicas e intereses políticos compartidos (notablemente la aspiración a influir en el Partido Republicano). En 1968, cuando Nixon trataba de alcanzar la presidencia, el liderazgo conservador todavía residía en el autoproclamado «núcleo duro» de intelectuales tradicionalistas reunidos alrededor de las páginas del semanario *National Review*, encabezado por su editor jefe William F. Buckley (*ergo* también conocidos como *buckleyites*)⁵. Aunque eficientes en la discusión intelectual,

vol. 33, 1 (1979), pp. 57-81, p. 58, e íd.: *US International Monetary Policy. Markets, Power and Ideas as Sources of Change*, Princeton, Princeton University Press, 1982. Los archivos de Milton Friedman —en particular las secciones aún sin catalogar— contienen valiosos memorandos y comunicaciones internas de la campaña presidencial y subsecuente administración Nixon.

⁴ Sarah Katherine MERGEL: *Conservative Intellectuals and Richard Nixon: Re-thinking the Rise of the Right*, Nueva York, Palgrave, 2010; Godfrey HODGSON: *The World Turned Right Side Up: A History of the Conservative Ascendancy in America*, Boston, Houghton Mifflin, 1996; José María MARCO: *La Nueva Revolución Americana*, Madrid, Ciudadela, 2007; Michael SCHALLER: *Right Turn: American Life in the Reagan-Bush Era 1980-1992*, Nueva York, Oxford University Press, 2007; Jean HADDISTY: *Mobilizing Resentment: Conservative Resurgence from the John Birch Society to the Promise Keepers*, Boston, Beacon Press, 1999; John MICKLETHWAIT y Adrian WOOLDRIDGE: *The Right Nation: Conservative Power in America*, Nueva York, Penguin, 2004; Jerome L. HIMMELSTEIN: *To the Right: The Transformation of American Conservatism*, Berkeley, University of California Press, 1990; James A. HUIYA: «The Conservative 1960s», *Journal of American Studies*, 37, 2 (2003), pp. 201-227; Joan HOFF: *Nixon Reconsidered*, Nueva York, Basic Books, 1994, y David GREENBERG: *Nixon's Shadow: The History of an Image*, Nueva York, Norton, 2003.

⁵ «Publisher Statement», *National Review*, 19 de noviembre de 1955, p. 5. Acerca del uso del término «movimiento» véase Donatella DELLA PORTA y Mario DIANI: *Social Movements, An Introduction*, Oxford, Blackwell, 2006.

este grupo no podía ofrecer alternativas de gestión pública creíbles, coherentes y listas para ser implementadas. Esta labor recaería en un grupo de economistas liberales neoclásicos que operó en el seno de la administración, constituyéndose como el primer segmento del movimiento capaz de actuar en positivo desde dentro del ejecutivo para diseñar y desarrollar nuevas formas de gestión pública basadas en el canon conservador⁶.

Las opciones que los neoliberales impulsaron y fueron adoptadas por Richard Nixon tuvieron una importancia crítica y fueron tan fundamentales como fenómenos «estructurales» que o aún no eran totalmente entendidos u ocurrieron *después* de que Nixon adoptara algunas de sus reformas más importantes. La intratable *estanflación* de los años setenta o la expansión incontrolable del coste asociado a los proyectos asistenciales diseñados por la administración del presidente Lyndon Johnson en el marco de la *Great Society* sin duda contribuyen a explicar el desplazamiento sostenido de los gestores públicos hacia posturas distintas a las previamente dominantes. No obstante, con sus acciones, Nixon contribuyó a que la narrativa económica conservadora pasara del plano teórico y una posición de marginación académica a ser la base de un programa de acción presidencial y a que la elite dirigente norteamericana adoptara como propias posturas asociadas con paradigmas liberal-neoclásicos. Consecuentemente, esas narrativas serían más tarde readoptadas o mantenidas por administraciones subsecuentes con menos resistencia política y social de lo que habría cabido esperar. El éxito inmediato de las iniciativas neoliberales adoptadas por la Casa Blanca de Nixon fue limitado, pero su gestión alteró tanto el lenguaje gubernamental como el marco ideológico en el que las autoridades públicas debían operar. Parafraseando la conclusión de dos historiadores acerca de Reagan, los neoliberales de Nixon lograron «cambiar los

⁶ Theodore ROSENOF: «Freedom, Planning and Totalitarianism: The Reception of F. A. Hayek's *The Road to Serfdom*», *Canadian Review of American Studies*, 5, 2 (1974), pp. 149-165; George H. NASH: *The Conservative Intellectual Movement in America Since 1945*, Wilmington DE, Intercollegiate Studies Institute, 1998, pp. 47-49; Mark A. SMITH: *The Right Talk: How Conservatives Transformed the Great Society into the Economic Society*, Princeton, Princeton University Press, 2007, pp. 99-100; Nick BOSANQUET: *After the New Right*, Londres, Heinemann, 1983, pp. 26-42; Richard COCKETT: *Thinking the Unthinkable: Think-Tanks and the Economic Counter-Revolution*, Londres, HarperCollins, 1994, pp. 9-121, y Andrew GAMBLE: *Hayek: The Iron Cage of Liberty*, Cambridge, Polity Press, 1996.

parámetros *simbólicos* de la política económica» del gobierno federal⁷. Más allá de cuestionar la Gran Sociedad del presidente Johnson y las formas de gestión económica keynesianas imperantes, la administración Nixon inició el proceso de aceptación de formas alternativas de gestión económica, entre las que destacaron las prescripciones propias del monetarismo frente a la inflación y la aceptación de mercados monetarios internacionales desregulados⁸. Paralelamente, la penetración neoliberal en la administración Nixon también transformó las dinámicas internas del movimiento conservador: el prestigio y la experiencia asociados al ejercicio del poder elevaron el estatus de los neoliberales, alejándolos de la posición subordinada que habían venido ocupando frente al tradicionalismo en el seno de un movimiento más diverso y fragmentado.

El liberalismo neoclásico y el movimiento conservador

Filosóficamente, el movimiento conservador estadounidense de posguerra se componía de dos narrativas ideológicas claramente diferenciadas: tradicionalismo y liberalismo neoclásico. La primera ancla su visión social en la búsqueda de una «sociedad virtuosa» en la que el Estado, mediante su poder de coerción, promueve y preserva ciertas formas de comportamiento basadas, según la luminaria tradicionalista Russell Kirk, en la «intención divina» y «el respeto por los hábitos establecidos y el apego por la continuidad»⁹. El liberalismo neoclásico, por su parte, ofrece una visión social centrada en la libre interacción entre individuos. Desde esta óptica, el principal mecanismo legítimo de coerción son las sanciones sociales aplicadas mediante los mercados y cualquier expansión del Estado más allá de sus funciones esenciales constituye en sí misma una violación del principal bien social: la autonomía del individuo libre. Según la descripción comúnmente aceptada del movimiento

⁷ Kenneth HOOVER y Raymond PLANT: *Conservative Capitalism in Britain and the United States. A Critical Appraisal*, Londres, Routledge, 1989, p. 7.

⁸ Sean WILENTZ: *The Age of Reagan: A History 1974-2008*, Nueva York, HarperCollins, 2008, p. 23, y Mark BLYTH: *Great Transformations: Economic Ideas and Institutional Change in the Twentieth Century*, Nueva York, Cambridge University Press, 2002, pp. 129-132.

⁹ Russell KIRK: *The Conservative Mind From Burke to Santayana*, Chicago, Henry Regnery Co., 1953, pp. 7 y 200-201.

conservador y primero expuesta por el escritor George H. Nash, entre mediados de los años cincuenta y finales de los setenta, el movimiento era, esencialmente, un difícil matrimonio entre estas dos tradiciones filosóficas, unidas por los hercúleos esfuerzos de síntesis «fusionista» llevados a cabo por los *buckleyites*¹⁰.

Ésta es una narrativa iluminadora en tanto uno se centre en el desarrollo del conservadurismo intelectual propuesto por *National Review*. No tanto, sin embargo, si se expande el objeto de análisis al resto del movimiento. Esta hipótesis oscurece el hecho de que, tras 1945, los neoliberales desarrollaron una rica vida intelectual, política y organizativa independiente mediante instituciones como la Mont Pelerin Society o la Foundation for Economic Education¹¹. Contrariamente a la asunción implícita en buena parte de la literatura, los intelectuales de la *Review* se limitaron a reajustar corrientes de pensamiento y actitudes preexistentes a las realidades del mundo de posguerra. Por otro lado, los debates que ocupaban a la *National Review* acerca del equilibrio entre la sociedad «virtuosa» y «libre» parecen haber tenido un escasísimo impacto en la comunidad neoliberal¹². En lugar de «fusionar» tradicionalismo y liberalismo neoclásico, Buckley y sus acólitos fueron más «partidarios» de lecturas tradicionalistas y de excomulgar a aquellos neoliberales excesivamente independientes¹³.

¹⁰ Godfrey HODGSON: *World Turned...*, pp. 44-45 y 51.

¹¹ Entrevista del autor con David Keene 24 de agosto de 2005, Washington; James GATSBY: «Seeds of Schism on the Right», *The New Republic*, 5 de marzo de 1962; David Friedman to Frank Meyer, 1 de diciembre de 1969, f. YAF, caja 66, William F. Buckley Jr. papers, Manuscripts and Archives, Yale University Library (en adelante WFB papers); Alan CRAWFORD: *Thunder on the Right: The «New Right» and the Politics of Resentment*, Nueva York, Pantheon Books, 1980, p. 97; James REICHLEY: *Conservatives in an Age of Change: The Nixon and Ford Administrations*, Washington, Brookings Institution, 1981, pp. 22-26, y David W. REINHARD: *The Republican Right since 1945*, Lexington, KY, University Press of Kentucky, 1983, pp. 5-9.

¹² Frank S. MEYER: «The Twisted Tree of Liberty», *National Review*, 16 de enero de 1962; Stanton EVANS: «Do it Yourself Conservatism», *National Review*, 30 de enero de 1962; L. Brent BOZELL: «Freedom or Virtue?», *National Review*, 11 de septiembre de 1962, y William F. BUCKLEY: *Miles Gone By: A Literary Autobiography*, Washington, Regnery, 2004, pp. 57-94.

¹³ Entrevista del autor con William F. Buckley, 25 de julio de 2005, Nueva York (castellano en el original: Buckley hablaba español con fluidez y la entrevista se produjo en una mezcla de castellano e inglés). David HOEVELER Jr.: *Watch On the Right: Conservative Intellectuals in the Reagan Era*, Madison WI, University of Wisconsin Press, 1991, pp. 24 y 32, y Jerome L. HIMMELSTEIN: *To the Right...*,

Un caso especialmente notable fue el de Friedrich von Hayek, quizás el autor de la justificación filosófica y moral del mercado libre más sofisticada. A pesar del enorme peso de Hayek dentro de la comunidad liberal neoclásica y de su carácter «excesivamente atento y cortés», éste no dudó en trasladar a Buckley su «impresión» de que, aunque *National Review* «trata de contribuir a una causa similar a la mía provoca grave perjuicio a la reputación de dicha causa»¹⁴. Un resultado predecible de semejante dinámica fue la completa subordinación del liberalismo neoclásico en el seno del conservadurismo reconstruido en la *National Review*. Aunque los intelectuales neoliberales lograron retener un notable nivel de influencia entre las juventudes del movimiento, encontraron su principal fuente de influencia dentro de los círculos dominados por los *buckleyites* en un pequeño número de economistas profesionales capaces de proponer alternativas estrictamente técnicas a la economía keynesiana¹⁵. Hacia mediados de la década de los sesenta, Milton Friedman se había convertido en la luminaria intelectual más importante de ese neoliberalismo con vocación práctica. En concreto, Friedman era el exponente más conocido de la «escuela de Chicago»¹⁶.

Miembro del Departamento de Economía de la Universidad de Chicago, cuna de la escuela monetarista, el diminuto Friedman se transformó en un prominente activista del Partido Republicano, adquiriendo, mediante famosos debates públicos, la reputación de ser la clase de oponente con el que «a todo el mundo le encantaba discutir siempre y cuando no estuviera presente»¹⁷. Friedman también poseía el suficiente talento científico para lograr el premio Nobel

pp. 60-62, mantiene la tesis opuesta y percibe al liberalismo neoclásico como la mitad dominante del tándem.

¹⁴ Entrevistas del autor con John Blundell, 1 de abril de 2004, Londres; Milton Friedman, 4 de mayo de 2004, San Francisco; Richard Ebeling, 20 de noviembre 2005, Swindon, UK, y William F. Buckley; Friedrich von Hayek to William F. Buckley Jr., 8 de diciembre de 1961, f. Hayek Controversy, caja 14, WFB papers; Theodore ROSENOF: «Freedom, Planning and Totalitarianism...», pp. 149-165, y George H. NASH: *Reappraising the Right: The Past and Future of American Conservatism*, Wilmington DE, ISI Books, 2009, pp. 47-49.

¹⁵ Dorothy to the Editors, «Memo on Letters», 25 de mayo de 1966, f. Interoffice Memos, caja 39, WFB papers, y Allen J. MATUSOW: *The Unraveling of America. A History of Liberalism in the 1960s*, Nueva York, Harper & Row, 1984, pp. 30-59.

¹⁶ Entrevista del autor con Milton Friedman.

¹⁷ Entrevistas del autor con Milton Friedman y John Blundell.

de Economía combinado con la capacidad divulgativa para convertir la economía en el material de libros «superventas», una muy leída columna semanal en *Newsweek* y una exitosa serie de televisión. En 1969, Milton Friedman era para el liberalismo neoclásico lo que William F. Buckley era para el «núcleo duro» conservador. No obstante, a diferencia de Buckley, Friedman sí poseía la clase de habilidades útiles para los gestores de políticas públicas. A mediados de los años sesenta, el monetarismo había generado un conjunto de soluciones prácticas diseñadas para solucionar los problemas a que se enfrentaban las economías avanzadas¹⁸.

El trabajo académico de Friedman le llevó a la convicción de que una fallida política gubernamental de gestión monetaria había agravado y prolongado la Gran Depresión. Desde su punto de vista, en 1929 la Reserva Federal (FED) cercenó el flujo de liquidez excesivamente y durante demasiado tiempo, ahogando a los mercados e induciendo la severa recesión que siguió al colapso bursátil. En plenos años sesenta, Friedman opinaba que las autoridades públicas habían caído en el error opuesto: a fin de estimular el crecimiento económico, se habían pasado años incrementando de forma continua la cantidad de dinero en circulación muy por encima de la cantidad de bienes y servicios producidos e intercambiados. De resultas, Friedman identificó la inflación como principal problema de las economías avanzadas. Algo similar ocurría con el entonces vigente sistema monetario internacional de Bretton Woods y según el cual la mayoría de las grandes monedas internacionales se vinculaban al dólar mediante tipos de cambio fijos en tanto que al billete verde se le adjudicaba un valor fijo de 35 dólares la onza de oro. Friedman, como la mayoría de los economistas neoliberales, consideraba el sistema como un mal sucedáneo de un patrón oro «real» (en el que valor de todas las monedas se establecía directamente en términos de oro, sin pasar por el dólar) aunque a diferencia de buen número de neoliberales Friedman tampoco consideraba que este último fuera «ni posible ni deseable»¹⁹.

¹⁸ Entrevistas del autor con George Shultz, 11 de mayo de 2004, Palo Alto, CA; John Blundell, y Milton Friedman. Acerca de Friedman, véanse Richard COCKETT: *Thinking the Unthinkable...*, pp. 151-156, y Mark BLYTH: *Great Transformations...*, pp. 139-41.

¹⁹ Milton FRIEDMAN: *Capitalism and Freedom*, Chicago, Chicago University Press, 1962 [2002], pp. 58-74, p. 67, e íd.: *A Program for Monetary Stability*, Nueva York, Fordham University Press, 1959, pp. 4-8.

En lugar de Bretton Woods, el de Chicago proponía un modelo, en su opinión más estable y eficiente, de tipos de cambio libres en los que el valor del dólar *vis-à-vis* otras monedas nacionales fuera establecido por el propio mercado. Desafortunadamente para él, nadie parecía estar escuchando²⁰.

Los intelectuales de *National Review* constituían una de las raras excepciones. El limitado poso filoneoliberal presente en el reajuste del credo conservador liderado por Buckley hizo que la *Review* se alineara firmemente con el grueso de las propuestas de gestión económicas defendidas por Friedman —aunque manteniendo una considerable distancia en lo referido a las asunciones *morales* propias del liberalismo neoclásico en lo tocante a cuestiones como el consumo recreativo de drogas o la interrupción voluntaria del embarazo—. Para Friedman, estas cuestiones pertenecían a la intimidad individual y el Estado debía minimizar su actividad reguladora sobre las mismas. Los *buckleyites*, por su parte, terminaron inclinándose por opciones diametralmente opuestas²¹. A pesar de las notables diferencias entre ambos, en el curso de una larga relación epistolar iniciada en 1962, Friedman y Buckley entablaron una íntima amistad. Significativamente, Friedman jamás se convirtió en un escritor regular para *National Review*, pero la revista sí publicó ocasionalmente sus artículos y, en marcado contraste con la experiencia de otros neoliberales más proclives a la teorización moral y menos acomodaticios con el tradicionalismo de *National Review* como Murray Rothbard o Ayn Rand (ambos expulsados del movimiento conservador por los *buckleyites*), Friedman terminó convertido en el «oráculo económico» del núcleo duro conservador²².

²⁰ Milton FRIEDMAN y Anna J. SCHWARTZ: *The Great Contraction 1929-1933*, Princeton, Princeton University Press, 1965, en especial pp. 112-123, y Milton Friedman to William F. Buckley, 13 de febrero de 1962, f. 12, caja 37, Milton Friedman papers, Hoover Institution, Palo Alto CA (en adelante MF papers).

²¹ Entrevista del autor con Jeffrey Bell, 29 de agosto de 2005, Washington, y Patrick ALLITT: *Catholic Intellectuals and Conservative Politics in America 1950-1985*, Ithaca, Cornell University Press, 1993, pp. 140-141 y 180-203.

²² Henry Regnery to Milton Friedman, 19 de enero de 1966, f. 15, caja 23, Henry Regnery papers, Hoover Institution, Palo Alto, California (en adelante HR papers); Friedman to Regnery 14 de abril de 1966, *ibid.*; Friedman to Regnery, 11 de enero de 1967, *ibid.*; Milton Friedman to William F. Buckley, 13 de febrero de 1962, f. 12, caja 37, MF papers; Buckley to Friedman, 23 de febrero de 1962, *ibid.*; Murray Rothbard to William F. Buckley, 18 de septiembre de 1958, f. Roberts-Royo, caja 7, WFB papers; Buckley to Rothbard, 7 de abril de 1960, f. Rothbard,

Otro elemento crucial para la unión entre estos liberales clásicos de corte tecnocrático y los *buckleyites* fue la campaña presidencial de Barry Goldwater en 1964. El esfuerzo de Goldwater supuso un rito de pasaje fundamental compartido por todos los miembros de la derecha «respetable» norteamericana y el bautismo de fuego del movimiento conservador en una contienda electoral nacional. Friedman fue alistado para la campaña por William J. Baroody Sr., director del American Enterprise Institute, en aquel entonces un pequeño *think-tank* dedicado a la promoción de los principios del libre mercado entre los políticos y gestores públicos de la capital federal. Aunque Goldwater se negó inicialmente a encontrarse con el de Chicago, el paso del tiempo condujo en este caso también al florecimiento de una estrecha relación personal. En el proceso, cierto número de liberales neoclásicos y discípulos de Friedman proveyeron el grueso de las prescripciones económicas del candidato republicano mientras obtenían una primera y valiosa experiencia política —negada a los *buckleyites*, quienes fueron marginados de la conducta real de la campaña por Baroody una vez que Goldwater capturó la nominación presidencial en las primarias—²³.

Durante los meses que siguieron al descalabro electoral de Goldwater en las elecciones presidenciales de 1964, y a medida que el ritmo político hacia las elecciones de 1968 se aceleraba, Friedman se encontró como cabeza visible de una prominente, aunque subordinada, subfamilia epistémica en el seno del movimiento conservador con excelentes relaciones con el núcleo duro compuesto por los *buckleyites* y con el sector «organizativo» conservador encabezado por la AEI de Baroody. Gracias a Baroody y a sus propias actividades durante la campaña de 1964, Friedman también desarrolló contactos con un grupo de políticos republicanos como Mel-

caja 11, *ibid.*; Russell Kirk to William F. Buckley, 8 de abril de 1961, f. Russell Kirk, caja 14, *ibid.*; entrevistas del autor con Milton Friedman y William F. Buckley; Whittaker CHAMBERS: «Big Sister is Watching You», *National Review*, 28 de diciembre de 1957.

²³ Milton FRIEDMAN y Rose FRIEDMAN: *Two Lucky People: Memoirs*, Chicago, University of Chicago Press, 1998, pp. 377-381, 344 y 367-373; Milton Friedman to Barry Goldwater, 12 de diciembre de 1960, f. 24, caja 27, MF papers; Goldwater to Friedman, *ibid.*, y Friedman to Goldwater, 12 de abril de 1966, papeles sin catalogar de Milton Friedman, Hoover Institution, Palo Alto, CA (en adelante MF papers [sin catalogar]).

vin Laird, Gerald Ford y Donald Rumsfeld que más tarde nutrirían la futura administración de Richard Nixon²⁴.

Hombres de Nixon

Los liberales neoclásicos se sumaron a la campaña presidencial de Nixon relativamente tarde y en una capacidad estrictamente tecnocrática gracias a los esfuerzos de la candidatura republicana por incorporar talento académico orquestados por Alan Greenspan, el entonces coordinador de políticas domésticas del futuro presidente. Greenspan supervisó la creación de varios grupos de trabajo dedicados a «proponer iniciativas legislativas y ejecutivas para 1969» en áreas como «el presupuesto» o «la gestión económica internacional»²⁵. La representación neoliberal incluía al propio Greenspan —discípulo confeso de Ayn Rand— además de académicos como Fritz Matchlup, George Stigler y Karl Brandt, todos ellos miembros fundadores de la famosa Mont Pelerin Society²⁶. Este grupo se subdividía a su vez en dos sectores separados por una clara barrera generacional: jóvenes como Martin Anderson y Warren Nutter, frente a una generación anterior compuesta por ex-altos cargos de la administración Eisenhower como Herbert Stein, Paul McCracken y Arthur Burns. Friedman, que había sido

²⁴ Entrevistas del autor con Melvin Laird, 16 de mayo de 2006 (telefónica), y Milton Friedman. Incluso tradicionalistas tan enojadizos como Eric Voegelin o Russell Kirk se rindieron al carisma personal y profesional de Friedman, véanse Milton Friedman to Erik Voegelin, 23 de julio de 1983, f. Milton Friedman, caja 13, Eric Voegelin papers, Hoover Institution, Palo Alto, CA (en adelante EV papers); Milton Friedman to Don Lipsett, 13 de marzo de 1961, f. 25, caja 28, MF papers; Melvin Laird to Milton Friedman, 13 de marzo de 1962, f. 31, caja 29, *ibid.*; Friedman to Laird, 28 de marzo de 1962, *ibid.*; Charles Heatherly to Friedman, 16 de marzo de 1966, *ibid.*; Friedman to Heatherly, 14 de abril de 1966, *ibid.*; Leonard Read to Friedman, 11 de septiembre de 1957, f. 2, caja 32, *ibid.*; Friedman to Read, 18 de septiembre de 1957, *ibid.*; Bettina Bien to Friedman, 7 de septiembre de 1961, *ibid.*, y Milton FRIEDMAN y Rose FRIEDMAN: *Two Lucky People...*, pp. 335-337 y 344-345.

²⁵ Memorandum Alan Greenspan to Paul [McCracken (?)], 23 de agosto de 1968, y attachment «Task Forces», MF papers [sin catalogar].

²⁶ Memorandum Alan Greenspan to Paul [McCracken (?)], 23 de agosto de 1968, y attachment «Task Forces», MF papers [sin catalogar], y Herbert Stein to Richard Nixon, 18 de noviembre de 1968, y attachment «Management of the Budget», *ibid.*

discípulo de Burns y el tutor doctoral de Nutter, actuaba en cierto modo como un puente entre ambas generaciones. La distinción es importante, ya que los segundos desplegaron la actitud cauta, moderada y tecnocrática asociada con la presidencia del general, mientras los primeros (y Friedman) presionaron continuamente por iniciativas más rupturistas con la asunciones keynesianas dominantes. Inevitablemente, las riñas de familia entre hombres con experiencias y percepciones marcadamente diferentes pero pertenecientes a la misma comunidad ideológica no tardaron en estallar. La primera surgió en el informe de la Comisión de Política Económica. Los jóvenes, liderados por Friedman, defendían el abandono unilateral del sistema de Bretton Woods mediante la suspensión del compromiso de convertibilidad del dólar al precio de 35 dólares la onza y la eliminación de «todas las restricciones sobre el uso de dólares para adquirir bienes y monedas extranjeros». Los veteranos, liderados por Arthur Burns, aconsejaban el mantenimiento a toda costa del sistema existente²⁷.

A lo largo de las elecciones y durante la primera etapa de su presidencia, Nixon se mantuvo neutral pero inclinado hacia la progresiva desregulación de los flujos internacionales de capital, una actitud diametralmente opuesta a la práctica y el espíritu de Bretton Woods. Aún más importante, la retórica de Nixon durante la campaña adquirió un distintivo tono «friedmanesco», coloreado por frecuentes referencias a la necesidad de «reestablecer la integridad de nuestra gestión fiscal y monetaria» además de eliminar «contra-productores controles» sobre actividades económicas en general y monetarias en particular²⁸.

²⁷ Milton Friedman to Bryce Harlow, 5 de diciembre de 1968, MF papers [sin catalogar]; Milton Friedman, «A Proposal for Resolving the US Balance of Payments Problem», 15 de octubre de 1968, *ibid.*; «Report of the Task Force on International Economic Policy» [Undated], *ibid.*; «Dissenting Statement of the Task Force on International Policy», 1 de abril de 1968, *ibid.*; Gottfried Haberler, [Undated], «Comments on the “Dissenting Statement”», *ibid.*, y Henry Wallich and William Fellner to Paul McCracken, 19 de noviembre de 1968, *ibid.*

²⁸ Richard Nixon to Milton Friedman, 3 de octubre de 1968, y attached statement by Richard M. Nixon, «The Case for Removal of Foreign Investment Restrictions», *ibid.*; véanse también «Economics: Nixon-Humphrey Debate», *Business Week*, 28 de septiembre de 1968; entrevistas del autor con Michael Baroody, 6 de septiembre de 2005, Washington; Howard Phillips, 9 de septiembre de 2005, Washington, y Melvin Laird; Charles Colson to William J. Baroody Sr., 16 de septiembre de 1970, f. American Enterprise Institute (f. 3 de 4), caja Contested Do-

Mientras Nixon acostumbraba al público a giros retóricos basados en el monetarismo, el principal problema al que se enfrentaban sus asesores económicos era la incertidumbre ante una situación dominada por la combinación de persistente inflación y estancamiento económico entre enero de 1969 y mediados de 1971, y que amenazaba con afectar las expectativas electorales republicanas. Excepto por los jóvenes iconoclastas como Martin Anderson y Greenspan, durante el proceso electoral de 1968 Nixon se rodeó de un grupo relativamente reducido de economistas típicamente (entonces) republicanos, cautos y que habían obtenido amplia experiencia de servicio público durante la administración Eisenhower. Tratándose de economistas profesionales y competentes, los asesores económicos de Nixon —a diferencia del público general— eran conscientes de la presión financiera ejercida por la enorme presencia militar norteamericana en ultramar y la expansión del gasto público asistencial desencadenada por la Gran Sociedad. En 1968, la generosidad del gobierno federal se había traducido en índices de inflación en la región del 5 por 100 —los más altos desde la Guerra de Corea, pero desde luego nada que llevara a pensar en los entonces inimaginables dobles dígitos de las década de los setenta—. Más importante, niveles de inflación relativamente elevados se correspondían, tal y como se esperaba, con niveles record de desempleo en alrededor del 3 por 100. Así las cosas, cuando Nixon se hizo con las riendas económicas, el plan de su equipo consistía, básicamente, en tratar de reducir la inflación en alrededor de un punto y medio sin que el desempleo ascendiera en más de un punto. En realidad, la principal preocupación de la Casa Blanca a lo largo del primer año y medio de gobierno consistía en dilucidar si la modesta recesión necesaria para enfriar la economía y controlar la inflación duraría lo suficiente como para dañar las perspectivas republicanas en las elecciones legislativas de 1970. El moderado optimismo económico inicial se veía reforzado por las expectativas de que Nixon cumpliera sus promesas de terminar con la empantanada guerra de Vietnam. El resultante «divi-

cuments (cajas 31 a 59), Charles Colson papers, Nixon Presidential Materials, National Archives, College Park MD (en adelante, CC papers), y Dan Hofgren memo to H. R. Haldeman through Jeb Magruder, «AEI and Related Special Fundraising Efforts», 13 de febrero de 1970, f. American Enterprise Institute (f. 4 de 4), *ibid.*

dendo de la paz» podía así redirigirse a aliviar la presión inflacionaria sobre los índices de precios y el presupuesto federal²⁹.

El optimismo estaba liderado nada menos que por Milton Friedman y sus propuestas monetaristas. Según Friedman, la prudencia fiscal era sin duda una práctica altamente deseable, pero ni los déficits eran la causa real de las presiones inflacionarias, ni la prudencia fiscal pondría fin a las subidas de precios. Friedman consideraba que la inflación era, «siempre y en todo lugar», consecuencia del incremento de la cantidad de dinero en circulación por encima de la cantidad de bienes y servicios producidos e intercambiados. La financiación mediante déficits era un hábito deplorable que contribuía a que el gobierno federal pusiera en circulación más dinero del que debía, pero, en última instancia, la herramienta fundamental para controlar los precios estaba, según informó a Nixon, en el organismo encargado de gestionar los flujos monetarios en el sistema bancario: la Reserva Federal³⁰. Aceptada esta asunción, el remedio monetarista para los males de la economía parecía razonablemente simple: logra que la FED regule el flujo de dinero en el porcentaje adecuado y predecible, y todo debería ir bien. Dado que el citado porcentaje quedaba, según los cálculos de Friedman, por debajo del ritmo impuesto durante los años de Johnson y Kennedy, el primer efecto debía ser una recesión moderada, seguida por la estabilización de los índices de precios y una rápida recuperación. El desempleo debía evolucionar según un patrón similar: ligero aumento por encima de los niveles deseados, seguido de un descenso que debía culminar en una estabilización alrededor de su «tasa natural» —aquella generada por lo que Friedman entendía como el mal funcionamiento «normal» del mercado—³¹.

²⁹ Herbert STEIN: *Presidential Economics: The Making of Economic Policy from Roosevelt to Clinton*, Washington, American Enterprise Institute, 1994, pp. 134 y 150-151; Stephen E. AMBROSE: *Nixon: The Triumph of A Politician, 1962-1972*, Nueva York, Simon & Schuster, 1990, p. 225; William SAFIRE: *Before the Fall: An Inside View of the Pre-Watergate White House*, Garden City NY, Doubleday, 1975, p. 116, y Daniel Patrick MOYNIHAN: *The Politics of a Guaranteed Income: The Nixon Administration and the Family Assistance Plan*, Nueva York, Vintage Books, 1973, pp. 79-80.

³⁰ William SAFIRE: *Before the Fall...*, pp. 215, y John EHRLICHMAN: *Witness to Power: The Nixon Years*, Nueva York, Simon and Schuster, 1982, p. 248.

³¹ Lanny EBENSTEIN: *Milton Friedman: A Biography*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2007, pp. 161-162.

Dado el creciente prestigio académico de Friedman, quizás no fuera sorprendente que los economistas de la Casa Blanca, todos ellos mentores, protegidos o colegas de aquél, siguieran el modelo monetarista. En cuanto a Nixon, sus instintos personales le inclinaban espontáneamente a aceptar el punto de vista liberal neoclásico. Además, la influencia de Friedman se vio reforzada por la inexperiencia y el relativo desinterés de Nixon en asuntos económicos —estrictamente circunscrito al impacto de éstos sobre sus expectativas electorales—. Esto no quiere decir que la administración tratara de llevar a cabo una revolución en la gestión financiera pública. En términos empleados por McCracken, el gobierno de Nixon no era una entidad «friedmanita», sino «friedmanesca»: el monetarismo no sustituyó, sino que se añadió, a las formas de gestión entonces habituales contra la inflación: presupuestos equilibrados y prudencia en el gasto³².

En términos prácticos, desde principios de 1969 hasta bien entrado 1971 la Casa Blanca de Richard Nixon trató de seguir una política conocida como «gradualismo» o de «prudente firmeza en el viaje» (*steady as you go*), consistente en presupuestos equilibrados combinados con una continua reducción de la oferta de dinero con la esperanza de que el remedio surtiera efecto con los mínimos daños electorales posibles³³. Los principales puntales de apoyo para esta política eran George Shultz, secretario de Trabajo y más tarde director del Presupuesto, y el propio Friedman, que se mantenía en contacto regular con el presidente³⁴. Otros miembros del equipo económico presidencial como McCracken, Burns o Herbert Stein aceptaron el plan de Friedman, pero no sin cierto resquemor mal disimulado³⁵.

³² Herbert STEIN: *Presidential Economics...*, pp. 142-143 y 149-154; Allen J. MATUSOW: *Nixon's Economy...*, pp. 12 y 57-78; Stephen E. AMBROSE: *Nixon: The Triumph of A Politician, 1962-1972*, Nueva York, Simon & Schuster, 1990, p. 225, y Tom WICKER: *One of Us: Richard Nixon and the American Dream*, Nueva York, Random House, 1991, pp. 548-549.

³³ George Shultz Address to the Economic Club of Chicago, «Prescription for Economic Policy: Steady As You Go», 22 de abril de 1971, f. 15, caja 33, MF papers, y William SAFIRE: *Before the Fall...*, p. 512.

³⁴ Robert MASON: *Richard Nixon and the Quest...*, p. 122.

³⁵ Herbert STEIN: *Presidential Economics...*, pp. 133-135 y 139-140, y List of Invitees for the incoming gathering of the Mont Pelerin Society, f. 7, caja 86, MF papers.

Friedman persuadió a la Casa Blanca de que la inflación era controlable mediante métodos monetaristas sin necesidad de provocar el temido ascenso del desempleo y el subsecuente colapso de apoyo político para el presidente y el *Grand Old Party*. No obstante, el primer obstáculo para aplicar la propuesta «friedmanesca» era la total falta de control de la Casa Blanca sobre, precisamente, la FED. El director de la Reserva Federal en aquel momento no era otro que William McChesney Martin, instalado allí por Truman y responsable, en opinión de Nixon, de la victoria de Kennedy en 1960. Aquel año, la FED contrajo la oferta de dinero en circulación en exceso, provocando (deliberadamente, según el californiano) un incremento del desempleo que dañó fatalmente las posibilidades de los republicanos y otorgó a Kennedy su estrecho margen de victoria. Para desesperación de Nixon y Friedman, la FED replicó una década más tarde su comportamiento de 1960, reduciendo el flujo de liquidez a cero. Al mismo tiempo, Martin se negó a abandonar el puesto antes del final de su mandato mientras los mercados se negaban a creer que la FED persistiría en la línea restrictiva en tanto Martin continuara en el cargo. Esperando un cambio de rumbo, empresas y particulares continuaron incrementado sus ya elevados niveles de endeudamiento y gasto, y por ende alimentando el incremento los precios y los temores de Friedman (y sus acólitos en la Casa Blanca) de que, una vez el efecto de la falta de líquido se hiciera sentir, éste produjera, como ocurrió en 1929, un *shock* súbito y una recesión más severa y electoralmente más dañina de lo necesario³⁶.

La situación debió corregirse en febrero de 1970, cuando Nixon logró instalar a Burns en la FED. Excepto que éste no resultó ser más receptivo a las presiones del ejecutivo que su predecesor. Siempre escéptico acerca de la estrategia monetarista, el nuevo director trató de empujar a la Reserva Federal en la dirección opuesta a la marcada por Friedman, iniciando una campaña cada vez más vigorosa a favor de una estrategia supuestamente anatema para cualquier liberal neoclásico: la imposición de controles directos sobre precios y salarios a fin de controlar la inflación³⁷. Un Nixon «muy angustiado» se resistió tercamente a formas de

³⁶ Milton Friedman to Richard Nixon, 13 de marzo de 1970, MF papers [sin catalogar], y Allen J. MATUSOW: *Nixon's Economy...*, pp. 24-27.

³⁷ John EHRLICHMAN: *Witness to Power...*, pp. 250-253 y 256.

gestión en las que, genuinamente, no creía³⁸. Entretanto, los demócratas en el Congreso, sensibles a la creciente demanda pública de acción contra la inflación, sabedores de las inclinaciones de Nixon y, por tanto, no esperando un cambio de rumbo en la política económica, optaron por incrementar la presión sobre el presidente concediéndole poderes especiales para, precisamente, imponer controles sobre precios y salarios. Nixon percibió correctamente el movimiento de sus adversarios políticos como un «complot» diseñado para «poner la pelota política en mi tejado»³⁹. Llegados a principios de 1971, el presidente veía cómo una iniciativa política comparativamente valiente, innovadora y con fuertes connotaciones conservadoras se veía atacada tanto desde la izquierda en el Congreso como desde la derecha —nada menos que su propio director de la FED— mientras que el Consejo de Asesores Económicos manifestaba, si bien al menos en privado, serias dudas.

Friedman, sus acólitos y los conservadores de *National Review* eran, en este momento, las únicas fuentes de conocimiento económico defendiendo la postura de la Casa Blanca⁴⁰. Desafortunadamente para Nixon y sus asesores, con la campaña presidencial de 1972 ya a la vista y tras el descalabro en las elecciones legislativas de 1970, las herramientas habituales para gestionar y predecir el comportamiento económico ya estaban, como los propios economistas reconocían, obsoletas. Por un lado, el ahorro generado por la lenta retirada de Vietnam fue devorado por costosos incrementos imprevistos en los programas sociales de la Gran Sociedad⁴¹. Por otro, la inflación continuó en su proceso de lenta escalada *en paralelo con el desempleo*. Dado que, según la entonces canónica «curva de Phillips», la inflación debía cancelar el desempleo, se suponía que ambos no podían darse simultáneamente. Paul McCracken, cabeza visible del Consejo de Asesores Económicos, confesó años más tarde que para la mayor parte de los economistas profesionales el

³⁸ Jonathan AITKEN: *Charles W. Colson: A Life Redeemed*, Nueva York, Waterbook Press, 2005, pp. 222-223.

³⁹ Richard NIXON: *RN: The Memoirs of Richard Nixon*, Nueva York, Grosset & Dunlap, 1978, pp. 516-517.

⁴⁰ Henry HAZLITT: «Dollars at a Discount», *National Review*, 1 de junio de 1971.

⁴¹ «A Whig in the White House: Daniel Patrick Moynihan», *Time*, 16 de marzo de 1970, y Daniel Patrick MOYNIHAN: *The Politics of a Guaranteed Income...*, pp. 75.

fenómeno de la *estanflación* estaba rodeado de «una buena dosis de misterio». Arthur Burns, en su calidad de director de la FED, admitía libremente que «las normas que gobiernan la economía no están funcionando como solían hacerlo»⁴².

Mientras Richard Nixon cultivaba su frustración acerca de la inflación y el desempleo, la economía norteamericana empezó a sufrir los efectos de otra fuente de peligro potencial. El sistema de Bretton Woods había funcionado durante tres décadas de crecimiento espectacular⁴³. No obstante, en 1971 los banqueros centrales del viejo continente veían los severos problemas de la economía norteamericana con la misma claridad que el propio Nixon. También barruntaban (correctamente) la tentación que para aquél suponía la posibilidad de devaluar controladamente el dólar a fin de estimular los sectores exportadores de la economía de los Estados Unidos, reducir las importaciones y tratar así de equilibrar la sangría de dólares hacia el exterior⁴⁴. Lamentablemente, una devaluación significativa del dólar también implicaba una reducción del valor de las reservas nacionales europeas denominadas en moneda americana. Para Nixon, la alternativa de los europeos también era fácil de discernir: forzar a la FED a que cumpliera su obligación de intercambiar dólares por el oro de sus propias reservas *antes* de que se produjera la devaluación. Excepto que todos los protagonistas, en principio, aún recordaban los amargos años treinta. Tal y como lo expresó un politólogo británico, el sistema de Bretton Woods se diseñó, precisamente, para gestionar crisis como la que emergía en 1971 y prevenir otro descenso en el caos de las devaluaciones competitivas del periodo de entreguerras.

Durante el verano de 1971 Nixon empezó a ver la situación bajo una luz diferente a la habitual. Milton Friedman, de nuevo, había venido ofreciendo al presidente una escapatoria de los laberintos de las finanzas internacionales. Acorde con modos de pensamiento

⁴² Citado en William SAFIRE: *Before the Fall...*, p. 491; Paul W. McCracken: «Reflections of an Economic Policy Maker: A Review Article», *Journal of Economic Literature*, 18, 2 (1980), pp. 579-595, p. 581, y Stephen M. Weatherford: «The Interplay of Ideology and Advice in Economic Policy: The Case of Political Business Cycles», *The Journal of Politics*, vol. 49, 1 (1987), pp. 925-952, pp. 928-929.

⁴³ Francis J. Gavin: *Gold Dollars and Power: The Politics of International Monetary Relations, 1958-1971*, Londres, University of North Carolina Press, 2004.

⁴⁴ Maurice H. Stans: *One of the President's Men: Twenty Years with Eisenhower and Nixon*, Washington, Brassey's, 1995, pp. 152-154 y 162-163.

puramente liberal neoclásicos, y dado que Friedman asumía que la introducción de un patrón oro puro era en cualquier caso imposible, el de Chicago aconsejó la suspensión unilateral de la convertibilidad del dólar, la eliminación de la miríada de controles que garantizaban el mantenimiento de tipos de cambio fijos y la sustitución de aquéllos por el mecanismo de libre mercado. Como ante el «gradualismo», los asesores presidenciales reaccionaron de forma desigual y variada. En general, todos los economistas del presidente se oponían por principio a la intervención pública en el libre mercado, incluidos aquellos que afectaban al comercio y los intercambios monetarios internacionales. No obstante, aquellos que podían recordar la brutalidad de la Gran Depresión, como Burns, aborrecían aún más la perspectiva de un sistema monetario internacional caótico y desordenado. Los debates internos se inclinaron hacia la postura de Friedman cuando el gobierno británico perdió los nervios y solicitó «garantías» de la FED sobre la conversión de los dólares en manos del Banco de Inglaterra en oro —aunque no una conversión en efectivo, como algunos en la administración alegaron—. Para Paul Volker, entonces un joven vicesecretario del Tesoro firmemente apegado a Bretton Woods, la acción de los británicos provocó una epifanía. «Toda mi vida he defendido los tipos de cambio fijos» afirmó, pero ahora es necesario un «cambio». En principio Volker propuso un sistema «transicional» hasta la creación de un «sistema reformado» de tipos fijos⁴⁵. Más adelante se convertiría en uno de los arquitectos del desmantelamiento del sistema de tipos de cambio fijos.

Mientras los economistas lidiaban con comportamientos económicos aberrantes, Nixon se preparaba para gestionar la situación sin perder de vista el ciclo político. El presidente aplicó a lo económico una estrategia diseñada para maximizar la satisfacción de un sector de opinión lo más amplio posible. En realidad se trataba de una táctica ensayada en prácticamente todas las iniciativas emprendidas por el de California en el plano doméstico, desde el Family Assistance Plan (FAP) hasta su exitosa estrategia para eliminar el servicio mili-

⁴⁵ Citado en Joseph B. TREASTER: *Paul Volker: The Making of a Financial Legend*, Hoboken NJ, Wiley, 2004, pp. 43-44; citado en Perry MEHLING: «An Interview with Paul Volker», *Macroeconomic Dynamics*, 5 (2001), p. 443, y John S. ODELL: «The US and the Emergence of Flexible Exchange Rates: An Analysis of Foreign Policy Change», *International Organization*, vol. 33, 1 (1979), pp. 68-69.

tar obligatorio pasando por la aparentemente confusa (pero también eficaz, según los criterios de la Casa Blanca) política de derechos civiles de la administración⁴⁶. Nixon siguió un curso de acción similar cuando afrontó lo que sería la decisión más importante de su mandato —la suspensión de la convertibilidad del dólar combinada con la imposición de controles sobre los precios adoptada en el verano de 1971—. La política económica nixoniana no consistió en una cadena de «zigs» a la izquierda y «zags» a la derecha como se ha sugerido, sino en la combinación *simultánea* de ambos⁴⁷. Así, Nixon aunó en lo económico la solución más drástica propuesta por los sectores liberal-progresistas —controles sobre precios y salarios— con una alternativa neoliberal —cerrar la «ventanilla del dólar»— tan radical que fue discutida incluso por buena parte de su propio equipo económico. Significativamente, Nixon también colocó a economistas neoliberales —como George Shultz, un amigo personal y discípulo de Milton Friedman y William Simon, discípulo a su vez de Shultz— frontalmente opuestos a cualquier tipo de intervencionismo público a cargo de la planificación de los controles y del aparato burocrático creado para implantarlos⁴⁸. Nixon completó su «Nueva Política Económica» (NPE) cubriendo ambas iniciativas bajo un manto retórico conservador y populista.

En su célebre discurso «Los Retos de La Paz», Nixon atrapó a los demócratas en su renuncio particular enfatizando cómo el cierre de la ventana del dólar y la imposición de controles (implementada con los poderes especiales que aquéllos le habían concedido contra su propia voluntad) eran acciones de un líder que iba «a actuar sin timidez, sin dudas, inequívocamente». Subsecuentemente, en puro estilo nixoniano, el californiano procedió a identificar a los «especuladores monetarios internacionales» y a los «comerciantes monetarios internacionales» como el enemigo de «los trabajadores americanos». El mensaje se dirigía, sin ninguna duda, a la masa de votos procedentes de la clase trabajadora y la clase media suburbana que Nixon identificó como su electorado natural en 1968 y 1970. No

⁴⁶ Matthew LASSISTER: *The Silent Majority...*, y David SARIAS: «Las primarias republicanas de 1968: Richard Nixon...».

⁴⁷ La descripción de los «zigs y zags» nixonianos en Allen J. MATUSOW: *Nixon's Economy...*, p. 4.

⁴⁸ William E. SIMON: *A Time for Reflection: An Autobiography*, Washington, Regnery Publishing Inc., 2004, pp. 67 y 100.

obstante, dado que el hombre del saco permanecía en un discreto anonimato, la variedad de «trabajador americano» empleado en Wall Street se situaba, presumiblemente, en la misma categoría que los albañiles de Nueva York por entonces manifestándose en apoyo de la Casa Blanca. En cualquier caso, una vez entregado el mensaje, Nixon evitó dejarse llevar y exculpó a los, también anónimos, «miembros responsables de la comunidad bancaria»⁴⁹.

Si la retórica presidencial estaba finamente sintonizada para no ofender a ningún miembro de la «nueva mayoría» nixoniana, las iniciativas prácticas emprendidas en aquel verano de 1971 iban dirigidas en la misma dirección, combinando magistralmente opciones aparentemente keynesianas y formas de desarrollo práctico puramente neoliberales. En el frente keynesiano, la administración procedió a crear un Consejo para el Coste de Vida teóricamente diseñado para monitorizar una congelación de noventa días de duración sobre precios y salarios, a la que Nixon añadió un impuesto extraordinario del 10 por 100 sobre todas las importaciones. Medidas ambas, según Nixon, destinadas a «mejorar nuestra balanza de pagos» y «aumentar los empleos para americanos». Al mismo tiempo, el Nixon neoliberal tuvo a bien crear un Consejo sin poderes algunos y dependiente de la «cooperación voluntaria» tanto de trabajadores como de empresarios. Es importante señalar aquí que la lógica de Paul Volker para acabar con Bretton Woods se originaba en su escepticismo ante la capacidad de los grandes bancos nacionales de coordinarse entre sí como habían venido haciendo desde 1947. Al parecer, el equipo presidencial veía más probable que el poderoso sindicato AFL-CIO, liderado por el feroz George Meany, sacrificara los intereses de sus miembros en aras de preservar los beneficios de la patronal⁵⁰. Asimismo, Nixon también enfatizó que el impuesto extraordinario sobre importaciones era una medida «temporal», ya que «colocar una camisa de fuerza permanente sobre la vigorosa economía americana» habría «ahogado la expansión de nuestro mercado libre». En esta línea, el propio cie-

⁴⁹ Richard NIXON: «The Challenge of Peace», 15 de agosto de 1971, *The American Presidency Project*, <http://www.presidency.ucsba.edu/ws/?pid=3115>, consultado el 31 de julio de 2010, y Karen M. HULT y Charles E. WALCOTT: «Policymakers and Wordsmiths: Writing for the President under Johnson and Nixon», *Polity*, vol. 30, 3 (1998), pp. 465-487.

⁵⁰ Joseph B. TREASTER: *Paul Volker...*, p. 44.

re de la ventanilla del dólar había sido un objetivo del muy neoliberal Milton Friedman desde 1968⁵¹.

El keynesianismo de Nixon carecía de compromiso real e iba además acompañado por un recorte en el gasto público de cuatro mil millones de dólares, incluyendo una reducción del 5 por 100 del personal federal y la suspensión oficial de buen número de reformas del Estado de bienestar. Nixon se declaró a sí mismo «keynesiano», pero aún retenía su compromiso con el «espíritu competitivo» del mercado libre y con la reducción del gasto público asistencial⁵². En términos de gestión pública, tal y como Nixon bien sabía, la estrategia adoptada estaba destinada al fracaso a medio plazo⁵³. No obstante, los objetivos de Nixon ni se situaban en el terreno de la eficiencia en la gestión ni se extendían mucho más allá de las elecciones de presidenciales de 1972. Desde ese punto de vista, la combinación de tímido keynesianismo tendente a posturas conservadoras y acompañado de una retórica populista neoliberal fue tremendamente exitosa. En un primer momento, los controles parecieron contener el alza de los precios, al mismo tiempo que una expansión en el gasto federal secretamente ordenada por la administración (y diametralmente opuesta a las iniciativas de austeridad oficiales) mantuvo los niveles de desempleo dentro de límites tolerables durante los meses inmediatamente anteriores a las elecciones presidenciales⁵⁴.

Entre tanto, los liberales neoclásicos liderados por Friedman mantenían que la moderación en los precios que siguió a «Los Retos de la Paz» era en realidad el predecible resultado de las políticas monetaristas seguidas por Nixon hasta entonces y denunciaron vigorosamente la imposición de unos controles que ellos creían inútiles o contraproducentes. No obstante, también se vieron obligados a celebrar el fin de Bretton Woods y a suavizar sus críti-

⁵¹ Milton Friedman to Bryce Harlow, 5 de diciembre de 1968, MF papers [sin catalogar]; Friedman to Maurice Stans, 3 de marzo de 1969, f. 29, caja 33, MF papers, y Stans to Friedman, 7 de marzo de 1969, *ibid*.

⁵² Richard NIXON: «The Challenge of Peace...».

⁵³ De hecho, las iniciativas de Nixon contribuyeron, tal y como el presidente sospechaba que ocurriría, a la aceleración inflacionaria ocurrida *después* de las elecciones de 1972 —y *después*, por tanto, de la victoria electoral Republicana—. Burton A. ABRAMS: «How Richard Nixon Pressured Arthur Burns: Evidence from the Nixon Tapes», *Journal of Economic Perspectives*, vol. 20, 4 (2006), pp. 177-188, p. 179.

⁵⁴ Allen J. MATUSOW: *Nixon's Economy...*, pp. 184-186 y 198, y Burton A. ABRAMS: «How Richard Nixon Pressured Arthur Burns...», p. 178.

cas hasta un punto en el que el propio Friedman se encontró a sí mismo defendiendo las actividades de la Casa Blanca⁵⁵. Los horroizados *buckleyites*, por su parte, correctamente renombraron la NPE la «Nueva Política Electoral» del presidente. Sin embargo, por motivos no muy distintos de los que movieron a Friedman, en 1972 también terminaron apoyando a Nixon frente a su rival demócrata⁵⁶. Así pues, la NPE marcó el punto álgido del funambulismo ideológico sobre el que Nixon había construido toda su primera legislatura. Entre agosto de 1971 y las elecciones presidenciales, la Casa Blanca pudo neutralizar la economía como baza electoral para los demócratas. A lo largo de los meses que siguieron, el equipo económico del presidente diseñó —improvisando sobre la marcha y navegando en un mar de incertidumbre— tres «fases» sucesivas que no lograron eliminar los controles pero tuvieron un rotundo éxito a la hora de consolidar el apoyo a Nixon entre el sector financiero y entre los trabajadores vinculado a los grandes sindicatos que habían venido alejándose del partido demócrata.

En última instancia, la administración Nixon fue el trampolín desde el que una nueva generación de gestores públicos y tecnócratas conservadores logró realizar un salto cualitativo crucial que les llevó a intentar, por primera vez, un cambio de rumbo en los modos de gestión de la economía política norteamericana tanto en el plano doméstico como en el internacional. Todos los miembros de la comunidad conservadora eran conscientes de que Richard Nixon —a diferencia de Reagan y Goldwater— ni pertenecía al movimiento conservador ni podía considerarse como un líder del mismo. Sin embargo, las circunstancias, unidas a los instintos neoliberales y las fobias antiburocráticas de Nixon, conspiraron para facilitar la irrupción, en los círculos de la alta política nacional, de un pequeño grupo de economistas cuya principal baza fue presentar un plan coherente aparentemente listo para ponerse en práctica *antes* de que la situación económica se tornara insostenible. Nixon abandonó el experimento monetarista cuando colisionó con sus

⁵⁵ Milton Friedman to Alan Greenspan, 2 de octubre de 1972, MF papers [sin catalogar]; Friedman to Greenspan, 12 de octubre de 1972, *ibid.*; Friedman to Sam Brittan, 8 de octubre de 1971, f. 33, caja 21, MF papers, y Friedman to George Shultz, 25 de septiembre de 1971, *ibid.*

⁵⁶ Sarah Katherine MERGEL: *Conservative Intellectuals...*, pp. 95-101, y William F. BUCKLEY: «Goodbye Milton Friedman», *National Review*, 17 de septiembre de 1971.

necesidades electorales de 1972, pero no debe olvidarse que los asesores del presidente tampoco fueron capaces de facilitarle una guía de actuación clara. Tal y como McCracken o Burns, o incluso el siempre optimista Friedman reconocieron, los problemas económicos de Richard Nixon estaban entonces «más allá» de la «capacidad de los economistas»⁵⁷.

Algo similar ocurrió en lo tocante a Bretton Woods. Nixon y su secretario del Tesoro no tuvieron reparo en abandonar el impulso desregulador iniciado en agosto de 1971 una vez que éste dejó de ser electoralmente útil, pero, tras el cierre de la ventanilla del dólar, los asesores presidenciales, lejos de ofrecer opciones claras para frenar o reconducir el oportunismo político de Nixon, fueron incapaces de diseñar un curso de acción claro o incluso de decidir si la suspensión debía ser permanente o tan sólo una solución temporal. Así, poco después de que Nixon pronunciara «Los Retos de La Paz», un nervioso Friedman se vio obligado a emplearse a fondo para que la Casa Blanca perseverara en el curso de acción rupturista. Recurriendo a los bajos instintos nacionalistas del secretario del Tesoro John Connally, Friedman le advirtió contra la posibilidad de «dejarse engañar por las presiones de la banca extranjera» que, según el de Chicago, estaba «intentando desesperadamente retener su influencia ilegítima sobre nuestras políticas»⁵⁸. Aun así, poco después, la disputa interna entre partidarios de tipos de cambio fijos y «liberalizadores» se inclinó hacia los primeros cuando, en diciembre de 1971, Connally finalmente cedió a las presiones de Arthur Burns y optó por una reestructuración parcial del sistema de Bretton Woods sobre un dólar devaluado⁵⁹. Meses más tarde, la sustitución de Connally por George Shultz como secretario del Tesoro en mayo de 1972 terminó de reconducir la política oficial norteamericana, con el apoyo de otros firmes conversos a las tesis de Friedman como Stein, Volker y Peter Flannigan, al definitivo abandono del sistema de tipos de cambio fijos entre febrero y marzo de 1973.

⁵⁷ Milton Friedman to Richard Nixon, 21 de diciembre de 1971, MF papers [sin catalogar].

⁵⁸ Milton Friedman to John Connally, 30 de septiembre de 1971, f. 15, caja 33, MF papers, y Joanne GOWA: *Closing the Gold Window: Domestic Politics and the End of Bretton Woods*, Ithaca, NY, Cornell University Press, 1983.

⁵⁹ John S. ODELL: *US International Monetary Policy...*, pp. 286-288.

Subsecuentemente, tanto los economistas como los historiadores profesionales han tendido a proyectar cierto aire de inevitabilidad sobre el colapso de Bretton Woods. No obstante, al igual que en 1971 y en 1972, en 1973 ni las condiciones económicas por sí solas —que demandaban la introducción de reformas, pero no dictaban la dirección de éstas—, ni las presiones del sector financiero —aún firmemente anclado al intervencionismo estatal— pueden explicar la adopción de iniciativas monetaristas deliberadamente rupturistas con el consenso existente. El progresivo abandono del keynesianismo de posguerra y el paralelo fortalecimiento de la alternativa liberal neoclásica —en otras palabras, el cambio de dirección en las inercias ideológicas que condicionan las opciones abiertas a los gestores de políticas públicas— no se debieron sólo a condicionantes externos. El convencimiento ideológico de los hombres de Nixon desempeñó un papel igual o más importante. Significativamente, tras los experimentos económicos pilotados por Richard Nixon, las principales compañías estadounidenses reaccionaron ante la crisis de los setenta dirigiendo su apoyo económico hacia organizaciones vinculadas a círculos liberal-neoclásicos, como el American Enterprise Institute, que hasta entonces habían desdeñado por considerarlas demasiado extremistas y alejadas del consenso político establecido⁶⁰. Nixon fue el primer presidente en poner el prestigio inherente al más alto cargo del Estado al servicio de la narrativa liberal neoclásica. Tras su presidencia, nadie cuestionaría ya la credibilidad del liberalismo neoclásico como forma de análisis plausible y forma de gestión respetable.

⁶⁰ Kim PHILLIPS-FEIN: *Invisible Hands...*, pp. 150-156 y 163-164.

ENSAYOS BIBLIOGRÁFICOS

Biografías políticas de la España liberal

Carlos Dardé

Universidad de Cantabria

Resumen: El artículo analiza cuatro recientes biografías sobre destacados personajes políticos españoles del siglo XIX y primera mitad del siglo XX, que confirman el excelente estado que actualmente atraviesa el género biográfico en España. Después de tratar de la novedad que suponen estas obras y describir su contenido, se exponen algunas consideraciones generales sobre la información que proporcionan, la calidad de la interpretación, la componente literaria, la ejemplaridad de los personajes y el grado de identificación de los autores con ellos.

Palabras clave: biografías políticas, España liberal, Isabel II, Germán Gamazo, José Sánchez Guerra, Juan March.

Abstract: The article deals with four recent biographies of some of the most important people in the political scene in Spain during the nineteenth century and the first half of the twentieth century. These books confirm the excellent situation of the biography genre in Spanish historiography. After analyzing the novelty and the content of the studies, it concludes with some general considerations about the information given by them, the quality of the interpretations, the literary component, the exemplarity of the subjects of study, and the degree of identification of the authors with them.

Keywords: political biographies, Liberal Spain, Isabel II, Germán Gamazo, José Sánchez Guerra, Juan March.

Que la biografía política atraviesa hoy en España un excelente momento es un lugar común que las obras objeto de esta recensión vienen a confirmar. Lejos —en el recuerdo que no en el tiempo— quedan aquellos años ochenta del siglo pasado en los que el género biográfico dejó de ser considerado un género menor. Desde entonces, y sólo en relación con la España liberal —entendiendo por tal la que arranca en 1834 y acaba en 1936—, periodo al que corresponden los libros de los que trataremos, individuos como Alcalá Galiano, Donoso Cortés, Bravo Murillo, Prim, Sagasta, Castelar, Nicolás Salmerón, Alfonso XII, Francisco Silvela, Alfonso XIII, Antonio Maura, Eduardo Dato, Canalejas, el conde de Romanones, Santiago Alba, Lerroux, Azaña, Fernando de los Ríos, Negrín o Largo Caballero, por citar sólo los personajes más destacados, de ámbito nacional, español, han sido objeto de investigaciones que han iluminado tanto su figura como la época en la vivieron y contribuyeron a conformar¹. En el siguiente ensayo se analizarán cuatro biografías de personajes pertenecientes a la época citada, aunque en el caso de Juan March se prolonga bastante más de 1936.

El personaje más antiguo de los que tratan estas biografías es Isabel II, nacida en 1830. La obra de Isabel Burdiel —que mereció el Premio Nacional de Historia en 2010— podría servir especialmente para desmentir la afirmación del, por otra parte, eminente historiador de la República y el Imperio romanos, el neozelandés afincado en Oxford, Sir Ronald Syme, quien escribió que «las biografías son el enemigo de la historia. Tienden a la fábula y a la leyenda y exaltan el individuo a expensas de la historia social y de los grandes acontecimientos y fuerzas de poder en el mundo»². Le-

¹ El «espléndido momento por el que atraviesa la escritura de biografías en España» lo afirma Santos JULIÁ: <http://www.tendencias21.net> (abril de 2012). En el mismo sentido, Miguel MARTORELL LINARES: *José Sánchez Guerra. Un hombre de honor (1859-1935)*, Madrid, Marcial Pons, 2011, p. 14, afirma que «la biografía goza hoy de una excelente salud en medios académicos y atrae el interés del público en general». Un exponente de la revalorización del género biográfico en España en los años ochenta del pasado siglo es el artículo tantas veces citado de Antonio MORALES MOYA: «En torno al auge de la biografía», *Revista de Occidente*, 74-75 (julio-agosto de 1987) pp. 61-76. En Francia, el fenómeno tuvo lugar en las mismas fechas: François DOSSE: *El arte de la biografía. Entre historia y ficción*, México, Universidad Iberoamericana, 2011, p. 21. No se incluyen las referencias bibliográficas de las biografías sobre los personajes indicados —por otra parte, bien fáciles de encontrar—, para no agotar el espacio de este artículo.

² Cita de Syme, correspondiente a *Roman papers*, Oxford University Press,

jos de centrarse exclusivamente en el personaje en detrimento de su entorno, la biografía de Isabel II es, además de un penetrante análisis de la personalidad de la reina, quizás la mejor historia política de que disponemos actualmente sobre su reinado.

Isabel II no es precisamente un personaje del que se haya escrito poco. Ya en su época se ocuparon de ella numerosos autores, algunos a favor y, la mayoría, en contra. A comienzos del siglo xx, Benito Pérez Galdós y Ramón María del Valle Inclán ofrecieron distintas imágenes de la reina; el primero, compasiva y comprensiva, el segundo, cruel y esperpéntica. Después llegarían las biografías de Pedro de Répide, Pierre de Luz y Carmen Llorca y, más recientemente, entre otras, las de José Luis Comellas y Germán Rueda. Al leer el libro de Isabel Burdiel, sin embargo, se tiene la impresión de la más absoluta novedad, de conocer cosas de las que nada sabíamos antes. Y ello gracias a la utilización de nuevas fuentes, entre las que destaca el Archivo de la Reina Gobernadora, María Cristina de Borbón, depositado en el Archivo Histórico Nacional, la documentación francesa —tanto diplomática como de la policía—, y la británica, procedente del *Public Record Office*. Burdiel ha sabido engarzar con arte éstas y otras muchas fuentes más conocidas, junto con la bibliografía existente, en una narración fluida que hace fácil y sumamente interesante de la lectura de su libro.

La imagen personal de Isabel II que transmite la autora es la de una figura patética, con un enorme desorden mental y afectivo, rodeada siempre de mentiras y confusión. Con aquella personalidad, como cabe suponer, Isabel II no desempeñó adecuadamente la difícil tarea encomendada a la Corona en la primera etapa de la monarquía constitucional. Pero la autora no atribuye a la reina la responsabilidad única y suprema del fracaso político de su reinado: «la capacidad de desestabilización política que tuvo la Corona, y en concreto la reina Isabel II, no fue la causa última de la falta de consenso del liberalismo isabelino sino su mejor exponente». Dado el poder de que dispuso, si hubiera querido y sabido, Isabel II podía haber consolidado aquella primera experiencia constitucional, pero ni quiso —señala Isabel Burdiel—, porque siempre trató de afirmar su poder frente a los partidos y al Parlamento, ni supo orientar eficazmente la política en un sentido determinado. Es bien cono-

1979-1991, en Javier ARCE: «Sir Ronald Syme: la historia romana», *Revista de Occidente*, 152 (1994), p. 40.

cida la aversión que la reina sentía por los progresistas, pero la historiadora también rechaza la caracterización de Isabel II como «la reina de los liberales moderados» ya que para serlo tendría que haber sido primero liberal —«y nunca lo fue»—, y haber controlado y puesto a su servicio «de manera sólida y efectiva, las dispersas fuerzas del moderantismo», cosa que tampoco hizo. El resultado de todo ello, concluye, fue «un laberinto político, cada vez más intrincado, que puso a todos y a todo en tela de juicio»³.

Nacido en el reinado de Isabel II, en 1840, Germán Gamazo no nos era desconocido en absoluto. El primero de sus biógrafos, Félix de Llanos y Torriglia, nos transmitió una imagen del mismo como «el buen cacique», una especie de paternalista aristócrata inglés del siglo XVIII que velaba por el bienestar de los habitantes de su condado —en este caso, la provincia de Valladolid—. Posteriormente, José Varela Ortega lo presentó como uno de los personajes paradigmáticos de la Restauración, un eficaz patrono que derivaba su influencia política del cultivo de una clientela personal —gracias al control de los recursos administrativos—, más que de la representación de los intereses generales. Esther Calzada del Amo, por su parte, nos ofrece una perspectiva completa del personaje que, desde luego, está mucho más cerca de la pragmática de Varela Ortega que de la idealizada de Llanos y Torriglia. El Gamazo de Calzada del Amo es un hombre calculador en todos los aspectos de su vida, y un político trabajador, hábil, «oportunist» (como él mismo se definió en relación con la política económica), en cuyo comportamiento destaca, sobre todo, la «cautela». «Para el gran público burgués —escribe Esther Calzada—, Gamazo se había tomado el Ministerio como si de un trabajo a jornal se tratara: esforzado y laborioso, pero sin que apuntara muy bien el alcance de sus golpes de pico y pala [...]. No se atribuía a Gamazo la lúcida visión de un estadista». Una caracterización que, por otra parte, «no era [...] muy diferente de la que él mismo había tratado de labrarse con sus paisanos de la Liga Agraria apareciendo como defensor de los intereses ligados a la tierra, trabajador sin freno por la mejora fiscal de las “clases productoras” y promotor de ambiciosos proyectos»⁴.

³ Isabel BURDIEL: *Isabel II (1830-1904). Una biografía*, Madrid, Taurus, 2010, pp. 21-22.

⁴ Félix de LLANOS Y TORRIGLIA: *Germán Gamazo, el sobrio castellano*, Madrid, Espasa Calpe, 1942; José VARELA ORTEGA: *Partidos, elecciones y caciquismo*

El libro se compone de dos grandes capítulos dedicados al análisis de la trayectoria profesional y política de Gamazo y a sus bases económicas y sociales. El primero de ellos arranca con el análisis de los modestos orígenes familiares en Boecillo —un pequeño pueblo cercano a Valladolid— y analiza con detenimiento sus actuaciones al frente de los ministerios de Fomento, en dos ocasiones, Ultramar y Hacienda. Entre otras muchas cuestiones, se trata de una especialmente polémica —el contrato, en régimen de monopolio, con la Compañía Trasatlántica del marqués de Comillas para los servicios postales marítimos y el transporte de tropas a Ultramar, cuestión en la que exculpa al ministro de la acusación de corrupción de que fue objeto—, y de otra, que alcanzó especial relevancia en Navarra, la conocida como «gamazada», en respuesta al proyecto de presupuestos de 1893. Gamazo se convirtió en el portavoz más destacado de la corriente proteccionista dentro del partido liberal, en oposición a la orientación librecambista que defendía Segismundo Moret y —ayudado por su cuñado y quien había de ser su heredero político, Antonio Maura— aspiró inútilmente a arrebatar el liderazgo liberal a Sagasta, en la coyuntura del 98.

Las bases económicas y sociales del personaje son el tema del otro gran capítulo del libro. En él se analiza detenidamente el considerable «capital económico» que reunió gracias al patrimonio heredado, el conseguido a través del matrimonio y el ganado en los tribunales y la política. Respecto a sus estrategias inversoras, la conclusión es que se trató de «un hombre económicamente muy activo, que moviliza inmediatamente los beneficios monetarios para su capitalización [...]»; de tendencias conservadoras en su actividad inversora, como en otros órdenes de la vida, prefiere la seguridad de la tierra». En el otro apartado dedicado al «capital simbólico» se estudian los valores relacionados con la familia —hombres y mujeres, padres, hijos y sirvientes—, la religión, las formas de vivir —el hogar, el trabajo, el tiempo libre y las vacaciones— y de morir, con una conclusión que se resumen en el título: «la atracción de lo burgués»⁵.

en la Restauración, 1875-1900, Madrid, Alianza Editorial, 1977, y Esther CALZADA DEL AMO: *Germán Gamazo. Poder político y redes sociales en la Restauración (1840-1901)*, Madrid, Marcial Pons, 2011, pp. 156-157.

⁵ Esther CALZADA DEL AMO: *Germán Gamazo...*, p. 432.

Más olvidado por la historiografía es el personaje del que se ocupa Miguel Martorell, el cordobés José Sánchez Guerra, del que sólo se disponía hasta ahora de una biografía, la de Luis Armiñán, de 1948. Una falta de atención que contrasta con la relevancia pública y la popularidad que Sánchez Guerra tuvo en su época, patente en dos fotografías incluidas en el libro que muestran el enorme gentío que esperaba en las puertas del Teatro de la Zarzuela de Madrid, el 27 de febrero de 1930, para asistir al discurso que el político había de pronunciar, y la multitud que acompañó su cortejo fúnebre por las calles de la capital el 27 de enero de 1935.

La trayectoria política de Sánchez Guerra fue singular, en cierta medida opuesta a la del que fue su jefe político durante casi veinte años, Sagasta, ya que si éste pasó de revolucionario condenado a muerte, a ministro de la Gobernación, aquél siguió el camino en sentido contrario y después de ser el «símbolo viviente del conservadurismo político y el orden social» se dedicó, con cerca de setenta años, a conspirar y promover un levantamiento armado contra la dictadura de Primo de Rivera. Trayectoria que le lleva a Miguel Martorell a aceptar la caracterización que Sánchez Guerra hizo de sí mismo como «un hijo de la revolución de septiembre», de 1868, identificado con el sistema constitucional y las libertades públicas⁶.

En el libro se analizan con detalle las bases del arraigo electoral de Sánchez Guerra en Córdoba y las cuatro etapas principales de su dilatada e intensa carrera, que comenzó como cronista parlamentario del periódico liberal sagastino *La Iberia*, en 1879, y acabó como diputado en las Cortes Constituyentes de 1931. La primera de ellas, de 1886 a 1913, se distinguió por la adhesión de Sánchez Guerra a la facción liberal de Germán Gamazo y Antonio Maura y su conversión en el brazo derecho de este último, a quien acompañó en su paso del partido liberal al conservador, en 1902; Maura le hizo subsecretario de Ultramar en 1893, ministro de la Gobernación en su primer gobierno y de Fomento en el segundo. La siguiente etapa, de 1913 a 1921, se caracteriza por su alejamiento de Maura —cuando éste decidió automarginarse del turno de partidos— y su alineamiento con Eduardo Dato, con quien fue nuevamente ministro de la Gobernación en 1913, y también en 1917, teniendo que hacer frente entonces a los retos que no sólo al go-

⁶ Miguel MARTORELL LINARES: *José Sánchez Guerra...*, pp. 383 y 350.

bierno, sino a todo el sistema político plantearon la Asamblea de Parlamentarios, las Juntas Militares de Defensa y la huelga general revolucionaria. En este periodo también intervino decisivamente en la reforma del Reglamento del Congreso de los Diputados, en 1918, Cámara de la que fue presidente entre 1919 y 1922. La tercera etapa, de 1921 a 1923, consistió en la sucesión de Dato en la jefatura del partido conservador, tras el asesinato de aquél, y la presidencia del gobierno en 1922, desde el 8 de marzo hasta el 5 de diciembre. Al frente del Ejecutivo, Sánchez Guerra restableció las garantías constitucionales en todo el país, a pesar de la oposición del gobernador civil de Barcelona, el general Martínez Anido, a cuyos métodos de guerra sucia se opuso por completo, y a quien terminó cesando de su cargo; asimismo, el gobierno disolvió las Juntas Militares de Defensa, y adoptó la medida que habría de tener mayor trascendencia: el envío al Parlamento del expediente elaborado por el general Juan Picasso, sobre las causas del desastre de Annual, ocurrido en 1921, y que abriría el debate sobre las responsabilidades políticas del mismo.

La última etapa de la vida política de Sánchez Guerra tuvo lugar durante la dictadura, que nunca aceptó. Desde 1927 lideró la oposición a Primo de Rivera: se exilió en París, conspiró y dirigió una insurrección que fracasó, por lo que permaneció preso en el puerto de Valencia algo más de un año. Al mes siguiente de caer el dictador, en febrero de 1930, Sánchez Guerra, que había alcanzado «gran autoridad y popularidad inmensa», pronunció un discurso en el Teatro de la Zarzuela de Madrid en el que denunció públicamente al rey por su complicidad con la dictadura contribuyendo así a la caída de la Monarquía. No obstante, resistió las presiones para que se convirtiera en «el Thiers español» —el monárquico que presidió la Tercera República francesa— y, siguiendo el ejemplo de consecuencia de Castelar —que, a fines de los años ochenta del siglo XIX, se mantuvo en el campo republicano a pesar de reconocer la conveniencia de la Monarquía—, continuó siendo monárquico y aceptó el encargo de Alfonso XIII de formar gobierno en febrero de 1931. Elegido diputado para las Cortes Constituyentes de 1931, se apartó de la vida pública en 1932, por su estado de salud, y murió en enero de 1935⁷.

⁷ Entrecomillados *ibid.*, pp. 445 y 429.

El último de los personajes biografiados, Juan March, excede tanto el ámbito cronológico como el temático de los anteriores, ya que, aunque desarrolló gran parte de su actividad durante las primeras cuatro décadas del siglo xx, ésta se prolongó hasta la segunda mitad del siglo, y abarcó no sólo la política, sino también, y especialmente, la economía o, más bien, el espacio que comparten ambas. La fama de Juan March alcanzó pronto una dimensión nacional: en 1916 fue citado en el Senado como el más importante de los contrabandistas de tabaco en España; en 1934, el periodista Manuel Domínguez Benavides publicó *El último pirata del Mediterráneo* —de acuerdo con el calificativo que le había dado Cambó— y desde entonces se han sucedido numerosos estudios sobre su persona. No obstante, la figura de Juan March, a juicio de Eugenio Torres, seguía instalada «en el terreno de la leyenda más que en el de la investigación histórica rigurosa»⁸. Llevar a cabo ésta es el propósito de Mercedes Cabrera, que cuenta con el grave inconveniente de la inexistencia del archivo personal del empresario, quien, en su afán por mantenerse en la sombra, ha sido llamado «el hombre más misterioso del mundo»; una circunstancia que obliga a la autora a moverse frecuentemente el terreno de las conjeturas.

Lo primero que llama la atención es que, tratándose de un empresario, el eje de su biografía no sean sus iniciativas económicas, sino las principales etapas políticas que se sucedieron durante su vida y es que, en el caso de Juan March, economía y política estuvieron siempre estrechamente unidas. No es de extrañar que la autora, especialista en las complejas relaciones entre una y otra, se sintiera interesada por el personaje hasta el punto de dedicarle muchos años de investigación.

La actividad de Juan March —que abandonó pronto sus estudios sin obtener ningún título— se inició en Mallorca, en una pequeña empresa familiar dedicada a la comercialización de productos agrícolas —en particular, el cerdo—, la concesión de préstamos y la compra-venta de parcelas. Pero lo que le llevó a enriquecerse rápidamente fue el contrabando de tabaco desde el norte de África a las costas españolas del Mediterráneo. Sobre esta base, se con-

⁸ Eugenio TORRES: «Juan March Ordinas (1880-1962)», en *id.* (dir.): *Los 100 empresarios españoles del siglo xx*, Madrid, LID, 2000, citado por Mercedes CABRERA: *Juan March (1880-1962)*, Madrid, Marcial Pons, 2011, p. 14, y Pere FERRER: *Juan March. El hombre más misterioso del mundo*, Barcelona, Ediciones B, 2008.

virtió en productor de tabaco en Orán y Argel, y obtuvo el monopolio de su venta en la zona del protectorado español de Marruecos. Aprovechó las oportunidades brindadas por la Gran Guerra, aumentando sus actividades financieras y las relativas al negocio naviero, e inició sus inversiones en las industrias química, de fertilizantes y petrolífera; abasteció a las potencias aliadas, de forma pública y, posiblemente también, de forma clandestina, a los submarinos alemanes; e hizo su desembarco en la política balear, en la facción de Santiago Alba del partido liberal, como representante de «un capitalismo moderno capaz de romper las inercias isleñas», en contra de «las grandes familias aristocráticas terratenientes y conservadoras», para lo cual buscó el apoyo de las clases populares (llegó a financiar la construcción de una magnífica Casa del Pueblo en Palma)⁹.

La amistad con Alba le creó problemas al inicio de la dictadura de Primo de Rivera, que intensificó la lucha contra el fraude que el contrabando suponía para la Hacienda. Pero March consiguió revertir la situación y, gracias al apoyo que prestó con sus periódicos a la política de Primo de Rivera en Marruecos, obtuvo de éste el monopolio del tabaco en Ceuta y Melilla. Al llegar la República, transformó su partido liberal en un partido de centro republicano, siendo elegido nuevamente diputado; resistió los primeros ataques del fiscal de la República, pero no pudo con el Comité de Responsabilidades, que le envió a la cárcel, donde estuvo más de un año. Se fugó y financió la sublevación militar con una cantidad ingente de dinero que no es posible precisar, en condiciones de las que supo sacar provecho personal. En los primeros años del franquismo medió en el soborno británico a altos jefes militares —«los caballeros de San Jorge»— para favorecer la neutralidad española en la guerra mundial, y contribuyó a las conspiraciones monárquicas, pero al poco tiempo estableció una estrecha relación con el ministro de Industria y presidente del INI, Juan Antonio Suanzes, que le permitió hacer el que probablemente fue el mayor negocio de su vida, la adquisición de la compañía eléctrica *Barcelona Traction*. Al morir, en accidente de automóvil, en 1962, se le consideró como uno de los tres hombres más ricos del mundo. En 1957 había creado la Fundación que lleva su nombre contribuyendo al de-

⁹ Mercedes CABRERA: *Juan March...*, p. 81.

sarrollo cultural del país y a la adquisición de grandes equipos para hospitales y centros de investigación.

Unas reflexiones generales

Las cuatro biografías estudiadas comparten un estilo similar, más próximo al modelo anglosajón, caracterizado por su empirismo, que al modelo francés, con mayor tendencia a lo literario¹⁰. De todas ellas destaca, en primer lugar, el enorme caudal informativo que proporcionan, gracias a la consulta exhaustiva de la bibliografía existente y a la utilización de fuentes inéditas, procedentes de archivos nacionales y extranjeros, privados y públicos. También el material gráfico excelente, con numerosas ilustraciones.

En segundo lugar, cabe señalar la razonada interpretación que los autores hacen del comportamiento de sus personajes. Antonio Muñoz Molina ha distinguido entre los biógrafos «romos», que sólo acumulan datos, los «iluminados», que «deducen significados profundos de cualquier nadería, o retuercen los episodios de la vida o de la obra para ajustarlos a una teoría», y los que muestran «curiosidad hacia la vida, amor por la obra, [y] deseo de transmitir con claridad el saber que han adquirido»¹¹. Sin duda, nuestros autores pertenecen a esta última categoría. Sus interpretaciones —que han quedado muy resumidas en las páginas anteriores— son, naturalmente, discutibles, pero siempre lógicas y bien fundamentadas.

En tercer lugar está el hecho de que se trata de rigurosos productos historiográficos. Prácticamente, no hay párrafo que no vaya acompañado de una nota a pie de página donde, como quería Ranke, se identifican las fuentes de información. Por supuesto que, como en cualquier historia escrita, la huella del autor está presente en la elección, presentación e interpretación del material. Pero el lugar dejado a la imaginación es muy escaso. Hasta las recreaciones de lugares y ambientes se hacen generalmente con textos de época. La documentación supera con mucho a la literatura. Podría argumentarse que esto empobrece los retratos biográficos. A veces,

¹⁰ François DOSSE: *El arte de la biografía...*, p. 18.

¹¹ Antonio MUÑOZ MOLINA: «El misterio de Herman Melville», prólogo a Andrew DELBANCO: *Melville. Su mundo y su obra*, Barcelona, Seix Barral, 2007, pp. VII-XV.

las recreaciones literarias o cinematográficas de cualquier personaje tienen mayor profundidad, penetran en estratos más profundos de su conciencia y son más conmovedoras. Pero su compromiso con la verdad —la verdad relativa que podemos alcanzar— es mucho menor. Las biografías estrictamente históricas, como las que estamos considerando, son necesariamente más limitadas, pero establecen las bases de lo que podemos afirmar con bastante certeza de alguien, lo cual no es poco. Por otra parte, lo que hace relevantes a los personajes estudiados aquí es su actuación pública y no los recovecos de su personalidad, ni otros aspectos de su vida privada. Y en el análisis de lo que nos interesa, los autores de estas biografías sí despliegan la suficiente imaginación para recrear las situaciones en las que aquéllos se encontraron y ofrecer explicaciones razonadas de su comportamiento.

Y en último lugar, tenemos la cuestión de la ejemplaridad de los personajes unida a la identificación de los autores con ellos. A la biografía se le ha otorgado frecuentemente la función de proporcionar modelos de comportamiento. De las cuatro personas estudiadas, Isabel II sirve, en todo caso, como un modelo negativo, de cómo no ser y hacer; el burgués Germán Gamazo, cauto y oportunista, resulta poco atractivo; el inmenso éxito económico de Juan March provoca quizás más asombro que admiración, y, aunque la autora queda indudablemente ganada, al final del libro, por «el filántropo» que crea la Fundación que lleva su nombre, no deja de señalar «la lamentable historia» del empresario —por decirlo con palabras del dictador Primo de Rivera—, llena de irregularidades e ilegalidades. Sólo Sánchez Guerra aparece como un modelo netamente positivo, como alguien a quien admirar, no tanto por lo que se destaca en el título del libro, «un hombre de honor», sino por su defensa de la Constitución y el Parlamento. En efecto, aunque Martorell valora positivamente la dignidad que llevó al personaje a no consentir ninguna ofensa personal o familiar —analizando el significado del concepto de honor a fines del siglo XIX y comienzos del XX, y los medios utilizados para su afirmación y defensa, como el duelo—, deja clara la lejanía entre aquel concepto de reminiscencias medievales y los criterios actuales de conducta. Por el contrario, la presentación de Sánchez Guerra como, quizás, «el mayor defensor de las instituciones parlamentarias en todo el siglo XX español» tiene una completa actualidad. Fue esta cualidad del per-

sonaje la que, nos dice el autor, llamó su atención desde el primer momento, gracias a unas palabras —desgraciadamente proféticas— de aquél al ocupar la presidencia del Congreso de los Diputados, en 1919, que repite en dos ocasiones¹². Es, por tanto, la biografía de Sánchez Guerra la única entre las aquí estudiadas en la que hay una considerable identificación entre el autor y el personaje, en la que éste se ha apropiado en cierta medida de aquél, lo que se traduce en una interpretación decididamente favorable del mismo.

Se hacía referencia al comienzo a la abundancia de biografías en la historiografía española contemporánea. Para concluir, quisiera señalar que, no obstante, todavía queda mucho por hacer. Aparte de que, como en cualquier tema historiográfico, siempre caben nuevas interpretaciones sobre el material ya conocido, hay otras figuras —sólo en el ámbito de la política nacional y en la época liberal— que esperan un primer tratamiento de acuerdo con las exigencias actuales. Por ejemplo, las regentes María Cristina de Borbón, cuyo riquísimo archivo está disponible, y María Cristina de Austria, de la que existe una documentación austriaca y alemana que espera ser consultada. Y también figuras centrales del mundo del progresismo o la izquierda de la Restauración, como Espartero, Salustiano Olózaga, Francisco Salmerón, Manuel Ruiz Zorrilla o Cristino Martos; y del moderantismo y el conservadurismo, empezando por el mismo Cánovas, cuya última biografía realmente ambiciosa y con material original es la de Fernández Almagro, de ¡1951!

¹² Miguel MARTORELL LINARES: *José Sánchez Guerra...*, pp. 11 y 259.

HOY

Orígenes y primeros años de la Asociación de Historia Contemporánea

Miquel À. Marín Gelabert*

Resumen: El asociacionismo profesional entre los historiadores es uno de los objetos de investigación más recientemente abordados por la historia de la historiografía europea. En el marco de las sociedades democráticas, el asociacionismo nos permite rastrear el modo en que se organizan internamente las disciplinas, sus tensiones epistemológicas e ideológicas, y la forma en que se proyectan sobre el universo académico y sobre la sociedad. La Asociación de Historia Contemporánea se gestó en un momento de no retorno para la formación de la historiografía democrática española. De ahí que sus complejos inicios reflejen una parte de las tensiones esenciales de la liquidación del contemporaneísmo franquista y el nacimiento del contemporaneísmo democrático.

Palabras clave: asociacionismo, historia de la historiografía, historiografía democrática, Asociación de Historia Contemporánea.

Abstract: Professional associations among historians have recently become a main issue in European history of historiography. They let researchers have a broader view of the way that disciplines manage themselves, their epistemological and ideological strains, and the way they spread their shadow over democratic Academy and Society. The Spanish Asociación

* Seminario Permanente de Historia de la Historiografía «Juan José Carreras», Institución Fernando el Católico. Grupo de Historia de la Historiografía, Universidad de Zaragoza. Esta primera aproximación debe enmarcarse en las actividades del proyecto de investigación HAR 2012-31926, *Representaciones de la Historia en la España contemporánea. Políticas de la Historia y narrativas de la nación*, Ministerio de Economía y Competitividad, dirigido por Ignacio Peiró Martín.

de Historia Contemporánea was launched in a crucial moment when Democratic Historiography was in the making. Thus, the complexity of this instant reflects the essential tensions of the downfall of Francoist historiography, and the birth of a new contemporary history.

Keywords: History of Historiography, Historical Associations, Democratic Historiography, Asociación de Historia Contemporánea.

La Asociación de Historia Contemporánea (en adelante, AHC) ha cruzado la frontera del cuarto de siglo, un hito suficientemente importante por sí solo, que merece una recapitulación conmemorativa. Sin embargo, el éxito de la duración no debe sepultar bajo un alud de autocomplacencia la oportunidad comprensiva que la conmemoración nos proporciona¹. Las asociaciones profesionales en marcos científicos representan proyectos explícitos de desarrollo disciplinar, modelos de sociabilidad y de influencia, retos de transformación y de cambio social, criterios de excelencia e impulsos reproductivos que, con el tiempo, observan adaptaciones y cambios que determinan su fortuna. El proyecto colectivo representado por la Asociación se ha revelado a través del tiempo como uno de los elementos fundamentales para la comprensión del contemporaneísmo en el cambio de siglo. De ahí que rastrear sus criterios de excelencia, sus inflexiones teóricas y metodológicas, y el desarrollo mismo de los debates internos nos permita conocer mejor qué ha sido de la historia contemporánea española en este período y cuál ha sido la incidencia real de la AHC en todo ello².

De La Rábida a Salamanca

Fijar los orígenes de *la Asociación* resulta una tarea no particularmente sencilla. Fue un proyecto colectivo en el que convergieron

¹ Este texto desarrolla la intervención llevada a cabo durante los actos del XI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea celebrado en Granada. El autor quiere agradecer a quienes le han permitido acceder a documentación sobre los inicios de la AHC y a quienes han leído versiones iniciales, mucho más extensas, de este texto. En particular, Juan Pro, Anaclet Pons y Teresa Ortega, entre los primeros; y a Jesús Longares, Carlos Forcadell, Pedro Ruiz Torres, Isabel Moll e Ignacio Peiró, entre los segundos.

² En cualquier caso, reservamos cualquier desarrollo para un futuro estudio de la sociabilidad profesional en la segunda mitad del siglo XX.

diferentes iniciativas y en el que muy probablemente se implementaron estrategias paralelas con el objetivo final de aglutinar grupos profesional e ideológicamente diversos. Todos ellos merecen protagonismo en este texto. Lo cierto, sin embargo, es que a la hora de establecer las coordenadas del nacimiento de la AHC, debemos hacer mención, al menos, a tres elementos fundamentales. Por una parte, la existencia previa de periódicas Reuniones de Departamentos de Historia Contemporánea. Por otra, debemos situarnos en la coyuntura de cristalización general de los últimos años ochenta. Y, en último término, hemos de adentrarnos en el mencionado ambiente asociacionista.

No obstante, no parece prudente iniciar la crónica de esta iniciativa colectiva en el ámbito contemporaneísta sin hacer obligada referencia a las reuniones auspiciadas en Pau por Manuel Tuñón de Lara, iniciadas desde 1970 y proseguidas, ya en España, en Segovia y Cuenca hasta 1992. Ellas constituyen el precedente inmediato de socialización. Y, en esta lógica, el homenaje que se tributó a Tuñón del 24 al 29 de agosto de 1980 en forma de *Semana de Historia* en la santanderina Universidad Internacional Menéndez Pelayo, a la que acudieron más de trescientos historiadores, se nos presenta también como un evento de simbólico reemplazo. En todas estas reuniones se propició una primera cohesión intergeneracional y, lo que es probablemente más importante, se mantuvieron las discusiones fundamentales que marcaron los márgenes temáticos, metodológicos y heurísticos de la disciplina en construcción.

Más adelante, en octubre de 1987, se celebró la VI Reunión de Departamentos de Historia Contemporánea de Universidades Andaluzas, a la que se invitó a profesionales de todo el país. En la reunión de La Rábida se sucedieron mesas redondas en las que se intercambió información y se discutieron cuestiones cruciales para el desarrollo de la disciplina en ese momento³. Los encuentros interdepartamentales se erigían, en realidad, como una iniciativa cohesionadora ante la proclividad y el calado de los cambios institucionales de los años ochenta que afectaban directamente a la organización universitaria, la política científica y la promoción del profesorado. En ella, un documento de *Conclusiones* datado el

³ Su desarrollo, en la Circular firmada en Sevilla por Rafael Sánchez Mantero, el 3 de junio de 1987. Agradecemos a Carlos Forcadell e Isabel Moll la consulta de los documentos referentes a La Rábida.

24 de octubre deviene una magnífica fuente para el historiador de la historiografía porque refleja con fidelidad las preocupaciones coyunturales del gremio. Entre otros temas tratados (asignaturas, convenios, gestión del área de conocimiento y del departamento, informatización de referencias), en el punto séptimo se acordaba «... por unanimidad, el proyecto de constitución de una asociación de contemporaneístas...». Y prosigue: «... los profesores Antonio Fernández [García], [José] Varela Ortega y Moll [Isabel Moll Blanes] se encargarán de recabar datos acerca de instituciones homólogas centralizando, de momento, en Sevilla, la información necesaria para poner en marcha este proyecto».

El 15 de enero, José Luis Comellas, catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Sevilla, retomaba el contacto epistolar con sus colegas recordándoles: «... No creáis que nos hemos olvidado de lo que acordamos en la reunión de Departamentos de Historia Contemporánea [...] adjuntamos una carta de Antonio Fernández sobre cómo se montan las cosas los medievalistas, que al parecer no lo hacen mal, y podría servir de pauta inicial para nosotros...»⁴.

De La Rábida surgió la iniciativa de celebrar, en Valencia, en septiembre del año siguiente, unas jornadas de Historia Contemporánea. Para su organización se nombró una comisión organizadora. De acuerdo con la primera circular previa a su celebración, firmada por Marc Baldó, una reunión preparatoria en los primeros días de marzo había concluido no sólo la necesidad de ratificar la voluntad de constituir la Asociación, sino el anuncio mismo de la discusión y aprobación de sus estatutos y la programación de sus primeras actividades en la siguiente reunión de septiembre (finalmente, octubre). Además, se fijaban las ponencias de manera que Manuel González Portilla (Universidad del País Vasco) se encargaría de tratar las «Líneas de investigación», Ramón Villares (Universidad de Santiago) de la problemática del Tercer Ciclo; Juan José Carreras (Universidad de Zaragoza) de «Los planes de estudios», y Borja de Riquer y Francesc Bonamusa de las actividades inmediatas.

El 29 de marzo se haría circular un anteproyecto formado por cinco capítulos y treinta y tres artículos que apenas se modificó en el momento de su aprobación. En primer lugar, se fijaba la sede de

⁴ Circular firmada en Sevilla por José Luis Comellas, el 15 de enero de 1988. Agradecemos la posibilidad de su consulta a la Dra. Isabel Moll.

la AHC en Valencia. Se establecía como objetivo general «... estimular y promover la enseñanza, la investigación y la publicación periódica o no de temas relacionados con la disciplina, así como contribuir a la preservación de todo tipo de fuentes históricas y en general impulsar cuantas actividades contribuyan a la realización de su finalidad» (art. 2). Y se enunciaba, para ello, un breve pero ambicioso conjunto de actividades: conferencias, congresos y coloquios (de los que destacaba la celebración de un congreso plenario cada cuatro años); la publicación de un boletín y una revista trimestral, y un esfuerzo de colaboración con entidades españolas y extranjeras.

Se trataba, pues, de un proyecto explícito, integrador y con voluntad globalizante, complementario al conjunto de iniciativas sectoriales que demógrafos e historiadores económicos y sociales llevaban a cabo. Se pretendía, no obstante, acceder a toda la comunidad y, en el ámbito contemporaneísta, conformar un referente profesional.

La AHC pasaba a regirse a través de dos únicos órganos: la Asamblea General de sus socios y una Junta de Gobierno formada por un presidente, dos vicepresidentes, cuatro vocales, un secretario y un tesorero, que sería renovada por mitades cada cuatro años. Así, a principios de octubre, la prensa nacional se hacía eco de la celebración en Valencia de las llamadas *Primeras Jornadas de Historia Contemporánea*, que finalizaban el día 8 con el acto solemne de fundación de la Asociación, cuya inscripción en el registro correspondiente de la Dirección General de Política Interior todavía se retrasaría largos meses⁵.

Si la reunión de Valencia fue publicitada como las primeras Jornadas de Historia Contemporánea, las segundas tuvieron lugar en Madrid, entre el 25 y el 27 de enero de 1990. Bajo el título *La historia contemporánea europea en los años ochenta*, se trató en realidad de un acercamiento más bien tímido a las comunidades contemporaneístas de nuestro entorno, alrededor de cinco ponencias que introducían genéricamente la evolución de la historiografía en cada ámbito, siendo miembros de la Asociación (Villares, Ruiz Torres, Carreras y Artola) los encargados de moderar el diálogo posterior. Los actos finalizaron en la mañana del sábado 27 con la primera Asamblea General y la elección de la Junta Directiva. La primera AHC sería regida inicialmente por una Junta Directiva presidida

⁵ La Asociación de Historia Contemporánea fue finalmente registrada el 12 de mayo de 1989, recibiendo el número 86.170.

por don Miguel Artola Gallego, secundado por María Jesús Matilla como secretaria, Juan Pablo Fusi y Ramón Villares como vicepresidentes; Teresa Carnero, como tesorera, y los vocales Francesc Bonamusa, Carlos Forcadell, Manuel González Portilla y Antonio Rodríguez de las Heras.

La Junta reflejaba con prudencia el juego de pesos y medidas, resultado de las conversaciones mantenidas en los últimos meses, con la voluntad última de asegurar un cierto equilibrio territorial y no cerrar vías de comunicación, desde el inicio, con el presente y con el pasado. La presidencia de don Miguel Artola aseguraba, con su prestigio, la ascendencia inicial de la institución. Y un equipo formado por jóvenes catedráticos y titulares aseguraba el respaldo de departamentos clave en la renovación historiográfica futura.

Pero sería injusto no mencionar aquí el papel desempeñado en esta coyuntura por Juan José Carreras, quien, por su trayectoria biográfica y su impulso historiográfico, se había convertido, en la década de los ochenta, en uno de los historiadores de la generación anterior (la de los nacidos antes de la guerra civil) más influyentes *en la sombra* entre los profesionales más jóvenes, nacidos ya entre la segunda mitad de los años cuarenta y los años cincuenta, que estaban comenzando a ocupar cátedras universitarias⁶.

Volviendo nuestra mirada a la reunión de Valencia, un repaso a la nómina de asistentes nos permite intuir varios elementos cuantitativos que resultan muy significativos⁷. El primero es que un conjunto importante de los fundadores de la Asociación había coincidido en los cursos de Pau y Segovia⁸. Además destaca el peso relativamente importante de los profesionales procedentes de las nuevas universidades. Siendo veintisiete los centros representados,

⁶ Carlos FORCADELL (ed.): *Razones de historiador. Magisterio y presencia de Juan José Carreras*, Zaragoza, IFC, 2009. Un repaso a las aportaciones de este homenaje sitúa al personaje en su justa dimensión.

⁷ Apoyamos estas apreciaciones, siempre provisionales, en un documento titulado «Relación de asistentes a las Jornadas de Historia Contemporánea (Octubre-1988)» mecanografiado en papel timbrado del Departament d'Història Contemporània de la Universitat de València, completándolo con otras noticias y evidencias de participación activa.

⁸ Nótese que uno de cada cinco asistentes a la jornada fundacional de Valencia había participado, en la década de los setenta, en alguna de las jornadas de Pau. Entre ellos, Carreras, Villares, Ruiz Torres, Forcadell, González Portilla, Fusi, Rodríguez de las Heras, Encarna Nicolás o Isabel Moll.

sólo algo más del 50 por 100 de los asistentes procedía de las doce universidades históricas. Dicho lo cual, hay que añadir que esa circunstancia no evitó que casi el 80 por 100 de ellos se había dirigido a Valencia desde cinco Comunidades Autónomas (en este orden, Valencia, Madrid, Andalucía, Extremadura y Cataluña)⁹. Por tanto, estamos ante la manifestación de un fenómeno de ampliación, los primeros movimientos de una transformación estructural, pero no la transformación en sí misma. Estas pequeñeces estadísticas adquieren un significado más amplio cuando dilatamos el ámbito de interrogación. ¿Quiénes eran? ¿Cuál era su situación profesional? ¿Y qué proyección manifestaron posteriormente?

Los fundadores de la AHC son una parte considerable de los nuevos contemporaneístas que protagonizaron la expansión de la investigación y la reproducción de muchos de los departamentos universitarios en la segunda mitad de los setenta y en los años ochenta. Esto marcó profundamente el ambiente asociativo, pero también el cambio de guardia profesional porque, de hecho, incidió en la refundación de muchos de esos departamentos, dejando atrás la herencia de la historiografía anterior. Algo así como una segunda hora cero, en la que la historiografía democrática relegó al olvido a una parte considerable de los «pequeños dictadores», considerados obsoletos y desprovistos, ahora, de poder académico¹⁰. Si tomamos como punto de partida el último *Escalafón de Catedráticos de Universidad* del franquismo, los únicos dos nombres que aparecen entre los socios fundadores de la AHC revelan una parte de su capital simbólico original. Son José María Jover Zamora (1920-2006) y Miguel Artola Gallego (1923), catedráticos desde 1949 y 1960, respectivamente, a los que habría que unir al antes mencionado Juan José Carreras Ares (1928-2006), único perteneciente al Cuerpo de Agregados en aquel momento, que accedería a la cátedra en 1977.

Los otros catorce catedráticos asistentes habían sido nombrados en la década en curso. Nos referimos a un conjunto de historiadores que en el futuro tendrían una gran influencia sobre am-

⁹ El joven departamento de la Universidad de Valencia se volcó en el evento, aportando más del 20 por 100 de los asistentes.

¹⁰ Ignacio PEIRÓ MARTÍN: *Historiadores en España. Historia de la Historia y memoria de la profesión*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2013, pp. 54-64 y 80-84.

plios sectores de la comunidad, hasta el día de hoy¹¹. Los últimos años ochenta constituyen una coyuntura de gran trascendencia, un momento de ebullición política, social e historiográfica sobre el que hemos tratado en otro lugar¹². Si en 1974 eran catorce los catedráticos de Historia Contemporánea, agregando a este cómputo a todos aquellos cuya cátedra incluyera el adjetivo, hasta 1980 únicamente se dotaron cuatro cátedras más en historia contemporánea. Apenas seis años más tarde, en 1986, el área de conocimiento homónima contaba ya con treinta y seis catedráticos. Y en 1990 la cifra había ascendido a cuarenta y uno¹³. Esto es, la década de los ochenta representa el momento de consolidación del predominio contemporaneísta en la profesión. En el futuro inmediato, entre los asistentes a la reunión fundacional, ocho de ellos obtuvieron una cátedra en el término de una década. Y doce más, en la década sucesiva. En la actualidad, son dos tercios los que han ocupado cátedras de Historia Contemporánea, una circunstancia que nos permite acotar una parte del éxito del proyecto.

En consecuencia, podemos afirmar provisionalmente que el proyecto implicó, al menos, a la mitad de la élite de una profesión en rápido crecimiento, a la que seguidamente se sumó de uno u otro modo una amplia mayoría de contemporaneístas. No en vano, el primer *Boletín Informativo* de 1991 indicaba que el número de asociados ascendía en ese momento a 542, con una distribución geográfica que corregía en gran medida la cartografía profesional reflejada en Valencia.

¹¹ Parece evidente que no pocos de los catedráticos que no participaron en las reuniones de 1988 lo hicieron a través de sus hombres de confianza; y quienes observaron desde la distancia o la reticencia los inicios del proyecto se mantuvieron debidamente informados y se incorporaron, con diferentes implicaciones, en los siguientes años.

¹² Miquel MARÍN: «Ayer. Luces y sombras del contemporaneísmo español en la última década», *Ayer*, 41 (2001), pp. 213-255, en particular, pp. 224-239.

¹³ En 1974 siguen apareciendo, si bien en sus últimos años docentes, los más célebres nombres de los catedráticos del franquismo: Palacio Atard, Suárez Verdeguer, Corona, Solano, Corono, Gil Munilla... Véanse *Relaciones del Cuerpo de Catedráticos de Universidad*, Madrid, Dirección General de Universidades e Investigación, 1974; *Profesorado universitario por cuerpo y alfabético*, Madrid, Consejo de Universidades, 1986, y *Monografías de la Administración. Catedráticos de Universidad. Septiembre de 1990*, Madrid, Ministerio de Administraciones Públicas, 1990. Téngase en cuenta que, hacia 1990, son 28 los catedráticos de Historia Medieval y 26 los de Historia Moderna.

Más de medio millar de socios es una cifra relevante no sólo porque corresponde poco más o menos al total de los contemporaneístas universitarios españoles del momento, sino porque superaba de largo la población de otras asociaciones del entorno. En este sentido, en la primavera de 1989, la Asociación de Historia Social contaba con setenta y siete miembros, cuarenta y cuatro de los cuales en Madrid, y muchos de ellos coincidentes entonces con los miembros de la AHC.

Un punto de partida

Desde el contexto conmemorativo del cincuentenario de la guerra civil, parece incuestionable que el contemporaneísmo era consciente de la encrucijada en la que se hallaba¹⁴. Y la conciencia crítica respecto de su situación impregnó debates teóricos, metodológicos e interpretativos. Entre 1988 y 1998 se suceden recapitulaciones y estados de la cuestión que subrayaron la necesidad de impulsar un nuevo desarrollo de la historiografía atenta al nuevo diálogo con las ciencias sociales, alejado de igual modo del *positivismo historicista*, en expresión acuñada por Elena Hernández Sandoica, y de los excesos retóricos materialistas, y atento a los peligros de la fragmentación de temas, objetos y enfoques. Del mismo modo, se mantuvieron controversias ya célebres (tradición española de la historia social, idea de modernización, modelos de incorporación capitalista, débil nacionalización, por ejemplo), que se han mantenido hasta nuestros días, reproduciéndose y adaptando escalas y perspectivas terminológicas. En este sentido, las primeras iniciativas de la AHC, como veremos más adelante, fueron un hervidero de ideas y proyectos. En los números de su *Boletín Informativo*, en los monográficos de la revista *Ayer* y en los primeros congresos, la sucesión de análisis en profundidad y diagnósticos críticos permite observar el calado de la reflexión y la implicación en

¹⁴ Véase Santos JULIÁ y José ÁLVAREZ JUNCO: «Tendencias actuales y perspectivas de investigación en Historia Contemporánea», en Javier FACI *et al.*: *Tendencias en Historia*, Madrid, CSIC, 1990, pp. 53-63. También, Elena HERNÁNDEZ SANDOICA: «La historia contemporánea en España. Tendencias recientes», *Hispania*, 198 (1998), pp. 65-95. Una breve incursión con la Asociación y su revista en el punto de mira, en Miquel MARÍN: «*Ayer*. Luces y sombras...», pp. 213-255, en particular, pp. 224-239.

el proyecto. Espejo reflejante o catalizador de debates generales, sería absurdo ahora no situar las actividades de la Asociación en el marco que les corresponde. Será tarea de estudios ulteriores dirimir la centralidad o no de su revista o sus congresos en la propagación de novedades. Lo cierto, sin embargo, es que la AHC participó del ambiente general de promoción de congresos de especialidad, de extensión de la red de revistas de investigación y de construcción de la historiografía crítica que marcó al cambio generacional hasta, por lo menos, la segunda mitad de la década de los noventa.

Por lo demás, el ambiente asociacionista de los años ochenta contribuyó en gran medida a la rápida y eficaz puesta en marcha de la AHC. Como ya hemos apuntado más arriba, algunos de los contemporaneístas más inquietos habían participado también en la creación de las asociaciones de Historia Agraria, Demografía Histórica, Historia Social o Historia Económica, cada una con sus *tempos* y sus vicisitudes fundacionales. Se hallaban, por tanto, en condiciones de compartir la experiencia con sus colegas y de evitar, gracias a ello, errores de principiante. Además de la atención dedicada al ejemplo de los medievalistas, se abrieron rápidamente vías de contacto con las asociaciones de Historia Social y de Historia Económica que, a través de sus directores y de algunos de sus colaboradores más destacados, informaron de las líneas maestras que deberían seguir los primeros pasos de la AHC: la celebración de congresos y reuniones periódicas, la circulación de un boletín o la publicación de una revista.

Los dos elementos sobre los que pivotó el primer momento fueron la celebración de congresos como lugar de encuentro y discusión, y la fundación de una revista que permitiera consolidar el proyecto y actuar de órgano de difusión de una nueva historia contemporánea. De este modo, en mayo de 1989, siguiendo el mandato recibido de la reunión celebrada en Valencia, Borja de Riquer elevó la primera propuesta para la celebración de un congreso en torno a «1939-1989: 50 años de historiografía contemporánea española». Su proyecto incluía reflexiones todavía hoy vigentes y podemos considerarlo simbólicamente el planteamiento de partida¹⁵. Inicialmente previsto para diciembre de 1991, el I Congreso de Historia Contemporánea de España tuvo lugar en Salamanca del

¹⁵ Propuesta de tema para el I Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, Borja de Riquer, 12 de mayo de 1989, 2 pp.

7 al 9 de abril de 1992 y constituirá un reflejo de las intenciones expuestas por el joven catedrático de la Universidad Autónoma de Barcelona. Con las ausencias oficiales de quienes habían de inaugurarle (el presidente de la Junta de Castilla y León, Juan José Lucas) y clausurarlo (el ministro de Educación y Ciencia, Javier Solana), la reunión colmó ampliamente las expectativas de sus organizadores. Partiendo de una previsión inicial de unos trescientos cincuenta asistentes, los seiscientos que finalmente abarrotaron el Paraninfo y las diversas aulas del Edificio Antiguo pudieron atender a numerosas mesas temáticas presididas e integradas por los más prestigiosos especialistas del momento. Y las actas, publicadas más tarde por Ediciones de la Universidad de Salamanca, presentan estados de la cuestión y análisis comprensivos de suma utilidad¹⁶.

Junto a la preparación y celebración del primer congreso, la publicación de una revista devino el segundo elemento necesario. A principios de 1989, Carlos Forcadell había tenido la iniciativa de recabar información sobre la actividad de las revistas especializadas. En el mes de febrero, recibió un extenso «Informe sobre la creación y funcionamiento de la *Revista de Historia Económica*» firmado por Pablo Martín Aceña, que desggranaba, paso a paso, los principales elementos a tener en cuenta en la creación de una revista, muchos de los cuales fueron tenidos en cuenta¹⁷. En la primera Asamblea General se había establecido el calendario inmediato: en octubre de 1990, primer *Boletín Informativo* semestral; durante el invierno de 1991, primer número de una revista trimestral, «la serie titulada *Ayer*», y en el otoño del mismo año, primer congreso. Además, en la reunión de la Junta Directiva celebrada el 20 de febrero de 1991 en el Instituto de España, se organizó la publicación de los primeros años de *Ayer* indicando los primeros responsables y las fechas de entrega¹⁸. Bajo la dirección personal de Miguel Artola, quien compilaría el primer dossier sobre *Las Cortes de Cádiz*, auxiliado por Antonio Rodríguez de las Heras, esta programación fue mayormente respetada en el futuro inmediato. En el

¹⁶ Antonio MORALES MOYA y Mariano ESTEBAN DE VEGA (eds.): *La historia contemporánea en España*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 1996.

¹⁷ *Informe sobre la creación y funcionamiento de la Revista de Historia Económica*, firmado por Pablo Martín Aceña, Madrid, 15 de febrero de 1989, 5 pp. Agradecemos a Carlos Forcadell habernos permitido el acceso a este documento.

¹⁸ Acta de la Reunión de la Junta Directiva de la AHC, 20 de febrero de 1991.

camino, el jueves 4 de abril de 1991, a las 19:00 horas, con los parlamentarios del presidente Artola y de los profesores Juan Pablo Fusi y Francisco Tomás y Valiente, catedrático de Historia del Derecho además de presidente del Tribunal Constitucional, la Biblioteca Nacional auspició la presentación pública de la nueva revista. *Ayer* incluía un prólogo, redactado por el propio Artola en el que se hacía explícito un elemento esencial para su futuro: «... La Asociación de Historia Contemporánea, para respetar la diversidad de opiniones de sus miembros, renuncia a mantener una determinada línea editorial y ofrece, en su lugar, el medio para que todas las escuelas, especialidades y metodologías tengan la oportunidad de hacer valer sus particulares puntos de vista...». Para ello, la publicación periódica se había dispuesto a partir de dossieres monográficos y era actualizada anualmente con un número dedicado por completo al comentario historiográfico. Paradójicamente, o precisamente por ello, se iniciaba así la promoción de un nuevo contemporaneísmo.

RELACIÓN DE EVALUADORAS Y EVALUADORES

2013

Alpert, Michael (University of Westminster)
Álvarez Lázaro, Pedro (Universidad Pontificia de Comillas)
Álvarez-Ossorio Alvariño, Ignacio (Universidad de Alicante)
Amelang, James (Universidad Autónoma de Madrid)
Arenas Posadas, Carlos (Universidad de Sevilla)
Aubert, Paul (Université d'Aix-Marseille)
Ávila, Alfredo (Universidad Nacional Autónoma de México)
Babiano Mora, José (Fundación Primero de Mayo)
Barriera, Darío G. (Universidad de Rosario)
Barrio Alonso, Ángeles (Universidad de Cantabria)
Beramendi González, Xusto (Universidade Santiago de Compostela)
Blasco Herranz, Inmaculada (Universidad de La Laguna)
Bonaudo, Marta (Universidad Nacional de Rosario)
Bosch Artiaga, Aurora (Universidad de Valencia)
Botti, Alfonso (Università di Modena e Reggio-Emilia)
Burdíel Bueno, Isabel (Universidad de Valencia)
Busaall, Jean-Baptiste (Université Paris Descartes)
Caballé Masforroll, Anna (Universitat de Barcelona)
Cabo Villaverde, Miguel (Universidade Santiago de Compostela)
Cabrera, Miguel Ángel (Universidad de La Laguna)
Calvo Carilla, José Luis (Universidad de Zaragoza)
Cámara Hueso, Antonio David (Universitat Autònoma de Barcelona)
Campos Marín, Ricardo (CSIC)
Cantos Casenave, Marieta (Universidad de Cádiz)
Carantoña Álvarez, Francisco (Universidad de León)
Casali, Luciano (Università di Bologna)
Casassas, Jordi (Universidad del País Vasco)
Castells Arteché, Luis (Universidad del País Vasco)
Castro Alfin, Demetrio (Universidad Pública de Navarra)
Cattaruzza, Alejandro (Universidad de Buenos Aires-Universidad Nacional de Rosario-Conicet)
Cobo Romero, Francisco (Universidad de Granada)
Comín Comín, Francisco (Universidad de Alcalá de Henares)
Cruz Artacho, Salvador (Universidad de Jaén)
Cucó Giner, Josepa (Universidad de Valencia)
Cuesta Bustillo, Josefina (Universidad de Salamanca)
De Arce, Alejandra (Universidad Nacional de Quilmes, Argentina)
Dardé Morales, Carlos (Universidad de Cantabria)
De la Guardia Herrero, Carmen (Universidad Autónoma de Madrid)
De la Torre del Río, Rosario (Universidad Complutense de Madrid)
De Luis Martín, Francisco (Universidad de Salamanca)
Del Alcázar Garrido, Joan M. (Universidad de Valencia)

Delgado Gómez-Escalonilla, Lorenzo (Instituto de Historia, CCHS-CSIC)
Domènech Sampere, Xavier (Universitat Autònoma de Barcelona)
Domènech Sampere, Xavier (Universitat Autònoma de Barcelona)
Duarte Montserrat, Àngel (Universitat de Girona)
Erice Sebares, Francisco (Universidad de Oviedo)
Errázuriz Tagle, Javiera (Universidad Diego Portales, Santiago de Chile)
Escudero Gutiérrez, Antonio (Universidad de Alicante)
Espigado Tocino, Gloria (Universidad de Cádiz)
Faraldo Jarillo, José María (Universidad Complutense de Madrid)
Fazio Vengoa, Hugo (Universidad de los Andes)
Fernández Bastarache, Fernando (Universidad de Granada)
Fernández Sirvent, Rafael (Universidad de Alicante)
Folguera Crespo, Pilar (Universidad Autónoma de Madrid)
Fontana Lázaro, Josep (Universitat Pompeu Fabra)
Forti, Steven (Universitat Autònoma de Barcelona)
Fradera, Josep Maria (Universitat Pompeu Fabra, Barcelona)
Fradkin, Raúl O. (Universidad de Buenos Aires)
Gabriel, Pere (Universitat Autònoma de Barcelona)
Gallego Margalef, Ferran ((Universitat Autònoma de Barcelona)
García Alcalá, Julio Antonio (Universidad Carlos III de Madrid)
García Moneris, Carmen (Universidad de Valencia)
García Sanz, Fernando (Consejo Superior de Investigaciones Científicas)
Garriga, Carlos (Universidad del País Vasco)
Gil Andrés, Carlos (Universidad de La Rioja)
Goicovic Donoso, Igor (Pontificia Universidad Católica de Chile)
González Calleja, Eduardo (Universidad Carlos III de Madrid)
González de Molina Navaro, Manuel (Universidad Pablo de Olavide)
González González, Ángeles (Universidad de Sevilla)
Gracia, Jordi (Universitat de Barcelona)
Henríquez Uzal, María José (Universidad de Chile)
Herrerín López, Ángel (UNED)
Hoyo Aparicio, Andrés (Universidad de Cantabria)
Infante Amate, Juan (Universidad Pablo de Olavide)
La Parra, Emilio (Universidad de Alicante)
Laiz Castro, Consuelo (Universidad Complutense de Madrid)
Lemus López, Encarnación (Universidad de Huelva)
Llona, Miren (Universidad del País Vasco)
Lucea Ayala, Víctor Manuel (Universidad de Zaragoza)
Luis, Jean Philippe (Université Blaise Pascal, Clermont-Ferrand)
Lvovich, Daniel (Universidad Nacional de General Sarmiento)
Majuelo Gil, Emilio (Universidad Pública de Navarra)
Marchi, Riccardo (Universidade de Lisboa)
Marín Corbera, Martí (Universitat Autònoma de Barcelona)
Marín Gelabert, Miguel Ángel (Universitat de les Illes Balears)
Martín de la Guardia, Ricardo (Universidad de Valladolid)

Martín Ramos, José Luis (Universitat Autònoma de Barcelona)
Martínez Lillo, Pedro (Universidad Autónoma de Madrid)
Martínez López, Fernando (Universidad de Almería)
Martorell Linares, Miguel (UNED)
Mateos López, Abdón (UNED)
Matín Aceña, Pablo (Universidad de Alcalá de Henares)
Mesa Gancedo, Daniel (Universidad de Zaragoza)
Michonneau, Stéphan (Casa de Velázquez, Madrid)
Millán García-Varela, Jesús (Universidad de Valencia)
Mir Curcó, Conxita (Universitat de Lleida)
Miralles, Ricardo (Universidad del País Vasco)
Molina Aparicio, Fernando (Universidad del País Vasco)
Moliner Prada, Antoni (Universitat Autònoma de Barcelona)
Moreno Luzón, Javier (Universidad Complutense de Madrid)
Moreno Seco, Mónica (Universidad de Alicante)
Morente Valero, Francisco (Universitat Autònoma de Barcelona)
Muñoz Soro, Javier (Universidad Complutense de Madrid)
Navajas Zubeldia, Carlos (Universidad de La Rioja)
Niño Rodríguez, Antonio (Universidad Complutense de Madrid)
Nuñez Florencio, Rafael (Consejo Superior de Investigaciones Científicas)
Núñez Seixas, Xosé Manoel (Ludwig-Maximilians-Universität München)
Ortiz Heras, Manuel (Universidad de Castilla-La Mancha)
Pardo Sanz, Rosa María (UNED)
Pasamar Alzuria, Gonzalo (Universidad de Zaragoza)
Peiró Martín, Ignacio (Universidad de Zaragoza)
Pereira Castañares, Juan Carlos (Universidad Complutense de Madrid)
Pérez García, Pablo (Universidad de Valencia)
Pérez Garzón, Juan Sisinio (Universidad de Castilla-La Mancha)
Perfetti, Francesco (Università Internazionale degli Studi Sociali «Guido Carli»)
Peyrou Tubert, Florencia (Universidad Autónoma de Madrid)
Pich i Mitjana, Josep (Universitat Pompeu Fabra)
Portillo, José María (Universidad del País Vasco)
Prada Rodríguez, Julio (Universidade de Vigo)
Puell de la Villa, Fernando (Instituto Universitario «General Gutiérrez Mellado»)
Ramos Cobano, Cristina (Universidad de Huelva)
Redero San Román, Manuel (Universidad de Salamanca)
Renaudet, Isabelle (Université d'Aix-Marseille)
Riquelme, Alfredo (Pontificia Universidad Católica de Chile)
Riquer i Permanyer, Borja de (Universitat Autònoma de Barcelona)
Roura, Lluís (Universitat Autònoma de Barcelona)
Rubio Pobes, Coro (Universidad del País Vasco)
Ruiz Carnicer, Miguel Ángel (Universidad de Zaragoza)

Ruiz Jiménez, José Ángel (Universidad de Granada)
Salomon Chéliz, María del Pilar (Universidad de Zaragoza)
Sánchez Mantero, Rafael (Universidad de Sevilla)
Sánchez Recio, Glicerio (Universidad de Alicante)
Sánchez Vidal, Agustín (Universidad de Zaragoza)
Sanz Hoya, Julián (Universidad de Valencia)
Saz Campos, Ismael (Universidad de Valencia)
Segura i Mas, Antoni (Universitat de Barcelona)
Serna Alonso, Justo (Universidad de Valencia)
Simal Durán, Juan Luis (Universidad de Postdam, Alemania)
Soria Olmedo, Andrés (Universidad de Granada)
Stuven, Ana María (Pontificia Universidad Católica de Chile)
Tascón Fernández, Julio (Universidad de Oviedo)
Tavera García, Susanna (Universitat de Barcelona)
Thomàs i Andreu, Joan Maria (Universitat Rovira i Virgili, Tarragona)
Tubert, Silvia (Universidad Complutense de Madrid)
Ugarte Tellería, Javier (Universidad del País Vasco)
Urquijo Goitia, José Ramón (Instituto de Historia, CSIC)
Valdaliso Gago, Jesús María (Universidad del País Vasco)
Vinyes, Ricard (Universitat de Barcelona)
Viñas Martín, Ángel (Universidad Complutense de Madrid)
Ysàs Solanes, Pere (Universitat Autònoma de Barcelona)

PRESENTACIÓN DE ORIGINALES

1. La revista *Ayer* publica artículos de investigación y ensayos bibliográficos sobre todos los ámbitos de la Historia Contemporánea.
2. Los autores/as se comprometen a enviar artículos originales que no hayan sido publicados con anterioridad, ni estén siendo considerados en otros medios. Una vez publicados en *Ayer*, los artículos no podrán ser reproducidos sin autorización expresa de la Redacción de la revista. Sí podrá hacerse mención a la edición digital, disponible en el Portal de Revistas de Marcial Pons (<http://revistas.marcialpons.es>) y en la página web de la Asociación de Historia Contemporánea (<http://www.ahistcon.org>).

No se aceptarán para su evaluación trabajos que hayan sido publicados o estén a punto de serlo en cualquier otro medio, en su totalidad o parcialmente, ni los que reproduzcan sustancialmente contenidos ya publicados por el autor/a en libros, artículos o capítulos de libros ya aparecidos o de aparición inminente. Los artículos deberán presentarse acompañados de una declaración expresa que garantice su plena originalidad, con firma manuscrita del autor/a o autores/as, conforme al modelo que figura en la página web de la revista.

Excepcionalmente, el Consejo de Redacción de *Ayer* podrá considerar la edición por primera vez en castellano de artículos ya publicados en otras lenguas.

3. Tanto los artículos de investigación como los ensayos bibliográficos serán informados al menos por dos evaluadores/as externos a los órganos de la revista y a la Junta Directiva de la Asociación de Historia Contemporánea que la edita, mediante un sistema doble ciego (anónimo tanto para el evaluador/a como para el autor/a del texto). Los artículos que integran los dossiers serán evaluados de la misma forma. Todos los textos deberán recibir posteriormente la aprobación del Consejo de Redacción.
4. La revista se compromete a adoptar una decisión sobre la publicación de originales en el plazo de seis meses. Se reserva el derecho de publicación por un plazo de dos años, acomodando la aparición del texto a las necesidades de la revista.
5. Los autores/as remitirán su texto a la dirección institucional de la revista (revistaayer@ahistcon.org) en soporte infor-

mático (programa MS Word o similar). Igualmente enviarán un resumen de menos de 100 palabras en español y en inglés; el título, igualmente en español y en inglés; cinco palabras clave, también en los dos idiomas; una breve nota curricular, que no debe superar las 100 palabras; y el compromiso de originalidad firmado, que puede escanearse para su envío por correo electrónico (en formato PDF o similar). No será enviado a evaluación ningún artículo que no incluya todos estos complementos.

6. Los trabajos enviados para su publicación han de ajustarse a los siguientes límites de extensión: 9.000 palabras para los artículos, tanto si van destinados a la sección de *Estudios* como si forman parte de un *Dossier*; y 4.500 palabras para los *Ensayos bibliográficos* y las colaboraciones de la sección *Hoy*.
7. En los dossieres, las presentaciones de los coordinadores no podrán exceder de 3.000 palabras. El título del dossier y el texto de cubierta no deberán superar las 70 palabras.
8. Sistema de citas: las notas irán a pie de página, procurando que su número y extensión no dificulten la lectura.

Por ejemplo:

Libros: De un solo autor: Santos JULIÁ: *Hoy no es ayer. Ensayos sobre la España del siglo XX*, Barcelona, RBA Libros, 2010.

Dos autores: Mary NASH y Gemma TORRES (eds.): *Feminismos en la Transición*, Barcelona, Grup de Recerca Consolidat Multiculturalisme i Gènere, Universitat de Barcelona-Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales (Ministerio de Cultura), 2009.

Tres autores: Carlos FORCADELL ÁLVAREZ, Pilar SALOMÓN CHÉLIZ e Ismael SAZ CAMPOS (coords.): *Discursos de España en el siglo XX*, Valencia, Universidad de Valencia, 2009.

Cuatro o más autores: Carlos FORCADELL ÁLVAREZ *et al.* (coords.): *Usos de la historia y políticas de la memoria*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2004.

Capítulos de libro: Antonio ANNINO: «México: ¿Soberanía de los pueblos o de la nación?», en Manuel SUÁREZ CORTINA y Tomás PÉREZ VEJO (eds.): *Los caminos de la ciudadanía. México y España en perspectiva comparada*, Madrid, Biblioteca Nueva-Ediciones de la Universidad de Cantabria, 2010, pp. 37-54.

Artículos de revista: Pilar FOLGUERA: «Sociedad civil y acción colectiva en Europa: 1948-2008», *Ayer*, 77 (2010), pp. 79-113.

Citas posteriores: Santos JULIÁ: *Hoy no es ayer...*, pp. 58-60. Pilar FOLGUERA: «Sociedad civil...», pp. 100-101.

Si se refiere a la nota inmediatamente anterior: *Ibid.*, pp. 61-62. En cursiva y sin tilde.

Cuando se citan varias obras de un mismo autor en el mismo pie de página: Ismael SAZ CAMPOS: «El primer franquismo», *Ayer*, 36 (1999), pp. 201-222; ÍD.: «Política en zona nacionalista: configuración de un régimen», *Ayer*, 50 (2003), pp. 55-84; e ÍD.: «La marcha sobre Roma, 70 años: Mussolini y el fascismo», *Historia* 16, 199 (1992), pp. 71-78.

La ausencia de los datos relativos a la ciudad de edición, la editorial o imprenta, o el año, se indicarán respectivamente con las abreviaturas *s.l.*, *s.n.* y *s.a.*; estas abreviaturas irán seguidas, si es necesario, de una atribución de ciudad, editorial o año, que irán entre corchetes.

Los datos sobre el número de edición, traducción, etc., se pondrán, de manera abreviada, entre el título de la obra y el lugar de edición.

Artículos de periódico: Emilia PARDO BAZÁN: «Un poco de crítica. El símbolo», *ABC*, 22 de febrero de 1919. En caso de que resulte relevante indicar la ciudad de edición del periódico, se señalará a continuación del título; por ejemplo: José ORTEGA Y GASSET: «El error Berenguer», *El Sol* (Madrid), 15 de noviembre de 1930.

Tesis doctorales o Trabajos de fin de Máster: Miguel ARTOLA: *Historia política de los afrancesados (1808-1820)*, Tesis doctoral, Universidad Central, 1948.

Sitios de internet: Matilde EIROA: «Prácticas genocidas en guerra, represión sistémica y reeducación social en posguerra», *Hispania Nova*, 10 (2012), <http://hispanianova.rediris.es/10/dossier/10d014.pdf>.

Cuando el documento citado tenga entidad independiente, pero haya sido obtenido de un sitio de internet, esta circunstancia se señalará indicando a continuación de la cita bibliográfica o archivística la expresión «Recuperado de Internet» y la URL del sitio entre paréntesis. Ejemplo: Rafael ALTAMIRA: *Cuestiones Hispano-Americanas*, Madrid, E. Rodríguez Serra, 1900. Recuperado de Internet (<http://bib.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=35594>).

Documentos inéditos: Nombre y APELLIDOS del autor (si existe): Título del documento (entrecomillado si es el título original que figura en el documento (ciudad, día, mes y año si se conoce la fecha), Archivo, Colección o serie, Número de caja o legajo, Número de expediente. Ejemplos: Carta de Juan Bravo Murillo a Fernando Muñoz (22 de julio de 1851), Archivo Histórico Nacional, *Diversos: Títulos y familias (Archivo de la Reina Gobernadora)*, 3543, exp. 9; «Diario de operaciones de la División de Vanguardia» (1836), Real Academia de la Historia, *Archivo Narváez-I*, Caja 1; Juan Felipe MARTÍNEZ: «Relación de lo sucedido en el Real Sitio de San Ildefonso desde el 12 de Agosto de 1836 hasta la entrada de S.M. en Madrid el 17 del mismo mes», Archivo General de Palacio, *Reinado de Fernando VII*, Caja 32, exp. 13.

En el caso de los ensayos bibliográficos o de artículos de carácter teórico, las citas pueden incluirse en el texto (BERNAL GARCÍA, 2010, 259), acompañadas de una bibliografía final.

9. Las aclaraciones generales que deseen hacer los autores/as, tales como la vinculación del artículo a un proyecto de investigación, la referencia a versiones previas inéditas discutidas en congresos o seminarios, o el agradecimiento a personas e instituciones por la ayuda prestada, figurarán en una nota inicial no numerada al pie de la primera página, cuya llamada será un asterisco volado al final del título. Tal nota no podrá exceder de tres líneas.
10. Divisiones y subdivisiones: los epígrafes de los artículos irán en negrita y sin numeración. Conviene evitar los subepígrafes; en el caso de que se incluyan, aparecerán en cursiva.
11. Los artículos podrán contener cuadros, gráficos, mapas o imágenes, aunque limitando su número a los que resulten imprescindibles para apoyar la argumentación, y nunca más de diez en total.

En todos los casos, los autores/as se hacen responsables de los derechos de reproducción de estos materiales, sean de elaboración propia o cedidos por terceros, cuya autorización deben solicitar y obtener por su cuenta, aportando la correspondiente justificación.

Estos elementos gráficos irán numerados correlativamente en función de su tipología (Cuadro 1, Cuadro 2, Cuadro 3...; Gráfico 1, Gráfico 2, Gráfico 3...; Mapa 1, Mapa 2, Mapa 3...; Imagen 1, Imagen 2, Imagen 3...). A continuación

del número llevarán un título que los identifique. Y al término de la leyenda o comentario, irá entre paréntesis la palabra *Fuente*.; seguida de la procedencia de la imagen, mapa, gráfico o cuadro.

Los mapas y las imágenes se enviarán separadamente del texto y en formato de imagen (tiff, jpg o vectorial) con una resolución de 300 ppp y un tamaño mínimo de 13 x 18 cm. En el texto se indicará el lugar en el que se desea insertarlos, mediante la mención en párrafo aparte del número entre corchetes [Imagen 1]. Los cuadros y gráficos, en cambio, pueden situarse directamente en el lugar del artículo en el que se quieren insertar.

NÚMEROS PUBLICADOS

1. Miguel Artola, *Las Cortes de Cádiz*.
2. Borja de Riquer, *La historia en el 90*.
3. Javier Tusell, *El sufragio universal*.
4. Francesc Bonamusa, *La Huelga general*.
5. J. J. Carreras, *El estado alemán (1870-1992)*.
6. Antonio Morales, *La historia en el 91*.
7. José M. López Piñero, *La ciencia en la España del siglo XIX*.
8. J. L. Soberanes Fernández, *El primer constitucionalismo iberoamericano*.
9. Germán Rueda, *La desamortización en la Península Ibérica*.
10. Juan Pablo Fusi, *La historia en el 92*.
11. Manuel González de Molina y Juan Martínez Alier, *Historia y ecología*.
12. Pedro Ruiz Torres, *La historiografía*.
13. Julio Aróstegui, *Violencia y política en España*.
14. Manuel Pérez Ledesma, *La Historia en el 93*.
15. Manuel Redero San Román, *La transición a la democracia en España*.
16. Alfonso Botti, *Italia, 1945-94*.
17. Guadalupe Gómez-Ferrer Morant, *Las relaciones de género*.
18. Ramón Villares, *La Historia en el 94*.
19. Luis Castells, *La Historia de la vida cotidiana*.
20. Santos Juliá, *Política en la Segunda República*.
21. Pedro Tedde de Lorca, *El Estado y la modernización económica*.
22. Enric Ucelay-Da Cal, *La historia en el 95*.
23. Carlos Sambricio, *La historia urbana*.
24. Mario P. Díaz Barrado, *Imagen e historia*.
25. Mariano Esteban de Vega, *Pobreza, beneficencia y política social*.
26. Celso Almuiña, *La Historia en el 96*.
27. Rafael Cruz, *El anticlericalismo*.
28. Teresa Carnero Arbat, *El reinado de Alfonso XIII*.
29. Isabel Burdiel, *La política en el reinado de Isabel II*.
30. José María Ortiz de Orruño, *Historia y sistema educativo*.
31. Ismael Saz, *España: la mirada del otro*.
32. Josefina Cuesta Bustillo, *Memoria e Historia*.
33. Glicerio Sánchez Recio, *El primer franquismo (1936-1959)*.
34. Rafael Flaquer Montequi, *Derechos y Constitución*.
35. Anna María García Rovira, *España, ¿nación de naciones?*
36. Juan C. Gay Armenteros, *Italia-España. Viejos y nuevos problemas históricos*.
37. Hipólito de la Torre Gómez, *Portugal y España contemporáneos*.
38. Jesús Millán, *Carlismo y contrarrevolución en la España contemporánea*.
39. Ángel Duarte y Pere Gabriel, *El republicanismo español*.

40. Carlos Serrano, *El nacimiento de los intelectuales en España*.
41. Rafael Sánchez Mantero, *Fernando VII. Su reinado y su imagen*.
42. Juan Carlos Pereira Castañares, *La historia de las relaciones internacionales*.
43. Conxita Mir Curcó, *La represión bajo el franquismo*.
44. Rafael Serrano, *El Sexenio Democrático*.
45. Susanna Tavera, *El anarquismo español*.
46. Alberto Sabio, *Naturaleza y conflicto social*.
47. Encarnación Lemus, *Los exilios en la España contemporánea*.
48. María Dolores Muñoz Dueñas y Helder Fonseca, *Las élites agrarias en la Península Ibérica*.
49. Florentino Portero, *La política exterior de España en el siglo xx*.
50. Enrique Moradiellos, *La guerra civil*.
51. Pere Anguera, *Los días de España*.
52. Carlos Dardé, *La política en el reinado de Alfonso XII*.
53. Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes, *Historia de los conceptos*.
54. Carlos Forcadell Álvarez, *A los 125 años de la fundación del PSOE. Las primeras políticas y organizaciones socialistas*.
55. Jordi Canal, *Las guerras civiles en la España contemporánea*.
56. Manuel Requena, *Las Brigadas Internacionales*.
57. Ángeles Egido y Matilde Eiroa, *Los campos de concentración franquistas en el contexto europeo*.
58. Jesús A. Martínez Martín, *Historia de la lectura*.
59. Eduardo González Calleja, *Juventud y política en la España contemporánea*.
60. María Dolores Ramos, *República y republicanas*.
61. María Sierra, Rafael Zurita y María Antonia Peña, *La representación política en la España liberal*.
62. Miguel Ángel Cabrera, *Más allá de la historia social*.
63. Ángeles Barrio, *La crisis del régimen liberal en España, 1917-1923*.
64. Xosé M. Núñez Seixas, *La construcción de la identidad regional en Europa y España (siglos XIX y XX)*.
65. Antoni Segura, *El nuevo orden mundial y el mundo islámico*.
66. Juan Pan-Montojo, *Poderes privados y recursos públicos*.
67. Matilde Eiroa San Francisco y María Dolores Ferrero Blanco, *Las relaciones de España con Europa centro-oriental (1939-1975)*.
68. Ismael Saz, *Crisis y descomposición del franquismo*.
69. Marició Janué i Miret, *España y Alemania: historia de las relaciones culturales en el siglo xx*.
70. Nuria Tabanera y Alberto Aggio, *Política y culturas políticas en América Latina*.
71. Francisco Cobo y Teresa María Ortega, *La extrema derecha en la España contemporánea*.

72. Edward Baker y Demetrio Castro, *Espectáculo y sociedad en la España contemporánea*.
73. Jorge Saborido, *Historia reciente de la Argentina (1975-2007)*.
74. Manuel Chust y José Antonio Serrano, *La formación de los Estados-naciones americanos, 1808-1830*.
75. Antonio Niño, *La ofensiva cultural norteamericana durante la Guerra Fría*.
76. Javier Rodrigo, *Retaguardia y cultura de guerra, 1936-1939*.
77. Antonio Moreno y Juan Carlos Pereira, *Europa desde 1945. El proceso de construcción europea*.
78. Mónica Bolufer y Mónica Burguera, *Género y modernidad en España: de la ilustración al liberalismo*.
79. Carmen González Martínez y Encarna Nicolás Martín, *Procesos de construcción de la democracia en España y Chile*.
80. Gonzalo Capellán de Miguel, *Historia, política y opinión pública*.
81. Javier Muñoz Soro, *Los intelectuales en la Transición*.
82. José María Faraldo, *El socialismo de Estado: cultura y política*.
83. Daniel Lanero Táboas, *Fascismo y políticas agrarias: nuevos enfoques en un marco comparativo*.
84. Pere Ysàs, *La época socialista: política y sociedad (1982-1996)*.
85. María Antonia Peña y Encarnación Lemus, *La historia contemporánea en Andalucía: nuevas perspectivas*.
86. Emilio La Parra, *La Guerra de la Independencia*.
87. Francisco Vázquez, *Homosexualidades*.
88. Fernando del Rey, *Violencias de entreguerras: miradas comparadas*.
89. Antonio Herrera y John Markoff, *Democracia y mundo rural en España*.
90. Alejandro Quiroga y Ferran Archilés, *La nacionalización en España*.
91. Maximiliano Fuentes Codera, *La Gran Guerra de los intelectuales: España en Europa*.
92. Emanuele Treglia, *Las izquierdas radicales más allá de 1968*.

En preparación:

Los retos de la biografía.

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN

Marcial Pons edita y distribuye *Ayer* en los meses de marzo, junio, octubre y diciembre de cada año. Cada volumen tiene en torno a 250 páginas con un formato de 13,5 por 21 cm. Los precios de suscripción, incluido IVA, son:

Precios España:

suscripción anual: 65 €

Precios extranjero:

suscripción anual: 65 € más gastos de envío

Precio número suelto: 22 €

Todas las peticiones, tanto de suscripciones como de ejemplares sueltos, han de dirigirse a Marcial Pons, Agencia de suscripciones, c/ San Sotero, 6, 28037 Madrid, tel. 91 304 33 03, fax 91 327 23 67, correo electrónico: revistas@marcialpons.es.

La correspondencia para la Redacción de la revista debe enviarse a la dirección de correo electrónico: revistaayer@ahistcon.org. La correspondencia relativa a la Asociación de Historia Contemporánea debe dirigirse al Secretario de la misma, a la dirección de correo electrónico: secretaria@ahistcon.org.

92 ayer